

PACTO SANGRIENTO

Fantasmas de Gaunt

LA VICTORIA VOLUMEN I

DAN ABNETT

En la retaguardia de la Cruzada de los Mundos de Sabbat, los Primeros y Únicos de Tanith aguardan su siguiente destino. Sin embargo, la llegada de un prisionero enemigo para ser interrogado atrapa al comisario Gaunt en una complicada y mortífera red de intrigas. ¿En quién puede confiar? ¿Por qué es tan valioso el prisionero? El destino de la cruzada depende de estas preguntas, y Gaunt debe encontrar las respuestas antes de ser eliminado.



Dan Abnett

Pacto sangriento

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. La victoria 1

ePub r2.2
Titivillus 07.08.15


FOR TANITH - FOR THE

Título original: *Blood Pact*
Dan Abnett, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá

ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Finalmente, la bestia cayó sobre un cazador y también lo devoró. Pero el cazador tenía un cuchillo sin funda en el bolsillo, y el cuchillo le rajó el vientre a la bestia desde el interior, y todos los habitantes del pueblo salieron de sus entrañas y se salvaron.

Extracto de la leyenda Noctucane
«El Cazador y la Bestia»

Tras un prometedor período de avances, los grupos de combate principales del señor de la guerra Macaroth se vieron detenidos de forma inesperada y completa en las fronteras del Grupo Erinyes.

El arconte Gaur, el señor de la guerra del Archienemigo, logró retirar sus fuerzas del Racimo Carcaradon con la rapidez suficiente como para formar una fuerte posición de defensa a lo largo de la frontera de las Erinyes.

El señor de la guerra Macaroth no podía esperar ayuda alguna del frente secundario de la cruzada. El segundo grupo de combate, compuesto por los ejércitos Quinto, Séptimo, Noveno y Duodécimo, tenía sus frentes de operaciones en el otro extremo de la ofensiva principal de Macaroth. A pesar de los largos años de arduos combates, el segundo grupo de combate todavía no había sido capaz de expulsar por completo de los Sistemas Cabal a las legiones del magister Anakwanar Sek, el lugarteniente más capacitado de Gaur.

Entre ambos, el arconte y el magister habían creado una línea de resistencia que había frustrado por completo ambas pinzas de avance de la cruzada de Macaroth. El intento de romper ese punto muerto mediante la creación de un tercer frente acabó en un desastre tremendo y con la pérdida del Segundo Ejército, bajo el mando del mariscal Aldo, en Helice.

Sin embargo, muy por detrás de la línea del frente, en los Mundos de Sabbat ya pacificados mucho tiempo atrás por la Cruzada Imperial, estaban teniendo lugar una serie de acontecimientos que tendrían unas consecuencias fundamentales para el futuro de la campaña, aunque muy pocos se dieron cuenta de ello en esos momentos.

Fue en el 780.M41, el vigésimo quinto año de la Cruzada de los Mundos de Sabbat.

Fragmento de *Una historia de las últimas cruzadas imperiales*



UNO
EL CONSUELO

Los muertos siempre parecían encontrar la manera de regresar a Balhaut.

Esa era la opinión del tío de E. F. Montvelt poco después de la Famosa Victoria, y ésa era la opinión del propio E. F. Montvelt unos quince años después. E. F. Montvelt había heredado esa opinión de su fallecido tío del mismo modo que había heredado el puesto de encargado del Muelle 31, una nariz grande y roja y una caja de efectos personales entre los que se incluía una medalla acuñada en las guerras Khulan, un bote de tinte para el cabello y un libro barato de imágenes pornográficas en el que aparecía Adele Coro, la famosa actriz de musicales.

Los muertos encontraban la manera de regresar, y en un numero casi inimaginable. Daba la impresión de que la sangre que había empapado el suelo de Balhaut durante la consecución de la Famosa Victoria se hubiese convertido, mediante alguna clase de reacción alquímica, en un reclamo para los muertos, una tentación, un canto de sirena que los llamaba para que volvieran a través del espacio desde los lejanos lugares donde habían perdido la vida. E. F. Montvelt leyó una vez, en una de las enciclopedias que encontró en el fondo de la caja de objetos de su tío, acerca de la existencia de unos peces depredadores con un olfato tan agudo que eran capaces de captar una gota de sangre en un océano de agua y de lanzarse en su búsqueda. Eso era Balhaut para los muertos. Era la gota de sangre, y el espacio, el océano. Los muertos eran capaces de oler el lugar, y el olor los atraía. Después de todo, habían hecho un pacto de sangre.

Balhaut, tan cargado de sangre, se había convertido en un lugar de peregrinaje para los muertos, y para muchos, muchos vivos. Eran las almas de los que tenían vínculos con los muertos. Balhaut era el lugar donde acudía la gente para ser enterrada, si estaban muertos, o a guardar luto, si no lo estaban. Todo ello se debía a la Famosa Victoria.

Después de quince años, uno se veía obligado a pronunciar esas palabras con mayúsculas. También se la llamaba la Gloria de Slaydo o la Acción Intrépida o el Punto de Inflexión, o alguna otra frase igualmente altisonante. Balhaut seguía siendo considerada una de sus mayores victorias de la cruzada y, por tanto, un modelo para medir cualquier éxito, una muestra emblemática de todas las aspiraciones imperiales y, por tanto, un lugar donde se podía enterrar a los muertos y guardarles luto bajo el inspirador brillo del triunfo. Los ataúdes de los oficiales llegaban a Balhaut con destino a las criptas y los mausoleos de las nuevas capillas regimentales. Los huesos con chapas de identificación de los soldados comunes eran enviados para llenar los campos cada vez más extensos de los cementerios que crecían sin parar. Las cenizas de los muertos anónimos, sin rostro y sin identificar, eran metidas en barriles, como si fueran pólvora, y luego eran esparcidas al viento en los oficios públicos al que asistía el público en masa y que se celebraban cinco veces al día todos y cada uno de los días.

También acudían los desconsolados. Algunos llevaban a los muertos consigo, con actitud digna o agónica, para ver cómo los enterraban en el suelo gemebundo de Balhaut. Otros acudían para presentar sus respetos a las tumbas y las lápidas de mármol de los seres amados que ya se encontraban en Balhaut desde hacía tiempo.

Otros, la gran mayoría, acudían a Balhaut porque desconocían el destino final o el lugar de descanso de los hijos y padres, de los hermanos y esposos, que habían perdido, y por ello elegían Balhaut, con su valor simbólico, como lugar para recordarlos. En el transcurso de una década y media, los cadáveres y sus parientes desconsolados se habían convertido en las principales importaciones de Balhaut, y la industria local se había centrado en la sericultura y en la albañilería monumental.

El negocio de E. F. Montvelt consistía en importaciones y exportaciones y la supervisión de esas operaciones. Se encargaba de controlar el Muelle 31, que era uno de los ramales radiales de la gigantesca plataforma orbital llamada Estación Alta, y lo hacía con una rapidez y precisión que esperaba hubiera hecho sentirse orgulloso a su tío.

Desde su despacho de suelo de cristal se veían las naves atracadas a las diferentes gradas del muelle. Mantenía un seguimiento de las entradas y salidas de las naves en una gran pantalla hololítica, que estaba proyectada por encima de él como si fuera una cubierta de luz. Sus rubricadores, cada uno en su cogitador propio desplegados por el borde del despacho, se ocupaban de los inventarios y de las tasas, mientras que los administrativos de avituallamiento se encargaban de negociar los contratos de suministros y calculaban las cargas de combustible y los periodos de atraque.

Todos los datos le llegaban mediante los implantes neurales, pero a él, igual que a su tío, le gustaba utilizar sus propios ojos. Le gustaba contemplar las naves en los embarcaderos, y preocuparse del motivo por el que algunas tardaban tanto en descargar y en partir de nuevo para que ese puesto quedara libre de nuevo y la siguiente pudiera atracar y pagar las tarifas correspondientes. Del mismo modo, le gustaba quejarse cuando uno de los embarcaderos permanecía vacío más de un día o dos. Reconocía todos los remolcadores y los transportes personales a simple vista, y a los servidores de carga por los códigos y los dibujos que los personalizaban. Era capaz de identificar al piloto de una lanzadera por el estilo y la capacidad de sus maniobras.

Sobre todo, disfrutaba de la vista. Desde el despacho, a través del suelo de cristal, a través de la espesura de vigas y tubos de repostaje, a través de los puntos en movimiento que eran los remolcadores y las gabarras, a través de las estructuras abiertas y de las sombras densas de los enormes atracaderos y los cascos abrasados por la radiación de las naves enganchadas a ellos, a través del brillo del sol en la capa de nubes altas, a través de la fría claridad del aire y de los ciento cuarenta kilómetros de caída que había hasta el azul, el gris y el marrón de Balhaut, que giraba lentamente bajo él.

Ese día en concreto, el Gemminger Beroff Wakeshzft ocupaba el amarradero número cuatro, el Superluminal Grandee Ulysses. El cinco y el Orgullo de Tarnagua

estaba en la fase de pilotaje final para atracar en el ocho. El Viajes Relativistas de Hans Feingolt, atracado en el número siete, había sufrido un fallo en el sistema de ignición y le habían comunicado que retrasaría su partida por lo menos una semana. Ya había calculado la tarifa de penalización. El Eleksander Gran Soijor debía atracar en menos de una hora, siempre que los agentes de flete llegaran a un acuerdo sobre las tarifas de amarre. En el atracadero número dos estaba el Consuelo, que ya había comenzado a descargar el contenido de su bodega.

Hacía dos años que E. F. Montvelt no veía al Consuelo. Era la nave de Plackett, y este capitán solía realizar largos trayectos en dirección exterior respecto al núcleo de la galaxia que atravesaban Khulan y el Halo Bethan. Sin embargo, el informe que le había pasado el rubricador auxiliar le indicó a E. F. Montvelt que el Consuelo había partido ocho meses atrás de San Velabó, y que había llegado, a Balhaut procedente del interior de la galaxia. Plackett había cambiado de costumbres. E. F. Montvelt decidió que le preguntaría el motivo cuando el capitán bajara a tierra. Le gustaba recibir en persona a todos los capitanes. Era una cortesía anticuada que su tío le había enseñado.

Ya sospechaba la respuesta que Plackett le daría. La guerra siempre cambiaba el destino y las rutas del comercio. La cruzada había reabierto buena parte de Grupo Khan y otros territorios interiores. Plackett se había dirigido hacia donde estaban los negocios.

Sólo que no era Plackett. E. F. Montvelt leyó en el informe que el Consuelo había cambiado de manos. El nombre del nuevo propietario era Jonas.

—Jonas —dijo en voz alta.

Varios de los oficinistas levantaron la cabeza.

—¿Ha dicho algo, señor? —preguntó uno de ellos.

E. F. Montvelt miró al joven.

—Jonas —repitió—. El informe dice que el capitán del Consuelo se llama Jonas.

—¿Qué importancia tiene?

—¡Jonas! —le espetó E. F. Montvelt—. ¿No lo sabes? ¡Jonas!

—Señor, no capto la importancia que pueda llegar a tener —admitió el oficinista.

E. F. Montvelt tuvo que recordarse que todos eran unos jovenzuelos incultos. Eran demasiado jóvenes. Ninguno conocía las tradiciones. En los tiempos de su tío, todo el mundo reconocía el nombre de Jonas. Era un nombre comodín, un seudónimo. Se escribía en el informe cuando no se sabía el nombre del capitán. A veces, los comerciantes libres llegaban a utilizar ese nombre para ocultar su verdadera identidad o para desviar la atención de una estafa en la carga.

—¡Jonas! —insistió E. F. Montvelt—. ¡Lo del Diablo Jonas!

—Ah, esos cuentos para niños —dijo el joven asintiendo con la cabeza—. ¿Qué era lo que tenía? ¿Una caja?

—Un arcón —lo corrigió E. F. Montvelt con un suspiro.

—Eso es, un arcón. —El joven se echó a reír—. En lo más profundo del espacio, donde tenía metidas las almas de los pobres navegantes muertos en accidente en

mitad del vacío.

El joven volvió a reírse ante la idea y negó con la cabeza.

E. F. Montvelt bajó al atracadero número dos.

Se abrió paso a través del gentío que abarrotaba el muelle. La tripulación y los pasajeros salían a raudales de la nave, y para recibirlos había llegado toda clase de gente. Los operarios del atraque, los funcionarios de impuestos con sus sombreros bicornios, los inspectores de la Guardia Interior, los avitualladores, los vendedores ambulantes, los porteadores, los buhoneros. Había charlatanes que ofrecían rutas guiadas por los campos de batalla, o alojamientos lujosos, o papeles de transferencia para bajar a la superficie. Había revendedores que ofrecían permisos y papeles obligatorios para que nadie te hiciera preguntas. Había hombres de negocios y ciudadanos particulares, que habían llegado a Estación Alta para darle la bienvenida a la nave. E. F. Montvelt tuvo que abrirse pasos a empujones entre la multitud. Le llegó el olor a axilas sudorosas y a halitosis, al ajo de los pasteles de carne de un puesto de comida ambulante, a azúcar quemado de un vendedor de dulces, al ozono de los campos de presión atmosférica del muelle y, por encima de todos los demás olores, el del aire viciado y rancio, con un aroma un poco jabonoso, que flotaba en un atracadero cuando la nave expulsaba la atmósfera reciclada que había pasado por los filtros de oxígeno a lo largo de ocho meses.

Varios servidores pasaron con andares pesados mientras arrastraban trenes de vagonetas llenas de cajas. Un remolcador aulló por encima de ellos con todas las luces de navegación encendidas. El Consuelo, un transporte gigantesco cubierto de manchas de óxido y con los costados quemados por el vacío, se alzaba orgulloso sobre el atracadero. Las dotaciones de tierra ya se habían puesto a trabajar y escalaban los costados carbonizados como montañeros en una ladera rocosa. E. F. Montvelt oyó el repiqueteo sordo y profundo de las botas magnéticas mientras los servidores cruzaban el casco en perpendicular a él. Se asomó por encima del pasamanos y miró hacia abajo, a la sombra alargada del atracadero. Observó que las pasarelas de las compuertas estaban extendidas y conectadas, y vio el centelleo de los equipos de soldadura. Más allá de la sombra del atracadero se veían las nubes blancas y cegadoras de Balhaut, que se deslizaban lentamente de un lado a otro.

E. F. Montvelt abrió la placa de datos y le echó otro vistazo a los documentos de la nave. El Consuelo, como era de esperar, llevaba muertos. Entre las mercancías que aparecían en la declaración de carga se incluían «Cincuenta contenedores mortuorios, certificados, transportados para ser enterrados en Balhaut». Los detalles adicionales explicaban que cada contenedor incluía veinte cadáveres, completos o parciales, y que todos viajaban de forma individual en el interior de ataúdes sellados. Eran soldados del 250.º de Fusileros de Boruna, un regimiento nativo de Balhaut, y parte de las bajas sufridas en el trágico fracaso de Aldo en Helice. Eran chicos de Balhaut que volvían a casa.

En el manifiesto de pasajeros aparecían grupos de dolientes procedentes de San

Velabo. Algunos de ellos eran de alta cuna, por el aspecto de sus títulos y cargos honoríficos, y realizaban el viaje a Balhaut como una muestra formal de respeto y deber. E. F. Montvelt se arregló el cuello del traje y se cepilló con la mano las mangas del abrigo. La cortesía, siempre la cortesía.

Las compuertas de descarga del Consuelo comenzaron a abrirse como enormes fauces. Distintas lenguas metálicas, rampas de descarga y pasarelas articuladas surgieron del interior para conectar los compartimentos de transporte con el muelle del atracadero. Unos cuantos servidores de carga estaban bajando el primero de los contenedores. E. F. Montvelt vio a varios pasajeros y miembros de la tripulación que desembarcaban por la pasarela más cercana.

Se trataba de dos viudas que iban cogidas del brazo y que llevaban el rostro cubierto con un velo. Ambas avanzaban bajo un único parasol de varilla doble. Detrás de ellas iban tres sirvientes vestidos de librea que cargaban con un arcón de madera de palisandro y un tripulante con un mono de faena manchado de grasa que llevaba al hombro un rollo de cable grueso. Tras este primer grupo bajaron un coronel de aspecto cansado con una manga vacía, que caminaba cojeando, y al que acompañaba un ayudante solícito seguido de un individuo de estatura elevada y complexión atlética que llevaba puesto un abrigo largo de cuero de color beige. La cabeza rapada del individuo tenía un aspecto imponente y su cara mostraba unos rasgos acentuados, como si la hubieran diseñado con un propósito ergonómico. El equilibrio en sí del cráneo mostraba una desierta desigualdad: el rostro era hermoso, de facciones inteligentes, pero estaba en una cabeza que parecía quizás demasiado pequeña para pertenecer a una cara como aquella. El individuo caminaba con el porte erguido y la barbilla elevada; lo que indicaban una formalidad militar.

Fue entonces cuando E. F. Montvelt vio a la otra viuda. Llevaba un vestido de luto, de seda negra con una estola de piel de marta, también de color negro intenso, y un pañuelo púrpura. Los faldones del vestido, tejidos con capas de seda y crepé, crujían con cada paso que daba. Llevaba el cabello, de un color dorado casi blanco, recogido en un moño alto, y de ese moño colgaba un velo de gasa negra tan fina que parecía humo. No se le distinguía la cara, pero el velo no ocultaba en absoluto la curva elegante de su cuello. La nuca estaba completamente a la vista, en lo que a él le pareció una desnudez indecente, casi premeditada.

E. F. Montvelt se acercó a las personas que desembarcaban.

—¿Capitán Jonas? ¿Capitán Jonas?

Nadie pareció hacerle caso.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó al tripulante que llevaba el cable.

El hombre se encogió de hombros en un gesto de indiferencia. Ofendido por sus modales, E. F. Montvelt se dio unos cuantos golpecitos en las insignias y en los símbolos de su gremio, y del rango y el servicio que tenía en el Munitorum, que se veían en la pechera izquierda de su chaqueta de color enebro.

—¡Ahora estás en mi terreno! —dijo a aquel individuo apático.

—Me alegro —respondió éste antes de pasarse el rollo de cable al otro hombro.

—¿Dónde está el capitán de la nave?

—Esa señora de allí le pidió que comprobara personalmente su equipaje —le contestó el individuo señalando con un gesto del mentón a la viuda de la nuca escandalosa.

—¿Señora? —la saludó E. F. Montvelt mientras se le acercaba—. Le ruego me perdone, pero ¿sabría dónde se encuentra ahora mismo el capitán?

—Oh, señor, está muerto —le contestó la señora.

Su voz era débil, pero muy clara, y tenía un acento lejano. Habló con un leve temblor, como si estuviera luchando por contener la emoción.

—¿Está muerto?

—Así es. Algo terrible —le confirmó ella con otro leve temblor en la voz.

—Pero ¿cómo sucedió?

—Bueno, pues nos vimos obligados a asesinarlo cuando no se mostró dispuesto a cooperar con nosotros.

E. F. Montvelt no era capaz de distinguir su rostro bajo el fino entramado del velo, pero sí que sintió que lo miraba fijamente y captaba la expresión de inquietud que mostró su cara ante aquella respuesta.

—¿Qué es lo que ha dicho, señora?

—No puedo mentir. Lo lamento mucho —contestó ella a través del velo.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? —inquirió E. F. Montvelt al notar que el temblor en su voz aumentaba a cada momento.

—No, no. Es que no puedo mentir, y por mi alma que es una carga terrible. Estoy obligada a decir todas y cada una de las verdades, hasta las más horribles.

—Quizá deberíais sentaros —sugirió E. F. Montvelt.

—Mi querida hermana, ¿otra vez te has excedido con tus esfuerzos?

El hombre alto con el abrigo de color beige apareció al lado de la viuda y le puso una mano en la manga en un gesto solícito. Llevaba las manos cubiertas con guantes.

—Este caballero ha preguntado por el capitán —contestó la dama. El individuo miró a E. F. Montvelt. Al igual que la viuda, su voz mostraba un acento extranjero.

—Le pido disculpas. Mi hermana está bastante afectada y debe perdonarla. La pena la ha afectado terriblemente.

—Cuanto lamento oírlo —respondió E. F. Montvelt con sinceridad—. No fue mi intención molestarla.

—No lo he pensado ni por un momento —lo tranquilizó el hombre, que mantenía aferrado el brazo de su hermana con bastante fuerza, como si temiera que se soltara y se escapara.

—Sin embargo, es la verdad —insistió ella—. No puedo mentir. Ni una sola vez más, nunca jamás. Me es imposible hacerlo. Es el precio que debo pagar. Si deseo conocer la verdad, debo decir la verdad, por lo que de mi boca sólo debe salir la verdad y…

—Tranquila, hermana, o caerás enferma. Déjame llevarte a un lugar recogido donde puedas recuperarte. —El hombre se volvió hacia E. F. Montvelt—. ¿Señor?

—Hay una sala de llegadas en el muelle de desembarco, al final del atracadero —le confirmó éste al mismo tiempo que le indicaba la dirección con un gesto.

—Sois extremadamente amable. Lady Eyl apreciará vuestra comprensión. No sabe lo que dice.

—Sí, es evidente. Le pregunté si sabía dónde se encontraba el capitán, y me dijo directamente que lo había asesinado.

Se echó a reír, pero el hombre no lo hizo.

—¡Eso es porque estoy embrujada! —protestó la viuda.

—El capitán fue a una de las bodegas de popa, la número dieciséis. Le pedí que se ocupara de nuestras pertenencias. Creo que allí lo encontrará.

—Le doy las gracias —le contestó Montvelt.

El individuo se llevó a su hermana y Montvelt subió por la pasarela para entrar en la nave. Activó de nuevo la lista de pasajeros en la placa de datos y buscó en ella. Lady Eyl. Allí estaba. Lady Ulrike Serepa fan Eyl, de San Velabo. Viajaba con su hermano Baltasar Eyl y un grupo de sirvientes.

E. F. Montvelt, que todavía se encontraba algo incómodo por su encuentro con la afectada lady Eyl, descendió hacia las entrañas del viejo transporte. Se preguntó a quién habría perdido aquella mujer. A su esposo, sospechó. Otro hermano, quizá. Qué cosas había dicho. No quiso ni pensar en lo que habría sufrido aquella mente para estar tan desgarrada y desorientada. Los muertos regresaban a Balhaut y llevaban a sus fantasmas con ellos, pero las apariciones verdaderamente terroríficas eran las almas destrozadas por la pérdida.

Las cubiertas inferiores del Consuelo estaban en silencio. Los compartimientos a oscuras, los pasillos en penumbra, las corrientes de calor que notaba en la cara procedentes de los conductos impulsores, el mal olor de un aire respirado demasiadas veces, el sonido del casco al crujir y asentarse a medida que la gravedad orbital común reemplazaba por completo la locura distorsionadora del empíreo.

Las lámparas protegidas por rejillas iluminaban con un brillo suave y amarillento. Sus superficies antaño blancas habían quedado teñidas de marrón por el paso del tiempo. Caían las gotas producidas por la condensación aceitosa de los tubos de los sistemas de aclimatación que corrían a lo largo de todos los pasillos. El Consuelo chasqueaba y crujía mientras relajaba los huesos, como el gran caballero anciano que era. E. F. Montvelt disfrutaba de los olores y los sonidos que emitía un transporte veterano. Él mismo había formado parte de la tripulación de uno en su juventud. El Ganymede Eleison. Había servido en él durante tres años como sobrecargo auxiliar antes de que las influencias de su tío le hubieran conseguido un puesto fijo en Estación Alta. El eco hueco de sus pasos sobre los suelos de rejilla, el umbral bajo de las compuertas de los mamparos, el olor a pintura aislante, a grasa y a aire reciclado le recordaron todo aquello.

E. F. Montvelt encontró la bodega de carga en cuestión sin necesidad de comprobar los indicadores que había al lado de cada compuerta, ya que la disposición de los compartimentos del Consuelo era idéntica a la de todas las demás naves de su tipo.

El interior estaba lleno de vapor. Las fauces que formaba la rampa de descarga estaban abiertas de par en par, por lo que la luz del sol iluminaba la bodega y a través del suelo de rejilla de la zona de transporte dejaba a la vista una caída impresionante hasta las hermosas nubes de un color blanco níveo. Avanzó sobre el suelo de rejilla mientras Balhaut giraba bajo sus pies. Llamó a gritos al capitán.

Nadie le contestó.

Los contenedores de transporte estaban asegurados a lo largo del suelo de rejilla, listos para ser descargados por los servidores de manipulación. Todos tenían pegados los certificados adecuados y los sellos estaban intactos. E. F. Montvelt volvió a llamar por su nombre al capitán.

Sacó la vara de escaneo y la pasó por la placa del contenedor más cercano para comprobar que su código de certificación coincidiera con el número del informe.

Así fue, pero notó algo extraño. La vara había captado también una señal de temperatura.

Pegó la mano a un costado del contenedor y la apartó con rapidez.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el hombre del abrigo beige. Atravesó las nubes de vapor y se acercó al supervisor del Muelle 31 caminando por el suelo de rejilla.

—Estos contenedores… no son lo que parecen ser —dijo E. F. Montvelt.

—¿Por qué?

—Por el rastro de calor —le explicó el supervisor—. Ahí dentro hay un mecanismo. No son contenedores. —Le mostró a Baltasar Eyl un dial de la vara—. ¿Lo ve?

—Lo veo.

—Compruébelo usted mismo.

El hombre pegó una de sus manos enguantadas contra el costado del contenedor.

—No, señor, tendría que quitarse el guante para notarlo —le indicó E. F. Montvelt.

Baltasar Eyl se quitó el guante derecho. La mano que quedó al descubierto estaba tan cubierta de cicatrices, y tenía un aspecto tan terrible, que E. F. Montvelt no pudo evitar sobresaltarse y dar un paso atrás. Eyl vio su reacción.

—Las mantengo tapadas la mayor parte del tiempo —le explicó—. Sé el aspecto que ofrecen. Proclaman a los cuatro vientos el pacto que hice con mi amo.

El supervisor lo miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par. Eyl sonrió.

—No espero que lo entienda. Vaya, no hay más que oírme. Parloteo como mi hermana. El aislamiento del viaje me ha hecho ser más comunicativo. Estoy revelando secretos.

E. F. Montvelt dio un par de pasos hacia atrás.

—No he visto nada. De verdad, señor, no he oído nada —afirmó.
—¿Por qué me dice eso? —inquirió Eyl.
—Porque temo que, de no ser así, se va a ver obligado a matarme.
—Sí, creo que tendría que hacerlo. No se trata de nada personal, de verdad.
—Por favor, señor —suplicó E. F. Montvelt mientras seguía retrocediendo.

• • • • •

—¡Ha sucedido algo terrible! —gritó lady Eyl mientras corría por el atracadero—. ¡Ha sucedido un accidente horrible! ¡Se cayó! ¡Se cayó! ¡Por favor, vengan! ¡Se ha producido un suceso deplorable!

• • • • •

E. F. Montvelt cayó alejándose de la compuerta de descarga abierta del Consuelo. Bajó con los brazos abiertos hacia la atmósfera y las nubes brillantes. Era un recorrido muy largo.

Se encontraba cerca de la velocidad terminal, aunque ya estaba muerto. El rozamiento con la atmósfera empezó a quemarlo hasta que dejó a su paso una estela de fuego, semejante a la de una estrella fugaz a la que se le pide un deseo.

Siguió cayendo hacía el planeta. Tanto su tío muerto como él tenían razón.

Los muertos siempre parecían encontrar la manera de regresar a Balhaut.



DOS
De regreso a Balhaut

—¿Te acuerdas de Vergule? —preguntó Blenner mientras comían en el Club Mithredates.

—¿Vergil? —contestó Gaunt—. ¿Auguste Vergil? ¿El oficial de estado mayor de Oudinot?

—No, hombre, no. —Blenner se echó a reír—. Ver-gu-le. Salman Vergule. Un urdeshita del Cuadragésimo Segundo. Combatimos a su lado en Serpsika.

—Puede que tú lo hicieras. Yo jamás estuve en Serpsika. Estás pensando en otra persona.

—¿De verdad? —exclamó Blenner, con un ligero tono de preocupación en la voz.

Zettsman, que estaba sentado al otro lado de la mesa, se echó a reír.

—Parecéis un matrimonio de ancianos —les dijo mientras terminaba de recortar la punta de un excelente puro de hoja khulana. Luego lo encendió con una larga cerilla negra.

—¿Lo parecemos? —replicó Blenner.

—No estoy seguro de cuál de los dos debería sentirse más ofendido —comentó Gaunt.

—Yo tampoco —coincidió Blenner.

—Pues parloteáis como si lo fuerais —apuntó Hargiter, que tomaba cafeína en un vaso de cristal pequeño de fondo grueso.

—Jamás he parloteado en toda mi vida —le replicó Gaunt. Hargiter captó la mirada que le echó y se encogió de hombros.

—Quizá no, pero él seguro que sí —insistió señalando con un gesto a Blenner.

—¡Disiento de ese comentario! —replicó Blenner exagerando a propósito el tono.

—¿Qué decías de ese tal Vergule? —quiso saber Edur.

Blenner dio un par de palmaditas en la portada de la revista que había estado leyendo.

—Resulta que lleva aquí todo este tiempo. Llegó hace un año, más o menos a la vez que tú, Ibram.

—Espera —Gaunt dejó en la mesa las pinzas para coger los terrones de azúcar—. Ese tal Vergule… ¿era un tipo alto que siempre tenía una expresión de avergonzado en la cara?

—Justo ése —le confirmó Blenner.

—Sí, lo recuerdo. Creo que era de Fantine. Bueno, si está por aquí, no lo he visto.

—No es de extrañar. Aquí dice que está muerto —remarcó Blenner—. Su cuerpo está en la capilla regimental urdeshita desde hace doce meses.

—¿De qué murió? —quiso saber Zettsman.

—Ya sabes, de guerra —contestó Blenner.

—¿Dónde? —inquirió Gaunt.

—No lo dice —dijo Blenner, pero volvió a mirar la revista—. Espera, sí que lo

dice. En Morlond.

—No fue la única alma buena que se perdió allí —comentó Edur con voz fúnebre.

Blenner miró a Gaunt.

—Se me ha ocurrido que podríamos pasar por allí y presentarle nuestros respetos. ¿Te parece bien esta tarde?

—Tengo cosas que hacer, Vay.

Vaynom Blenner suspiró.

—¿Te parece mejor mañana por la mañana? Vamos, hombre, tenemos que pasarnos por allí y disculparnos por no habernos dejado caer antes. Es lo correcto.

—Supongo que sí —admitió Gaunt.

El camarero, vestido con un uniforme carmesí, negro y dorado, se acercó a la mesa donde los cinco comisarios imperiales estaban sentados.

—¿Desean algo más, señores? —les preguntó.

Gaunt hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Tráigame la cuenta para firmarla, por favor.

El camarero asintió. Blenner pareció alicaído.

—Estaba pensando pedir otra ración de tarta de frutas —comentó con voz lastimera.

—Acabarás pareciendo una tarta de frutas —le soltó Edur.

—¡Eh, no te pares! —lo cortó Blenner con aspecto dolido. Se dio unas cuantas palmaditas en la faja naranja del Comisariado que cubría su amplio estómago—. Esto es puro músculo. Músculo sólido.

—Edur tiene razón —dijo Gaunt mientras tomaba el estilo que le ofrecía el camarero para firmar la cuenta—. Cuando regresé de Gereon la primera vez, los pantalones de faena me colgaban como una tienda. El otro día, y son el mismo par de pantalones, me di cuenta de que tenía ya que abrochármelos por el tercer botón. Solía tener una tabla de lavar ropa por estómago.

—Algunos todavía la tenemos así —le contestó Blenner.

—Más bien como una pila de ropa —murmuró Hargiter.

—¡Eh! —bufó Blenner, y todos se echaron a reír—. Es el paso del tiempo. A eso me refiero. Regresaste de Gereon en el año setenta y seis, Ibram. Eso fue hace cinco años. Enfréntate a los hechos. Nos hacemos mayores.

—¡Habla por ti! —dijeron los otros cuatro comisarios al mismo tiempo. Volvieron a reírse.

Gaunt le dijo al camarero que pidiera su vehículo y esperó a Blenner en el atrio por educación. Su amigo más antiguo había desaparecido en el guardarropa del club después de quejarse de que se le había perdido un guante.

Habían envuelto las columnas de mármol con bandas de cretona negra y en las jardineras de ónice habían plantado lirios blancos. Al otro extremo del pasillo vio a dos artesanos vestidos con monos de trabajo que estaban trabajando en la última fase de la restauración de los murales bajo la ventana cóncava que daba a la calle, hacia el

norte y la puerta de la Oligarquía. El encargado nocturno del Mithredates le había contado a Gaunt que esperaban terminar las obras de restauración en un plazo de dieciocho meses. Habían tardado quince años en llegar hasta ese punto. El club había sufrido el impacto de un proyectil de tanque en las últimas horas de la guerra y sus murales intrincados habían quedado muy dañados.

Gaunt se preguntó si no habría cosas mejores en las que invertir quince años de restauración.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para el resto del día? —preguntó Zettsman, que se estaba abotonando el abrigo largo mientras se acercaba a él.

—Es posible que pase unas cuantas horas con los kapaj —contestó Gaunt.

—¿Qué tal son?

—Están bastante bien. Preferiría estar con los míos, pero a los kapaj les hace falta que los pongan en forma, y la Sección siente mucho interés por toda esta tarea de monitorización.

—Ni me hables de eso. Me han puesto a cargo de un grupo de cadetes y se supone que debo hacerlos superar sus SP31. Son un desastre. Por el Trono, si hasta logran que Blenner parezca ser capaz de actuar a un nivel de competencia aceptable.

Gaunt se rio, pero el comentario le escoció. Blenner sufría a menudo demasiadas pullas por debajo de la línea de flotación.

—No sé por qué lo aguantas —comentó Zettsman.

—¿A quién?

—A Blenner, claro.

Gaunt se quedó callado un momento.

—Fuimos juntos a la schola progenium —respondió al cabo de un momento—. Vaynom ha sobrevivido durante más tiempo que nadie que yo conozca. Tengo que reconocerle ese mérito.

—Supongo. Además, claro, tenía razón en lo del paso del tiempo. Ninguno de nosotros se está haciendo más joven precisamente. A ti debe de resultarte algo especialmente extraño.

—¿El qué?

—Bueno, todos hemos cumplido con nuestro deber a lo largo de los años, y todos hemos tenido nuestros momentos de gloria, pero tu hoja de servicio nos deja a todos en evidencia. Si hubiera conseguido hacer la mitad de lo que has logrado tú, hace años que tendría un bastón de mariscal y un puesto en el alto mando.

—No es mi estilo.

—Ah, ¿y esto sí lo es? Como ya te he dicho, a ti esto debe de resultarte algo especialmente extraño, esta vida fácil, las comidas por placer, las tardes y noches en el club. Debe de resultar curioso aceptar que ya se ha acabado el servicio activo y que esto es el final del camino, que te dedicarás a supervisar a regimientos recién fundados y a criar barriga mientras pilotas una mesa de escritorio hacia el horizonte de un semirretiro.

• • • • •

—¿Qué te ocurre? —preguntó Blenner cuando se reunió con él. Ya había encontrado el guante.

—Nada.

—No me vengas con esas, Ibram. Tienes esa expresión en la cara. Zettsman ha hablado contigo hace un momento. Vi cómo se alejaba. ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Nada —repitió Gaunt.

—Te tiraré al suelo para hacerte confesar, no creas que no lo haré.

Gaunt miró a Blenner. Este todavía no se había acostumbrado al destello que aparecía en los nuevos ojos de su amigo.

—Zettsman me ha dicho algo. No pretendía ofender. Tan sólo ha sido algo en lo que yo no había pensado antes.

—Bueno, ¿y qué es? ¿Que debes toda tu carrera a mi ejemplo inspirador?

—Esa revelación ha sido todo una sorpresa, sí —contestó Gaunt con una sonrisa, aunque un tanto forzada—. No es eso. Resulta que supuso que ya estoy acabado. No lo dijo con segundas. No había mala intención en el comentario. Simplemente, dio por sentado que yo ya había cumplido y que mi carrera en la línea del frente ya se había acabado.

—Ah —se limitó a decir Blenner.

—Siempre supuse que, a su debido tiempo, llegaría la orden de reincorporarse y que llevaría al Primero y Único de vuelta a la línea de combate. En el frente principal de la cruzada, en el secundario, me da igual. Jamás se me llegó a pasar por la cabeza la idea de que sería de otro modo.

—Te preocupas demasiado.

—Me darán un puesto en el frente de nuevo, ¿verdad?

—Te preocupas demasiado.

—Pero…

—Mira, viejo —lo interrumpió Blenner al mismo tiempo que le daba unos cuantos golpecitos en la manga—, has pasado en la línea del frente mucho, mucho tiempo. Tú, y los Fantasmas. ¿Cuánto tiempo en total?

—Desde la fundación. Doce años.

—¡Doce puñeteros años, viejo! Doce puñeteros años sin una sola rotación de descanso fuera de la línea del frente. ¡La mayoría de los comandantes de regimiento ya habrían mandado una queja formal al estado mayor!

—Pensé hacerlo.

—Y gracias al Emperador que lo hicieron antes de que tuvieras que quejarte.

—Han pasado dos años desde lo de Jago, Vay.

—Necesitabas todo ese tiempo para recuperarte, viejo demonio. Esos cabrones

casi acabaron contigo.

Gaunt se encogió de hombros.

—Ya hemos descansado. Hemos regresado a Balhaut, a un planeta que creí no volver a ver nunca, y llevamos aquí un año. Nos estamos poniendo gordos y nos estamos aburriendo, pero nada de eso me preocupaba, porque esperaba que la orden de partida llegara cualquier día.

—Llegará.

—¿Lo hará?

—Sí.

—¿Volveré al frente?

—¡Por el Trono, Ibram! ¡Si eres el puñetero protagonista de un póster ridículo sobre el heroísmo imperial! No podrán pasar mucho tiempo sin que tú regreses al frente.

Gaunt asintió.

—Y si quieres saber mi opinión, no sé por qué tienes tanta prisa por hacerlo —le comentó Blenner mientras se dirigía hacia la puerta.

Fuera, el aire invernal estaba tan frío como helado el ánimo de Gaunt. El cielo mostraba un leve tono rosáceo, y la luz había convertido a la ciudad en un paisaje blanco de textura harinosa. Se pararon en las escaleras para ponerse los guantes. El aliento se les condensaba nada más salirles de la boca.

—Siento el retraso, señores —se disculpó el portero.

El coche de Gaunt todavía no había aparecido. Hargiter estaba en la acera, esperando también que llegara su vehículo desde la zona de aparcamiento del club. Se reunieron con él.

Hargiter estaba contemplando con atención la línea de edificios de la ciudad. Muchas de las torres y de las cúpulas todavía estaban cubiertas con lonas y andamios. Faltaban algunas piezas, igual que en una dentadura mellada.

—¿Estabais aquí, verdad?

—Ah, pero era muy distinto en aquel entonces —respondió Blenner—. Recuerdo la Torre del Plutócrata…

—Tú no estabas aquí, Vay —lo replicó Gaunt—. Los greygorianos y tú os encontrabais en Hisk.

—Sé educado —le contestó Blenner con un puchero en los labios—. Si no me hubieras interrumpido, habría terminado de decir que recuerdo la Torre del Plutócrata por los numerosos grabados al negro y al aguafuerte que he visto. Sí, Ibram estuvo aquí. De hecho, creo que él es la razón principal para que ya no haya una Torre del Plutócrata.

—Dudo que reconozcáis este sitio. Sufrió tal castigo que no debía quedar mucho en pie cuando todo acabó.

—Así es —admitió Gaunt—. El tiempo pasa y las cosas cambian. Se tiende a verlo todo con ojos distintos.

—Por supuesto, en este caso, lo dice literalmente —bromeó Blenner.



TRES

El Capitán Daur y la sota de copas

Caminó hasta llegar el final de la calle Selwire y, al llegar a una esquina ventosa, comprobó las direcciones que tenía escritas en un trozo de papel. La luz del día se desvanecía con rapidez y le dio la impresión de que se llevaba todo el calor consigo. Se preguntó si caería una nevada. Se preguntó si sería tan grande como el problema en el que estaba a punto de meterse.

Las instrucciones decían que debía doblar la esquina, girar hacia la izquierda y cruzar el túnel que pasa por debajo de la carretera. Luego debía atravesar un pequeño patio situado detrás de la casa familiar de un comerciante y de una textifactoría. Finalmente, tenía que bajar seis peldaños desde el nivel de la calle de una escalera con un pasamanos de hierro negro rematado por un pico de grifo. Al final había una puerta roja, del color de la cinta de una medalla por la victoria.

Cayó en la cuenta de que también era el color de las páginas de una orden de acusación del Comisariado.

No tenía sentido pensar así. Había llegado demasiado lejos como para darse la vuelta. Bajó la escalera y apretó el botón de marfil del timbre. El patio por el que había pasado estaba iluminado por las luces de la textifactoría. Trabajaban hasta tarde. Oyó el repiqueteo de las máquinas de coser y el chasquido repetitivo de los telares, semejante al tableteo lejano una ametralladora.

La puerta se abrió, y una mujer atractiva con un vestido verde apareció en el dintel. Sonreía levemente, como si alguien a quien él no pudiera ver le hubiera contado algo divertido justo antes de abrir la puerta.

—Capitán —lo saludó.

—Hola —respondió él.

—Supongo que no habrá llamado a la puerta equivocada, ¿verdad?

—No si esto es Zolunder.

—No pone ese nombre en la puerta, pero lo es. Necesitará dos cosas para entrar.

El capitán le mostró el grueso fajo de billetes que le había estado quemando en el bolsillo del pantalón igual que un carbón al rojo vivo.

—Esa es una de ellas. La otra es un nombre.

—Daur —dijo Ban Daur.

Su anfitriona lo condujo por un pasillo helado hasta llegar a unas escaleras que llevaban a la zona principal del salón. El aire olía muy bien con el aroma a especias que salía de la cocina, y el ambiente musical lo proporcionaban una serie de pinzones cantores que aleteaban y saltaban en el interior de las delicadas jaulas que colgaban del techo. La casa Zolunder estaba muy lejos de los antros y de los garitos de juego habituales donde los soldados perdían su paga. Era un lugar discreto y elegante, exclusivo para oficiales y aristócratas.

Se estaban jugando tres partidas en otras tantas mesas de superficie lacada dispuestas a lo largo de la estancia. Varias chicas solícitas ataviadas con vestidos de

noche iban de un lado a otro con bandejas de bebidas.

—¿Para qué quería mi nombre? —preguntó Daur a la anfitriona, aunque él ya sabía el motivo.

Zolunder disponía de una conexión ilegal con la base de datos del Munitorum, y la utilizaban para comprobar las identidades. Para llegar más allá de la puerta roja y de la anfitriona de vestido verde había que decir quién eras de verdad. Cualquier intento de engaño se veía con muy malos ojos.

—Por seguridad —le contestó ella.

La mujer lo llevó hasta el bar. A Daur le resultó curioso que la barra estuviera hecha de una sola pieza de madera de nal pulida. ¿Eso sería un buen presagio, o quizá lo contrario?

—¿Qué es lo que le llama la atención? —preguntó su acompañante.

—Nada.

—No lo había hecho antes, ¿verdad?

—No, no es mi comportamiento habitual.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

Daur se encogió de hombros.

—Necesito ganar un poco de dinero.

—Lo que lleva en el bolsillo es un poco de dinero.

—Un poco más.

—¿Está metido en problemas?

—¿No lo está todo el mundo?

La anfitriona frunció el entrecejo. Era una buena respuesta. Casi todo el mundo al que veía cruzar la puerta roja estaba metido en alguna clase de problema; incluso si ese problema era un exceso de afición a las cartas. Siempre había sentido lástima por los clientes que llegaban con sueños imposibles de convertir un poco en un mucho. Nunca sucedía.

Sentía una lástima especial por los individuos, como aquel capitán de aspecto agradable, que parecían honrados y de buen corazón y que estaban a punto de arruinar para siempre su vida.

—Mandaré a alguien —dijo finalmente.

—¿Por qué?

—Para que le haga compañía hasta que quede un hueco en alguna mesa —explicó ella.

—Pensé que usted ya me estaba haciendo compañía.

Ella se echó a reír.

—No puede permitírseme, capitán.

Él se sonrojó de inmediato.

—No quería decir que… —barbotó Daur.

Ella se sintió sorprendida de veras de que el capitán pensara que la había ofendido.

—Mandaré a alguien.

La anfitriona dejó a Daur en el bar y atravesó las cortinas que llevaban a las estancias privadas. Urbano estaba observando la zona del bar en un monitor. Parecía estar de muy mal humor.

—¿Qué le pasa a ese, Elodie? —le preguntó mientras señalaba la imagen de Daur en la pantalla—. Tiene un par de tics nerviosos que no me gustan.

—Pues el fajo que lleva en el bolsillo sí que te gustará. Es todo un caballero, y tan puro como el que más. Te podrás quedar con todo lo que lleva. Estoy segura de que disfrutarás con eso.

—¿Cuánto lleva encima? —quiso saber Urbano.

Se estaba limpiando delicadamente los dientes con un palillo de acero. Elodie trabajaba para Cyrus Urbano desde hacía ocho años, y seguía sin ser capaz de congeniar sus modales suaves con la brutalidad enloquecida de la que sabía que era capaz.

—No lo conté —respondió sarcástica—. Pero yo diría que unos mil como mínimo.

Urbano soltó un silbido.

—¿De dónde ha sacado mil un tipo como ese?

—Quizá lo ha sacado de la paga de la Guardia. Eso explicaría lo nervioso que está.

—La conexión dice que es un oficial del Primero de Tanith —comentó Urbano leyendo la información de la placa de datos.

—Está claro que está metido en alguna clase de problema. Eso hace que esté desesperado, lo que le hace ser descuidado —apuntó Elodie. Miró a su alrededor, a las chicas que estaban esperando en los sofás—. Necesito que alguien lo entretenga.

Dos o tres de las chicas habituales levantaron la mano.

—¿Dijiste que era de Tanith? —preguntó la chica nueva.

—Sí.

—Yo me encargaré. —La muchacha se puso en pie.

—Es verdad. Tú también eres de ese planeta muerto, ¿no es así? —le preguntó Elodie.

La chica asintió. Era atractiva, con la piel clara y el cabello oscuro propio de los tanith. Sólo llevaba dos noches con ellos, y seguía a prueba. Todavía no se había ocupado de ningún cliente.

—Envía a alguien que tenga un poco más de experiencia —indicó Urbano a Elodie.

—No, démosle una oportunidad. La casualidad de ser tanith es demasiado buena como para desaprovecharla. Al capitán Daur vamos a tener que tratarlo con cuidado si queremos que acabe debiéndole a la casa.

Urbano encogió sus enormes hombros, miró a la chica nueva y asintió.

—Ponte en marcha —le indicó Elodie.

La chica nueva sonrió, se miró en el espejo, se alisó el largo vestido rojo y se

dirigió a la salida.

—No lo olvides —le advirtió Elodie. La chica se detuvo y se dio la vuelta—. Intenta no cagarla, Banda.

La chica nueva sonrió.

—Lo haré lo mejor posible —contestó.

• • • • •

—Deberíamos beber algo —dijo ella.

Daur levantó la mirada. Había estado observando los pinzones cantores de la jaula más cercana.

—Quiero mantener la cabeza despejada —respondió.

—¿Has venido a jugar? —quiso saber ella mientras se sentaba a su lado. Replegó la falda del vestido sobre las piernas con un movimiento elegante.

—Sí.

—Entonces has venido a pasarlo bien. Tomaremos una copa, y luego quizá otra. Sacra —le ordenó al servidor de bebidas con dos dedos de la mano alzados.

—Es algo fuerte.

—¿No bebes sacra? —Se inclinó sobre él y lo olisqueó—. No eres de Tanith, ¿verdad?

—Soy verghastita. Ambos regimientos se combinaron tras el asedio de la colmena Vervun y se reestructuraron… —empezó a relatar Daur.

La chica del vestido rojo hizo el gesto de la boca parloteante con una mano.

—Muchas palabras y ninguna interesante —lo cortó—. ¿Cómo te llamas, verghastita?

—Ban. Ban Daur.

—¿Ban? Pues yo soy Ban-da.

—¿De verdad? Fíjate, hay una chica tanith en el Primero que se llama Jessi Banda. Se parece mucho a ti.

—¿En serio? Y yo que pensaba que era única.

—Bueno, ella también es muy guapa.

Banda sonrió.

—¿Ves? La boca se vuelve a mover, pero esta vez suena mucho mejor. Eso ha sido casi seductor.

—Puedo llegar a serlo —contestó él.

—¿Cuándo?

El servidor puso dos pequeños vasos de sacra delante de ellos.

—Te avisaré cuando esté a punto de ocurrir otra vez.

Brindaron entrechocando los vasos.

—Estás nervioso —le dijo ella en voz baja.

—Todo esto es demasiado nuevo para mí.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—No tuve mucha elección.

—¿Te presionan para que lo hagas?

—Algo así.

—Déjame adivinar. Estás en manos de un oficial superior malvado con el que mantienes una deuda tremenda. Te ha enviado para conseguir dinero y quedar en paz, porque eres un tipo tan inocente y tan bueno que reventarás la banca. Tú eres su arma secreta.

Daur se quedó pálido.

—No hagas eso —le dijo estremecido.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué has dicho eso?

—Sólo bromeaba. Por el Trono, ¿es que me he acercado demasiado a la verdad?

Daur tomó otro sorbo de la bebida.

—¿Cómo se llama ese tipo? —le preguntó ella.

—Rawne.

—¿Y tú eres su arma secreta?

—¿Cómo voy a serlo si me has descubierto?

Ella se encogió de hombros. Luego vio que Elodie le hacía señales desde las cortinas.

—Ha quedado una silla libre. ¿Te sientes con suerte? —le preguntó a Daur.

• • • • •

Urbano contempló en el monitor cómo el capitán tanith se sentaba en una de las mesas lacadas. La chica del vestido rojo se puso a su lado y le pasó el brazo por encima del hombro en un gesto más que familiar.

—Esto va a ser muy doloroso —comentó con una sonrisa—. El ninker está aterrorizado, muy lejos de su territorio. Es presa fácil.

—Eso, o es el mejor estafador que he visto en toda mi vida —respondió Elodie—. Casi es demasiado bueno para ser verdad.

—Es exactamente lo que vemos —le replicó Urbano con un bufido—. Lo tenemos en la base de datos. Tenemos que conseguir que se vuelva imprudente. Dejémosle jugar un par de manos y luego sacamos veinte mil de la caja fuerte para ponerlo en el fondo del crupier de su mesa. Asegúrate de que los ve. Asegúrate de que la boca se le haga agua. Quiero que todos los seguros que lleven puestos le salten por completo.

• • • • •

Las cartas eran grandes y estaban pintadas a mano. Salían disparadas de entre las manos del crupier como fichas de datos de un cogitador. El ambiente en la mesa estaba cargado de tensión.

Rawne le había enseñado los principios básicos del juego, una variedad llamada «reyes suicidas», pero la verdad era que distaba mucho de ser un experto. A cada mano tenía que esforzarse en recordar la jerarquía básica de combinaciones y los momentos correctos para descartarse, así que era incapaz de acordarse de las indicaciones que le habían dado: tres del mismo tipo ganaban a dos parejas, y un cuádruple ganaba a todo menos a las dinastías; las posibilidades de conseguir una dinastía formal o una real eran de 649.739 a una, por lo que un mal jugador siempre persigue manos que son estadísticamente muy improbables; el dos de espadas hacía que se invirtiera la marcha de la partida, la secuencia del juego, y permitía que se apostara fuera de turno; el rey de copas, o Sejanus el Azul, como lo llamaban habitualmente, funcionaba como comodín si la partida se jugaba en el sentido de las agujas del reloj, y el as de espadas, con el punto que indicaba la numeración aumentado para que cupiera el sello del pago de impuestos, era el comodín si se jugaba en sentido contrario. Por último, le habían dicho que debía basar las apuestas en un cálculo de las posibles jugadas ajenas. Ciertas cartas eran elementos casi mágicos que podían decantar las partidas empatadas.

Había tanto que recordar que Daur se concentró en las dos reglas principales: no arriesgar demasiado, para así durar más, y procurar que sepan lo mucho que tienes en el bolsillo.

Se jugó lo mínimo imprescindible en cada mano, pero entre cada una de ellas, o cuando cambiaban de crupier, sacaba el fajo de billetes y fingía contarlo por debajo del borde de la mesa. Jugó en total cuatro manos, no ganó nada, pero perdió lo mínimo.

—¡Por el Trono! ¡Haz una apuesta de verdad de una vez! —susurró la chica tanith al oído.

La anfitriona del vestido verde apareció justo antes de que comenzaran a repartirse las cartas de la quinta mano y se acercó a la mesa con un maletín estrecho de cuero. Abrió el cajón que el crupier tenía justo delante en la mesa y dejó a la vista su interior. En aquella bandeja de madera ya había bastante dinero, unos quince mil en diferentes billetes.

Luego abrió el maletín y metió en el cajón otros veinte mil en fajos de billetes nuevos. Daur contempló todo aquello parpadeando cada vez con más rapidez.

—¿Me puedes traer una copa? Tengo la boca un poco seca —pidió a la chica tanith.

—Claro —respondió ella, y se alejó de la mesa.

La anfitriona cerró el cajón y se marchó con el maletín. Empezaron la quinta mano. A Daur le dieron un par de sietes, y empezó a apostar con un poco más de energía.

La tanith regresó y le puso la copa al lado de la mano.

—Todo listo —le susurró al oído. Miró a la mesa—. ¿Te estás volviendo atrevido? —añadió burlona.

La ronda de apuestas recorrió toda la mesa y sólo quedaron Daur y otro jugador, un oficial de la Armada de aspecto hosco, quien pujó para ver las cartas.

Los dos tenían un par de sietes. El oficial resopló por la nariz y le dio la vuelta a la carta oculta. Era el diez de espadas.

Daur le dio la vuelta a la suya.

La sota de copas.

El crupier le pasó el montón del dinero de las apuestas a Daur. Acababa de ganar más de cien en una sola mano.

—Empiezas a gustarme —dijo riendo la chica tanith mientras le acariciaba la oreja.

Se oyó un estruendo repentino. Era el tipo de estruendo que provocaría una puerta de color rojo semejante al de una cinta de medalla al ser derribada de una patada. Se produjo una conmoción y se oyeron varios gritos. Los jugadores se levantaron de un salto y las cartas salieron despedidas por doquier. Cuatro individuos con uniforme de combate y pistolas en la mano irrumpieron en el salón. Algunos de los jugadores y de las chicas intentaron huir, pero los soldados habían bloqueado todas las salidas y los apuntaban con sus armas.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó Urbano nada más salir de entre las cortinas. Elodie se quedó detrás, con la esperanza de que su jefe tuviera el sentido común de no empezar una pelea.

—A mí me parece que se trata de una serie de partidas ilegales —contestó el comisario imperial que entró tras los soldados.

—¡Oh, vamos! Sabe que se trata de una pérdida de tiempo —exclamó Urbano.

El comisario miró a su alrededor.

—Ya. Así que éste es el famoso Zolunder, ¿no? No tiene ni idea de cuánto tiempo lleva el Comisariado queriendo cerrar este lugar. —Miró fijamente a Urbano—. Es un sitio bonito. Quiero decir, con gusto. Tiene un dibujo en la alfombra que no es consecuencia de un vómito mal limpiado. Eso es bastante inusual según el estándar habitual de los salones de juego.

—Está cometiendo un error, comisario…

—Hark —le aclaró el comisario.

—Bueno, comisario Hark, debería saber que el Comisariado ya lo ha intentando unas cuantas veces, pero no le ha servido de nada.

—Oh, tranquilo, ya sé cómo se cubre las espaldas. Esos abogados tan caros a los

que paga logran que cualquier búsqueda sea declarada un registro ilegal y mantiene guardado casi todo el dinero en metálico en la caja fuerte, porque sabe que sólo podemos confiscar el dinero que esté en circulación por las mesas. Así pues, nos llevamos unos pocos cientos, le ponemos una multa por juego ilegal, y nos vamos con el rabo entre las piernas.

El comisario le sonrió antes de seguir hablando.

—El problema es que no hemos venido para efectuar otra inspección inútil en Zolunder, pero va a desear que hubiera sido eso.

—¿De qué está hablando? —preguntó Urbano con un gruñido—. Deme de una vez el papel de la multa y váyase.

El comisario puso una mano en el hombro de Daur. El capitán se quedó quieto mirando las cartas, pero se estremeció al sentir el contacto.

—Hola, Daur.

—Señor —susurró Daur.

El comisario miró a Urbano.

—Hemos venido a por el capitán Daur.

—¿Qué es lo que ha hecho? —quiso saber Urbano.

—No es asunto suyo, pero sí le diré que fue muy desagradable. Y ha sido lo suficientemente malo para él como para que viniera corriendo aquí con la intención de conseguir a la desesperada dinero suficiente como para comprar un billete que lo sacara del planeta. Cogedlo, muchachos.

Los soldados rodearon a Daur y lo pusieron en pie. Uno de ellos lo esposó y se alejó con él hacia la salida.

—¡Soltadlo! —gritó la muchacha tanith.

—Esposadla a ella también —ordenó el comisario a los soldados—. Que nos cuente lo que sabe sobre él.

La tanith empezó a gritar y a chillar cuando otro de los soldados la llevó esposada fuera del local.

El comisario se volvió para mirar de nuevo a Urbano.

—Una última noticia mala —le dijo—. Hemos apresado a un desertor en plena huida. Eso lo convierte en un caso de segunda clase, lo que significa que podemos incautar todos los bienes involucrados en dicha acción.

—Tiene que estar de broma —masculló Urbano en voz baja y con los ojos abiertos de par en par por la rabia que sentía.

El comisario negó con la cabeza con un gesto suave. Los dos soldados que quedaban se dedicaron a recoger el dinero de las mesas y a vaciar los bolsillos a los demás jugadores antes de abrir el cajón de la mesa y sacar todos los fajos de billetes que Elodie había dejado allí minutos antes. Lo metieron todo en tres saquetes de lona para pruebas periciales.

—¿Quiere un recibo? —preguntó con sorna el comisario.

—Fuera —replicó Urbano.

• • • • •

Había comenzado a nevar. La textifactoría ya había cerrado y todas las ventanas estaban a oscuras. El cielo nocturno que cubría aquella antigua ciudad mostraba una amenazadora tonalidad granate. Los soldados metieron a Daur y a la chica tanith en la parte posterior de un camión de carga de ocho ruedas y luego subieron a bordo. El motor se puso en marcha con un rugido y luego salió del patio a la calle vacía.

El comisario se sentó atrás en un banco lateral, enfrente de Daur y la chica. Sopesó los saquetes.

—Unos veintidós o veintitrés —dijo.

Daur lo miró fijamente. El «comisario Hark» le sonrió.

—Buen trabajo, capitán.

—Gracias —respondió Daur—. Por cierto, tiene un aspecto ridículo con ese uniforme de comisario.

Rawne se quitó la gorra.

—Bueno, pero el truco funcionó.

—Ya te digo —asintió Meryn entre risas mientras se recostaba en el asiento y se desabrochaba el cuello de su uniforme de combate.

—¿Puedo sostener el botín? —pidió Banda a Rawne—. Sólo por un momento.

Rawne se echó a reír antes de lanzarle los saquetes.

Abrió los envoltorios de lona y olfateó su interior.

—Todavía acabaremos convirtiéndote en un criminal, Daur —dijo Meryn.

—Sólo voy a hacerlo esta vez, Meryn —contestó Daur.

—Oh, eso dicen todos —replicó a su vez Varl—. Absolutamente todos dicen lo mismo.

El camión aminoró la velocidad. Rawne se inclinó hacia adelante y dio un par de golpes en la mampara que los separaba de la cabina de conducción.

—¿Leyr? ¿Cant? ¿Por qué frenamos?

—Me parece que la carretera está cortada, jefe —contestó la voz de Leyr desde la cabina—. Vamos a girar a la izquierda.

El camión se balanceó al girar.

—Como iba diciendo —continuó Varl al mismo tiempo que agitaba un dedo delante de la cara de Daur—, tienes la desenvoltura de un estafador profesional.

Daur estaba a punto de responder cuando el camión se paró en seco.

—Pero ¿qué Feth…? —exclamó Varl—. ¿Qué Feth está pasando ahí delante, Cant? —gritó a través de la mampara de la cabina.

—¡Un control! —respondió la voz del soldado Cant.

—¿Qué?

—¡Es el Comisariado de Feth! —oyeron gritar a Cant—. ¡Pero el de verdad, quiero

decir!

Rawne miró a Meryn, a Varl, a Banda y a Daur.

—Esto no es bueno —musitó Varl.

—Exacto. Así es como se siente uno cuando se encuentra con algo que no es bueno.



CUATRO
Fortaleza Aarlem

Ya no había luz solar cuando el vehículo lo llevó de regreso a Fortaleza Aarlem. Mientras bajaban por la colina contemplo las lámparas de sodio que pasaban a toda velocidad por su lado, la línea del perímetro y la imagen borrosa que dejaban las cadenas y los alambres de espino. Los copos de nieve se reflejaban en el aire, lo que provocaba un efecto general semejante al de la estática en una pantalla.

Más allá de la zanja y de la doble valla, iluminado con focos potentes como sí fuera el escenario preparado para una actuación, se encontraba el campo de tiro principal. Las hileras de luces iluminaban las filas de cobertizos modulares. Fortaleza Aarlem recibía ese nombre precisamente por una fortaleza que antaño se alzó en ese mismo lugar. Había quedado arrasada durante la Famosa Victoria, y la guarnición actual se levantaba sobre sus cimientos.

Había sido su hogar durante un año.

Gaunt jamás esperó volver a Balhaut, y desde luego no había esperado ser destinado allí durante un periodo de tiempo. Dividía su vida, supuso que de un modo arbitrario, en tres partes: su época de cadete, su servicio con los hyrkanios y su mando con los Fantasmas. Balhaut había sido el final de su periodo con los hyrkanios, antes de la época con los tanith. Tenía la sensación de estar reviviendo el pasado.

Aunque lo cierto era que todo por lo que había pasado desde Jago le había hecho revivir el pasado.

Le habían efectuado injertos de piel, una parte importante, y de algún modo habían conseguido arreglar el destrozo que había sufrido en los órganos internos. Habían sido esos daños los que habían estado a punto de acabar con su vida a lo largo de las semanas posteriores a su rescate de manos de los torturadores del Archienemigo, y eso le había ocurrido media docena de veces durante ese tiempo.

Por extraño que pareciera, los ojos habían sido las heridas más superficiales. No había mucho problema en encajarle unos implantes en las cuencas oculares. El general Van Voytz, quizá acuciado por un sentimiento de culpa, había autorizado unos implantes especialmente sofisticados de cerámica y acero inoxidable. En cuestión de rendimiento, eran mejores que los ojos originales de Gaunt. Disponía de una percepción mejorada, tanto en amplitud como en profundidad de campo, además de un aumento sustancial en la capacidad de visión por calor latente y de luz fría. Además, le sentaban bien. Parecían… ojos. Recordaban un poco a los de porcelana de una muñeca cara, que era lo que pensaba a menudo cuando veía su reflejo en un espejo, pero al menos mostraban vida, ya que no estaban apagados como los de una muñeca. Cuando se los miraba en el ángulo adecuado, se veía un destello de fuego verde en ellos.

Sin embargo, eran los ojos lo que más le incomodaba, más que los meses de injertos de piel, más que todos los medicamentos y operaciones que había tenido que sufrir para curar del todo sus entrañas suturadas. Los ojos no le dolían, funcionaban a

la perfección, y no asustaban a los niños. Simplemente, no eran sus ojos.

Y de vez en cuando veía…

No tenía muy claro lo que veía. Ocurría con demasiada rapidez, era demasiado subliminal. El doctor Dorden le había dicho que ese fenómeno no tenía nada que ver en absoluto con sus ojos nuevos. No era más que el trauma de haber perdido los ojos naturales. Ese recuerdo todavía le afectaba a los nervios ópticos.

Parecía probable. Gaunt no podía recordar mucho de todo lo que le había hecho el Pacto Sangriento, y lo poco que recordaba eran más sensaciones que imágenes visuales, pero notaba el dolor que transmitían. Estaba convencido de que esas visiones intermitentes eran destellos de lo último que habían visto sus antiguos ojos.

Los neumáticos de la limusina repiquetearon sobre la superficie de rejilla del puente que cruzaba el foso y llegaron ante la puerta principal. Los faros del vehículo iluminaron la pintura negra y amarilla de las barreras, que un momento después se alzaron como las fauces de una bestia.

Los barracones de los tanith se encontraban en el lado oeste del campo de tiro, enfrente de los blocaos de color verde oliva ocupados por tropas del 52.º Bremenen. Todavía nevaba un poco, aunque la nieve no acababa de cuajar en el suelo. Los gruesos copos adquirían una tonalidad amarillenta al pasar bajo el brillo ámbar de las lámparas de sodio. El aire estaba cargado del frío metálico que se podía notar en el fondo de los pulmones cada vez que se respiraba.

Gaunt se bajó de la limusina al lado de los peldaños que daban al interior del puesto de mando. El conductor le sostuvo la puerta.

—¿A qué hora vengo mañana, señor? —preguntó.

—No lo haga —replicó Gaunt. Se volvió para mirar fijamente al hombre, que se envaró de repente—. Voy a pedir otro conductor.

—¿Señor? No lo entiendo —murmuró el hombre.

—Me hizo esperar —le reprochó Gaunt.

—Ya… ya me he disculpado por ello, señor —respondió el conductor, que se mantuvo en posición de firmes al mismo tiempo que se esforzaba por no mirarlo a los ojos de cerámica—. Se produjo un retraso en el garaje…

—Estaban jugando una partida de cartas en el garaje. Usted y los demás conductores. Tenía una buena mano que no quería desperdiciar, así que me hizo esperar.

El conductor abrió la boca, pero la cerró de inmediato. Ya era bastante malo que un comisario le soltara una reprimenda, pero era mucho peor que lo pillara en una mentira.

—Eso es todo —lo despidió Gaunt.

El conductor saludó, se metió de nuevo en el vehículo y se alejó presuroso.

Gaunt subió los peldaños del puesto de mando. Lo de la partida de cartas había sido una suposición afortunada. ¿Cómo se le había ocurrido? ¿Es que aquellos idiotas se estaban volviendo tan predecibles en su incompetencia y en sus pequeñas trampas?

O quizá él se estaba volviendo demasiado viejo y cínico. Ya lo había podido comprobar. Aquello no había sido más que un tiro a ciegas.

Excepto que tenía la sensación de haber visto toda la escena: los conductores inclinados sobre una caja a la que le habían dado la vuelta para utilizarla como mesa, con un brasero cerca, y las cartas yendo de un lado a otro, la aparición de un camarero del club llamando a voces los números de los coches oficiales que se habían pedido, el gesto despectivo de la mano y las palabras «Que el cabrón se espere un momento».

Tan claro como el agua.

Se echó a reír. Llevaba demasiados años como oficial disciplinario. Se conocía todos los trucos y las tretas. Las había visto un millar de veces.

Era el capitán Obel quien estaba de guardia. Se levantó de su mesa, que estaba al lado de las mesas de los oficinistas, vacías a esas horas de la noche, y se puso en posición de firmes para saludar. Los soldados apostados a los lados de la puerta hicieron lo mismo.

Gaunt indicó con un gesto de la mano que podían pasar a posición de descanso y luego se quitó los guantes.

—¿Qué tenemos a la vista esta noche, Obel?

Este se encogió de hombros.

—La raíz cuadrada de Feth, señor.

—¿Puedo ver el registro?

Obel se inclinó sobre la mesa y le pasó la placa de datos que mostraba el diario del regimiento y el registro de actividades. Gaunt lo revisó.

—¿El mayor Rawne está fuera de la base?

—Tiene un pase de tres días, señor.

Gaunt asintió.

—Sí, recuerdo haberlo firmado. ¿Te toca toda la noche?

—Estaré hasta las dos. Gol Kolea se ocupará el resto de la noche. Por cierto, ¿ha hablado con su ayudante personal?

Gaunt levantó la mirada hacia Obel.

—¿Beltayn? ¿Me estaba buscando?

—Sí, señor. Desde hace un rato.

—¿Sabes de qué se trataba?

Obel hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No me lo dijo, señor. Lo siento.

Gaunt le devolvió el registro.

—¿Hay algo que deba saber?

—Hubo un pequeño enfrentamiento en el campo de tiro entre algunos de los nuestros y unos cuantos soldados del Bremenen. No fue más que una serie de bravatas. El comisario Ludd lo atajó.

Gaunt tomó nota mentalmente de que debía hablar con el comandante del

regimiento Bremenen. El aburrimiento por estar destinados allí sin hacer nada más estaba empezando a agriar la rivalidad antaño amistosa que había entre los regimientos vecinos.

—¿Algo más?

—Al comisario Hark lo llamaron para que fuera a la ciudad hace más o menos una hora, señor —añadió Obel.

—¿Por algo oficial?

—Eso parecía, señor.

Gaunt dejó escapar un suspiro. Había al menos unos trescientos fantasmas fuera de la base con pases pernocta en todo momento, y eso significaba borracheras, prostitutas y una lista de otro tipo de actividades menos deseables todavía que aquellas. Uno de los comisarios del regimiento se veía obligado a pasar por la colmena cada dos días aproximadamente.

Gaunt pensó que se estaban acomodando demasiado. Estaban engordando y convirtiéndose en unos vagos, y se les acababa la paciencia, pero esa falta de paciencia era sin duda lo que más problemas les iba a causar.

Gaunt paseó entre los barracones de camino a sus aposentos. Vio a un individuo sentado en una de las sillas que había a la puerta de su oficina. Era un civil, un hombre joven con un aspecto un poco desaliñado a pesar del traje negro y el pañuelo que llevaba al cuello. En el suelo, a su lado, había unas cuantas cajas de cuero y fundas de instrumentos.

—¿El comisario coronel Gaunt? —empezó a decir.

Gaunt levantó un dedo índice.

—Un momento —lo cortó antes de pasar a su lado y entrar en su oficina.

—¿Dónde demonios ha estado? —le preguntó Beltayn.

Gaunt alzó las cejas, miró fijamente a su ayudante y luego cerró con cuidado la puerta de la oficina.

Beltayn parpadeó y recuperó la compostura. Dejó el fajo de papeles que había estado ordenando en la mesa de Gaunt y se puso en posición de firmes para saludarlo.

—Le pido disculpas, señor. Eso ha estado completamente fuera de lugar. Buenas noches.

—Buenas noches, ayudante —le contestó Gaunt mientras se quitaba el abrigo.

—Esto… ¿Dónde ha estado, señor?

—Pasé la tarde con los kapaj. ¿Te parece bien?

—Hubiera sido mej… —empezó a decir Beltayn, pero cambió de idea con rapidez —. Es una pena que no haya podido hablar con usted en todo el día, señor. Tenía varias citas.

—¿De verdad?

—Tenía una reunión a las tres en punto con la junta de revisión —le informó Beltayn.

—Bueno, probablemente es una suerte que me haya librado, ¿no?

—Y tenía que estar aquí a las cinco para verse con el señor Jume.

—¿Quién es el señor Jume?

Beltayn alzó un brazo y lo dobló a la altura del codo como si fuera el cuello de un cisne para señalar hacia fuera con la mano.

—¿Ese civil que está ahí fuera?

—Sí, señor.

—¿Qué Feth tengo que ver con él?

—Es un retratista —le explicó Beltayn—. Le han encargado que haga los retratos de los oficiales que sirvieron durante la guerra de Balhaut.

—No voy a posar para un retrato.

—Señor, toma fotografías. Tenía una carta de presentación. Se la mostré. Usted mismo autorizó la cita.

—No lo recuerdo.

—El retrato es para una capilla conmemorativa, o algo así.

—No estoy muerto —replicó Gaunt.

—Eso está claro —contestó a su vez Beltayn—. El señor Jume se presentó a la hora convenida y usted no se encontraba aquí. Ha estado esperándole desde entonces.

Gaunt se sentó a su mesa.

—Mándalo a casa, pídele disculpas de mi parte y organiza una nueva cita. Dile que no sabía nada de ello.

—Pero sí lo sabía —insistió Beltayn.

—¿Qué?

—Le puse una nota con todo el programa del día en su agenda personal a primera hora, y lo dejé en su mesa.

Gaunt recorrió con la mirada la superficie de la mesa. Echó hacia un lado la pila de documentos. Su agenda de tapas de cuero, con una nota amarilla pegada en la parte superior delantera, estaba allí, encima de la mesa.

—No se la llevó.

—Por lo que parece, no —respondió Gaunt.

Beltayn suspiró.

—Voy a concertar otra cita —dijo Beltayn.

Gaunt lo miró fijamente. Vio con claridad la exasperación que sentía su ayudante. Lo vio decir «¡Tienes que estar más centrado! ¡Hay mucho trabajo que hacer, y te lo tomas todo como un juego! ¡Ya no muestras el rigor de antes! ¡Prefieres escaparte y salir a callejear! ¡Blenner, ese amigo borracho tuyo, va a ser tu perdición!».

Por supuesto, Dughan Beltayn jamás le diría algo semejante, pero, por un momento, Gaunt lo vio diciéndoselo, de pie al lado de la mesa. Gaunt vio a su ayudante echando por tierra toda su carrera en un estallido de furia.

Beltayn no dijo nada. Sin embargo, Gaunt se dio cuenta con una sensación inquietante de que eso era exactamente lo que estaba pensando su ayudante.

—¿Qué tal mañana por la mañana? —inquirió Beltayn.

—A las nueve en punto, Bel, será lo adecuado.

—Gracias, señor.

Beltayn se dirigió hacia la puerta, pero se abrió antes de que llegara a ella, dando paso al doctor Dorden.

—Me he enterado de que has vuelto —le dijo a modo de saludo.

Gaunt le indicó con un gesto despreocupado de la mano que pasara.

Beltayn salió para hablar con el retratista y cerró la puerta. Dorden se sentó en la silla que estaba delante de la mesa de Gaunt. Con una sola excepción, el jefe médico Dorden era la persona de mayor edad de todo el regimiento. Gaunt se dio cuenta de lo anciano que empezaba a parecer Dorden. En el campo de batalla había mostrado un aspecto demacrado y ojeroso, pero dos años fuera de la línea de combate lo habían hecho engordar un poco y le habían enrojecido las mejillas. Había pasado de ser un hombre enjuto y envejecido a convertirse en un apacible médico pueblerino con algo de sobrepeso. El tono gris de sus cabellos había pasado a ser tan blanco como la túnica de la santa.

—Llevo buscándote todo el día —dijo Dorden.

—No empieces.

—Pues tendré que hacerlo, en realidad —insistió el doctor—. El departamento médico y los de la Sección me están acosando. La certificación trimestral debía estar ya hace dos días, y no se puede enviar hasta que todos los informes médicos del regimiento estén completos y certificados.

—Pues hazlo.

—Ja ja. A ti todo te parece bien. Si la certificación llega tarde, lo mismo te dan un cachete en la Sección, pero puesto que el retraso es de orden médico, a mí me podrían multar o algo peor. Por favor, ¿podrías arreglarlo?

—¿Cuál es el problema?

Dorden se encogió de hombros, como si realmente no hiciera falta decirlo.

—Los informes médicos del regimiento no se pueden completar porque un miembro del mismo se ha negado a someterse a examen.

—¿Es quien yo creo que es?

Dorden asintió.

—¿Se niega a examinarse por motivos religiosos?

—Creo que se niega porque es un viejo cabrón irritante e irascible.

—Hablaré con él.

—¿Esta noche?

—Iré ahora mismo —contestó Gaunt.

• • • • •

El templo adyacente al lado oriental del puesto de mando no era más que otro barracón modular semejante a los demás existentes en el campamento. Podrían haberlo utilizado como almacén o como dormitorio comunal, pero habían quitado la planta intermedia para que el espacio interior fuera el equivalente al de dos pisos, lo habían llenado de bancos y habían colocado un altar consagrado en el lado norte, encarado hacia los asientos. Era la típica conversión propia de la Guardia Imperial.

El padre Zweil, el anciano ayatani, se había pegado como una lapa al Primero de Tanith durante la campaña del regimiento en Hagia, y jamás se había separado de ellos desde entonces. Tampoco ellos habían tenido corazón para quitárselo de encima. Por omisión, por hábito y por conveniencia, se había convertido en el capellán del regimiento. Era incoherente, impredecible, malhumorado y agresivo. Su edad y su experiencia le habían otorgado un cierto grado de sabiduría, pero lo cierto era que sacarle esa sabiduría era todo un desafío cuando se hablaba con él. En los informes regimentales que había que presentar, a menudo era difícil justificar su presencia en la unidad.

Por otra parte, Zweil poseía una cierta cualidad que a Gaunt le costaba tanto negar como identificar. Aparte de todo lo demás, Zweil se había mantenido al lado de ellos, sin dudarlo un momento, desde Hagia. Había pasado por todos los combates, las luchas, las escaramuzas. Había sobrevivido al brutal enfrentamiento en Herodor, la guerra de compartimentos en Mons Sparshad, la liberación de Gereon y el asedio de Hinzerhaus. A cada paso de ese camino había atendido las necesidades de los moribundos y de los muertos. Su sangre se había visto unida a la sangre de los tanith de un modo que ya era irrevocable.

Zweil realizaba servicios diarios en el templo y otras ceremonias de obligado cumplimiento del calendario. Se levantaba cada mañana y, sin importar el tiempo que hiciera, iba desde Fortaleza Aarlem hasta el Templum Ministoria situado en Aarlem-Sachsen, a cuatro kilómetros de distancia, y pasaba una hora allí en devoción personal. Ese peregrinaje diario de ocho kilómetros era para él, según sus propias palabras, su modo de justificar el imhava, la parte nómada de su imhava ayatani. Muchos años antes, aunque Gaunt no sabía exactamente cuántos, Zweil había decidido llevar una vida de devoción ambulante y viajar por los Mundos de Sabbat siguiendo los pasos de la santa y repetir el peregrinaje que ella había llevado a cabo. Cuando se conocieron en Hagia, les dijo que ya casi había acabado su peregrinación. Desde entonces, continuó con ellos y siguió su mismo camino, pero siempre insistió en que algún día tendría que acabar su ruta de devoción. «Llegará el día en que tendremos que separarnos», decía de vez en cuando. «Sí, vosotros os marcharéis por vuestro camino, y ese camino ya no será el mío. Así pues, nos despediremos y emprenderé el camino que debo tomar. Creo que ya he pasado demasiado tiempo acompañándoos. Me echaréis de menos cuando me haya ido. Sé que lo haréis. Tendréis el corazón roto y os encontraréis perdidos. No puedo evitarlo. Tengo deberes sagrados, deberes que estoy obligado a cumplir. La santa espera que lo haga.

De hecho, ahora que lo pienso, puede que empiece mañana mismo, o pasado mañana. ¿Qué toca de comer mañana? ¿Sopa con albóndigas, no? Bueno, entonces empezaré pasado mañana».

El padre Zweil había ofrecido cada noche lo que él llamaba «ocasiones para la iluminación» desde que el regimiento había sido destinado a Fortaleza Aarlem y habían convertido el barracón en un templo. Después de la cena, cualquier miembro del regimiento que estuviera exento de tareas, y cualquier miembro de la comitiva de seguidores del regimiento, podía acudir al templo y permanecer allí durante un par de horas y escucharlo hablar sobre cualquier tema que le hubiera llamado la atención ese día. A veces, esas ocasiones eran sermones de cabo a rabo, llenos de hiel y de bilis si estaba de mal humor. Otras parecían más bien conferencias, metódicas e instructivas, y las impartía haciendo referencia a las enormes pilas de libros que había sacado de la biblioteca del Templum Ministoria. Otras se limitaba a leer en voz alta sobre cuestiones que iban desde la historia hasta la poesía o la filosofía, o incluso la ética más básica. A veces prestaba libros para que los asistentes pudieran leer en privado durante una hora. Otras paseaba entre ellos y aprovechaba la ocasión para ayudar a aquellos menos instruidos a que mejoraran su capacidad de lectura.

A lo largo de una semana, sus homilías podían pasar de lo sagrado a lo profano y de vuelta una vez más. Hablaba de santa Sabbat, o de otros santos, o de las tradiciones de los ayatani. Recitaba largas digresiones sobre la historia y las costumbres de los Mundos de Sabbat. Se embarcaba en discusiones entusiastas sobre una noticia de ese día que a él le pareciera interesante y la utilizaba para provocar un debate animado entre los asistentes a la congregación. Enseñaba, de un modo directo o indirecto, gramática y matemáticas, historia y política, música y poesía. En suma, dejaba abierto por completo uno de los numerosos áticos de su mente para que todo el mundo pudiera acceder a sus contenidos.

Gaunt acudía siempre que tenía ocasión. Cuando de repente, sin ninguna razón aparente, Zweil narraba un detalle o un hecho que el comisario desconocía, éste lo apuntaba en un cuaderno. En el año que llevaban en Balhaut, Gaunt se había visto obligado a pedir ya tres cuadernos.

Esa noche, cuando Gaunt entró en el templo, el tema elegido parecía ser la historia de la poesía, o de la poesía de la historia. Había unos cuarenta fantasmas presentes, y Zweil, de pie delante del atril y con el mismo aspecto que un buitre asado, estaba haciéndoles leer por turnos versos en voz alta de unos libros de tapas verdes desvaídas procedentes de la schola. Todos eran copias del Primeros sabbatístas.

Era el turno de Shoggy Domor. Estaba de pie y leía con cuidado unos cantos cortos que Gaunt reconoció como pertenecientes a Ahrnud o a algunos de los feyaytanos del periodo medio. Gaunt esperó un rato. Cuando Domor hubo leído lo suficiente, Zweil le indicó con un gesto que se sentara y señaló a Chiria, la ayudante de Domor. Esta se puso en pie, se pasó la palma de la mano por la mejilla cubierta de cicatrices en un gesto de inseguridad, y siguió leyendo por donde lo había dejado

Domor.

Gaunt se sentó cerca de la parte posterior del templo y se quedó escuchando. Cuando Chiria acabó, tras leer de forma insegura y dubitativa, se puso en pie Costin y leyó de forma apresurada una de las Odas de Sarpedon. Tras Costin, el sargento Raglon leyó un soneto nicieziano, y tras Raglon, le tocó el turno a Wheln, quien ofreció una lectura sorprendentemente fluida y emocionada de las Intimaciones de Kongress. Después de Wheln le tocó a Eszrah.

El noctugane se puso en pie en toda su considerable altura, y leyó una de las parábolas de Locaster. Le resultó curioso oír los sonidos vocálicos propios del Impro pronunciando el gótico bajo. A lo largo de los dos años que habían transcurrido desde lo sucedido en Jago, sobre todo en el año que habían pasado en Balhaut, Zweil y Gaunt le habían enseñado a Eszrah du Nocte sus primeras letras. El noctugane casi nunca se perdía ninguna de aquellas «ocasiones para la iluminación» del ayatani. Leyó bien. Incluso se quitó las viejas y gastadas lentes solares para leer allí dentro. Cuando escribía su nombre, ponía «Ezra Noche».

Gaunt pensó que si un año en Balhaut había conseguido civilizar a Eszrah, ¿que habría hecho con ellos? ¿Cuán blandos se habrían vuelto? ¿Cuánta agresividad habrían perdido? ¿Les quedaría algo de su capacidad de lucha?

Cuando se acabó la reunión, Gaunt se dirigió hacia el atril para hablar con Zweil. El anciano ayatani levantó la mirada de una discusión que estaba teniendo con Bool y vio que Gaunt se le acercaba.

—Seguro que no va a ser por nada bueno —dijo.

—No tiene importancia —le aseguró Gaunt.

—Si se trata de ese amasec de la habitación de Baskevyl, alguien ya se lo había bebido casi por completo.

—No se trata de eso.

—Bueno, si es por la mascota de los Oudinot, no fui yo quién la asó, ni le sugerí a nadie que lo hiciera, y por supuesto, tampoco le di una receta para rellenarla con plomeros y picadillo.

—Tampoco es por la mascota de los Oudinot —lo tranquilizó Gaunt. Se calló un momento—. ¿Qué mascota de los Oudinot?

—No, si no tienen mascota —se apresuró a decir Zweil.

—¿No tienen?

—No desde que alguien la asó —añadió Zweil.

Gaunt negó con la cabeza.

—No se trata de nada de eso. Sólo necesito un poco de ayuda, padre.

—¿Ayuda?

—Exacto. Necesito el beneficio de su gran experiencia.

—¿Y mi sabiduría?

—Eso también. Tengo un problema con uno de los hombres y me gustaría que me diera su consejo.

Zweil frunció el entrecejo en un gesto de concentración.

—Por supuesto. No hay problema. Dime.

—Hay un hombre del regimiento…

—¿Lo conozco? —lo interrumpió Zweil.

—Sí, padre.

—Muy bien. Sigue.

—Ese miembro del regimiento me está causando un gran problema burocrático.

—¡Ese pequeño Feth! —exclamó Zweil con voz susurrante mientras asentía con la cabeza en un gesto conspiratorio—. ¿Los vas a condenar a unos latigazos?

—¿A unos latigazos?

—Los latigazos son algo demasiado suave para alguien así. Ya sé: átalo a un cohete y mándalo al corazón de la estrella local.

—Bueno, la verdad es que lo tengo entre mi lista de posibilidades.

—¿Lo está? Bien.

—El problema es que ese individuo se niega a someterse al reconocimiento médico.

—¿Se niega?

—Todo el mundo debe ser declarado apto mediante un certificado, y se niega a presentarse al examen.

—Siempre hay uno así, ¿verdad? —Zweil frunció más todavía el entrecejo y se dio unos cuantos golpecitos en la barbilla—. Si yo fuera tú, daría ejemplo con su castigo.

—¿Eso haría?

—No puedes permitir una insubordinación como esa. Se supone que tienes la autoridad. No debes permitirlo. Que ese individuo recorra arriba y abajo el campo de tiro al toque del tambor, quizá con algo pesado atado a una pierna, mientras los demás le tiramos objetos romos.

—Entonces, en su opinión, ese individuo se ha pasado de la raya.

—De un modo absoluto e inexcusable. Hay que certificar que es apto para el servicio, y él lo sabe. No es más que un ataque de testarudez, o es lo que es. Hay que obligarlo a seguir el reglamento al pie de la letra para que… Espera un momento. Soy yo, ¿verdad?

—Lo es.

—Mmmm. Eso ha sido muy astuto por tu parte.

—Lo sé. ¿Irá a ver a Dorden?

—Supongo que sí.

—¿Qué problema hay?

Zweil movió la cabeza de un lado a otro y se encogió de hombros.

—Nunca me gustaron los médicos. Puaj. Meten la nariz donde se supone que no debe entrar ninguna nariz. No lo permitiré.

—Tendrá que permitirlo.

Zweil le sacó la lengua.

—¿Qué teme que encuentren? —quiso saber Gaunt.

—Soy viejo. Muy viejo. ¿Qué es lo que no van a encontrar?

Gaunt sonrió.

—Mañana por la mañana, por favor. No me obligue a tener otra vez esta conversación con usted.

Zweil soltó un bufido.

—Y ahora, bendígame.

Zweil agitó la mano en un desganado gesto de bendición.

—Yo te bendigo en nombre del Emperador y bla, bla, bla…

—Gracias.

Zweil retomó la conversación que tenía con Bool. Haller estaba esperando para preguntarle algo. Gaunt se acercó al banco donde Eszrah estaba trabajando. El noctugane estaba escribiendo con paciencia en un cuaderno de notas. Estaba concentrado en que la pluma recorriera el papel con movimientos lentos y exactos.

—Salus, amicus —lo saludó Gaunt.

Eszrah levantó la vista.

—Salus.

Gaunt se sentó a su lado.

—¿Estás muy ocupado?

Eszrah asintió. Secó con cuidado la tinta del párrafo que ya había escrito con un trozo rectangular de papel secante.

—El padre. Me pidió que escribiera los hechos pertenecientes a mi regimiento.

—¿Zweil te lo pidió?

Eszrah asintió. Con «regimiento», Eszrah se refería a su pueblo, los noctugane del Impro de Gereon. Su vocabulario aumentaba día a día, a menudo con significados llenos de matices, pero comprendía la palabra «regimiento» de un modo muy particular. No lograban convencerlo de que utilizara las palabras «tribu» o «gente», ni siquiera «comunidad», con los noctugane, y tampoco se lo podía convencer de que tenía una definición militar la palabra «regimiento». El Primero de Tanith era un regimiento, y para Eszrah mostraba precisamente la misma dinámica de lealtades y confianza mutua que existía en una tribu o en una familia.

—¿Quieres decir la historia de tu gente? ¿Los acontecimientos de la vida de los noctugane?

Eszrah negó con la cabeza.

—No de lo que hemos hecho, sino de cosas más antiguas.

—¿Te refieres al folclore? —sugirió Gaunt.

Eszrah se encogió de hombros.

—Amicus no conoce esa palabra.

—Me refiero a leyendas, a mitos —aclaró el comisario.

Eszrah sonrió.

—Sí. Esa es la palabra que dijo el padre.

—¿Los noctugane tienen muchos mitos?

Eszrah frunció los labios y levantó la mirada hacia el techo para indicar la falta de conocimiento de Gaunt.

—Tienen muchos, muchos —le respondió—. Está el mito del caminante sonámbulo, que he escrito aquí, y el mito de la polilla y de la jarra, y el mito de la serpiente y la rama, que he escrito aquí y aquí. También está el mito del caminante sonámbulo, y el mito del sol viejo, y el mito del cazador y la bestia…

—¿Cuántos has escrito?

—Cuatro y diez —respondió Eszrah. Miró al cuaderno que tenía abierto—. Es lo que he escrito, es el mito del cazador y del estanque. Serán entonces cinco y diez. El cazador entra en muchos mitos de el mi regimiento.

—¿Puedo leerlos?

Eszrah asintió de forma vehemente, pero luego dudó.

—Pero necesito el libro para escribir más de ellos.

—Mira, vamos a hacer una cosa. ¿Por qué no consigues otro cuaderno? Así tú escribes en un libro mientras yo leo en el otro, y luego lo cambiarnos. ¿Qué te parece?

Eszrah pareció quedar bastante satisfecho con aquel compromiso. De repente, lo tocó en la manga y le señaló con un gesto del mentón la puerta del templo.

Beltayn acababa de entrar, seguido por Nahum Ludd, el subcomisario del regimiento. Ludd llevaba el uniforme de faena completo, y del abrigo de combate le caían los copos de nieve a medio derretir.

—Allí está —dijo Beltayn.

Gaunt se puso en pie.

—¿Algo va mal, Bel?

Beltayn señaló con un gesto de la mano a Ludd. El subcomisario sacó un sobre del interior del abrigo. Gaunt vio que tenía el reborde azul, lo que indicaba que se trataba de órdenes del Comisariado.

—Un mensajero acaba de traerlo, señor —lo informó Ludd—. Lo ha enviado directamente la Sección. Sólo lo puede abrir usted.

Gaunt se apresuró a cortar un lado del sobre. Sacó la hoja del interior y la desdobló para leerla.

—Bel, vas a tener que volver a concertar una cita con el señor Jume.

—¿Por qué, señor?

—Porque mañana al amanecer debo estar en la Sección.

—¿No dice el motivo? —quiso saber Ludd.

—No. No dice absolutamente nada más —respondió Gaunt.



CINCO
Perecederos Ennisker

Mucho después de que la última de las torres de reloj de la Oligarquía y las que se extendían por debajo de ellas por toda Balopolis hubieran acabado de dar las doce, los hombres de Perecederos Ennisker empezaron a morir.

La noche era tan fría y dura como el acero prensado, y las ráfagas de nieve iban y venían bajo las luces amarillentas de la calle. El tráfico en el puente Nueva Polis y en el Viejo Cruce iluminaba el entramado esquelético de vigas con sus faros y hacía relucir los copos de nieve como polvo bajo la luz del sol. La misma luz que rielaba sobre la superficie aceitosa del río.

Perecederos Ennisker era una planta envasadora de carne situada en la ribera norte. Era un gran edificio de ouslita y travertino que dominaba la muralla de la ciudad bajo la sombra del puente de Nueva Polis. Había un acceso terrestre al lugar a través del laberinto de calles que serpenteaban por el lado de tierra de la muralla de la ciudad, y otro acceso fluvial mediante poleas y ascensores exteriores por el lado del río.

La planta era un sitio lúgubre que olía a piedra húmeda. El aire procedente del río llegaba cargado del hedor a heces y se colaba a través de los profundos sótanos del interior y de los agujeros de ventilación que salpicaban como troneras en una muralla la fachada llena de manchas que se alzaba por encima de la corriente. Había estado prácticamente en ruinas desde la guerra. La Liga Henótica, una orden benéfica fundada para ayudar a los veteranos y a los sin techo, había utilizado el lugar como un albergue durante unos cuantos años hasta que consiguieron un edificio de mayor tamaño y salubridad cerca de la plaza Arkwround. Los restos fantasmales de un cartel que avisaba del cambio de domicilio y que invitaba a las almas necesitadas a que acudieran al «edificio de puertas amarillas» de Arkwround colgaba todavía de una de las puertas de carga con la pintura desconchada. Un intento de revivir el funcionamiento de la planta como cadena de envasado de carne había fracasado por completo en el año 81, pero los conductos de energía y de agua, además de los sistemas de calefacción, no fueron desconectados tras el cierre y todavía funcionaban, algo que Valdyke había comprobado con satisfacción mientras buscaba un lugar discreto para su contratante.

A Nado Valdyke lo había recomendado uno que conocía a otro que conocía a otro. Tenía reputación de arreglalotodo y de conseguir lo que fuera necesario. Su falta de escrúpulos y su voluntad manifiesta de realizar cualquier clase de negocio sin importarle su legalidad completaban su currículo. Aunque había mantenido correspondencia con el individuo que lo había contratado, no había hablado en persona con quien fuera que estuviera detrás del contrato.

Quien le pagaba no era de Balhaut.

Cuando Valdyke recibió la noticia de que su patrón, tras un largo y arduo viaje, había llegado a la Estación Alta de Balhaut, salió de su piso en los hacinamientos de

Polis y se dirigió a asegurarse de que todos los preparativos estaban dispuestos.

Se llevó a cuatro hombres con él, matones del mismo hacinamiento a los que había pagado muy bien para que lo protegieran. Valdyke no tenía intención alguna de quedar en una situación vulnerable ante un desconocido de otro planeta al que nunca había visto.

• • • • •

El individuo en cuestión apareció en Perecederos Ennisker bastante tarde ya, montado en un coche alquilado en el espaciopuerto de la ciudad. Pocos minutos después llegaron dos vehículos tractores que tiraban de unos contenedores de carga que apenas cabían en las estrechas calles serpenteantes propias de la ribera del río.

Dos de los matones de Valdyke abrieron de inmediato las puertas de descarga en cuanto vieron las primeras luces que se acercaban. Valdyke ya había puesto en marcha los sistemas de energía de la planta y había llevado dos grandes servidores de carga, como le habían indicado. A su lado, además, aguardaba un médico, Arbus, que tampoco hacía preguntas y que aceptaba cualquier trabajo que le ofrecían, ya que no podía ejercer de manera oficial al haber sido condenado por mala praxis.

Los tres vehículos entraron en el enorme muelle de carga y descarga de la planta. Era una caverna mohosa iluminada por unas cuantas lámparas de nafta. El suelo del muelle había quedado manchado de forma permanente de un color rojo ladrillo por las décadas de derramamiento de sangre. En cuanto Vaidyke les hizo una señal, los matones cerraron las puertas con un fuerte estruendo.

—Soy Vaidyke —se presentó mientras se dirigía al individuo que acababa de salir del coche alquilado—. ¿Maese Eyl?

El hombre se sacudió con el dorso de la mano el polvo del abrigo de cuero de color beige y lo miró de arriba abajo.

—Sí.

—Encantado de conocerlo por fin —le dijo Valdyke. Pensó en ofrecerle la mano, pero no le pareció que el hombre fuera de la clase de personas que estrechan la mano. No lo parecía en absoluto—. Quiere que le descarguemos la mercancía, así que…

—¿Recibió todas mis instrucciones? —lo interrumpió Eyl con una voz con un fuerte acento.

—Sí, las recibí.

—¿Estaban claros todos los detalles?

—Sí, por supuesto.

—¿Y la remuneración que envié, la recibió del modo adecuado?

—Es el pago por adelantado que acordamos —le confirmó Valdyke con un gesto de asentimiento.

—Entonces, no tengo muy claro por qué debemos mantener una conversación —replicó Baltasar Eyl.

Valdyke dudó por un momento. El individuo se estaba comportando como un auténtico capullo, y Vaidyke había liquidado a otros tipos por menos, por mucho menos. Sin embargo, decidió que lo mejor era responder con una sonrisa amistosa y una leve inclinación de cabeza de cortesía. La combinación de sonrisa y gesto de asentimiento fue producto de dos motivos. El primero era que el pago que le habían prometido por el trabajo era considerable, y Vaidyke sabía que el único modo de garantizarse su cobro era cumpliendo con lo pactado.

En segundo lugar, de aquel tipo de fuera del planeta emanaba una sensación inquietante, algo que indicaba que era más que simplemente peligroso. Peligroso era una palabra que se quedaba corta. Era un tipo tranquilo, casi contenido, avaro de gestos, pero Valdyke sintió que todo ello se debía a la tremenda fuerza de voluntad que estaba empleando. El cuerpo y el comportamiento de Eyl estaban sometidos a un control férreo para que mantuvieran a raya algo en su interior, del mismo modo que una camisa de fuerza inmovilizaba los brazos de una persona. Mantenían aferrado algo de lo que emanaba una crueldad salvaje, algo que ninguno de ellos, ni siquiera Eyl, quería ver libre.

Así pues, Valdyke sonrió y asintió antes de dar un par de palmadas. Los matones abrieron las puertas interiores del muelle de carga y dejaron al descubierto un segundo espacio cavernoso ocupado por una maquinaria negra y aceitosa. Arbus preparó su equipo médico y los servidores avanzaron con pasos pesados y con las pinzas de color naranja, semejantes a las de los cangrejos, dispuestas a descargar los contenedores.

Valdyke se alegró de haber escogido tan bien el lugar, ya que todo el proceso provocó muchos estampidos, chirridos de pistones, silbidos de vapor; algo que en cualquier vecindario, excepto en aquel hacinamiento de edificios abandonados, habría despertado a todo el mundo y habría llamado la atención del Magistratum. Mientras se procedía a la descarga, Valdyke aprovechó para evaluar un poco más a su contratante. A Eyl lo acompañaban otras tres personas, dos hombres y una mujer. Los hombres eran individuos nervudos de mirada peligrosa, al igual que su jefe, y Valdyke supuso que se trataba de matones a sueldo, aunque se mantenían cerca de Eyl y le hablaban con confianza y camaradería. Llevaban puestos unos trajes monopieza de cuero, botas, guantes y chaquetas remendadas de la Guardia Imperial, la misma indumentaria que utilizaban muchos de los matones de la zona. Ellos dos eran quienes conducían los vehículos tractores, y Eyl el coche alquilado. Dado el respeto que inspiraba, resultaba extraño que no tuviera un chófer a sus órdenes.

El cuarto miembro del grupo era una mujer, una viuda, cubierta de gasas y velos negros. Había llegado montada en uno de los asientos traseros del coche que Eyl conducía, como si se tratara de su chófer. Ella también era inquietante. Cuando Vaidyke la miraba, y no importaba que fuera viuda, era una mujer atractiva a la que

merecía la pena contemplar, le daba la impresión de que se movía de foco, como la imagen de una película que se viera sometida a un calor intenso. Aquello provocó un cierto mareo y náuseas a Valdyke, así que dejó de mirarla tras un rato.

Los servidores levantaron los contenedores de la plataforma de transporte unida a los vehículos tractores y los llevaron a la cámara contigua. Vakdyke en persona los conectó a los sistemas de energía de la planta, como si fueran contenedores de transporte de carne que simplemente pasaran de la refrigeración de una fuente interna a una externa. Los sistemas conductores interiores empezaron a chasquear y a emitir zumbidos. Las luces de control se encendieron en los paneles de monitorización.

Valdyke comprobó las luces. Todo parecía estar en orden.

—La temperatura ambiente se está elevando y todas las luces del sistema vital están en verde. —Miró a Eyl—. Parecen unos simples contenedores.

—Por supuesto —le replicó Eyl.

—Pero son hibernáculos.

Eyl se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué? Vamos, llevo bastante tiempo en el negocio. Incluso si yo fuera tan estúpido como para no ser capaz de darme cuenta de la clase de recursos que necesita y de la ayuda médica que quería tener a mano, no es la primera persona que quiere meter de incógnito personas vivas en Balhaut dentro de contenedores mortuorios.

—¿No lo soy? —dijo Eyl con voz despreocupada, aunque su rostro, medio iluminado por la luz intermitente de las lámparas de nafta, no mostraba expresión alguna.

Valdyke se encogió de hombros.

—Desertores, inmigrantes ilegales, gente que preferiría evitar la luz del Trono… Sucede a menudo. —Sonrió—. A veces, los pobres hasta consiguen sobrevivir a todo el proceso.

Vaidyke recogió una barra de hierro con un extremo plano y se acercó hasta la compuerta del primer contenedor.

—¿Empezamos?

Eyl asintió. Valdyke le indicó al médico que se acercara y luego desenroscó el tapón de un bote pequeño de mirra y se puso un poco debajo de cada fosa nasal. El olor astringente le invadió por completo la nariz. Sin duda, Eyl no era la primera persona que intentaba meter personas vivas de contrabando en Balhaut utilizando el tráfico de ataúdes, y Vaidyke ya había asistido a buena parte de los intentos anteriores. Las probabilidades de supervivencia sobre las que había bromeado eran mucho peores en realidad. La mayoría de las veces no querías oler lo que se estaba descongelando en el interior.

Rompió el precinto de embarque, metió la punta de la palanca en el hueco e hizo girar la compuerta. Tuvo que dar un buen empujón, acompañado de un gruñido de esfuerzo, pero los dientes del cierre se abrieron con un chasquido seco y el disco

principal giró sobre sus bisagras. Valdyke lo abrió por completo, sacó la barra, la insertó en el encaje interior y empujó de nuevo.

Los sellos de la compuerta se destrabaron. Se oyó un gruñido profundo y desagradable de aire fétido, una exhalación semejante al último, largo e interminable aliento de una persona, esa exhalación que supone el vaciado final de los pulmones después de la cual se acaba toda respiración. Valdyke abrió del todo la escotilla superior.

—Oh, por el Trono… —exclamó el médico entre toses mientras abanicaba el aire con la mano por delante de él.

—Sí, está maduro —comentó Valdyke.

A pesar de la mirra, el olor le llegaba con toda su intensidad. Era un hedor cálido que provocaba la subida de la bilis a la garganta, a carne podrida, a sangre sucia, a gangrena. El agua sucia se desbordó por encima de la escotilla y cayó con un chapoteo al suelo. Era viscosa y estaba llena de trozos de materia orgánica, como si fuera un estofado.

—Cuidado con los zapatos, doctor —le advirtió Valdyke.

Arbus murmuró una respuesta desagradable y tomó un sorbo de algo medicinal que llevaba en una petaca. Valdyke dejó caer la barra y sacó un cuchillo de desembalaje, con una hoja curva de unos cuarenta centímetros de largo y con el filo por el interior. Clavó la punta en la hoja de polímero que envolvía el contenido de aquella especie de vaina y la rajó a lo largo con un movimiento mitad corte y mitad aserrado. El olor empeoró más todavía. Valdyke vio el primero de los paquetes que había en el interior. Se alegró de llevar puestos unos guantes. Metió una mano y tiró del riel telescópico. Salió igual que una pieza de carne del matadero. Estaba envuelta en una cubierta de polímero y enganchada al poste telescópico mediante unos pesados mosquetones de metal.

El cadáver del interior de la bolsa era humano. El cabello le había desaparecido, quemado, y todo el cuerpo había adquirido el color de un filete poco hecho, a excepción de los pozos de ceniza que eran los ojos y el color perlado de sus dientes. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho hundido.

—¿Crees que podrás salvarlo? —preguntó Valdyke al médico.

—No digas estupideces —replicó Arbus.

Valdyke soltó una risotada y sacó el segundo paquete. El cuerpo del interior estaba más mutilado todavía. Ambos cadáveres llevaban chapas de identificación anudadas alrededor de los tobillos y aseguradas a través de los sellos de sus sudarios.

Valdyke se volvió para mirar a Eyl. Este se encontraba apartado, en el borde del muelle de descarga, y junto a él estaban la viuda y los dos matones. Todos contemplaban cómo trabajaba.

—Lo único que tiene aquí es carne muerta —comentó Valdyke—. Sólo carne muerta. De hecho, parece uno de los envíos habituales de carne de cañón procedente de la línea del frente.

—No. Mire bien —contestó Eyl.

Valdyke frunció el entrecejo. De repente, una sonrisa le asomó a la cara y se convirtió en una mueca burlona.

—¿Es que ha puesto cadáveres por encima? —preguntó señalando el contenedor con el pulgar—. ¿Es eso lo que ha hecho? Puso cadáveres de verdad encima por si inspeccionaban el contenedor.

—No —contestó de repente la viuda hablando por primera vez—. Los cuerpos y la sangre son para el ritual de sellado, o si no el ataúd sería…

—Shh, hermana —interrumpió Eyl con suavidad al mismo tiempo que le daba unas cuantas palmaditas en el brazo.

—¿Qué es lo que dice? —inquirió Valdyke.

—Dice que tiene usted razón —respondió Eyl.

—Astuto —comentó Valdyke al mismo tiempo que asentía en una muestra de reconocimiento—. Muy astuto, amigo mío.

—No soy su amigo —le espetó Eyl.

Valdyke hizo caso omiso de ese comentario con un encogimiento de hombros. Tampoco él deseaba ser amigo de aquel recién llegado al planeta. Metió el brazo de nuevo en el contenedor y sacó la tercera bolsa.

—Ah, vaya.

—¿Qué? —preguntó Eyl al mismo tiempo que daba un paso hacia él.

—Este también la ha palmado. Lo siento, pero debe de haber tenido un fallo tremendo en los sistemas de hibernación. La cara tiene el mismo aspecto que si se la hubieran masticado.

—¿Valdyke? —susurró Arbus, que estaba a su lado.

—¿Qué?

—Este está vivo.

Vaidyke se dio la vuelta y bajó la vista al cuerpo que colgaba en el interior del saco manchado. En algunas partes de la envoltura de polímero se acumulaba la sangre, y la cara y los hombros del pobre cabrón parecían haber sufrido las atenciones de una cuchilla de afeitar.

—Eso es imposible.

Arbus movió la cabeza en un gesto negativo. Estaba utilizando una vara receptora para medir las posibles emisiones vitales del cuerpo.

—Las constantes vitales son bajas, pero son similares a las propias del despertar de una suspensión hibernética.

El doctor miró a Valdyke, y éste vio aparecer en los ojos del viejo Arbus algo muy parecido al terror.

—Estás haciendo mal las lecturas, viejo loco.

—¡No, te lo juro! —exclamo Arbus, quien de inmediato soltó una exclamación de horror y se apartó del saco.

—¿Qué? —le gritó Vaidyke.

—¡Los ojos! ¡Los ojos! —tartamudeó el médico.

Vaidyke volvió a mirar el cuerpo. Tenía los ojos abiertos. Aquellas rendijas de iris amarillentos y pupilas negras lo estaban mirando fijamente.

—¡Por el Sagrado Trono de Terra! —exclamó Valdyke al mismo tiempo que daba un paso atrás—. ¿Qué es esto? ¿Qué mierda es esta? —le preguntó a Eyl volviéndose hacia él.

—Es lo que es. Las cicatrices son marcas rituales de obediencia. No espero que lo comprenda.

Vaidyke oyó a su espalda los jadeos breves pero intensos de alguien que se esforzaba por respirar y el crujido húmedo propio del polímero cuando un peso resbaladizo se movía en su interior. También oyó arañazos, siseos y golpes sordos de vez en cuando procedentes del interior del contenedor.

—Me voy ahora mismo —declaró Vaidyke.

Eyl hizo un movimiento negativo con la cabeza y la viuda empezó a estremecerse. Valdyke pensó por un momento que había estallado en lágrimas detrás del velo, pero luego se dio cuenta de que se estaba riendo en voz baja.

Nado Valdyke llamó a sus matones con un grito. Nadie le respondió. Cuando se volvió para mirar por qué, vio a sus cuatro hombres en el suelo. Estaban tendidos de un modo curiosamente flácido, antinatural. Los dos hombres de Eyl estaban de pie junto a ellos y miraban fijamente a Valdyke con los ojos entrecerrados.

Valdyke los insultó y uno de ellos le sonrió, lo que dejó al descubierto sus dientes. Estaban manchados de un color rojo pálido, y por una de las comisuras de los labios asomaron unas gotas de sangre.

Valdyke soltó un grito y se dio la vuelta para echar a correr. Se estrelló contra algo sólido, tan sólido como una pared. Era Eyl.

Lo golpeó de un modo frenético, pero Eyl era como una roca, fría e inexorable. Este le propinó un leve empujón, pero a Valdyke le pareció que lo había golpeado una bola de demolición.

Trastabilló hacia atrás, convencido de que le había partido unas cuantas costillas. Se sintió totalmente desorientado. De repente, Eyl tenía en la mano el cuchillo de desembalaje que él había utilizado momentos antes.

Se lo clavó en la garganta. Le cortó por la mitad la nuez y empujó el cuchillo con tanta fuerza que le atravesó por completo el cuello y la punta asomó por la nuca de Valdyke. Este se quedó colgando de la hoja curva durante unos momentos, como un pez atrapado por un anzuelo. Abrió y cerró las manos boqueando, como si intentara conseguir aire. La sangre le bajó a chorros por la barbilla. Tenía los ojos abiertos de par en par mientras intentaba enfrentarse al terrible dolor y al convencimiento de que no lo habían herido, sino que le habían provocado unos daños irreparables que le habían arrebatado la vida, que no podrían ser curados.

Eyl lo dejó desplomarse.

El médico, Arbus, estaba acurrucado y encogido de miedo al lado del contenedor

abierto. Levantó la vista cuando Eyl se le acercó.

—Por favor, por favor… ¿Me va a matar?

—Necesito que reviva de un modo satisfactorio a mis hombres —le contestó Eyl con franqueza.

—¿Y después de eso? —insistió Arbus entre sollozos.

Eyl no le contestó.

—En nombre de Terra, ¿qué son?

Eyl lo miró fijamente.

—No somos nada en nombre de Terra. Somos del Pacto Sangriento.



SEIS

Una entrevista en la sección

La mansión de ladrillo gris conocida como la Sección se encontraba cerca del corazón de la Oligarquía, y dominaba tanto la avenida Regnuni Khulan, la que daba por el lado occidental de sus murallas altas y sus rejas negras, como los jardines de la plaza del Virrey, hacia donde se encaraba la fachada. Sus nombres oficiales eran Casa del Virrey u Oficio Administrativo del Comisariado, Balopolis, (Balhaut), pero todo el mundo la conocía por la Sección, que era el nombre abreviado que se utilizaba para el mayor nivel de autoridad local del Comisariado.

No era un lugar acogedor. Aparte del alcázar de los ordos en la calle Melkanor, era el edificio más temido de todo Balhaut. Era en parte un centro administrativo, con plantas enteras dedicadas a las actividades burocráticas, en parte tribunal y en parte prisión. Aunque existían numerosas instalaciones penitenciarias en el hemisferio norte de Balhaut para el internamiento de delincuentes militares, uno de los pisos inferiores de la Sección contenía un bloque de celdas de máxima seguridad, donde se encerraba a los prisioneros más importantes.

Gaunt llegó antes de que amaneciera.

Aunque la hora del cronómetro que llevaba en la muñeca indicaba que el sol tardaría menos de cinco minutos en salir, no se veía señal alguna del amanecer en el cielo. A primera hora del día, lo habían citado en el mensaje. Gaunt jamás había llegado tarde a nada, y no tenía intención de empezar a hacerlo.

Se bajó del coche. Hacia el oeste, por encima de las luces de la ciudad, pasó otra ciudad iluminada. Se asemejaba a una nube tormentosa de color marrón salpicada de luces que avanzara recortada contra el cielo nocturno, igual que un espejismo, como si el cielo fuese un lago de superficie tranquila que reflejase Balopolis, la ciudad que estaba justo debajo. Era uno de los muelles espaciales, Estación Alta probablemente, que pasaba por allí en su órbita cíclica.

El soldado explorador Wes Maggs, al volante del coche, bostezó con ganas. Gaunt se agachó y lo miró fijamente.

—¿Es demasiado temprano para ti?

Maggs se enderezó de inmediato.

—Lo siento, señor.

—Vas a tener que esperarme —le indicó Gaunt—. Ahí, por ese lado, hay una puerta en la que podrás enseñar tu pase y aparcar el vehículo. Te hará llamar cuando te necesite.

Maggs asintió.

• • • • •

La noche anterior, decepcionado con el mal servicio que ofrecían los conductores locales, Gaunt le había ordenado a Beltayn que le asignara uno de los soldados del regimiento tanith. Le había sugerido que escogiera a alguien que tuviera que cumplir tareas de castigo. Por ello, al levantarse esa mañana, se había encontrado a Wes Maggs al volante.

Maggs era un soldado de Belladon, uno de los primeros que logró ingresar en el equipo de exploradores tanith. Era bastante bocazas, y algunos de sus comportamientos indisciplinados le recordaban a Varl, pero era un soldado excelente y un magnífico explorador.

—¿Qué fue lo que hiciste? —quiso saber Gaunt.

Maggs le contestó con un murmullo.

—No te oigo, Maggs.

—El comisario Hark me castigó por comportamiento indecoroso, señor. Tengo que cumplir sesenta horas de tareas de castigo.

—Pues parece que las vas a hacer conmigo, Maggs. ¿Sabes conducir un coche de estado mayor?

• • • • •

Gaunt entró en el recibidor principal de la Casa del Virrey. Las luces estaban apagadas y sólo había unos cuantos globos luminosos encendidos en las mesas de recepción. Un individuo en lo alto de una escalera se dedicaba a cambiar los filamentos de las gigantescas lámparas de araña, apagadas en ese momento. Tres cadetes del Comisariado estaban de rodillas en el suelo frotando el suelo de mármol con cepillos de púas duras.

«Shhhk, shhhk, shhhk», sonaron los cepillos cuando Gaunt pasó a su lado.

«Ya he pasado por eso», pensó Gaunt.

El oficial de servicio que se encontraba en la mesa de recepción ya sabía que Gaunt había llegado por el aviso de la puerta exterior, así que lo esperaba de pie. Lo saludó.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

Gaunt le entregó la hoja del mensaje y el hombre la leyó con rapidez, como si ya supiera qué ponía.

—Gracias, señor. He llamado y he avisado de su llegada. Alguien vendrá a por usted dentro de un momento. Espere, por favor.

Gaunt asintió y se apartó de la mesa. Se quitó los guantes y se desabotonó el abrigo. El oficial de guardia se sentó de nuevo y volvió a sus tareas. Pasó un minuto. Los cepillos continuaron con su «shhhk, shhhk». Un mensajero cruzó la sala a la

carrera y salió por la puerta principal. El hombre encargado de arreglar las lámparas se bajó de la escalera, la cargó sobre su hombro y se la llevó.

Gaunt oyó más pasos y se dio la vuelta.

Era Viktor Hark.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—Llevo aquí toda la noche —le contestó Hark.

Gaunt se dio cuenta de lo poco que había podido dormir Hark. Era el único individuo del regimiento que parecía tener más trabajo y responsabilidades desde que los habían apartado de la línea del frente. La guerra daba algo que hacer a los soldados, y cuando les quitabas eso…

—Debe de ser realmente malo.

—No quieras saberlo. A veces me da la impresión de que estamos al mando de una unidad penal.

—¿Quién ha sido esta vez?

Hark suspiró.

—Esta vez es un pequeño equipo. Un pequeño equipo de estafadores en el que se incluyen dos capitanes y un mayor.

—No me digas que Rawne está entre ellos.

—Eso me temo.

Al oírlo, fue a Gaunt a quien le tocó suspirar. En los dos años de permiso desde Hinzerhaus, el mayor Rawne parecía haber vuelto lentamente a convertirse en aquel individuo indisciplinado, venenoso y poco fiable que había conocido en Tanith Magna.

—Supongo que si Rawne está implicado, Meryn también.

Hark asintió.

—¿Quién es el otro capitán?

—No te lo vas a creer. Ban Daur.

—Bueno, pues tiene que ser un error. Daur no. Se tiene que haber visto involucrado por accidente.

Hark se encogió de hombros.

—Así que la cosa pinta mal.

Hark asintió de nuevo.

—Es un verdadero lío, y las acusaciones van a ser graves. No sé cómo vamos a conseguir sacarles el culo de esta hoguera para que no se les queme.

—Pero entonces, ¿para qué me han hecho venir esta mañana, si tú ya estabas aquí? —preguntó Gaunt.

Hark se quedó callado un momento.

—Bueno, ya me había encargado de todo. Iba a regresar a Aarlem hace una hora más o menos, pero alguien me dijo que ya venías hacia aquí, así que te esperé.

—¿No me hiciste llamar?

—No.

Gaunt le enseñó la orden que le habían enviado.

—Ayer por la noche me mandaron esto.

Hark lo leyó atentamente.

—Mierda, Ibram. Esto no tiene nada que ver con la última fechoría de Rawne. Es algo completamente distinto.

De algún modo, Gaunt ya lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que vio a Hark acercarse a él por el pasillo.

Gaunt le ordenó a Hark que volviera a Aarlem para que durmiera un poco y esperó a que lo llamaran. Pasaron otros veinte minutos antes de que vinieran a buscarlo.

—Siento haberte hecho esperar, Gaunt —le dijo el comisario Edur ofreciéndole la mano mientras se acercaba.

Gaunt se encogió de hombros para quitarle importancia al detalle y decidió que era mejor no preguntar, al menos de momento, por qué lo recibía un oficial con el que había comido precisamente el día anterior.

Lo cierto era que no conocía mucho a Usain Edur desde hacía mucho tiempo, y tampoco lo había tratado demasiado. Hargiter y Zettsman eran clientes habituales del club desde hacía siete u ocho meses, y Gaunt los conocía, tanto a ellos como a los regimientos en los que servían. Los consideraba buena gente, dos de los rostros habituales que solían acudir al Mithredates para comer o cenar. Edur sólo llevaba una semana o dos en la ciudad. Había acabado formando parte del grupo sin demasiados problemas. Gaunt creía recordar que había sido Zettsman quien lo había introducido. Edur era un individuo afable, buen conversador, y expresaba una actitud hacia el deber que a Gaunt le parecía encomiable, pero lo cierto era que no tenía idea alguna del pasado de aquel hombre, ni de sus años de servicio ni de a qué unidad había estado destinado. Se dio cuenta mientras seguía a Edur por el pasillo de que aquello era muy raro. Ese tipo de detalles siempre acababan saliendo en la conversación. Los soldados hablaban precisamente de esos años de servicio y buscaban puntos comunes en sus experiencias, los lugares, las gentes y las batallas que habían compartido.

En las dos o tres veces que había charlado con Edur, éste no había mencionado nada por el estilo, lo que significaba que era un tipo tremendamente reservado, o que ocultaba algo.

Gaunt también lo vio en él en ese momento, mientras caminaban por el pasillo.

Edur lo condujo a un despacho secundario. En el interior había un servidor estenográfico y una mesa con una silla a cada lado. Edur le indicó con un gesto que se sentara en una de ellas.

—¿Te ha ofrecido alguien una taza de cafeína? —preguntó mientras se sentaba en la otra silla.

—Nadie me ha ofrecido ni siquiera una explicación —replicó Gaunt.

Edur levantó la vista del informe cerrado que tenía delante de él y lo miró fijamente a los ojos. Era unos pocos años más joven que Gaunt, y unos cuantos

centímetros más bajo. Era atractivo de un modo pulcro, sin ser agresivo en su belleza, como una estatua clásica. Tenía la piel de un color negro intenso, y a Gaunt le recordó los vitrianos junto a los que había luchado. Edur le sonrió con una sonrisa genuina y relajada.

—Vamos a hacerlo fácil —le dijo—. Me acaban de encargar esta tarea, así que me estoy poniendo al día todo lo de prisa que puedo. Sé que es un poco incómodo por el hecho de que hayamos coincidido en varios encuentros sociales a lo largo de esta semana, pero creo que es por eso que me han encomendado esta tarea. Me conoces, así que esta entrevista puede ser un poco menos formal antes de…

—¿Antes de qué?

—Ya llegaremos a eso.

«En realidad, no te conozco nada», pensó Gaunt. ¿Dónde acabaría todo aquello? ¿Qué probabilidades había de que apareciera por casualidad en el club al que solía acudir y de que se uniera a su grupo de camaradas? Para Gaunt, casi era alguien transparente.

Edur le hizo un gesto de asentimiento al servidor y éste se puso en marcha con un chirrido. Unos engranajes delicados hicieron girar el tambor de papel de transcripción y los bloques de teclas bajaron a situarse en sus respectivos lugares de los servos.

—Entrevista preliminar, Ibram Gaunt —empezó diciendo Edur.

Luego detalló la fecha y la hora. El servidor comenzó a replicar las pequeñas teclas contra el papel que avanzaba bajo la placa de metal con un suave sonido. Edur abrió la carpeta del informe, alisó la primera página con la palma de la mano y empezó a leer el resumen de la hoja de servicio de Gaunt, algo que el servidor también anotó.

—¿Puedes confirmar esos detalles?

—Los confirmo.

Edur asintió.

—¿Eres el comandante del Primero de Tanith?

—Así es.

—Un mando que ostentas desde hace doce años.

—Así es, aparte de un breve periodo de tiempo ocurrido hace unos cinco años.

Edur pasó un par de páginas.

—Eso fue durante la… misión de infiltración en Gereon, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cuál era la misión?

—Una misión de seguridad.

Edur levantó la vista para mirarlo fijamente y le sonrió, como si esperara más.

—Y está clasificada.

Edur frunció los labios y alzó las cejas.

—¿Recuperaste el mando al regresar?

—No fue tan sencillo como eso, pero sí.

—Eres comisario coronel.

—Sí.

—Un rango doble. Es algo muy poco habitual.

—Es lo que es.

Edur volvió a mirarlo fijamente, pero con expresión divertida.

—¿Has pasado por la clase del Comisariado sobre métodos y técnicas de interrogatorio avanzado?

—¿Es una de las preguntas de esta entrevista?

Edur movió la cabeza en un gesto negativo pero sin perder la expresión divertida en el rostro.

—No, sólo se me ocurrió preguntarlo. He visto menos paradas y esquivas en un combate de esgrima —dijo mientras volvía la mirada de nuevo al informe para pasar otra página—. El Primero de Tanith fue retirado de la línea del frente hace dos años, ¿no es así?

—Así es.

—Y os enviaron a Balhaut para reabasteceros y descansar.

—Sí.

—¿Lleváis aquí un año?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Aburrido.

—¿Por qué?

—Porque la gente no hace más que repetirme cosas que ya sé.

Edur se echó a reír.

—Gaunt, sólo pregunto lo que me han dicho que debo preguntar. Sé que todo esto es como un grano en el culo.

—Bueno, vayamos a la parte en la que me cuentas por qué te han ordenado que me hagas esas preguntas.

Edur asintió.

—Lo haremos. ¿Llevas aquí un año? Sí, eso ya lo hemos establecido. ¿Tienes algo de lo que informar que te haya resultado raro en ese periodo de tiempo?

Gaunt se recostó contra el respaldo de la silla.

—¿De qué tipo de rarezas estamos hablando?

Edur se encogió de hombros.

—Gente rara, conocidos raros. ¿Alguien te ha seguido por Aarlem, o merodea por allí?

Gaunt negó con un gesto de la cabeza.

—Anota la negativa con la cabeza —le indicó Edur al estenógrafo—. Entonces, no has notado nada extraño. ¿Sobre todo en el último mes?

—No. En general, se puede decir que existen muchas rarezas en las filas del Primero de Tanith, pero nada con lo que no esté ya familiarizado.

Edur frunció los labios de nuevo.

—Muy bien, Gaunt, esto es lo que pasa. Tenemos un prisionero aquí mismo. Alguien importante, algo delicado. Se ha comentado que deberíamos haberlo ejecutado de inmediato, pero la Sección cree que podemos obtener una información de primera con su interrogatorio, así que por eso sigue con vida. Está abajo.

—¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Tenemos que meternos en su cabeza y descubrir lo que sabe.

—Eso lo entiendo, pero lo preguntaré de nuevo: ¿qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Es evidente que el prisionero sabe que lo que le queda de vida, y la calidad de la misma, dependerá mucho del modo en que revele sus secretos. Sabe que lo eliminaremos en cuanto pensemos que ya no es útil.

—Así que no habla.

—No, no lo hace.

—¿Me habéis traído sólo para que os sugiera métodos de interrogación?

—No. Ya hemos pensado en todos ellos, curiosamente. Se trata de un individuo muy resistente al dolor, así que acabamos pensando en algo distinto, en ofrecerle algo que quisiera a cambio de la información.

—Ya veo. Aun a riesgo de parecer un comunicador atascado en modo automático, ¿qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Todo, Gaunt. Te quiere a ti.



Siete

Prisionero B

Un ascensor blindado los bajó hasta el nivel de detención. La zona del bloque de celdas, llena de guardias, estaba embaldosada con losas blancas, y parecía más el área quirúrgica de una instalación médica que una prisión. Edur llevó a Gaunt hasta un cuarto de observación que daba a lo que parecía una celda de interrogatorio a través de un cristal transparente opaco por el otro lado.

Los torturadores autorizados, con las capuchas de arpillera colgadas de los cinturones, entraron y metieron al prisionero en la celda. Al hacerlo, las luces fluorescentes protegidas con rejillas se encendieron tras varios parpadeos e iluminaron el interior del habitáculo con un brillo verde enfermizo. Los torturadores, unos individuos fornidos de rostros crueles, ataron al prisionero a la silla metálica atornillada al suelo que había en el centro de la estancia.

—No lo conozco —afirmó Gaunt.

El prisionero era un soldado. Gaunt se dio cuenta de un simple vistazo. No se trataba de su físico, de cuerpo grande y muy musculado. Era su porte. Tenía la espalda recta y la barbilla ligeramente erguida. En cierto modo, mostraba un aire noble. Era evidente que había perdido peso y que había sufrido maltratos físicos, pero no estaba acobardado. Se comportaba como se comportaría un soldado de verdad.

El prisionero llevaba puestos un pantalón y una camisa sencillas, propias de un uniforme carcelario, y le habían dado unas zapatillas de yute.

—¿Estás seguro? —insistió Edur.

—No lo conozco —repitió Gaunt.

—Por favor, necesito que estés seguro.

—No seas idiota. Reconocería una cara como esa.

Llevaba el cráneo rapado y tenía toda la piel cubierta de profundas cicatrices rituales. Eran antiguas, pero significativas del pacto más mortífero y sangriento.

—Ha pedido que vengas tú. Ha dejado bien claro que sólo hablará contigo.

—¿Cómo me conoce? ¿Cómo sabe que estoy aquí, en este planeta?

Edur se encogió de hombros. Gaunt se dio cuenta de que su camarada lo estaba observando en busca de alguna respuesta en su lenguaje corporal, cualquier descuido o indicio. Asimismo, sabía que, al igual que ellos estaban observando al prisionero, ellos dos también eran objeto de observación.

—Estáis desesperados por sacarle la información y yo soy la mejor baza con la que contáis, pero tampoco confiáis en mí —comentó Gaunt.

—Es un asunto muy complicado —admitió Edur. El tono familiar de su voz no fue capaz de ocultar la tensión que sentía—. Es un caso muy delicado. Se han planteado objeciones ante la idea de que más gente supiera lo que ocurre. Tu autorización de seguridad no es tan alta como a ellos les gustaría que fuera.

—Mi autorización de seguridad es penosa desde que regresé de Gereon —dijo Gaunt—. Me imagino que tus colegas ya habrán revisado todos los informes al

respecto, al igual que los compilados por la comisaria general Balshin, el comisario Faragut y unos cuantos individuos más, incluido un miembro del Santo Ordo.

—Sí, creo que probablemente ya lo habrán hecho —confirmó Edur.

—Me imagino que no me consideran el individuo más adecuado para participar en este asunto, y ésa es la razón por la que has pasado dos semanas estudiándome, y la razón por la que ahora mismo están observándonos.

Gaunt levantó la mirada hacia el techo y recorrió las paredes con la vista.

—Sin embargo, a pesar de todo eso, la misión en Gereon es precisamente el motivo por el que me encuentro aquí, ¿no es así? —añadió.

Edur asintió.

—¿Este individuo está relacionado con Gereon?

—Más concretamente, con la misión que llevaste a cabo allí —precisó Edur.

Gaunt se quedó callado y se volvió para observar al prisionero de la celda. El hombre no se había movido en absoluto. Se limitaba a mirar con expresión vacía al espejo de la pared.

—Nos ha dicho que se llama Mabbon Etogaur.

—Bueno, eso no es exacto.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Edur.

—Puede que Mabbon sea su nombre, aunque dudo que sea el mismo que le pusieron cuando nació. Probablemente sea el nombre del santo que adoptó cuando hizo su pacto.

—¿Un nombre de santo?

—También ellos tienen santos, Edur. —Miró de nuevo al prisionero—. Etogaur no es un nombre. Es su rango. Os dio su nombre y su rango. Un etogaur es el equivalente aproximado a un general.

—Ya veo.

—Se trata de uno de los rangos superiores del Pacto Sangriento.

—¿Algo más? —quiso saber Edur.

Gaunt asintió.

—A pesar de todo eso, no es del Pacto Sangriento.

—¿No lo es?

—Sin duda, las cicatrices rituales del rostro y del cuero cabelludo son marcas del pacto, pero mírale las manos.

Ambos se quedaron mirando a través del cristal. El prisionero tenía los antebrazos atados mediante cinchas a la silla. Las manos colgaban flácidas y abiertas al final de los reposabrazos.

—No veo nada —dijo Edur.

—Exacto.

Edur miró de reojo a Gaunt.

—Si sabes algo, dilo ya.

—No tiene cicatrices en las manos —respondió Gaunt sin dejar de mirar al

prisionero, que seguía en silencio—. Ni en el dorso ni en las palmas. De todas las marcas del Pacto Sangriento, las cicatrices de las manos son las más importantes. Cuando un guerrero del Pacto Sangriento jura lealtad, pasa las palmas de las manos por los bordes afilados de la armadura de su impío señor. Eso formaliza el pacto. Eso es el pacto. Este hombre no tiene cicatrices.

—No, no las tiene —confirmó Edur.

Gaunt entrecerró los ojos para ver mejor.

—Es difícil estar seguro con esta luz, pero diría que la piel de sus manos parece nueva. No tiene ninguna marca. Demasiado suave. No puedo estar seguro, pero apostaría a que le han implantado algo para ocultar o eliminar las cicatrices. Lo más probable es que este individuo haya pertenecido al Pacto Sangriento, pero que ahora ya no forme parte de él.

—Entonces, ¿supones que ha renunciado al pacto?

—Es bastante posible. Es un individuo de cierta importancia en su planeta, y se ha esforzado mucho, y ha gastado una fortuna, en conseguir esos implantes para borrar las cicatrices rituales. Es toda una declaración por sí misma.

—¿No podría estar ocultando lo que realmente es?

Gaunt negó con la cabeza.

—No se trata de ocultar nada. De otro modo habría intentado eliminar también las cicatrices de la cabeza. Muestran a las claras su relación con los Mundos Sanguinarios. No, las manos son muy reveladoras. No ha ocultado las cicatrices, las ha eliminado. Ha rechazado de un modo claro y fehaciente el Pacto Sangriento.

—¿Y eso, en qué lo convierte?

—Lo podría convertir en un montón de cosas, Edur, pero como mínimo es un traidor. Un general traidor.

—Interesante.

—La verdad es que no. Todo lo que he dicho ya lo sabías.

Edur alzó las cejas.

—¿Qué te hace decir eso?

—Oh, vamos, Edur. La idea de que tú, los que nos están mirando, y toda la división de inteligencia de la Sección no hayáis descubierto todo eso ya es realmente insultante. Llevamos años estudiando al Pacto Sangriento. Todo esto no ha sido más que para saber cuánto sé.

Edur sonrió y alzó las manos en un gesto defensivo.

—Sé justo, Gaunt, no puedes culparnos.

—¿Qué tal lo he hecho? —quiso saber el comisario coronel.

—No ha estado nada mal. ¿Qué más me puedes decir?

Gaunt inspiró profundamente y volvió a mirar al prisionero.

—Supongo que la clave es que ha cambiado de bando. Eso es un indicador psicológico de gran importancia. Es capaz de jurar fidelidad a algo, de entregarse por completo, y luego cambiar de opinión y renunciar a ello. Si ya lo ha hecho una vez,

puede volver a hacerlo. Es como la infidelidad.

Edur se rio.

—¿De qué clase de cambios de opinión crees que estamos hablando?

Gaunt se encogió de hombros.

—Por desgracia, una parte importante de los efectivos del Pacto Sangriento proceden de la Guardia Imperial o de las Fuerzas de Defensa Planetarias. En la mayoría de las ocasiones responden a la política de «únete a nosotros o muere», pero a veces esa elección es mucho más personal. Como todos los conversos, voluntarios o no, a menudo pueden ser los más radicales, los más fanáticos. Es posible que este hombre haya pertenecido a algún cuerpo imperial. Luego sirvió al Pacto Sangriento, y después también renunció a él. Por alguna razón, es un infiel reincidente.

—¿Y qué supones que es ahora?

—No es más que una corazonada, pero yo diría que es uno de los Hijos de Sek.

—¿Por qué lo crees?

—El Pacto Sangriento es una organización guerrera que se encuentra al servicio personal del arconte. Magíster Sek, al que algunos llaman el Anarca, es el principal lugarteniente del arconte Gaur. Se trata de una situación de rey y de príncipe, algo parecido al enfrentamiento entre un padre y un hijo. Sek es muy ambicioso y envidia a la claras el Pacto Sangriento de Gaur. Cuando estaba en Gereon nos enteramos de que los agentes de Sek estaban intentando crear una especie de Pacto Sangriento propio al que llamarían los Hijos de Sek. Al igual que el Pacto Sangriento se había dedicado a arrebatarle soldados a la Guardia Imperial a lo largo de los años, los Hijos de Sek empezaron a robarle efectivos al Pacto Sangriento. Sobre todo oficiales, hombres con experiencia que los ayudaran a hacer crecer con rapidez y seguridad a los Hijos de Sek. Este hombre dice que es un etogaur, y los Hijos tienen básicamente el mismo sistema de rangos. Es la mejor razón que se me ocurre para explicar por qué conserva el rango pero se ha borrado las cicatrices de las palmas de las manos.

Edur asintió y sonrió.

—Sí, es lo mismo que pensamos nosotros.

—Sólo quedan dos preguntas, entonces —apuntó Gaunt—. ¿Qué es lo que sabe el etogaur, y por qué quiere hablar conmigo al respecto?

—Así es.

—Bueno, ¿queréis que hable con él, o represento un peligro demasiado grande?

Edur se quedó callado.

El comunicador instalado sobre la pared al lado del espejo sonó de repente. Edur tomó el auricular antes incluso de que acabase de sonar el primer timbrazo.

—¿Sí? —Gaunt esperó. Apenas distinguió el murmullo de una voz al otro extremo de la línea—. Muy bien. Gracias.

Edur colgó el auricular y se volvió hacia Gaunt.

—Puedes entrar.



OCHO

Etogaur

—Soy Gaunt.

El prisionero, inmovilizado en la silla, giró la cabeza para poder mirarlo. Fijó la vista en Gaunt durante unos largos momentos y sin expresión alguna en el rostro.

La puerta se cerró a la espalda del comisario con un fuerte estampido metálico. La celda era hermética.

El prisionero le habló. Su voz sonó seca, casi polvorienta, como sí no hubiera hablado en años.

—Jamás te conocí. En Gereon. No te conocí en persona. Necesitaré alguna clase de… verificación.

El dominio del gótico bajo por parte del prisionero B era excelente, pero se le notaba cierto acento, un acento ajeno al planeta que le hacía resaltar demasiado las erres y que articulaba cada sonido silábico como si estuviera envuelto en alambre de espino.

Gaunt dio una vuelta alrededor de la silla y se detuvo delante del prisionero. Este lo miró de forma inmediata y directa a los ojos sin pestañear. Sus ojos parecieron lanzarse hacia Gaunt en el brillo verde fosforescente de la celda estanca. Gaunt vio…

«Nada. ¡Allí no había nada que se pudiera ver!».

Gaunt carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi unidad eliminó al general traidor Noches Sturm en el Bastión Lectica —habló del asunto con naturalidad, sin darle importancia, como si fuera el resumen de lo que hubiera hecho una mañana que estaba de permiso—. El balazo en la cabeza que acabó con su vida se lo propinó él mismo, en un último impulso de honor en lo que por lo demás fue una vida despreciable. Por respeto a ese último acto, le tapé la cara con un paño que encontré en su dormitorio antes de abandonar el lugar. El paño era de seda verde.

El prisionero asintió.

—¿Cómo es que me conoces? —preguntó Gaunt.

El aire del interior de la celda no se renovaba en absoluto y parecía estar a punto de viciarse. Gaunt contuvo el impulso de acercarse al espejo para indicarle a Edur que activara el reciclado del aire.

—Yo era uno de los oficiales superiores de las fuerzas de ocupación de Gereon —le contestó el prisionero con aquella voz de polvo y alambre de espino—. Mi tarea era examinar a Sturm, y mediante los interrogatorios y las entrevistas extraer toda la información útil que se pudiera sacar de él. Tras su muerte, se hicieron muchos esfuerzos por identificar, localizar y ejecutar a sus asesinos.

—Lo sé. Yo estaba allí.

—Te mantuviste en activo en Gereon durante bastante tiempo después del asesinato. Operaste con la resistencia. De hecho, creaste una nueva resistencia a partir de la nada. Aunque nunca te atrapamos, acabamos sabiendo tu nombre. El nombre de

Gaunt, el nombre de los miembros de su equipo de élite… se hicieron famosos.

—Eso casi suena como si me estuvieras haciendo un cumplido.

El prisionero se encogió de hombros todo lo que sus ataduras le permitieron.

—Un soldado que no respete los logros de otro es un estúpido —le contestó.

—¿Ahora me vas a citar a Slaydo?

—Podría citar al arconte Gaur, pero entonces te sangrarían los oídos.

Gaunt se dirigió hacia la puerta de la celda.

—¿Adónde vas? —inquirió el prisionero.

—No creo que tengamos mucho de qué hablar —contestó Gaunt.

—No hemos hecho más que empezar.

Gaunt se volvió para mirarlo.

—El Imperio no desperdicia mucho tiempo en capturar o interrogar a soldados del Archienemigo. Se considera que su corrupción es demasiado perniciosa. Ninguna información que se consiga de ellos se puede considerar fiable, y siempre existe el riesgo de contaminación por parte de los interrogadores. Deberían haberte ejecutado hace mucho, no mantenerte detenido.

—He logrado convencer a mis captores para que me mantengan con vida hasta ahora. Tú eres mi última oportunidad.

—¿Por qué debería importarme?

—Por el bien del Imperio.

—¿Eso es algo que te importe? —le soltó Gaunt sin tratar de ocultar el tono sarcástico de la pregunta.

—Ya ha dejado de importarme nada, pero sé que a ti sí que te importa, y eso es suficiente. Puedo ayudar al Imperio, Gaunt, pero para lograrlo, el Imperio tiene que aprender a confiar en mí.

—No creo que eso vaya a pasar.

—Creo que tú eres precisamente quien los puede convencer para que me escuchen.

—¿Por qué?

—Porque permaneciste un año en Gereon. Un mundo ocupado, Gaunt. Un mundo corrupto. No importaba lo que hubieras hecho o la valentía con la que hubieras servido al Trono Dorado. Tendrías que haber sido ejecutado en cuanto regresaste. Nadie sobrevive tanto tiempo sin caer presa de la corrupción del Caos. Pero tú estás vivo y sigues en el servicio activo. De alguna manera lograste convencer a tus señores de que estabas limpio.

—Lo conseguí por los pelos, y todavía no están convencidos del todo.

—Pero lo hiciste. No hay nadie mejor preparado que tú para juzgarme, para determinar si digo la verdad o no, y luego convencer a los que mandan de que me escuchen.

Gaunt negó con la cabeza.

—No tengo muy claro que quiera hacer eso. Me estaría condenando a mí mismo.

—Si te niegas a hacerlo, habré muerto antes de que acabe el día. Soy algo valioso, Gaunt, y sólo tú puedes verlo… si miras.

Gaunt ya había llegado a la puerta de la celda y había alzado la mano para llamar. Dudó.

—Cuando has dicho que podías ayudar al Imperio, ¿qué querías decir?

—Quería decir que puedo ayudar al Imperio a ganar la guerra que libra en los Mundos de Sabbat.



NUEVE
Nueve Golosa

Esa mañana, fría y cargada de nubes por el oeste, el enemigo era un trozo de almonotte. Tenía una capa de crema y otra de rotchka, y el suave bizcocho estaba aromatizado con nueces de popoi. Todo ello rematado con una capa de azúcar azul glaseado.

Corrió hacia el norte, por el muelle Espada, su ruta habitual, con el río a la derecha y el brillo de la Oligarquía a la izquierda. Cruzó los corrales de rococemento, donde los antiguos comercios y mercados se habían colocado antes de la guerra, se detuvo un momento mirando los depósitos de agua para tomar un sorbo de rehidratante de la cantimplora y flexionar los músculos de la pantorrilla.

Había nevado durante la noche. Los enormes tanques de filtrado cubiertos por tapas de rejilla que procesaban el agua del río para las necesidades municipales parecían grandes capas de camuflaje invernales. En las calles, las líneas negras trazadas en la nieve indicaban el paso de vehículos madrugadores. Cuando empezó a correr otra vez, comenzó de nuevo a dejar su propio rastro.

Estaban montando un mercado en la explanada que se abría detrás de los generadores de energía de Polis. Olió el humo de los braseros al acercarse más. Allí se habían reunido cientos de habitantes del subsuelo y de los hacinamientos, envueltos en mantas y protectores aislantes, para colocar los tejados de plástico de los tenderetes y poner a la vista su mercadería. En realidad, era un mercadillo de trueques.

Había corrido por esa ruta durante tanto tiempo que muchos la saludaron con la mano mientras pasaba. Era la chica que corría por allí todas las mañanas, hiciera sol o nevara. Era la chica que a veces respondía al saludo. Era la chica delgada de fuera del planeta con el cabello rubio cortado a cepillo, el gastado uniforme de entrenamiento de la Guardia y las piernas largas.

Una vez pasado el mercado, giró a la izquierda a lo largo de la Explanada Sloman, y después cruzó las cisternas vacías de los muelles de la dársena del puente peatonal. Disfrutó del impulso de las placas de metal que le retemblaban bajo los pies lanzados a la carrera. Salió a la punta norte del muelle Espada y se dirigió hacia el puente Limecut.

El trozo de almonotte la acechaba en la parte posterior de la mente.

Vio los pájaros carroñeros que se amontonaban en las gabarras de basura ancladas en mitad del río. Sus chillidos penetrantes le llegaban flotando en el aire frío, agudos y desagradables, como el aullido lejano de unos disparos láser.

¿Hasta dónde llegaría esta mañana? ¿Hasta el otro lado del puente, hasta la Oligarquía propiamente dicha? Eso haría que el recorrido de ida y vuelta hasta Aarlem fuera de más de dieciséis kilómetros. Nadie corría hasta tan lejos, sólo ella. El enemigo la obligaba a hacerlo.

Dos figuras se acercaron corriendo hacia ella por el sendero. Iban al trote, a buen ritmo. Eran Vadim y Haller, los únicos fantasmas que seguían un régimen de carreras

casi tan riguroso como el de ella. Los veía en aquella ruta cada pocos días. El puente Limecut era lo más lejos a lo que llegaban.

—Hola, Tona —la saludó Haller cuando llegaron a su altura.

Los tres siguieron trotando sin moverse del sitio cuando se detuvieron a charlar.

—Hoy hace frío —comentó Vadim.

—Sí, sí que lo hace, y más que hará —asintió Criid.

—¿Hasta dónde vas a llegar? —le preguntó Haller.

Criid se encogió de hombros.

—Quizá hasta la plaza del Torneo.

Vadim soltó un silbido. Tanto él como Haller se tomaban en serio el entrenamiento, y las carreras los habían mantenido en forma en Balhaut, sobre todo a Haller, que era un individuo grande con tendencia a ponerse fondón. Según el nivel de exigencia del regimiento, estaban en plena forma. Según las exigencias de ambos, ella era una fanática.

—¿Vas a pasarte por la Sección para saludar a Rawne? —le preguntó Haller con un bufido.

—No lo pillo —contestó Criid.

—¿No te has enterado de lo de anoche? —se extrañó Vadim.

Ella negó con la cabeza.

—A Rawne lo pillaron a base de bien —contó Haller con cierto regocijo—. Bueno, eso es lo que me han contado. Llamaron a Hark. Va a haber unos cuantos castigos.

—¿Qué es lo que hizo?

—No lo sabemos, pero no fue el unico al que pillaron. También estaban Meryn, Leyr y Varl.

—¡Gak! ¿Estás de broma?

—No. Y a Daur también.

—¿Daur? Ahora sé que me estás tomando el pelo.

—No, Tona, en serio —le confirmó Haller—. Fue algún tipo de estafa, y los pillaron por completo. Daur también participó.

—No me lo puedo creer.

—Sí, es de lo más raro —asintió Vadim coincidiendo con ella.

—Pues así es —insistió Haller, quien había sido miembro del Vervun Primario y conocía a Ban Daur y su comportamiento impecable desde hacía mucho tiempo. Si Haller consideraba verdaderos los rumores, eso era más que suficiente para Tona—. Se los llevaron a todos a la Sección —añadió al cabo de un momento.

—He oído decir que se los llevaron a la prisión militar de Braunhem —apuntó Vadim.

—No, a la Sección —insistió Haller. Miró a Criid y le sonrió—. Pensándolo bien, quizá se produzcan unas cuantas vacantes entre los oficiales, ¿eh, «capitana» Criid?

—Sí, claro. Anda, cállate —le replicó ella.

Tona Criid había empezado a correr aproximadamente un mes después de la

llegada del regimiento a Balhaut. Todo se debía a su pasado y a los años en que había vivido en la parte mala de la colmena Vervun. Todo se debía a lo golosa que era.

Había sido una niña del arroyo en Verghast, y por eso la habían criado tanto sus compinches de los hacinamientos como sus propios padres. Estos eran muy pobres. De hecho, carecían de muchas cosas, incluidos los instintos paterno y materno, una ética del trabajo, el deseo de cumplir cualquier ley imperial, cualquier clase de interés en su descendencia o de un método fiable de control de natalidad.

Había aprendido a valerse por sí misma desde muy pequeña. Se había unido a un grupo de chavales que le habían enseñado unos cuantos trucos para sobrevivir. Había pasado los primeros años de su vida siendo una chica de la calle y una pandillera, haciendo cosas de las que no se sentía especialmente orgullosa. La guerra, la ruina de Verghast y Balhaut la habían llevado a aquello.

Recordaba los viejos tiempos, todos los días que había pasado con los bolsillos yacios y la barriga más vacía todavía, cuando ella y unos cuantos más se aventuraban a subir a la colmena para conseguir un poco de comida fresca o precocinada. Se habían dedicado a apropiarse de algunas billeteras o a robar comida cuando uno de ellos lograba despistar al propietario. Incluso habían robado con amenazas cuando el callejón era lo bastante discreto y uno de ellos llevaba un cuchillo.

La zona superior de la colmena era el país de las maravillas. Era amplia y estaba llena de luces, abarrotada de gente con buena ropa e implantes caros, de gente que llevaba más dinero encima sólo en ropa que todo el que poseía su familia al completo. Era gente que, cuando se acercaba a escucharlos, hablaba de cultura, de política, de arte, de sistemas financieros, de todo tipo de cosas que a ella le parecían una pérdida de tiempo ridícula. Los comercios de la parte superior de la colmena eran pabellones relucientes llenos de mercancías de lujo: sedas, lazos, joyas, implantes corporales, mascotas alienígenas, alfombras, servidores, cristalerías, especias, objetos decorativos… Eran tantas, tantas cosas, que se echaba a reír incrédula ante lo que veía. ¿Qué sería lo que hacía la gente soñar con la necesidad de tener aquellos objetos? Y si soñaban con ellos, ¿cómo podían permitirse semejantes sueños?

Pasaba horas pegadas al cristal de los escaparates, contemplando todas aquellas extravagancias, hasta que el propietario, iracundo, la echaba del lugar.

Tenía unos nueve o diez años cuando vio la pastelería de la zona comercial de la Torre Principal. Nunca llegó a saber el nombre, porque estaba escrito en un cartel con una caligrafía tan dorada e intrincada que no fue capaz de separar las letras que lo componían. Ya había visto tiendas de comida de lujo en muchas ocasiones, pero aquella pastelería era mucho más. Bajo el toldo de vistosas rayas de color caramelo, detrás del cristal del escaparate, había pasteles, tartas, magdalenas, timbales, éclairs, strudels, rosetas, bollos, rosquillas, bizcochos y un millar de otras dulces composiciones tan exquisitas a la vista como las alhajas que se veían en los escaparates del distrito de los joyeros. Los colores, las formas, los elementos decorativos… Todo aquello hacía que se quedara maravillada. La misma sensación le provocaban los

nombres exóticos escritos a mano en las tarjetas que habían colocado al lado de cada una de aquellas obras de arte. Y los precios…

Si eran tan caras, en nombre de Trono, ¿qué clase de sabor increíble tendrían?

Con nueve o diez años, a Tona Criid le daban igual todos los objetos de lujo de la colmena superior, pero en aquella pastelería descubrió cuál era su sueño. Para su mente juvenil, aquellos pasteles y helados simbolizaban el ejemplo perfecto de una vida de lujo, no por su precio o su belleza, sino porque si comprabas uno, no te duraría tanto como un brazalete. Desaparecería pasado el tiempo que tardaras en devorarlo. Eso era lujo. Eso era darse la gran vida.

Se convirtió en una costumbre que cada semana, más o menos, buscara una de las pastelerías u obradores de la colmena superior para pasar unos cuantos momentos con la boca llena de saliva admirando los dulces inalcanzables que había tras sus escaparates mientras se preguntaba a qué sabrían.

Cuando los Fantasmas llegaron a Balhaut, Tona Criid se vio enfrentada a una clase de vida que jamás había conocido anteriormente. Antes de la Guardia Imperial y de la guerra, no era más que una chiquilla del arroyo, y luego se había convertido en una fantasma que deambulaba agotada de una batalla de Gak a otra.

De repente, era una mujer adulta, con mando propio y responsabilidades, con un alojamiento bastante cómodo y la mayor parte de la paga de diez años esperándola en una cuenta corriente. No tenía otra cosa que hacer que esperar y entrenarse, y sentarse y encontrar algo en lo que gastarse la paga. No había indicación alguna de que fuera a volver al servicio activo.

Cualquier veterano sabía que acostumbrarse a una vida tranquila era una tarea difícil que llevaba cierto tiempo, igual que curarse de la adicción a los estimulantes. El cuerpo estaba acostumbrado a sobrevivir a base de adrenalina durante demasiados meses seguidos. Uno acababa volviéndose solitario, irritable, irascible. Se podían llegar a sufrir migrañas, mareos, ansiedad. Costaba dormir. Las manos empezaban a sudar. Si uno tenía mala suerte, se desarrollaban fobias o comportamientos antisociales. A la memoria saltaban recuerdos provocados por algo aparentemente inocente, como el sonido de un grito o el olor de una hoguera, y se terminaba tomando litio por prescripción médica o alguna clase de cóctel farmacológico para el estrés, o, en el peor de los casos en la celda de una institución administrativa.

Criid había empezado a correr para combatir todo aquello.

Llevaba en Balhaut una semana y media aproximadamente cuando encontró la pastelería durante un trayecto de entrenamiento por el casco viejo de Balopolis. El escaparate la había hecho pararse y luego trotar hacia atrás para verlo mejor. Ante ella vio todo el despliegue de un pastelero de primera clase, y aquello le trajo a la memoria el recuerdo de su infancia delante de los comercios de la colmena Vervun.

Pero en esta ocasión, disponía de dinero más que suficiente para entrar y comprarse un pastel.

El dependiente había mirado con bastante aprensión a aquella mujer delgada y

sudorosa vestida con ropa deportiva.

Lo repitió tres o cuatro veces a lo largo de las semanas siguientes. Correr para entrenarse no le proporcionaba ningún aliciente, pero la pastelería le daba un objetivo, un destino. Empezó a buscar otras, a aumentar la distancia de las carreras y a variar las rutas. Notó disgustada que estaba engordando, así que también aumentó la distancia para contrarrestar el exceso de calorías que estaba ingiriendo. Las largas y agotadoras carreras se convirtieron en unas largas y agotadoras carreras obsesivas. La parte estricta y controladora de su mente, la parte insana, de eso estaba segura de Feth, la obligaba a correr cada vez que se zampaba uno de aquellos dulces creativos, y corría hasta que casi quedaba mareada por el cansancio y el dolor muscular. Era una penitencia. Un castigo por ser golosa. Al carecer de un enemigo convencional al que enfrentarse, los pasteles se habían convertido en sus oponentes.

Tona Criid no era estúpida. Era muy consciente de que la patología mental de todo aquello era bastante retorcida, y ése era el motivo por el que no se lo había contado a nadie. Se dijo a sí misma que se trataba de un sistema de recompensas que la ayudaba a mantenerse en forma, y que era mucho mejor que bajar al infierno del abuso de estimulantes o de la bebida, o de cosas mucho, mucho peores.

Apretó el paso y cruzó el puente Limecut. Le llegó el olor metálico y frío del río que corría bajo ella. El cielo tenía el color y la textura de una pantalla pictográfica apagada. Una vez en el lado de la Oligarquía del río, giró hacia el este a lo largo de las avenidas y las carreteras industriales que seguían la ribera norte y que cruzaban toda la zona del muelle viejo que llegaba hasta el puente de Nueva Polis. Buena parte de aquella área estaba abandonada. Los talleres y los almacenes antiguos estaban en ruinas e invadidos por alimañas y por los restos arrastrados por el viento, con las ventanas cubiertas por capas de mugre, los tejados parcheados y agujereados y el interior apestando a moho, a podredumbre y a agua de lluvia estancada. Esa mañana, los alféizares y los aleros de los edificios estaban cubiertos de nieve, lo que los hacía parecer abrigados con una estola de armiño, o decorados con una capa de azúcar en polvo.

La zona se podía considerar un poco peligrosa, pero Criid llevaba su cuchillo de combate de plata pura metido debajo de la ropa. Se dispuso a dirigirse al este antes de girar hacia el centro de la Oligarquía. Su plan original había sido llegar hasta la plaza del Torneo y comerse un trozo de almonotte en Zinvan, en la calle que había detrás de la Universidad del Ministorum.

Se olvidó de aquella idea. Decidió dirigirse directamente hacia la Sección, tal y como le había sugerido Haller. Iba a echar un vistazo. Sólo un vistazo. Había una pastelería a unas pocas calles de la Sección, donde se podía comer un soforso de lima pasable.

La estructura esquelética del Viejo Cruce se alzó ante ella, y detrás, el puente de Nueva Polis.

Cualquier veterano sabía que acostumbrarse a una vida tranquila era una tarea

difícil que llevaba cierto tiempo. Esa mañana, Criid se sentía bastante intranquila. Podría tratarse de lo que le habían contado sobre Rawne, pero lo cierto era que las manos le habían empezado a sudar y notaba un sabor cobrizo en la boca. Le parecía adrenalina, adrenalina de combate, la sensación que se tenía en una zona de combate, la sensación de estar a tope en todo momento. No le había dado tan fuerte desde hacía semanas, y parecía empeorar cada vez más mientras trotaba bajo la sombra del puente.

Se detuvo con el corazón palpitante y miró a su alrededor. Durante unos cuantos segundos tuvo la sensación abrumadora de que se encontraba de nuevo en el frente y avanzando por un suburbio a sabiendas de que el enemigo estaba oculto detrás de cada pared y de cada ventana. Tuvo que esforzarse por contener el deseo de ponerse a cubierto de inmediato.

¿Qué era lo que se lo había provocado? ¿Qué era lo que la había puesto en alerta? Miró a su alrededor girando por completo sobre sí misma, pero no había nada que ver, nadie a la vista. Prestó toda la atención al lejano zumbido del tráfico, a la sombra férrea del puente, al cielo semejante a una capa de camuflaje ártico, a las capas de nieve, duras y relucientes bajo la luz del sol matutino, al lánguido golpeteo del agua del río, cargada de cristales de hielo, al negro uniforme de las paredes de piedra húmedas, la ouslita y el travertino, a los olores a podredumbre que llegaban del río, de los huecos de las alcantarillas y de la piedra desmoronada, al vapor de su aliento en el aire, al palpitar de su propio corazón, al aquila dorada de un campanario situado al otro lado del río, y a la pintura desvaída y desconchada en el nombre de Perecederos Ennisker de un edificio cercano.

Nada.

Inspiró profundamente y echó a correr de nuevo hacia el este.

• • • • •

Baltasar Eyl abrió un poco la mano con la que empuñaba el cuchillo de desembalar. Había oído a alguien en el exterior y se había preparado para ocuparse del intruso.

Quienquiera que fuera, fuera lo que fuera, ya se había marchado. Eyl trepó hasta uno de los arcos medio desmoronados que daban al paseo del río, pero no vio a nadie allí. Esperó un minuto y luego bajó de nuevo al muelle de descarga.

Los dos contenedores que había allí ya estaban abiertos, y todos los que habían podido ser despertados ya estaban conscientes. Uno de los dos lugartenientes de Eyl, su sirdar Karhunan, estaba supervisando la reanimación de los philia bajo la parpadeante luz de la nafta. Parte del grupo, los que se habían despertado en último lugar, estaban sentados y temblando, todavía demasiado aturdidos como para hacer otra cosa que no fuera balancear el cuerpo adelante y atrás con la mirada vacía. Otros

ya disponían de un poco más de movilidad en sus miembros y flexionaban las extremidades doloridas para activar la circulación sanguínea o estaban postrados en postura de plegaria y rezaban con emotivas palabras a los Reyes de la Disformidad para darles las gracias.

Unos cuantos se estaban inyectando estimulantes de lo que quedaba del material del médico. Arbus se había esforzado todo lo posible por reanimar a los hombres, para sacarlos del estupor provocado por la hibernación, pero Karhunan había decidido finalmente que la sangre del médico sería más útil que sus habilidades médicas, y había buscado otro cuchillo de desembalaje.

Los miembros más despejados de los philia habían comenzado a realizar sus tareas. Se pintaron marcas rituales de agradecimiento a los Poderes Siniestros en las mejillas y en la frente utilizando la sangre del médico, de Valdyke y de sus matones. Los hombres saludaron a Eyl con grandes reverencias y fuertes abrazos cuando se acercaba a ellos. Shorb estaba renovando las marcas del pacto de su mano izquierda con un cuchillo ritual. Hizo una incisión profunda en honor a Eyl y sostuvo la mano en alto y con la palma hacia fuera, hacia su damogaur. Eyl besó la palma ensangrentada.

—Deberíamos renovar todos los votos de nuestras almas al pisar esta tierra, damogaur —le dijo Shorb—. Debemos realizar los viejos ritos.

—Deberíamos hacer una cosa y otra —admitió Eyl—. Sin embargo, nos estamos quedando sin tiempo. Los philia deben prepararse para ponerse en marcha lo antes posible.

—¿Sabemos dónde se encuentra el pheguth? —preguntó Imrie.

—Pronto lo sabremos —le aseguró Eyl.

Imrie asintió y continuó vendándose uno de los pies. La congelación había reducido todos sus dedos a poco más que unos muñones ennegrecidos.

• • • • •

Malstrom, Gnesh y Naeme se estaban ocupando de las armas. Eyl había enumerado con precisión el equipo que necesitaría a lo largo de los mensajes que había enviado y, al parecer, Valdyke había conseguido todo lo que había pedido. El material pertenecía a la Guardia Imperial e iba metido en cajas de municionamiento de color caqui que Valdyke había descargado mucho antes del amanecer. Había rifles láser y automáticos, pistolas, algunas armas de mayor potencia y una buena cantidad de munición.

—¿El material es de buena calidad? —preguntó Eyl.

Malstrom se encogió de hombros mientras comprobaba el mecanismo de disparo de una carabina que había sacado de una de las cajas.

—Los mendigos no pueden elegir, Eyl damogaur —contestó—. Es material antiguo. La mayor parte son desechos de producción. Lo han conseguido a través de mercados ilegales y de cargamentos decomisados.

Echó la cabeza hacia atrás y sostuvo el arma en alto para examinarla mejor bajo la luz de nafta. Tenía los dientes manchados de sangre.

—Pero ¿son lo bastante buenas?

—En su mayoría sí. Tendré que limpiar y bendecir algunas de las piezas.

—Hazlo con rapidez.

Malstrom asintió.

—Por mi alma, magir —le contestó.

Naeme estaba sacando pistolas láser de otra caja. Después de comprobar con mano experta su estado, les metía un cargador en la empuñadura. Como siempre, estaba murmurando su lista de nombres.

—Utaleh, luego viene Sharhoek, después Muuln…

Levantó la vista al notar que Eyl se le acercaba y le ofreció una de las pistolas cargadas. El damogaur la tomó en la mano.

—¿Cómo va el recitado?

El viejo soldado sonrió.

—Me he despertado hoy en este extraño lugar y he descubierto, por mi alma, que me encuentro más cerca del final. —Se calló y apartó la mirada, como si hubiera oído una voz lejana. Empezó a murmurar de nuevo—: El siguiente es Hjeve, luego viene Umeth…

Era el rito que Naeme había elegido, el que había tomado como carga sobre su alma cuando juró el pacto por primera vez, cuando era joven. Iba a intentar murmurar a lo largo de toda su vida todos y cada uno dé los incontables nombres de la muerte para, una vez pronunciados todos, de ese modo convertirse en la Muerte. El Recitado de la Muerte era un rito muy popular entre los philia del Pacto Sangriento, aunque Eyl no conocía a ningún soldado que hubiera progresado tanto a lo largo del catálogo sagrado.

Malstrom soltó una maldición en voz baja y el damogaur se volvió hacia él.

—No hay explosivos, damogaur —le comunicó.

—¿Lo has comprobado bien?

—En todas las cajas. Hay unas cuantas granadas, pero no hay cargas de demolición.

Eyl se quedó pensativo unos momentos. Después de todo, Valdyke no había sido tan de fiar. Era un contratiempo.

—Tendremos que utilizar un lobo sangriento —sugirió Gnesh, Eyl asintió.

—Sí, tendremos que hacerlo.

Barc y Samus se encontraban al lado del muelle de descarga y estaban descuartizando los cadáveres que se habían utilizado para rellenar y sellar de forma ritual los contenedores. Las características de la misión los habían obligado a confiar

en la existencia de armas disponibles en la zona objetivo, ya que una carga de munición del mínimo tamaño necesario hubiera sido inmediatamente detectada por los sensores imperiales. Sin embargo, había sido indispensable transportar con ellos ciertos objetos, que habían introducido en el interior de los cadáveres para reducir al mínimo las posibilidades de detección.

Los cuchillos rituales de la compañía, unas armas de un solo filo serrado, del tamaño aproximado de una mano, con empuñaduras talladas de hueso humano, estaban fijados mediante sutura bajo la carne de los brazos y las piernas, pegados a los huesos largos de las extremidades. Barc y su compañero habían sacado los dos primeros arrancando la carne con las manos, y luego los habían empleado para cortarla y sacar los demás. Las máscaras de hierro del grupo iban metidas en las cavidades torácicas de los cadáveres.

Cuando Eyl entró en la cámara, Barc estaba usando la punta de su cuchillo ritual para separar las capas de grasa amarillenta y de tejido translúcido del costillar para poder abrirlo. Eyl le ofreció el cuchillo de desembalaje, de mayor tamaño y parecido a una cuchilla de matarife, y Barc lo empuñó satisfecho. Empezó a cortar el pecho del cadáver como un cocinero que estuviera preparando un asado de costillas. Metió la mano en la cavidad que había dejado al descubierto y sacó una de las máscaras.

Eyl tomó la pesada máscara de hierro y le dio un par de vueltas en las manos. Por el diseño particular de los ojos amenazantes y la boca aullante la reconoció como la máscara de Johnas, pero Johnas katogaur había sido uno de los hombres que no había sobrevivido al viaje en su hibernáculo. Esa máscara quedaría sin usar. Tendrían que destruirla de un modo ritual para apaciguar a Johnas y a sus espíritus patrones.

—Buscad la mía —les ordenó Eyl.

Samus ya la había encontrado. Le ofreció al damogaur su máscara de plata con las manos cubiertas de sangre. Samus tenía los ojos en blanco y su rostro mostraba una expresión de idiota. Eyl había conocido a Samus por su nombre corpóreo, Bezov. Samus era el nombre de su espíritu patrón, una criatura especialmente ruidosa que se había alojado poco a poco en el alma de Bezov. Este había insistido desde entonces en que lo llamaran por el nombre del espíritu, y la persona que Eyl había conocido desapareció tras los ojos lechosos, los tics incontrolados y los sonidos animales.

Eyl se alegraba de que su compañero hubiese sido elegido para recibir semejante bendición por parte de los Poderes Siniestros.

Tomó en las manos la máscara de plata. Había echado de menos su peso frío.

• • • • •

Habían llevado a la bruja a una estancia húmeda de los niveles superiores del edificio. Kaylb Sirdar, el otro lugarteniente de Eyl, tenía órdenes de vigilarla.

—¿Cuántos? —le preguntó a Eyl cuando el damogaur llegó donde éste se encontraba.

—Seis no lo han conseguido —le contestó Eyl en voz baja.

—¡Por el cadáver del dios!

—Johnas es uno de ellos.

Kaylb negó con la cabeza y soltó otra maldición.

—Eso nos deja treinta y cuatro. Podemos hacerlo con treinta y cuatro.

—Por supuesto. Pero seis… ¡Seis!

—Eran el tributo —le dijo Eyl a su viejo amigo—. Eran el precio en sangre que debíamos pagar para llegar hasta el corazón del enemigo sin ser descubiertos.

—Es cierto. ¿Cuándo atacamos?

—En cuanto podamos. En cuanto nos lo diga ella. ¿Está preparada?

Kaylb miró a través del hueco de la puerta que tenía a su espalda. En la habitación oscura que se abría al otro lado se veía a lady Ulrike Serepa fon Eyl caminando arriba y abajo bajo los carteles inspiradores, rotos y desvaídos de la Liga Henótica. Todavía llevaba puestos el vestido y el velo de luto. Hablaba sola.

—Yo me encargaré de ella. Baja, ármate y ayuda a Karhunan con los ritos —le ordenó Eyl.

Kaylb asintió, abrazó a su comandante, y luego bajó por la traicionera y podrida escalera.

Eyl entró en el ático.

—¿Hermana?

Ulrike dejó de caminar y lo miró. Eyl percibió sus ojos tras el velo.

—No me gusta este sitio —dijo ella.

—Ya sabíamos que no nos gustaría, hermana.

—Todos moriremos aquí —declaró Ulrike.

Eyl se limitó a asentir. Ella nunca se equivocaba, y por lo que se refería a morir en Balhaut, nunca había esperado sobrevivir. No era eso lo que realmente importaba.

—¿Morirá el Anarca? —le preguntó.

—Sabes que es lo único que no soy capaz de ver —le replicó ella. La mujer comenzó a retorcerse las manos bajo las amplias gasas negras de su vestido.

—Entonces dime lo que sí puedes ver.

Ella suspiró.

—Estoy cansada. No quiero hacerlo. Tengo hambre. Va a nevar otra vez. No me gusta este sitio.

—Me importa muy poco la nieve, y el descanso y la comida pueden esperar hasta más tarde —le contestó él—. Ya sabes lo que quiero ver.

—¡Estoy cansada! —repitió ella con voz desafiante—. Decir la verdad hace que me duela la cabeza. La clarividencia es agotadora. No me obligues a hacerlo.

De repente, Eyl se plantó frente a ella, y con sus manos, semejantes a trampas para alimañas, la agarró por las muñecas. La mujer soltó una exclamación de sorpresa y

dolor.

—No me obligues a hacerte daño —la amenazó él en voz baja mirándola fijamente a través del velo—. No me obligues a hacer daño a mi propia sangre. Este es tu propósito en la vida. Para esto te crearon los magos cruentos de nuestra Consanguinidad. Para esto te criaron y te convirtieron en lo que eres.

—Por mi alma que hubiera preferido que no lo hicieran —musito ella.

—Lo sé.

—Ojalá no lo hubieran hecho.

—Calla —la tranquilizó él al mismo tiempo que le soltaba las muñecas.

—¿Quieres saber dónde está el pheguth?

—Sabes que sí.

—¿Me has traído algo con lo que trabajar?

Eyl asintió. Metió la mano en uno de los bolsillos del abrigo y sacó un mapa cuidadosamente doblado de la Oligarquía y de la Balopolis interior. Era otra de las cosas que le había pedido a Valdyke. Este lo había metido en un sobre que, a su vez, había dejado sobre una de las cajas de munición.

Rasgó el sello del mapa, lo abrió y lo extendió como un mantel sobre una vieja mesa cubierta de hollín situada bajo el sombrío techo de vigas. Lo alisó cuidadosamente.

Ella se acercó, miró el mapa y recorrió el papel con los dedos siguiendo las líneas de las calles y de las avenidas con movimientos rápidos y bruscos.

Una ráfaga de viento frío entró por la ventana sin cristales del ático e hizo aletear los bordes del mapa que sobresalían de la mesa.

La mujer se estremeció, y de su garganta surgió un sonido bajo y gimiente, semejante al de un felino acorralado. Eyl la sostuvo por los hombros, con suavidad pero con firmeza. Sintió el frío que emanaba de su cuerpo a través de los guantes que todavía llevaba puestos. La respiración jadeante de su hermana pasaba al otro lado del velo convertida en vapor. Su propio aliento comenzaba a condensarse también en el aíre.

Sin previo aviso, se separó de él con brusquedad y corrió hacia la ventana del ático, convirtiéndose en una silueta negra recortada contra el cielo blanco apagado.

Eyl lanzó un grito creyendo que iba a saltar por la ventana, y corrió hacia ella a toda la velocidad que le permitió su metabolismo mejorado.

La alcanzó justo en el límite, y la agarró por el borde de su larga falda de seda negra, pero ella nunca había tenido la intención de saltar.

La soltó. Se puso de pie en el alféizar de la ventana y miró hacia la ciudad imperial. Los edificios mostraban el color del hueso bajo la luz pálida del invierno. El cielo tenía el mismo color que un lago helado.

La oyó suspirar. Se llevó las manos a la cara y se subió el velo para poder ver el mundo sin ninguna clase de barrera. Eyl no alzó la mirada. No quería verle el rostro. Tan sólo quería saber lo que estaba viendo. Miró hacia las torres y los hacinamientos,

hacia los tejados. La ciudad era enorme, quizá la de mayor tamaño que jamás hubiera visto. Su complejidad llenaba el mundo visible de un horizonte a otro. En aquel lugar, menos de una vida antes, se había decidido una gran hebra del destino. En aquel entonces había parecido una pérdida para la Consanguinidad, pero no se trataba más que de un coste necesario, los dolores de parto de una nueva era. Le había permitido a Gaur ascender y hacerse con la corona de Arconte. Había supuesto un nuevo rumbo en el transcurso del destino.

En esos momentos, una nueva hebra del destino estaba a punto de decidirse en Balhaut, una hebra que todavía se retorcía y resbalaba entre sus manos. En comparación, la primera apenas tenía importancia.

Ulrike se echó a reír. Unos copos de nieve, grandes y silenciosos, bajaron flotando del cielo reluciente.

—Ya te dije que nevaría.

—Y yo te creí —le respondió él, aunque no estaba muy seguro que no hubiese sido ella quien había provocado la nevada.

La rodeó con los brazos por los muslos y la bajó del alféizar. Ella había bajado el velo de nuevo y unos cuantos copos se estaban derritiendo sobre la tela.

—Kaylb va a ser el primero en morir. Tienes que saberlo.

—Muy bien —contestó él con un gesto de asentimiento. Luego tragó saliva.

—Quiero decir que Kaylb va a morir pronto. Hoy, probablemente.

—Muy bien —repitió Eyl.

—¿No lo echarás de menos?

—Siempre lo haré.

La mujer se encogió de hombros y se acercó al mapa. Recorrió de nuevo las calles con la punta de los dedos.

—¿Y bien? ¿Has encontrado el pheguth?

—Aquí —dijo la bruja dando golpecitos con el dedo en un punto del mapa—. Se encuentra en este edificio de la plaza del Virrey. El edificio se llama… la Sección.



DIEZ
Nieve sobre nieve

El cielo que cubría la ciudad se había vuelto de un color amarillo enfermizo y había comenzado a nevar de nuevo. Los copos chasqueaban con suavidad al golpear el cristal de los grandes ventanales que daban al patio del edificio. Aquel repiqueteo servía de contrapunto al compás fúnebre y pesado del ornamentado reloj situado en una esquina.

Gaunt estuvo sentado durante un rato, pero luego comenzó a caminar arriba y abajo por la antesala. Después se quedó contemplando cómo los copos de nieve caían en el patio interior y comenzaban a acumularse con suavidad. Observó el avance imperceptible de las agujas por el dial de bronce del reloj. Se acercó a la puerta de la antesala para mirar por el pasillo helado. Había gente ocupada en algún lugar. Oyó el eco de unas voces que gritaban en la lejanía. Regresó al interior de la antesala, se sentó en el sillón y tomó otro sorbo de la cafeína ya fría que le había llevado el oficial de servicio. Sacó el cuaderno de Eszrah e intentó leer otro de los relatos de los noctugane, pero no consiguió concentrarse.

El comisario Edur reapareció por fin y cerró la puerta de la antesala.

—¿Qué es lo que está pasando, Edur? —le preguntó Gaunt al mismo tiempo que se ponía en pie—. ¿Cuándo puedo retomar el interrogatorio?

—Confío en que será dentro de poco.

—Ya oíste lo que me dijo, Edur —insistió Gaunt—. Es vital que siga hablando con él. En nombre del Dios Emperador, ¿por qué me hicieron salir de allí?

—Ha habido una complicación —le contestó Edur de forma evasiva.

—¿Qué clase de complicación?

Edur parecía encontrarse muy incómodo.

—Quiero hablar con él —insistió Gaunt.

—Y nosotros queremos que hables con él —le aseguró Edur.

—Entonces, ¿por qué no lo estoy haciendo ya?

—Vas a tener que esperar un poco más.

Edur movió la mandíbula de un lado a otro, como si tuviera mucho más que decir pero no estuviera autorizado para hacerlo.

Gaunt lo miró durante unos momentos y luego se sentó de nuevo lentamente.

—Mientras tanto, puedo hacer que te traigan algo, como una bebida. ¿O prefieres ver a tus hombres?

—¿A mis hombres?

Edur titubeó un instante y luego sacó un cuaderno pequeño del bolsillo de su chaqueta. Pasó las páginas y consultó algo.

—A ver… Un tal mayor Rawne, ¿no es así? Él y otros seis fueron encerrados ayer por la noche. Están abajo, en las celdas. Pensé que puesto que tenías tiempo de sobra, querrías…

—El mayor Rawne ha sido un grano que he tenido en el culo desde hace doce

años —Lo cortó Gaunt—. No sé en qué clase de problemas se habrá metido esta vez, aunque me importa demasiado. Por mí, se puede quedar abajo pudriéndose una temporada. Quizá eso sirva para enseñarle a no meterse en problemas, aunque lo dudo mucho.

Edur carraspeó antes de guardarse el cuaderno de nuevo en el bolsillo.

—No era más que una sugerencia.

Se dio la vuelta para marcharse, pero en ese mismo momento, se abrió la puerta. Un oficial de servicio entró en la habitación y le susurró algo al oído a Edur, quien asintió y se volvió hacia Gaunt.

—Ven conmigo —le dijo.

Gaunt siguió a Edur por el pasillo. Tuvo que alargar la zancada para seguir el paso casi ligero de Edur.

—Escucha con atención —le dijo Edur en voz baja pero con tono urgente mientras caminaban—. A última hora de anoche, el ordo se enteró de lo que estaba ocurriendo aquí. Insisten en que tenemos que entregarle al prisionero B. La Sección ha protestado y reclama que la detención y el interrogatorio del prisionero recaen en nuestra jurisdicción, pero la Inquisición se ha mostrado muy insistente al respecto.

—Ya me lo imagino —comentó Gaunt.

—Dicen que están dispuestos a anular legalmente la autoridad del Comisariado y a iniciar una investigación completa por parte del Ordo Hereticus. Mercure está intentando deshacerse de ellos. Argumenta que el asunto recae por completo precisamente bajo la autoridad del Comisariado.

—¿Mercure? ¿Estamos hablando de Isiah Mercure, el jefe de la División de Inteligencia?

—Sí.

Gaunt soltó un silbido. Doblaron una esquina juntos y coordinaron el paso cuando iniciaron el siguiente pasillo. Al otro extremo, un gran número de guardias armados flanqueaba un par de puertas enormes.

—Te ha hecho llamar —lo informó Edur—. Responde con claridad y sencillez a todas las preguntas que te haga. No te andes con juegos con esta gente. No es el momento de ponerse gallito.

—Entendido —le contestó Gaunt.

—Eso espero.

Los guardias se pusieron en posición de firmes cuando los llegaron a su altura.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Gaunt de repente.

—¿Qué?

—¿Cómo se enteró la Inquisición de la existencia del prisionero B?

Edur se paró en seco y se volvió hacia Gaunt.

—No lo sé. A nadie se le ha ocurrido preguntárselo.

—Pues hay que descubrirlo. Si ellos han logrado enterarse, la información no es segura.

Edur pasó entre los guardias, llamó con fuerza a una de las hojas de la puerta y luego la abrió. La mantuvo abierta para que pasara Gaunt.

—El comisario coronel Gaunt —anunció.

Gaunt entró en la estancia e hizo el signo del aquila. Delante de él tenía a unos veinte oficiales y funcionarios del Comisariado junto a unos cuantos representantes de la Inquisición. Estaban sentados a cada lado de una larga mesa iluminada por la suave luz que entraba por los grandes ventanales. El modo en que todos se volvieron para mirarlo le hizo pensar que había entrado en un momento de la conversación especialmente delicado.

—Muy bien, Gaunt. No se quede ahí, hombre. Acérquese, por favor —lo invitó el oficial superior del Comisariado.

Gaunt hizo lo que le ordenaban. Nadie respondió a su saludo. Nadie se apartó o se puso en pie para dejarle un asiento. Un par de oficiales de la Sección movieron las sillas un poco hacia un lado para que pudiera quedarse de pie cerca de la mesa al lado del oficial superior.

Era Isiah Mercure. Gaunt lo reconoció por las decenas de reuniones de alto nivel a las que había asistido, aunque jamás se habían hablado el uno al otro. Habitualmente, Gaunt estaba muy por debajo de la atención de Mercure. Este se encargaba de los asuntos de la cruzada a nivel de sector, y solía tratar con gobernadores de sistemas planetarios, con comandantes generales y con el propio señor de la guerra. Le quedaba muy poco por ascender dentro del Comisariado. Gaunt había oído comentar que el futuro de Mercure podía pasar por una comandancia general, o incluso por la dirección de algún teatro de operaciones importante.

Se trataba de un individuo robusto con pelo oscuro y canas grisáceas, y sus acusados rasgos eran a la vez ásperos y carnosos. No era una persona atractiva en absoluto. Tenía muy mal color de piel y estaba cubierto de marcas parecidas a la viruela. La anchura de su torso indicaba el exceso de buena vida. Sin embargo, tenía una presencia imponente. Su voz era profunda, y sus modales eran rudos y sin afectación alguna, lo que de alguna manera resultaba tranquilizador.

—Ha interrogado al prisionero B, ¿verdad? —le preguntó Mercure sin mirarlo siquiera.

—Brevemente, señor.

—¿Qué primera impresión tiene?

—Que no deberíamos ejecutarlo, no hasta que hayamos podido sacarle toda la información posible.

Mercure asintió. Siguió sin mirar a Gaunt. Parecía tener la mitad de la atención concentrada en revisar todo el papeleo que tenía esparcido delante de él sobre la mesa. La otra mitad parecía estar estudiando al individuo que tenía sentado al otro lado de la mesa, justo enfrente de él.

Aquel hombre era, sin duda alguna, un siervo del ordo. Llevaba una armadura corporal de color oscuro y un manto con reborde de piel blanca. Su cuerpo era esbelto

y de extremidades largas. Estaba sentado en la silla como un bailarín en un momento de descanso, o como un maniquí colocado de un modo premeditado para que sirviera de modelo a un artista. Llevaba el largo cabello suelto formando una melena leonina, y sus rasgos eran casi perfectos y de construcción refinada. Los ojos, por ejemplo. Gaunt cayó de repente en la cuenta de dónde había visto unos ojos como aquellos: en su propio rostro. Los ojos del inquisidor eran unas réplicas artificiales y extravagantes, y no se trataba tan sólo de los ojos. El aspecto de su rostro, desde la línea de la mandíbula hasta las de la nariz y la mejilla, era demasiado noble, demasiado magníficamente hermoso para ser cierto. El inquisidor se había hecho operar el rostro en algún momento de su vida por los implantadores más cualificados de todo el Imperio.

—¿Qué es exactamente lo que cree que podemos sacarle? —preguntó el inquisidor a Gaunt mirándolo fijamente.

—Información vital para el progreso de la cruzada —contestó Gaunt.

—¿Y qué lo convierte a usted en un experto en el análisis de esa información?

Gaunt dudó un momento.

—Disculpe, ¿con quién hablo?

Detrás de la silla del inquisidor había media docena de hombres vestidos con trajes monopieza de color negro. Gaunt supuso que serían sus agentes, su equipo, sus secuaces. Al igual que su señor, eran delgados y de aspecto ágil, y se comportaban cómo un grupo de baile, alineados y preparados para actuar. Incluso desarmados mostraban el aspecto de individuos a los que era mejor no enfrentarse. Había algo curioso en todos ellos que Gaunt no logró identificar de momento. Todos se enervaron ante la pregunta del comisario.

—Cuidado con lo que dice —le espetó uno de ellos.

El inquisidor alzó una mano.

—No ocurre nada, Sirkle.

El secuaz, Sirkle, retrocedió un paso, pero no dejó de mirar con dureza a Gaunt. Al fijarse más en Sirkle y sus camaradas, Gaunt se percató de qué era lo que lo desconcertaba tanto de ellos.

Todos tenían el mismo rostro de su señor.

El color del cabello, el color de los ojos, e incluso algunos detalles de la complexión general variaban entre ellos, pero los elementos básicos de su fisonomía eran idénticos e inconfundibles. Los rostros de todos los agentes del inquisidor habían sido remodelados mediante implantes para imitar la perfección heroica de su señor.

A primera vista se trataba de un extraño capricho de vanidad, pero Gaunt pensó que era algo doblemente vanidoso cuando lo que se inmortalizaba ya era en sí artificial.

—Soy Handro Rime —contestó el inquisidor—. Estoy aquí al servicio del Ordo Hereticus. Mi pregunta sigue siendo la misma: ¿qué lo convierte a usted en un experto en el análisis de esa información?

—Rime, no estamos aquí para debatir lo experto que pueda ser Gaunt —replicó Mercure—. Posee una enorme experiencia en la campaña de Gereon, y de ahí fue de donde sacamos al prisionero B. Si Gaunt dice que hay algo que sacar de todo esto, yo le creo. Es mi hombre en este asunto. ¿No es así, Gaunt?

Gaunt se dio cuenta de que Mercure lo estaba mirando por primera vez a la cara. Era una mirada que decía «No me hagas parecer un estúpido, pequeño cabrón».

—Por supuesto, señor —respondió de inmediato Gaunt.

Rime se inclinó hacia adelante y le sonrió. No había calor alguno en aquella sonrisa. Era la copia perfecta de una sonrisa, ejecutada por cientos de tensores sintético musculares y de micromotores subcutáneos. Miró fijamente a Mercure con sus ojos implantados.

—Creo que el verdadero asunto es que la División de Inteligencia del Comisariado, sin consultar o pedir permiso a cualquier otro departamento o agencia, incluido el Santo ordo, mantiene detenido a un prisionero del Archienemigo muy peligroso en el mismo corazón de una de las ciudades de Balhaut. Se trata de un riesgo extraordinario, por no mencionar que es algo totalmente contrario a lo reglamentado en los procedimientos operativos, tal y como lo dejaron establecidos la Inquisición y los Altos Señores de Terra. El Imperio no hace este tipo de cosas, Mercure. Tú no haces este tipo de cosas. La única organización cualificada y autorizada para manejar a este tipo de prisioneros es la Inquisición.

—Esto es demasiado importante como para perder el tiempo en disputas jurisdiccionales, Rime —replicó Mercure.

—Ah, si sólo se tratara de eso —contestó a su vez el inquisidor—. Nos entregareis al prisionero B. Nosotros lo evaluaremos y nos encargaremos de él.

—Pero él no quiere hablar con ustedes —soltó Gaunt.

—¿Qué acaba de decir? —exclamó otro de los secuaces.

—¡Ya basta, Sirkle! —ordenó Rime.

Gaunt se preguntó si todos se llamarían Sirkle.

—He dicho que no quiere hablar con ustedes —repitió Gaunt al mismo tiempo que abarcaba con un gesto a todo el equipo inquisitorial—. Tampoco quiere hablar con ellos —añadió señalando con un gesto del mentón a Mercure y al resto de los oficiales de la Sección—. Sólo quiere hablar conmigo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Rime.

—El prisionero B dejó bien claro que sólo hablaría con el comisario coronel Gaunt —afirmó Edur irrumpiendo en la conversación desde su puesto al lado de la puerta, donde esperaba pacientemente.

—¿Por qué?

—Esa es una de las cosas que pienso descubrir. Si se me da la oportunidad — declaró Gaunt.

Mercure le indicó a Gaunt que podía retirarse, y Edur lo llevó de vuelta a la antesala. El reloj seguía con su palpitar profundo y regular, y los copos de nieve

continuaban repiqueteando contra el cristal.

—Lo has hecho muy bien —comentó Edur.

—¿Ah, sí?

—Creo que impresionaste a Mercure.

—No me he dado cuenta de eso.

Edur sonrió antes de contestarle.

—Nunca te das cuenta con él, pero creo que tu brusquedad ha provocado el interés suficiente en el inquisidor como para que logremos un poco de cooperación. Quizá podamos convencerlos de que te permitan interrogar al prisionero con ellos de observadores. De ese modo, al menos, compartiremos todo aquello que descubramos.

—El ordo debería respetar, y mucho, nuestra necesidad de información concreta —gruñó Gaunt.

Edur siguió sonriendo.

—Has pasado mucho tiempo en la línea del frente, ¿verdad, Gaunt? Has olvidado lo absoluta que es su autoridad. Tenemos suerte de que nos lo hayan pedido con educación. Podrían haber entrado por las buenas en la Sección y habérselo llevado por la fuerza. No te creerías la cantidad de individuos con información prometedora que la Inquisición nos ha quitado de las manos antes de que pudiéramos sacarles algo.

—Así que no nos queda más remedio que esperar, ¿no?

—Eso me temo —le confirmó Edur.

● ● ● ● ●

La nieve caía con más intensidad todavía que antes en el patio contiguo a la Casa del Virrey. Wes Maggs puso en marcha de nuevo el motor del coche con la esperanza de sacarle un poco de aire caliente al aparato calefactor. Sabía que si mantenía el motor en marcha demasiado tiempo algún chupatintas le descontaría el consumo de combustible de su paga.

Maggs tenía las manos metidas en las axilas de la chaqueta en la que intentaba arrebujarse. Estaba sentado en el asiento del acompañante delantero y se dedicaba a pensar en la mala suerte que había tenido con aquella tarea.

Estaba helado hasta los huesos, y la espera lo estaba matando. ¿Cuántas horas llevaba Gaunt dentro? El cielo tenía ya el color de un moratón de mal aspecto, y hacía demasiado frío incluso para estar nevando. Pensó por un momento en salir y quitar la nieve que se estaba acumulando sobre el coche, pero no le apeteció hacerlo. También pensó en acercarse a uno de los guardias para charlar y calentarse las manos con un pitillo de lho, pero todos estaban en la puerta o en las torres de guardia, y no parecían muy amistosos.

Hasta los mecánicos, que habían estado trabajando en algunos de los vehículos de

transporte aparcados en la zona de garaje adyacente al patio se habían dado por vencidos y se habían agrupado alrededor de un brasero de patético tamaño. Se preguntó si le harían sitio, pero dudaba mucho que lo hicieran. Tampoco ellos parecían ser muy amistosos, pero, de hecho, todo aquel lugar parecía ser el sitio más inhóspito y menos afable en el que hubiera estado, y eso incluía algunas zonas de combate.

Miró hacia el otro lado del patio a través del parabrisas y los copos de nieve, y por fin descubrió para qué servía el extraño detalle arquitectónico que se había pasado mirando la mitad del día. El costado del edificio principal tenía adosado una especie de muelle de carga que sobresalía sobre la zona central del patio. No tenía ventana alguna.

Maggs se dio cuenta de que había aparcado frente al bloque de ejecuciones. La trampilla que había en la parte inferior del muelle que daba al patio era el hueco por el que bajaban los cuerpos de aquellos que eran ahorcados. Aquel patio, aparte de utilizarse como zona de aparcamiento y de mantenimiento de vehículos, era donde se colocaban los observadores y los testigos oficiales.

Se estremeció. El lugar le resultaba cada vez más hostil a cada momento que pasaba.

• • • • •

Gaunt se puso en pie y guardó el cuaderno de Eszrah antes de que le diera tiempo a preguntarse por qué lo había hecho.

Algo había provocado aquellos movimientos llenos de decisión, algo muy evidente, pero no supo identificar el motivo. Se quedó de pie, con el reloj marcando los segundos con un tictac solemne detrás de él mientras escuchaba el golpeteo suave de los copos de nieve contra los cristales de las ventanas de la antesala.

Había visto algo. Había visto algo que no podía haber visto, algo que no debería haber sido capaz de ver.

Por un segundo, mientras tenía la atención puesta en las páginas del siguiente relato de Eszrah, se había producido un destello, un breve destello detrás de sus ojos, como una descarga eléctrica, como el temblor de las luces de la aurora boreal.

Una estupidez. La verdad era que se trataba de una estupidez. No era más que otra punzada en sus viejos y traumatizados nervios ópticos. Otro fallo en el sistema de sus nuevos y relucientes ojos.

Pero también estaba ese sabor en la boca. El sabor metálico de la sangre. Se dirigió a la puerta.

• • • • •

—¿Crees que estarán bajando la calefacción a propósito para fastidiarnos? —preguntó Varl en voz alta, aunque sin dirigirse a nadie en concreto.

Nadie le contestó.

Los prisioneros tanith ocupaban siete celdas adyacentes en el quinto bloque de la zona de detención cuatro. Los otros únicos ocupantes del bloque eran un par de borrachos del regimiento de Oudinot, que todavía estaban durmiendo la fiesta del día anterior, y un desagradable tipejo de uno de los regimientos de Varshide, que ocupaba la celda contigua a Rawne. El varshidita había expresado con un comentario largo y muy gráfico cuanto se alegraba de ver a Jessi Banda, y lo mucho más que se alegraría si no estuvieran separados por barrotes de ceramita, hasta que Rawne se le acercó y le susurró con suavidad algo al oído, lo que tuvo como resultado inmediato que el individuo se callara en seguida y se acurrucara en una de las esquinas de la celda.

La temperatura del bloque había descendido de forma continua desde que los tanith fueran encerrados la noche anterior. Sin embargo, en la última hora había bajado de un modo especialmente perceptible. Varl veía que el aliento se le condensaba delante de la cara.

Nadie había hablado desde hacía bastante tiempo. Habían discutido bastante durante las dos primeras horas de detención, con un buen número de recriminaciones por doquier, pero sobre todo por parte de Ban Daur, que estaba sentado con aspecto desolado en un rincón de la celda, y con una expresión en la cara que indicaba que su mundo se había acabado. El joven Cant, que se había visto arrastrado a aquel montaje por la presión de sus compañeros y por la idea de que si lo hacía quizá Varl dejaría de burlarse de él, parecía atemorizado y desmoralizado. Meryn, como era habitual en él, había comenzado a quejarse y a echarle la culpa a todo el mundo, lo que había provocado de inmediato un enfrentamiento acalorado con Banda, que no había acabado hasta que los guardias les ordenaron que se callasen.

Luego había aparecido Hark, recién llegado de Aarlem a primera hora de la madrugada con cara de querer cometer un asesinato. Había revisado la situación, les había dicho que eran unos idiotas de Feth. Después añadió que no tenía ni idea de cómo iba a solucionar la «última mierda de Rawne». Por último, les dijo que volvería más tarde, aunque ese mismo día.

Nadie había hablado mucho después de aquello.

—Oye, es verdad. ¿Qué demonios está pasando? —dijo Leyr mientras se levantaba y olfateaba el aire—. Varl tiene razón. Empieza a hacer mucho frío.

—¿Quieres que le pregunte al conserje si puede subir un poco la calefacción? —le replicó Meryn con sorna.

Banda soltó un bufido y le enseñó a Meryn un dedo concreto de la mano derecha a través de los barrotes.

—Cada vez hace más frío —confirmó Cant—. Tanto frío ya canta mucho, ¿no?

El joven soldado se calló en seguida cuando se dio cuenta de lo que había dicho, pero ya era demasiado tarde.

—No, no canta tanto, ¿verdad, Cant? —se burló Varl.

—Que todo el mundo se calle —ordenó de repente Rawne, y todos se quedaron en silencio.

Rawne se puso en pie y se quedó muy quieto, como si estuviera escuchando algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Varl.

—¿Oís eso? —fue la respuesta de Rawne.

• • • • •

Gaunt salió del ascensor blindado y entró en el bloque de celdas de paredes de losas blancas. La combinación de la luz artificial y de las losas hacía que el ambiente del bloque pareciera enfermizo y tormentoso, como la luz de la nevada del exterior.

—No debería estar aquí, señor —le dijo uno de los oficiales del bloque de detención mientras se acercaba presuroso a él—. No está permitido.

—Sólo quiero echarle un vistazo al prisionero. Será un momento —le contestó Gaunt.

—¿Por qué, señor?

—Sólo necesito echarle un vistazo —insistió el comisario.

—¿Con el permiso de quién?

Gaunt se volvió para mirar al oficial. Este retrocedió ante el destello eléctrico de luz verde que vio en los ojos del comisario coronel.

—Hable con Edur. Que él se lo confirme.

—Sí, señor.

El hombre se alejó al trote. Gaunt se dirigió hacia la puerta de la cámara de observación. Tan sólo quería echarle un vistazo. No quería hablar. Sólo quería verlo con sus ojos.

Entró en la cámara de observación y miró al interior de la celda de interrogatorio a través del cristal trucado.

Los torturadores autorizados habían dejado al prisionero B sentado en la misma silla, con la cara y la cabeza al descubierto. El hombre estaba mirando directamente hacia adelante, sin prestar aparentemente atención alguna a su prolongado confinamiento e incomodidad. Parecía estar mirando directamente a Gaunt, como si el cristal no tuviese una superficie reflectante al otro lado. Las luces fosforescentes situadas en las cápsulas de rejilla iluminaban la celda con un brillo verde bilioso.

—¿Qué demonios eres? —murmuró Gaunt mirando al prisionero.

De repente, dio un salto atrás sobresaltado. El prisionero había movido la boca, como si le hubiera contestado. Gaunt alargó una mano y pulsó el botón del intercomunicador con la celda.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es lo que acabas de decir? —exigió saber. El prisionero volvió la cabeza hacia los lados, sorprendido por la voz que acababa de salir de los altavoces. Luego volvió a mirar al espejo.

—He dicho que ya es demasiado tarde. Ya están aquí.

—¿Quién está aquí? —quiso saber Gaunt.

El prisionero no contestó. Gaunt alzó la mirada.

De algún punto en el interior de la enorme mansión que se alzaba por encima de ellos le llegó el sonido inconfundible de los disparos.



ONCE

El asalto

La puerta de entrada principal a la Sección daba a la plaza del Virrey. El turno acababa de cambiar y los nuevos guardias encargados de proteger la entrada y sus alrededores llevaban menos de cinco minutos en sus puestos. Los que estaban obligados a realizar tareas en el exterior, bajo el arco de entrada, como detener a los vehículos para examinar los documentos de identidad o registrarlos, todavía estaban abrochándose los abrigos y colocándose las capas invernales mientras miraban malhumorados la nevada.

Uno de los soldados, que se encontraba en la barrera, donde no dejaba de pisotear el suelo para mantenerse en calor, los vio venir, pero ya estaba muerto antes de que le diera tiempo de dar la alarma. Lo que contempló en los últimos segundos de su vida fueron unas figuras oscuras, de silueta indistinta y ominosa, que se dirigían hacia él a través de la oscuridad de los jardines de la plaza, igual que si fueran fantasmas conjurados por la luz de la nieve. Al soldado le pareció que la nieve que camuflaba su acercamiento amenazante caía cada vez con mayor lentitud, como una película pictográfica que fuera disminuyendo la velocidad de avance hasta quedar detenida en una imagen congelada, y los copos de nieve se pararon en mitad del aire de un modo vibrante.

Abrió la boca para avisar de aquellas dos cosas tan extrañas cuando el lobo sangriento lo mató.

Lo mató cuando pasó a su lado, con un simple gesto de la mano. Lo mató mientras cruzaba la entrada, y lo lanzó a un lado con tanta fuerza que el impacto de su cuerpo contra la pared de la entrada le pulverizó la mayoría de los huesos y dejó unos delatadores chorros de sangre en el suelo nevado.

El lobo sangriento se movía a demasiada velocidad como para que ningún ojo humano fuese capaz de seguirlo de forma adecuada. El rastro de disformidad que lo rodeaba distorsionaba la realidad y hacía que el tiempo actuara de forma errática y que la nieve se parase dubitativa en mitad del aire. Atravesó la entrada y reventó las dos barreras de detención como si fueran de papel. Emitía un chirrido penetrante semejante al de las ruedas de un tren lejano al frenar con fuerza levantando una lluvia de chispas en los raíles. El chirrido hizo que las ventanas, incluso aquellas reforzadas especialmente para resistir disparos, estallaran con violencia arrasadora. Aquella galerna de fragmentos de cristal reforzado, que lo acribilló todo a su alrededor a mucha mayor velocidad que la tormenta de nieve que aullaba en el exterior, desgarró a todos los soldados que se vieron atrapados en su radio de acción. Dos quedaron decapitados al lado de la barrera interior, y otro en la puerta. Otro más, que tuvo la desgracia de encontrarse directamente en el camino del lobo sangriento, quedó desintegrado por el impacto, convertido en un chorro de restos sanguinolentos, igual que el contenido de un envase de conserva de fruta al recibir el disparo de una escopeta.

Un lobo sangriento era como un misil. Sólo había que apuntar y dispararlo. Al carecer de los explosivos que Valdyke les había prometido, Eyl se había visto obligado a ordenarle a la bruja que invocara a un lobo sangriento para que fuera el ariete de su ataque.

Había sido necesario un sacrificio. Todos los miembros de la philia se habían ofrecido voluntarios para aquel honor de combate. Eyl había acabado escogiendo a Shorb, una elección que sus sirdars habían aprobado. Los hombres se habían acercado uno a uno para despedirse del alma de Shorb, y luego se lo habían dejado a la bruja para que hiciera su trabajo.

Eyl no entendía el proceso. Solía dejar aquel tipo de asuntos en manos de los magos cruentos, pero sabía lo bastante como para comprender que los conjuros que creaban a un lobo sangriento no eran tan diferentes de los que se utilizaban para la invocación de los lobos metálicos que se usaban normalmente para controlar y proteger los mundos de la Consanguinidad. Esos ritos introducían un espíritu demoníaco en un cuerpo de metal conductor, lo que le permitía moverse por el plano material. Los ritos de los lobos sangrientos introducían un espíritu demoníaco en el cuerpo de un humano.

Era un arte menos preciso. Los equipos de philias metalúrgicos y de forjadores podían tardar meses, e incluso años, en crear un chasis metálico perfecto que tuviera grabadas las runas y símbolos más precisos, forjándolo de un modo único para que pudiera albergar al espíritu para cuya captura y sometimiento se había diseñado.

Ni siquiera con un cuchillo ritual afilado se podía modificar un cuerpo humano de un modo tan diestro, sobre todo con tan poco tiempo disponible. La carne era un material demasiado perecedero comparado con el metal a la hora de convertirse en un recipiente de la luz ardiente de los Poderes Siniestros, aunque fuera una carne tan devota como la de Shorb. Un lobo metálico podía durar unos cuarenta o cincuenta minutos antes de que su poder se desvaneciera. Eyl jamás había visto a un lobo sangriento que durara más allá de dieciséis minutos.

Los lobos sangrientos eran armas de un solo uso que se utilizaban para dejar noqueado al enemigo. Abrasaría al amado Shorb y no dejaría atrás más que carne quemada. Lo esencial con un arma como el lobo sangriento era utilizarla de prisa, y utilizarla bien.

El truco era conseguir el máximo efecto posible con ella.

Shorb se había convertido en un fantasma aullante. Era una silueta temblorosa y llena de energía, una silueta que antaño había sido un hombre, que saltaba y giraba, reía y se hinchaba, como el voltaje escapado de un cable roto.

Eyl se llevó la culata del arma al hombro y siguió a Shorb y a los philia a través de la puerta. Sabía que al lobo sangriento le quedaban pocos minutos de existencia.

Tendrían que aprovecharlos.

Un guardia imperial cruzó a la carrera la nevada, asombrado y con el rifle medio alzado.

—¿Qué coño está pasando? —exigió saber.

Eyl apuntó con el rifle automático y le vació la cavidad cerebral. El contenido se convirtió en una breve pero considerable rociada rojiza.

—Que hemos venido a por el traidor —respondió Eyl al cadáver humeante tendido en la nieve cuando pasó por encima de él.

Los miembros de la philia se desplegaron por el patio tras atravesar la puerta. Avanzaron con decisión, con un claro propósito, pasando por encima de los cadáveres de los guardias y de las manchas de sangre. Llevaban puestas sus máscaras, por los que sus rostros metálicos estaban congelados en unas expresiones que mostraban aullidos silenciosos y burlas malignas. Disparaban de un modo esporádico. Sólo se oía el chasquido de las armas cuando se presentaba un objetivo claro. La munición; de la que disponían era limitada. Los soldados imperiales cayeron derribados de lo alto de los muros o cazados en las escalerillas de acceso. Imrie, que empuñaba un rifle automático pesado que tenía más años que todos los miembros de la philia juntos, disparó una de las pocas granadas de las que disponían contra la aspillera de la torre de guardia que se alzaba detrás de la puerta. El impacto hizo que la torre se estremeciera y de todos los huecos y agujeros salieron columnas de humo negro.

Una sirena empezó a aullar. Algunos soldados imperiales se recuperaron lo suficiente como para empezar a responder a los disparos. Los rayos láser sisearon y chasquearon a través del patio nevado. Tres imperiales armados con carabinas se habían agrupado en la zona del ala administrativa y disparaban hacia la entrada principal del edificio. Gnesh avanzó por detrás de Eyl, caminando con paso tranquilo, como si no fuera más que alguien que estuviera de paseo. Era el individuo de mayor envergadura de toda la philia, alto y de espaldas anchas, con unos hombros poderosos y un cuello tan ancho como el cráneo que sostenía. Le había quitado el bípode a un rifle láser pesado que llevaba colgado del hombro derecho mediante una larga correa, lo que le permitía disparar el arma desde la cadera. Al fuerte chasquido de cada disparo le seguía una tremenda lanza de luz que atravesaba el humo y la nieve. Gnesh apuntó con despreocupación hacia el ala administrativa. Los disparos abrieron una serie de agujeros profundos a lo largo de la pared hasta que llegaron a la entrada y destrozaron a los tres imperiales. Luego disparó un par de veces más contra el arquitrabe, lo que provocó el derrumbe de aquella sección sobre los tres cuerpos humeantes.

El primer grupo de la philia, bajo el mando de Kaylb Sirdar, llegó al vestíbulo del edificio principal. El lobo sangriento ya había llegado allí y el amplío suelo de mármol estaba cubierto por una capa de cristales rotos procedentes de las puertas, de las lámparas de araña y de los globos luminosos. Kaylb giró con su grupo hacia la izquierda y se dirigió hacia donde la bruja había dicho que se encontraban las escaleras de seguridad. Un soldado y un individuo con el abrigo largó propio de un comisario intentaron contenerlos disparando desde la cobertura que ofrecía parte del

mobiliario roto. Kaylb los mató a los dos. No tenían tiempo que perder, pero Kaylb se detuvo lo suficiente como para leer las marcas que la sangre de ambos había dejado en el suelo y en las paredes. Los augurios eran buenos.

Karhunan llevó al segundo grupo al interior del edificio principal a través de una gran entrada lateral que los funcionarios imperiales llamaban entrada de servicio. Antaño había proporcionado acceso a las cocinas a los avitualladores y a los proveedores, en los días en los que la Sección todavía era una residencia privada. Las antiguas cocinas y despensas se habían convertido en una oficina, un puesto de comunicaciones y un despacho de trabajo para los oficiales de inteligencia, desde el que se tenía acceso a las estancias principales de reunión y al cuarto de mapas. La fuerza de Karhunan se encontró con una resistencia feroz por parte de un grupo de oficiales de estado mayor y de comisarios que estaban reunidos en el despacho de trabajo. Los imperiales defendían el paso hacia el pasillo principal mientras pedían apoyo a gritos. Sólo estaban armados con las pistolas y las armas ornamentales que llevaban encima ese día. A su espalda, los grupos del personal civil o desarmado huían adentrándose en las profundidades del edificio para alejarse del asalto.

Malstrom sufrió una herida leve, la primera sufrida por la philia, pero se recuperó en seguida. Se metió de un salto en el despacho que los imperiales habían abandonado de forma tan apresurada para esquivar la lluvia de disparos de pequeño calibre. Los rayos láser y los proyectiles sólidos de los oficiales imperiales repiquetearon contra el arco del umbral de la puerta de servicio.

Karhunan oyó que Malstrom se echaba a reír.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que te parece tan divertido? —le preguntó a gritos.

Malstrom reapareció en la puerta de la oficina. Al ser uno de los puntos de vigilancia del edificio, la habitación disponía de un armario de emergencias provisto de armas. Malstrom había roto el cierre con la culata de la carabina.

—Por lo que parece, el enemigo está de nuestro lado —le respondió a su sirdar—. Nos han dejado unos cuantos juguetes para que los utilicemos.

Malstrom se había echado la carabina al hombro para poder meter un proyectil en el lanzagranadas nuevo y reluciente que había sacado de una caja.

—¡A cubierto! —avisó Karhunan a los demás.

Malstrom se asomó un momento por el hueco de la puerta y disparó el arma. La gruesa granada recorrió el pasillo elevándose hasta que rebotó contra una de las luces del techo y comenzó a bajar lentamente, rotando sobre sí antes de explotar. El estallido proyectó un trueno humeante y rasposo cargado de aire abrasador por el pasillo.

—¿Otra vez? —preguntó Malstrom con un gruñido. Tenía una bolsa de lona llena de granadas.

—Otra vez —dijo Karhunan con un gesto de asentimiento.

Malstrom abrió el todavía humeante lanzagranadas por la bisagra central y metió otra granada. Luego cerró el arma con un movimiento seco de la muñeca y disparó de

nuevo.

Otra bocanada de aire hirviente azotó el pasillo. La corriente iba cargada de fragmentos de cristal y de trozos de piedra que repiquetearon contra las paredes del lugar como si fueran granizo.

Los imperiales habían quedado destrozados. Cuando el grupo avanzó a través del humo, descubrió que la mayoría estaban muertos, con el cuerpo ennegrecido y rasgado por las explosiones. Unos pocos, sordos y ciegos, temblaban y se estremecían mientras se esforzaban débilmente por ponerse en pie apoyándose en las manos y en las rodillas. Karhunan y sus hombres le pegaron un tiro en la cabeza a todo aquel que todavía se movía.

Uno de los comisarios había conseguido salvarse y arrastraba a un compañero herido para ponerlo a salvo. Al ver a Karhunan salir de entre el humo empezó a maldecirlo. Aulló como un animal, impelido por el miedo y el odio. Soltó en el suelo al camarada que estaba arrastrando y le apuntó con una pistola.

El arma disparó dos veces. Karhunan sintió un impacto doble, uno prácticamente encima del otro, que le dieron en el hombro derecho y en el mismo lado de la máscara. La fuerza de los disparos hizo que girara sobre sí mismo. Una llamarada de dolor le recorrió el hombro derecho. La cabeza se desplazó con violencia hacia atrás. Uno de los proyectiles le había atravesado la carne del hombro y había salido limpiamente. El otro había impactado contra la ceja de la máscara de metal, que se le había clavado contra la cara rompiéndole el pómulo y desgarrándole el labio superior. La boca se le llenó de sangre caliente.

Karhunan sonrió. Alzó la carabina y disparó una ráfaga de fuego automático. El comisario salió despedido hacia atrás, como si hubieran tirado de él con una cuerda. Rebotó contra la pared que tenía a la espalda y cayó al suelo boca abajo.

El sirdar se acercó al hombre herido para rematarlo, pero aquel cuerpo flácido ya estaba muerto. Karhunan alzó una mano e hizo unos cuantos rápidos signos del pacto para dirigir a sus hombres.

El grupo siguió avanzando con rapidez. Muchos de sus hombres empuñaban armas relucientes de la Guardia Imperial que habían arrebatado de las manos de los cadáveres.

• • • • •

Las alarmas sonaban con furia, y el aire se llenó con el estampido de los disparos y los gritos, y del cada vez más fuerte olor a humo.

—¡En nombre del Trono!, ¿qué está pasando? —preguntó Mercure con un rugido cuando salió de la sala de conferencias seguido por sus nerviosos ayudantes.

El exterior estaba tomado por el pánico. Los miembros del personal de estado

mayor huían a la carrera por el pasillo sin disciplina o compostura alguna. Los soldados corrían en dirección contraria mientras intentaban reunir al personal fugitivo al mismo tiempo que se esforzaban en averiguar, al igual que Isiah Mercure, qué demonios estaba ocurriendo en mitad de una tranquila tarde en el corazón de un bastión imperial.

No era un simulacro. Mercure se dio cuenta de inmediato. Se podían activar las alarmas y hacer que todo el mundo corriera y gritara, incluso que un grupo se dedicara a disparar al aire en el patio para generar un ambiente de nerviosismo, pero nadie se preocuparía de provocar la aparición de aquel sutil olor a quemado en el aire, y ni siquiera el mejor coordinador de simulacros podría simular aquellas expresiones de miedo y asombros tan reales que Mercure veía en los rostros que lo rodeaban.

Además, un simulacro de aquella envergadura no se podría llevar a cabo sin su autorización expresa, y ninguno de los miembros de su personal estaban tan loco como para organizar algo así en una tarde en la que Mercure tenía que enfrentarse en la sala de conferencias principal a unos cabrones malnacidos del ordo.

Todo el mundo gritaba y aullaba. Una escuadra de soldados casi derribó a Mercure en sus prisas por llegar a la parte delantera del edificio.

—Silencio. ¡Silencio! —Tuvo que gritar Mercure—. ¡He hecho una pregunta! ¡Que todo el mundo se calle, me escuche y me responda! ¿Qué está pasando?

—¡Están atacando la Sección, señor! —le contestó un subcomisario con la voz temblorosa por el nerviosismo.

Mercure le propinó un puñetazo en toda la boca con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo.

—¡No he pedido que me digan lo que es malditamente obvio! ¡Quiero hechos concretos! ¡Que alguien me diga algo útil!

—Protocolo 258 —anunció Edur, que apareció de repente a su lado con una escuadra de soldados de asalto de la compañía S y una mirada de tremenda preocupación en sus hermosos ojos oscuros.

Mercure lo miró con incredulidad.

—Maldita sea. ¿Tan mala es la situación? ¡Dímelo, Edur!

—El protocolo 258 ya está en marcha, señor —le contestó Edur—. El sargento Daimer y sus hombres lo escoltarán hasta una zona segura y lo evacuarán si es necesario.

Los soldados de asalto se acercaron y empujaron a los ayudantes para ponerse al lado de Mercure. Eran unos individuos fornidos, con armaduras de color verde y negro. En las hombreras llevaban pintada la insignia plateada de la compañía S, el destacamento de protección del Comisariado encargado de salvaguardar a su personal de mayor rango. Cuando se activaba el protocolo 258, nadie discutía con los miembros de la compañía S, ni siquiera si se trataba de Isiah Mercure.

—¿Cómo de mala es la situación? —quiso saber Mercure mientras Daimer y sus hombres tomaban posiciones a su alrededor.

—Un asalto importante —le confirmó Edur—. Se han producido muchas bajas. Por lo que sabemos de momento, se trata de una escuadra reforzada, de unos veinte o treinta hombres. Atacaron la puerta principal hace cuatro minutos. Algunos de ellos ya han conseguido entrar en el edificio.

—¿Quién demonios son? —preguntó uno de los ayudantes superiores—. Me refiero a quién demonios se atreve a atacar el cuartel general de la Sección en Balhaut.

Mercure, que seguía rodeado de soldados de asalto, se volvió para mirar a Edur. Ambos cruzaron una mirada. Ninguno de los dos conocía la respuesta exacta a la atemorizada pregunta del ayudante, pero sabían lo suficiente como para darse cuenta de que no les iba a gustar.

—Oh, Dios Emperador —murmuró Mercure—. Alguien ha venido a por él.

—Eso creo, señor —le confirmó Edur.

—Señor, perdone, pero tenemos que ponernos en marcha —lo urgió el sargento Daimer, y dos miembros del grupo de escolta agarraron a Mercure para llevárselo.

—¡No deben conseguirlo, Edur! —gritó Mercure—. ¿Me oyes? No deben conseguirlo. Ya sabes lo que tienes que hacer. Sin margen de error.

—¡Sí, señor! —le contestó a gritos Edur por encima de la cacofonía general.

Estaba a punto de añadir algo más cuando oyó el extraño sonido chirriante y agudo. Procedía de algún punto a su espalda. Sonaba igual que el viento nocturno aullando por el hueco de una chimenea vieja.

El lobo sangriento entró de forma explosiva en el pasillo. Edur se volvió y lo vio, pero no lo vio. Sabía que algo se acercaba, algo que gemía como el tubo de un viejo órgano, algo que combaba la realidad a su alrededor, como si fuera una capa de no-ser. Se le subió una arcada a la garganta y notó el sabor de la bilis en la boca. Desenfundó la pistola bólter con una mano temblorosa.

La criatura se encontraba en el otro extremo del pasillo, y aunque básicamente era invisible, su paso por el corredor mientras se dirigía hacia ellos quedó evidenciado por la destrucción que produjo. Las puertas de madera estallaron convertidas en un vendaval de astillas y de serrín. La alfombra se quemó y ennegreció. El personal de la Sección, disperso a lo largo del pasillo, empezó a morir, como si una ola asesina hubiera pasado por encima de ellos. Los cuerpos se derrumbaron convertidos en fuentes de sangre, como si unas tijeras de podar gigantescas e invisibles los hubiesen cortado en dos, tres e incluso cuatro trozos. Otros estallaron como si no fueran más que sacos llenos de sangre, o quedaron aplastados contra las paredes o el techo por unas enloquecidas y también invisibles manos.

Aquella oleada de destrucción se dirigió hacia ellos. Edur alzó el arma. Los soldados de asalto de la compañía S abrieron fuego con sus rifles infernales. Las gotas de sangre derramada por la matanza provocada por la criatura llenaron el aire como una lluvia roja, pero se quedaron suspendidas sin descender, igual que los copos de nieve en el exterior.

Se oyó un fuerte estampido que sacudió los dientes a Edur e hizo que le dolieran

los oídos. Un rayo de energía había impactado contra la burbuja de luz distorsionada que ocultaba al lobo sangriento en su interior.

Este salió disparado hacia atrás y se estrelló de lado contra la pared del pasillo, dejando una repugnante mancha alargada de sangre a lo largo del papel pintado. Luego cayó al suelo manoteando, herido y sin resuello, y Edur se dio cuenta de que por primera vez podía ver algo con claridad. Una figura humana se agitaba con frenéticos movimientos animales en el interior de la burbuja azul de disformidad. Era algo despellejado y ensangrentado que aullaba y sacudía las extremidades con una violencia inaudita. El comisario captó el brillo blanco de sus dientes al descubierto recortados contra la masa rojiza del resto del cuerpo. Vio la realidad doblarse y distorsionarse alrededor de aquel ser desollado cubierto de cuajarones de sangre, y vomitó.

Un segundo rayo de energía impactó contra la criatura y la hizo retorcerse. El chirrido aullante resonó aún más agudo.

Handro Rime, el inquisidor, había salido de la sala de reuniones. Su melena leonina se sacudía bajo un viento que sólo parecía afectarlo a él. Empuñaba un cetro, una pieza de metal del tamaño de un bastón de paseo que parecía haber sido forjada con acero cromado. Chasqueaba cargado de poder, como si estuviera rebosante de energía. El extremo superior estaba rematado por un cráneo humano alado.

Se oyó un tercer estampido. Otro rayo de energía, semejante a una aguja de luz, surgió del cráneo que remataba el cetro e impactó contra el aullante lobo sangriento. Esta vez, el rayo no cesó e inmovilizó a la criatura contra el suelo. Los secuaces de Rime se desplegaron a su alrededor y empuñaron sus propias armas. Edur notó en el rostro del inquisidor la tensión que sufría. Varias oleadas de vapor de disformidad surgieron de la criatura gemebunda, y un momento después, todas las gotas de sangre que flotaban en el aire cayeron a la vez y cubrieron el suelo con un millar de diminutas salpicaduras, como los primeros instantes de una tormenta del monzón.

—¡Creo que lo he contenido! —gritó Rime con los dientes apretados—. ¡Llévense al comisario general Mercure a un lugar seguro!

Edur sacudió la cabeza para recuperarse y se volvió para obedecer las órdenes. Se unió a los soldados de asalto y entre todos se llevaron de forma apresurada a Mercure. Este no dejó de mirar con el rostro ceniciento y una mueca de asco profundo a la criatura que el inquisidor estaba intentando someter y el horror sangriento que había dejado a su paso.

—¡Baja al bloque! —le dijo tartamudeando a Edur—. ¡Baja y encárgate de todo!

Edur empujó a Mercure para que siguiera adelante con la escolta y se volvió para dirigirse a las escaleras más cercanas. Vio una gota de sangre, una solitaria gota de sangre, flotando estremecida en el aire. Su superficie rojiza se ondulaba. Se dio cuenta de que se mantenía prácticamente inmóvil y que sus propias extremidades y movimientos se habían ralentizado, y de que el tiempo se había alterado de nuevo.

El lobo sangriento se liberó de la lanza de energía con la que el inquisidor Rime lo

había clavado al suelo. El cetro le salió arrancado de la mano y cruzó disparado el lugar empapado de sangre. El propio Rime quedó aplastado e inmovilizado contra la pared, donde pataleó impotente. Su manto de piel blanca se incendió de repente, y a continuación lo hicieron sus cabellos. Un segundo más tarde, toda su cabeza acabó envuelta en unas llamas feroces. Empezó a gritar. El lobo sangriento lo soltó y se deslizó hacia abajo pegado a la pared. Consiguió mantener los pies en el suelo y trastabillar hacía adelante, en llamas desde los hombros hacia arriba.

Sus hombres intentaron atacar a la bestia, y Edur vio a uno desventrado y a otro salir disparado como una muñeca rota. Rime se desplomó de rodillas y luego cayó de bruces en el suelo con los hombros y la cabeza todavía en llamas. El aullido chirriante subió de volumen de nuevo.

Edur echó a correr.

● ● ● ● ●

Gaunt se quedó mirando el techo, escuchando. Captó el sonido de los disparos. Eran lejanos pero abundantes. También oyó al menos dos explosiones de cierto calibre así como el ruido de una gran confusión. Le llegó el eco de muchas voces apagadas.

Miró al prisionero, que seguía tan quieto y callado como antes, y luego se dirigió a la puerta. No había nadie en el pasillo exterior. Seguían llegándole los ruidos de gritos y de disparos procedentes de la zona superior.

De repente, apareció un oficial de la zona de detención a la carrera, con el rostro enrojecido y sin aliento.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó Gaunt.

El hombre no se detuvo.

—¡Asegure esta zona! —le gritó al pasar.

—¡No me dé órdenes! —le gritó él a su vez mientras el individuo se alejaba—. ¿Qué está ocurriendo? ¡Eh!

El oficial desapareció de su vista sin haber dejado de correr en ningún momento.

—¡Eh!

Gaunt cuestionó por qué le habría preguntado aquello. Él ya sabía lo que estaba ocurriendo. Lo sabía en su corazón, en su fuero interno. Lo había visto. Había visto lo que iba a ocurrir.

Sabía lo mal que se iba a poner la situación y con la tremenda rapidez que iba a ocurrir. Le daba miedo pensar en cómo era posible que lo supiera.

Sabía lo que tenía que hacer.

Desenfundó la pistola bólter y se dirigió a la puerta de la celda de interrogatorio.

• • • • •

La carabina que empuñaba Kaylb sirdar escupió dos veces y lanzó un par de feas cuchillas de luz roja que atravesaron al soldado imperial que subía por las escaleras en su dirección. Los impactos lo lanzaron de espaldas con un grito estrangulado. El soldado rodó por las escaleras hasta que acabó su descenso tendido boca arriba en el siguiente rellano.

Kaylb dio unas cuantas órdenes a su grupo y todos se dirigieron hacia abajo. Se habían encendido las luces de emergencia y el olor a humo era cada vez más fuerte. Todos oían el bramido chirriante por detrás del propio aullido de las sirenas.

Había dos puertas en el rellano.

—¿Por cuál de ellas? —le preguntó Barc.

Los hombres esperaron sus órdenes con las armas preparadas y cubriendo tanto la subida como la bajada de las escaleras.

Había unos letreros. Kaylb pasó un dedo por las letras e intentó pronunciar aquellas palabras desconocidas. Era difícil de saber. Se subió la manga izquierda y consultó el mapa de sangre que la bruja le había colocado en el antebrazo. Le había proporcionado uno a cada sirdar, aparte del de Eyl. Se trataba de un pequeño plano esquemático del edificio que había sacado de sus adivinaciones y formado hinchando las venas y capilares bajo su piel. A medida que el grupo avanzaba por la zona, el mapa de sangre de aquella parte de la piel se movía con ellos. Kaylb se pasó la punta de los dedos mugrientos por el relieve.

—Por ese lado —dijo señalando con el mentón—. La compuerta izquierda.

• • • • •

—Por el Trono Sagrado —susurró Meryn—. ¡Por el Sagrado Trono de Feth!

Estaba de pie, pegado a los barrotes de su celda en la zona de detención cuatro, y los agarraba con fuerza con ambas manos.

—¿Rawne? —llamó con un susurro.

Rawne miró a Meryn sin levantar la cabeza. El miedo que todos sentían era más que evidente en la cara del capitán. No era miedo a combatir, porque todos habían más que cumplido su cuota de lucha a lo largo de sus vidas, y tampoco era miedo a la muerte.

Era el miedo a verse atrapados. El miedo a sentirse indefensos.

—Eso no suena nada bien —comentó Leyr.

—Están atacando el edificio —tartamudeó Meryn—. Me refiero a que lo están

asaltando. Se puede oír. Se puede oler.

—Callate ya —le soltó Rawne.

Meryn tenía razón. Desde hacía unos cuantos minutos se oía el aullido apagado de las sirenas de alarma, que sonaban en algún punto por encima de ellos. Habían comenzado a sonar poco después de que se intensificara el frío. Luego prestaron atención y empezaron a captar los demás sonidos, que les llegaban muy débilmente a través de las paredes y los suelos reforzados de la zona de reclusión: gritos, disparos, explosiones.

—Tenemos que salir de estas celdas —dijo Meryn.

Rawne lo miró, miró los barrotes de ceramita, y luego volvió a mirar a Meryn.

—¡Lo digo en serio! —gritó Meryn.

—Lo dice en serio —comentó Varl con sorna.

—Sí, bueno, pues a menos que venga un hada madrina para concederle el deseo… —respondió Rawne.

Meryn se puso de rodillas y empezó a examinar de nuevo el mecanismo de cierre de su celda.

Ban Daur seguía sentado en su camastro, con los brazos cruzados y una expresión amargada en el rostro.

—Sí, eso sí que es buena idea, Meryn —le dijo—. Es brillante. Las cerraduras de las celdas de las secciones del Comisariado son famosas por la facilidad con que se abren, sobre todo si se utilizan las uñas y los pelos de la nariz.

—¡Cierra esa boca de Feth, hijo de puta arrogante! —le gritó Meryn volviéndose hacia él—. Haz algo. ¡Piensa en algo! Estamos atrapados, y lo que viene por ahí no es nada bueno. Estamos atrapados, y cuando llegue eso, estaremos indefensos, ¡y moriremos como ratas de Feth!

Daur se puso en pie y se enfrentó a Meryn a través de los barrotes. Era más alto que Meryn. Era muy superior a él en la mayoría de los sentidos.

—Estamos atrapados aquí porque fuimos unos estúpidos —le replicó Daur, y el movimiento que hizo con la cabeza indicó que incluía a todo el mundo—. Fuimos unos estúpidos, y esto es lo que les pasa a los estúpidos.

—Vaya con el engreído de Feth. ¿Esa es tu filosofía, eh, señor don Bueno de los cojones? ¡Ser un hombre y aceptar tu castigo!

—Lo mismo te digo —le contestó Daur.

—¡Eres increíble, por Feth! —replicó Meryn.

—Y tú eres un idiota —le respondió Daur a su vez—. Te estás cagando encima por nada. No es más que un simulacro.

—¿Un simulacro? —repitió Meryn con voz incrédula.

—¡Sí, claro que lo es! Vamos, hombre. Sólo están haciendo sonar la sirenas y disparando un poco de munición de fogueo. Es un simulacro. Todo se acabará dentro de cinco minutos.

Miró a su alrededor, a los demás fantasmas. Todos lo estaban mirando.

—¿Qué? ¡Vamos, tiene que serlo! ¿No?

Daur miró a Leyr, y vio que el explorador de gran corpachón parecía sentirse incómodo. Luego miró a Varl, pero éste se limitó a inspirar profundamente y a bajar la mirada al suelo. Daur miró a Cant a continuación, pero el joven soldado sólo parecía asustado.

—¡Estamos en Balhaut! —exclamó— ¡Estamos en Balhaut, por Gak! Por el Trono, estamos tan lejos de la línea del frente que ni siquiera merece la pena bromear sobre ello. ¿Quién Gak va a atacar el cuartel general del Comisariado en mitad de Balopolis…?

Su voz se fue apagando poco a poco. Miró a Banda, y ésta le devolvió la mirada, le sonrió con gesto triste y negó con la cabeza.

Miró a Rawne.

—¿Mayor? Vamos, écheme una mano —le pidió Daur.

Rawne lo miró.

—No es un simulacro —le espetó el mayor.

Daur abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—¡Feth! —escupió al cabo de unos instantes.

La puerta de la sección de celdas se abrió con un estampido metálico. Un oficial carcelero entró en tromba y se los quedó mirando a todos durante un momento. Paseó la mirada de una celda a otra: los siete fantasmas, los oudinots dormidos, el vardishita de la celda contigua a la de Rawne.

El oficial parecía atemorizado y confundido. Tenía el cabello completamente despeinado y se había abotonado mal la chaqueta. Parecía alguien que se acabara de despertar de un mal sueño.

A través de la puerta abierta les llegó con más claridad el sonido de las sirenas.

Aquel individuo les echó una nueva mirada, como si no tuviera muy claro lo que debía hacer.

—No os mováis de aquí —les dijo finalmente antes de dar media vuelta y cerrar la puerta al salir.

Varl miró a Rawne a través de los barrotes.

—¿Sabes? A veces la gente dice las cosas más estúpidas.

Los disparos que oyeron fuera los hicieron sobresaltarse y ponerse tensos. Fueron dos, justo al otro lado de la puerta. De forma instintiva, todos los fantasmas se alejaron de los barrotes de sus respectivas celdas.

—¿Qué coño está pasando? —murmuró el vardishita.

La puerta de la sección se abrió de nuevo. Del exterior les llegó el sonido de más gritos, carreras y más disparos.

Kaylb sirdar cruzó la puerta de aquel bloque de celdas con la carabina por delante.

Prisioneros. Lo que el sirdar vio fueron prisioneros, simples presos metidos en celdas, y todos lo miraban con una expresión de terror patética. Tenía que comprobar quiénes eran. Tenía que encontrar al pheguth. Tenía que matar al pheguth. Tenía que

matar a todo aquel que no fuera el pheguth. Los hombres de su grupo se estaban desplegando por los demás bloques de la zona de celdas haciendo lo mismo. Oyó los disparos.

El sirdar se acercó a las celdas. Miró los ojos que lo estaban mirando con expresión de temor animal. Eran prisioneros encerrados que reconocieron a la muerte que se acercaba hacia ellos.

Rawne contempló cómo se acercaba aquel individuo. Se fijó en el uniforme de combate, raído y de segunda o incluso tercera mano, la postura confiada, el paso decidido y bien entrenado. En realidad, sólo importaba un detalle: la máscara de hierro con expresión aullante que llevaba puesta sobre el rostro lo identificaba claramente. Era la máscara de combate de un soldado del Pacto Sangriento.

—Sagrado Trono —oyó gemir a Cant.

El sirdar llegó a la primera celda. Llevaba la culata de la carabina pegada al hombro y apuntaba hacia abajo con gesto precavido. Miró fijamente al confundido vardishita a través de los barrotes.

—¿Y tú qué se supone que eres? —le preguntó el vardishita con voz pastosa.

Kaylb disparó dos veces entre los barrotes. Los dos disparos impactaron al vardishita en mitad del pecho y lo lanzaron de espaldas contra la pared posterior de la celda. Su cadáver volcó el camastro y el orinal que había al lado cuando se desplomó contra el suelo. El olor ácido de la orina se mezcló con el hedor penetrante a carne quemada y a sangre hervida.

La siguiente celda de la fila era la de Rawne. Este no se movió mientras el asesino se acercaba a él. Mantuvo la mirada fija en la máscara.

Kaylb miró de arriba abajo al prisionero brevemente y luego alzó la carabina para ejecutarlo.

—*¡Voi shet, magir!* —dijo Rawne.

Kaylb se detuvo de inmediato.

—*¿Ched qua?* —le preguntó.

—*Voi shet, magir* —repitió Rawne al mismo tiempo que se acercaba a los barrotes con las manos abiertas y bien a la vista—. *Eswer shet edereta ky shet*.

Kaylb se le acercó a su vez sin dejar de apuntarle al pecho.

—*¿Shet atraga gorae haspa?* —exigió saber—. *¿Voi gorae haspa?*

Rawne sonrió antes de contestar.

—*Fuad gahesh drowk, magir.*

—*¿Ched?* —le preguntó el sirdar.

—Por Feth que sí —respondió Rawne un instante antes de sacar los brazos como un rayo entre los barrotes.

Agarró con la mano izquierda el cañón de la carabina y lo metió de un tirón entre los barrotes. El arma se disparó, pero el rayo láser impactó de forma inofensiva contra la pared trasera de la celda. Rawne había agarrado al sirdar por el cuello de la chaqueta con la mano derecha. Pillado por sorpresa, el sirdar se vio arrastrado de

repente de cabeza contra la puerta de la celda. Rawne tiró hasta que estuvieron cara a cara, con sólo los barrotes entre ellos. Aunque el sirdar todavía tenía agarrada la carabina con la mano derecha, la mayor parte del arma estaba al otro lado de los barrotes e inmovilizada contra ellos por la tremenda presa de la mano izquierda de Rawne. El arma disparó de nuevo, y otros dos rayos inútiles dejaron sendas marcas de quemaduras en la pared trasera.

Todo aquello estaba ocurriendo demasiado de prisa para el sirdar. Kaylb intentó gritar, responder al ataque. Se esforzó por golpear a Rawne con la mano izquierda.

Rawne gruñó dejando a la vista los dientes y empezó a golpear la cara del sirdar contra los barrotes. Le había aferrado el cuello de la chaqueta con la mano derecha con tanta fuerza que ya había empezado a asfixiar a su oponente. Con un ritmo feroz, continuado, casi hipnótico, comenzó a meter y a sacar el brazo derecho entre los barrotes haciendo que el rostro enmascarado se estrellara una y otra vez contra ellos. Era un movimiento semejante al del pistón de una prensa de estampado industrial. Rawne no disponía ni del tiempo ni del espacio ni de la oportunidad ni de los medios para efectuar un ataque letal y definitivo, por lo que tuvo que compensarlo con una repetición frenética.

Al octavo golpe, el sirdar empezó a forcejear con verdadera ferocidad y disparó de nuevo la carabina. En el décimo, ya tenía los dientes rotos y toda la cara manchada de sangre. En el duodécimo, eran los barrotes los que estaban cubiertos de sangre y de melladuras. En el decimoquinto, la máscara se rajó y la cabeza del sirdar se convirtió en una pelota bamboleante que se doblaba a un lado y a otro.

Kaylb sirdar consiguió liberarse por fin, aproximadamente en el decimoséptimo golpe. Retrocedió trastabillando, aturdido y tambaleándose. Lanzó una maldición contra los Reyes de la Disformidad y se dispuso a disparar contra Rawne.

Sólo que ya no tenía la carabina en las manos. Rawne la tenía agarrada con la mano izquierda.

El mayor metió el arma entre los barrotes, la hizo girar por el cañón como si efectuara una pirueta de demostración en un desfile, apuntó y disparó, todo en un movimiento continuo sin titubeo alguno.

El rayo láser impactó de lleno al sirdar en mitad de la frente y lo lanzó contra la pared del bloque. La máscara se partió por el centro y las dos mitades salieron disparadas en direcciones opuestas.

El sirdar se deslizó hacia el suelo con la espalda pegada a la pared y acabó sentado muerto, con la cabeza inclinada hacia un lado. Mientras se desplomaba dejó una larga mancha de sangre en la pared. Si hubiera estado vivo para poder verla, Kaylb sirdar habría reconocido que el augurio que marcaba la sangre no era bueno.

Rawne bajó la carabina.

—Mierda —jadeó Meryn.

—¿Dónde aprendiste a hablar su lenguaje? —preguntó Cant con un murmullo.

—Vale, Cant, como si éste fuese el momento de hablar de eso —le replicó Banda.

Rawne acercó la bocacha de la carabina al mecanismo de cierre de la celda y disparó dos veces. Aquello fue suficiente para reventarlo. Abrió de una patada la puerta y avanzó en dirección a la salida.

—¡Eh, eh! —gritó Meryn—. ¿Dónde Feth vas? ¿Qué pasa con nosotros?

—Va a comprobar que no haya otro fuera y conseguir las llaves —le respondió Varl con calma—. Feth, Meryn, ¿eres un crío o qué?

Rawne llegó a la entrada del bloque y asomó la cabeza un momento con la carabina preparada. Se oían muchos disparos por los alrededores, y el olor a quemado era muy intenso. De hecho, estaba todo lleno de humo. Oyó más gritos. Estaban matando a los presos de los bloques cercanos.

Cerró la puerta y abrió el pequeño armario donde los carceleros guardaban las llaves de las celdas. Tintinearon cuando las sacó de golpe y se dirigió presuroso donde estaban sus compañeros.

—Abridlas y salid de prisa —le dijo a Varl, el primero de la fila, mientras le pasaba las llaves—. Tenemos que salir de aquí.

—Pero ¿qué hay de…? —empezó a preguntar Daur.

—Si nos quedamos aquí nos matarán —lo cortó Rawne en seco—. Saldremos y nos enteraremos de qué Feth está pasando. Ya nos preocuparemos más tarde de las consecuencias.

• • • • •

El prisionero B giró la cabeza para mirar a Gaunt cuando éste entró en la celda de interrogatorio de luz verde enfermiza. Se fijó en la pistola bólter que Gaunt llevaba en la mano sin pestañear y sin que le cambiara la expresión del rostro.

Luego volvió a girar la cabeza y se quedó mirando de nuevo hacia adelante.

—No tenemos tiempo de charlar —le dijo el comisario.

—Lo sé —le contestó el etogaur.

—¿Nos entendemos?

—Hazlo.

Gaunt empezó a desabrochar con la mano que tenía libre la cincha que mantenía inmovilizado a la silla el brazo izquierdo del prisionero B. Este volvió la cabeza extrañado.

—¿Qué? —le preguntó Gaunt.

—Pensé que…

—¿Qué?

—Pensé que ibas a ejecutarme.

—Y lo haré. Dame la más mínima excusa y lo haré —le aseguró Gaunt mientras desabrochaba la otra cincha.

No dejó de mirar hacia la puerta mientras lo hacía.

—No voy a darte motivo alguno para que…

—Querías que confiáramos en ti —lo interrumpió Gaunt—. Querías que confiara en ti. No lo hago, y probablemente tampoco lo haré, pero querías que te ayudara a seguir vivo porque juraste que podrías ayudarnos. Tienes una sola oportunidad. No me pongas a prueba.

—No lo haré, Gaunt.

—Tampoco me llames por mi nombre.

—Por supuesto.

Gaunt soltó las correas que mantenían inmovilizado el cuerpo del etogaur y se las quitó de los hombros.

—¿Tienes las manos dormidas? ¿O los dedos?

—No.

—Desabróchate entonces las cinchas de las piernas.

El prisionero B se inclinó hacia adelante y empezó a desabrochar con rapidez las pesadas hebillas de hierro de las tiras de cuero que le inmovilizaban las piernas. Gaunt cruzó la celda de interrogatorio y se asomó. El pasillo exterior estaba vacío, pero oyó una larga ráfaga de fuego automático muy cerca. Alguien, en otro lugar, estaba gritando.

Olió el humo, y también oyó una especie de… aullido.

Volvió a meter la cabeza en la celda y miró al prisionero B. Ya había conseguido soltarse una pierna.

—¡Date prisa! —le gritó Gaunt.

Oyó un ruido en el exterior. Se asomó de nuevo por el quicio de la puerta a tiempo de ver a un carcelero y un torturador cruzar corriendo la entrada situada al otro extremo del bloque de interrogación. El carcelero corría de espaldas sin dejar de disparar de un modo frenético el rifle láser que empuñaba contra unos objetivos situados al otro lado. El torturador simplemente corría para salvar la vida cruzando el pasillo de losas blancas en dirección a la pesada puerta detrás de la que estaba medio escondido Gaunt.

Los disparos de respuesta del enemigo abatieron al carcelero, que se dobló sobre sí mismo y se desplomó en el suelo. Otros dos o tres disparos cruzaron silbando el umbral, y luego apareció a la carrera un individuo que pasó de un salto por encima del carcelero muerto. Iba armado con un rifle láser de aspecto anticuado y llevaba puesto un uniforme de combate muy gastado. Otro individuo equipado del mismo modo apareció pegado a sus talones.

Los dos llevaban puestas unas máscaras negras de hierro.

El primero de ellos alzó el rifle y disparó contra el torturador que huía. Le acertó de lleno en la espina dorsal. El torturador quedó tumbado boca abajo sobre un charco de sangre, como si fuera pintura de esmalte derramada sobre las losas blancas del suelo. Intentó arrastrarse, ya que las piernas se le habían quedado paralizadas.

Entonces vio a Gaunt detrás de la pesada puerta abierta de la celda.

—¡Ayúdeme! —gimió.

Un disparo láser le reventó la parte superior de la cabeza.

Gaunt se asomó y disparó con la pistola bólter. El proyectil impactó en el primer atacante del Pacto Sangriento a la altura del esternón y estalló en el interior de su pecho. De repente, una buena parte de la superficie blanca del pasillo quedó decorada con sangre y restos corporales.

El otro atacante gritó algo y comenzó a disparar.

Gaunt se puso a cubierto detrás de la puerta de la celda de interrogatorio cuando el fuego automático acribilló el aire a su alrededor. Sintió cómo los impactos repiqueteaban contra el otro lado de la pesada puerta y la empujaban contra su cuerpo. Se esforzó por mantenerla abierta. Si se cerraba, quizá el cerrojo se encajaría, y si eso ocurría, el prisionero B y él quedarían atrapados, lo que sería el final del juego.

Una nueva ráfaga de disparos azotó la puerta que lo protegía. Los impactos empezaban a golpear la puerta con tanta fuerza que le estaban amoratando el brazo y el hombro. Gaunt oyó los gritos que sonaban desde el otro extremo del pasillo. Alguien estaba aullando órdenes en un lenguaje repugnante y áspero que, por suerte, no había oído muchas veces desde Gereon.

Gaunt soltó una maldición y abrió la puerta de una patada para disparar de nuevo empuñando la pistola con las dos manos. Tres aullantes proyectiles bólter recorrieron el pasillo y estallaron contra las paredes enlosadas, provocando una lluvia de fragmentos y de yeso en todas direcciones. Los asaltantes enmascarados, que eran tres en total en ese momento, se apresuraron a ponerse a cubierto y se retiraron detrás de la puerta del extremo del pasillo.

Gaunt disparó otras dos veces con su gran pistola para obligarlos a que se mantuvieran a cubierto antes de meterse de nuevo en la celda de interrogatorio.

El prisionero B estaba de pie detrás de él.

Gaunt retrocedió de un salto y lo apuntó con la pistola bólter, pero el prisionero B no se movió.

—¡No te pongas a mi espalda! —le ordenó.

—No pretendía… —empezó a decir el etogaur.

Una andanada de disparos láser pasó zumbando. Gaunt se encogió sobre sí mismo y se volvió para disparar un par de veces, lo que hizo que los asaltantes se pusieran de nuevo a cubierto.

—¡Vámonos! —gritó Gaunt.

Echó a correr por el pasillo seguido del prisionero B. Oyó los gritos de los asaltantes a su espalda. ¿Qué palabra era aquella que aullaban? Pheguth.

—¡De prisa! —volvió a gritar Gaunt.

Dos disparos láser quemaron la pared a su lado y agrietaron las losas.

Otros cuatro metros. Una puerta a la izquierda.

Gaunt se detuvo delante de ella resbalando sobre el suelo, agarró al prisionero B

por el hombro y lo empujó hacia el hueco de la puerta para apartarlo de la línea de fuego. Se volvió para disparar una vez más contra los asaltantes, que ya se lanzaban hacia el pasillo a la carrera para perseguirlos. Luego cruzó de un salto la puerta antes de tener tiempo de ver si le había acertado a alguno.

Al otro lado, en el pequeño corredor de acceso adyacente al pasillo principal de la zona de interrogatorios, el prisionero B se había detenido en seco.

El soldado del Pacto Sangriento que tenía delante se había quedado paralizado por la sorpresa durante un segundo, pero ya estaba alzando el rifle para dispararle.

Gaunt hizo fuego por encima del hombro del etogaur y le voló la cabeza al asaltante. La cara del prisionero B quedó cubierta de restos sanguinolentos. Ni se inmutó. Se limitó a limpiársela con el dorso de la mano. Gaunt cerró de golpe la puerta y giró la manivela de sellado.

—Vamos —le repitió al prisionero B.

—¿Por dónde?

—Por aquí.

—¿Adónde vamos?

—Ya veremos —le respondió Gaunt.

Los asaltantes empezaron a golpear el otro lado de la puerta cerrada. Gaunt sacó el cargador de la pistola de cañón humeante y vio que estaba vacío. Diez proyectiles. Sólo llevaba otros tres cargadores en el cinturón del uniforme.

—No te dejarán escapar —le dijo el prisionero B.

—Pheguth —le espetó Gaunt.

—¿Qué?

—Te llamaron pheguth.

—¿Qué otra palabra podrían utilizar conmigo? —preguntó el prisionero B.

—Es lo que tu gente llamaba a Sturm —le respondió Gaunt mientras metía otro cargador y tiraba de la corredera de la pistola.

—¿Qué otra palabra podrían utilizar con nosotros? —repitió el prisionero B.

Gaunt se encogió de hombros.

—Por aquí —le dijo.

Por encima del sonido de las sirenas y del clamor de los golpes y los gritos que llegaban del otro lado de la puerta, seguía oyendo aquel curioso chirrido aullante. Se volvió hacia el prisionero B.

El etogaur miraba el cadáver empapado en sangre del asaltante muerto que estaba a sus pies. Más concretamente, miraba su rifle.

Sin esfuerzo alguno por ocultar el gesto, se agachó para empuñarlo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Gaunt.

—¿Cómo? —dijo a su vez el etogaur, que estaba a punto de cerrar la mano derecha, rosada y sin cicatriz alguna, alrededor de la empuñadura del rifle.

—¿Qué estás haciendo? —repitió Gaunt.

—Conseguir un arma. Dos armas son mejor que una.

—Olvídalo —le replicó Gaunt.
—Tendremos que abrirnos paso a tiros.
—Te he dicho que lo olvides.
—Pero… —insistió el prisionero B.
—No voy a darte un arma. Ya te puedes ir olvidando. No voy a darte un arma.
El etogaur se irguió y asintió.
—Lo entiendo —dijo.
Empezaron a recorrer el pasillo de acceso. Oyeron sonidos de combate por todas partes, de los pisos por encima y por debajo de ellos y de las zonas adyacentes cercanas. Pasaron por una zona de celdas llenas de cadáveres acribillados. Gaunt encabezó la marcha con la pistola empuñada por delante.
Otra puerta los condujo a un largo corredor de superficie de losas blancas, el estilo común a todos los niveles de detención, por lo que parecía. No había puertas ni ventanas, sólo un largo túnel blanco y reluciente.
—¿Por dónde? —le preguntó el prisionero B.
En el pasillo que tenían a la derecha aparecieron varios asaltantes, y aquello tomó la decisión por ellos.
Empezaron a correr. Gaunt se dio la vuelta para disparar cuando varios rayos láser cruzaron el pasillo en su dirección. Lo hizo sin dejar de proteger al prisionero B, al que empujaba por delante de él. Acertó a uno de sus perseguidores, lo que hizo que los demás se pusieran a cubierto.
—¡Vamos! —aulló Gaunt.

• • • • •

Baltasar Eyl pasó por encima de la masa ensangrentada que había sido uno de sus hombres.
—¿Por dónde? —preguntó.
—¡Por allí, por mi alma! —le respondió Naeme señalando hacia el extremo del pasillo.
—¿Seguro que es él?
—Yo lo vi —corroboró Imrie.
Eyl pasó a su lado y echó a correr. Había pisado la sangre de su antiguo camarada, y dejó un reguero de huellas sanguinolentas sobre las losas blancas.

• • • • •

Iban a por ellos. Gaunt los veía cada vez que miraba hacia atrás. Los estaban persiguiendo. Uno de ellos, un individuo alto con un abrigo largo de cuero beige, encabezaba la persecución con una carabina en las manos. Su máscara era plateada.

El oficial. El jefe de la misión.

Gaunt empujó al prisionero B y se dio la vuelta para disparar. El proyectil aullante falló por poco al oficial del Pacto Sangriento, pero el hombre de la máscara plateada ni siquiera se inmutó.

«Ha jurado cumplir la misión —pensó Gaunt—. No le importa su propia vida. Está decidido a hacerlo».

Gaunt disparó de nuevo. Volvió a fallar y no le acertó al oficial de la máscara plateada, pero el proyectil destripó al soldado del Pacto Sangriento que corría a su lado. El jefe de los asaltantes se llevó la culata de la carabina al hombro y disparó sin dejar de correr, como un cazador. Un rayo láser impactó contra el suelo. Otro atravesó el faldón del abrigo de Gaunt. El tercero le dio de lleno en el hombro al prisionero B.

El etogaur no cayó al suelo, pero dejó escapar un gruñido de dolor y trastabilló. Gaunt lo agarró para que se mantuviera en pie y se esforzó por hacer que siguiera corriendo. Varios disparos más se estrellaron contra las paredes a su alrededor.

El pasillo de losas blancas era cada vez más estrecho. Tuvieron que esforzarse por pasar por un punto en el que incluso se escalonaban las paredes hasta perder una cuarta parte de su anchura. Cinco metros más adelante ocurría lo mismo. Aquel corredor blanco mantenía la altura del techo, pero había sido diseñado para ser cada vez más estrecho.

Había sido diseñado para crear una gran restricción de movimientos a cualquiera que avanzara por allí. Para impedir que cualquier individuo se pudiera dar la vuelta o librarse de los guardias que los escoltaban.

De repente, Gaunt se dio cuenta de que no iban a encontrar una salida al final de aquel corredor. Habían entrado sin quererlo en un callejón sin salida, literalmente en una vía muerta. El corredor era la última y deliberadamente estrecha ruta hacia la cámara de ejecución, el último paseo que daban todos los prisioneros del Comisariado condenados a la pena capital, un último paseo del que no había regreso.

Baltasar Eyl alargó la zancada de su carrera. Su abrigo beige aleteó a su espalda. Las luces del corredor se reflejaron con destellos estroboscópicos en su máscara plateada.

Se llevó de nuevo la culata de la carabina al hombro.



DOCE

Un lugar para una ejecución

Al igual que el corredor cada vez más estrecho que los había llevado hasta allí, la cámara de ejecuciones estaba cubierta por entero de losas blancas. Eran más fáciles de higienizar, más fáciles de limpiar a manguerazos. Había pequeñas tapas de desagüe de bronce en el suelo debajo de la sólida viga para la horca que se había colocado en el techo.

Gaunt metió al prisionero B través de la entrada de aquella diminuta estancia cuadrada. A pesar de la herida que había sufrido, el prisionero B no mostró señal alguna de dolor. Dos rayos láser les pasaron aullando cerca de los oídos y se estrellaron contra la pared del otro extremo de la cámara. Gaunt se dio la vuelta y vio que el oficial enemigo casi se les había echado encima.

Le disparó.

El impacto lanzó de espaldas al individuo de máscara plateada por el último tramo del estrecho e inquietante corredor de la muerte. Se estrelló contra dos de sus hombres haciéndolos caer. El angosto espacio se llenó del hedor a piel quemada y a fyceleno.

Gaunt se acercó a la entrada y empezó a empujar la pesada compuerta con la esperanza de poder correr el cerrojo o cerrarla de algún modo. Sin embargo, no pareció querer moverse.

—¡Ayúdame! —gruñó mientras empujaba.

El prisionero B se había quedado apoyado en la pared contigua. Estaba jadeando y tenía el lado izquierdo del uniforme de presidiario empapado de sangre.

Gaunt lo ignoró y empujó de nuevo la compuerta. Enfundó la pistola para poder agarrarla mejor por el borde con las dos manos. Empezó a ceder un poco. El comisario gritó de frustración. Aquella hoja parecía estar hecha de piedra. Unos cuantos disparos láser más pasaron zumbando por el umbral y chamuscaron la pared opuesta.

La compuerta se movió a regañadientes otro par de centímetros. Algo se estrelló contra Gaunt y lo arrastró por la cámara de ejecuciones hasta el otro extremo. El impacto lo dejó sin aliento.

El jefe de máscara plateada se había lanzado a por él. El damogaur tenía la cara y el pecho negros y quemados, y sus manos estaban desgarradas y ensangrentadas, pero no estaba muerto ni mucho menos. El proyectil del bólter de Gaunt, que había abierto fuego con la intención de que fuera un disparo a quemarropa, había impactado en la carabina que empuñaba Eyl y la había hecho volar en sus manos. La fuerza de la explosión lo había lanzado de espaldas contra sus hombres, pero el proyectil no lo había matado.

Eyl empujó a Gaunt y lo agarró por la garganta con una mano. El comisario, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y los brazos en difícil posición como para poder lanzar un golpe en condiciones, le propinó un codazo al que siguió una

patada un tanto torpe con la que al menos consiguió hacer retroceder un paso a su atacante.

Gaunt logró liberar los brazos y apartó con sendos golpes las manos de Eyl. El damogaur le lanzó un gancho con el que pretendía darle de lleno en la cara, pero Gaunt logró desviarlo y atrapar el brazo extendido bajo la axila para utilizarlo como palanca para estrellar a su oponente contra la pared de la cámara.

Eyl gruñó por el impacto. Gaunt intentó estrellarlo contra la pared por segunda vez, pero el damogaur le propinó un puñetazo en la mandíbula con la mano izquierda. El comisario retrocedió trastabillando y soltó el brazo derecho de su oponente.

El damogaur se lanzó a la ofensiva de nuevo. Sin titubeo alguno. La intensidad de los golpes, que se seguían los unos a los otros sin cesar, fue frenética y enloquecida. Eyl intentó darle una patada en las costillas, aunque no llegó a impactarle de lleno, y luego lo intentó con la otra pierna mientras Gaunt se esforzaba por protegerse.

El comisario detuvo la segunda patada con el antebrazo, pero no fue lo suficientemente veloz para lograr atrapar la punta del pie o el tobillo. Eyl lo intentó de nuevo dirigiendo el golpe a las mismas costillas que había rozado la primera vez. Detener aquel ataque estaba obligando a Gaunt a retroceder a lo largo de la pequeña cámara en dirección a la entrada.

En uno de los golpes con el pie, Gaunt consiguió agarrarlo por el tobillo. Chocó contra la palma de su mano con un chasquido gratificante, entonces lo aferró con fuerza y tiró del pie hacia arriba al mismo tiempo que le pateaba la otra pierna para derribarlo.

Eyl se estrelló de espaldas contra el suelo de losas blancas, pero consiguió soltarse y, con un impresionante giro del cuerpo, logró ponerse en pie de nuevo. En un instante se había erguido a tiempo para enfrentarse al puñetazo de Gaunt.

El comisario intentó golpearlo en el cuello, pero calculó mal la distancia y se dio con los nudillos contra el borde de la máscara plateada. El puñetazo de respuesta de Eyl, también mal dirigido, acertó en la clavícula izquierda de Gaunt. El damogaur intentó alcanzar en la garganta a Gaunt mientras el comisario retrocedía. Eyl era bastante alto, con un largo alcance en los golpes, además de sorprendentemente fuerte, pero lo que le estaba causando problemas a Gaunt no era tanto su fuerza como su solidez. Su oponente era en su conjunto una fuerza arrolladora, como un peso o una onda gravitoría. Daba la impresión de que estaba hecho de una materia mucho más densa que la carne humana. Gaunt jamás se había enfrentado a un individuo tan implacable o difícil de derribar.

Las manos duras como el hierro de Eyl desviaron los puños de Gaunt y se cerraron alrededor del cuello del comisario. Gaunt sintió que la tráquea se le cerraba y que los tendones de la garganta se le agarrotaban, y respondió de un modo instintivo más que de forma coherente. Se dio cuenta de que lo único que podía utilizar contra su atacante era el propio atacante.

Se dejó llevar por el impulso de la acometida de Eyl y se tiró de espaldas al suelo de losas blancas y duras. Dejó que el ímpetu de su decidido enemigo lo hiciera pasar por encima de su cabeza.

Eyl se estrelló contra el suelo sobre un hombro. Lo hizo justo delante del hueco de la puerta. Rodó sobre sí mismo y se puso en pie al otro lado.

Gaunt se irguió sobre una pierna y desenfundó la pistola bólter para acabar con aquel combate.

La puerta de la cámara de ejecuciones se le cerró delante de las narices, lo que interpuso diez centímetros de acero entre él y el hombre de la máscara plateada. El combate había durado en total unos treinta segundos.

Gaunt apartó la mirada.

—Tenías que tirar de esto —dijo el prisionero B.

Había una gran palanca de bronce al lado de la puerta. Gaunt no la había visto. Al tirar de esa palanca, se activaba el mecanismo de engranajes que hacía cerrarse la puerta. No era de extrañar que apenas hubiera cedido bajo sus empujones. El prisionero B estaba echado sobre la palanca, todavía jadeante.

Del otro lado de la compuerta llegaron los sonidos de unos puñetazos, y probablemente también de disparos.

Gaunt se puso en pie.

—Ya lo tenía. Me impediste disparar.

—Si, claro. Ya lo tenías —respondió con sorna el etogaur.

—¿Eso es un sarcasmo?

—Otros diez segundos más y el damogaur se habría puesto tu tráquea de collar.

Gaunt soltó un bufido y luego escupió un salivazó rojizo en las losas blancas.

—Lo habría intentado, más bien.

—Lo habría conseguido —aseguró el prisionero B.

—Lo has llamado damogaur. ¿Lo conoces? —quiso saber Gaunt. El prisionero B hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Su máscara me indicó el rango. No lo conozco en persona. Han enviado sin duda a uno de los mejores.

—¿Para callarte?

—Para callarme.

Gaunt miró a su alrededor, al interior de la cámara de ejecuciones. Cerrar la puerta no había hecho más que prolongar lo inevitable. Una vez los guerreros del Pacto Sangriento la derribaran, o la hicieran volar por los aires, la muerte sería ineludible.

El comisario soltó una maldición, y en ese mismo momento la puerta recibió un golpe de una ferocidad tan inhumana que el reborde metálico comenzó a combarse.

Gaunt levantó la mirada. Vio la ominosa viga negra que cruzaba el techo y servía de travesaño para la horca. Los torturadores de la Sección habían colgado allí generaciones enteras de sogas rematadas por lazadas mortales. Distinguió las marcas

de desgaste en la madera.

—Deberías alegrarte de que haya pasado esto —dijo al prisionero B.

—¿De que? ¿De que se haya producido este ataque?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó, extrañado, el etogaur.

Gaunt lo miró fijamente por un momento.

—Porque de repente te he tomado muy, muy en serio.

Otro golpe combó más todavía el marco de la puerta.

—Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos —añadió Gaunt.

—¿Cómo? Sólo hay una puerta.

Gaunt asintió.

—Es cierto, pero hay dos palancas.

Gaunt se acercó al otro extremo de aquella siniestra cámara hasta ponerse al lado de una palanca de bronce semejante a la de la puerta principal. Tiró, y la trampilla de la horca, una pequeña compuerta construida de forma que no se notara en el suelo de losas blancas, se abrió de golpe. Del vacío negro que se abría al otro lado surgió una corriente de aire frío.

Se dejaron caer. Cayeron donde, en un día normal, sólo caían los muertos, los muertos o los que estaban a una fracción de segundo de estarlo. La rampa que se extendía bajo la cámara de ejecuciones estaba demasiado oscura como para que pudieran juzgar a qué profundidad terminaba, pero sin duda la distancia era demasiada como para que pudieran aterrizar de un modo seguro. Los dos cayeron y rodaron y se lastimaron los huesos. Gaunt rezó para que ninguno de los dos se hubiera torcido un tobillo o se hubiera roto algo importante.

El lugar era frío y húmedo y olía a piedra. La trampilla era un cuadrado de luz mortecina y losas blancas abierto en las sombras que se extendían por encima de ellos. Estaban fuera, bajo la pálida luz tamizada por la nieve. Oyeron cómo la puerta de la cámara de ejecuciones acababa cediendo y se estrellaba contra el suelo de losas blancas con un fuerte crujido. Luego les llegó el sonido de las voces airadas y de los pasos apresurados de aquellos que intentaban matarlos.

Una pequeña parte de la mente de Gaunt deseó haber podido cerrar la trampilla y no dejar atrás más que un misterio de losas blancas que retrasara y frustrara al Paco Sangriento.

No había ninguna palanca conveniente al otro lado de la trampilla, tan sólo una rampa helada que acababa a cielo abierto, donde desataban los cuerpos de los condenados y se encargaban de llevárselos.

Gaunt tiró del prisionero B para ayudarlo a ponerse en pie y lo arrastró lejos del fondo de la rampa. Pocos segundos después, una andanada de disparos láser salió de la trampilla y acribilló los adoquines cubiertos de nieve.

Salieron trastabillando al espacio abierto del patio. La luz tenía una tonalidad amarilla enfermiza y caía una nevada espesa. Gaunt probó los copos en los labios y

con la punta de la lengua y notó que le picaban en la cara. Sus botas crujieron al aplastar la nieve ya acumulada. En algún punto del edificio sonó una tremenda explosión que lanzó escombros y otros restos por el patio. El cielo invernal estaba atravesado por varias columnas de humo negro, y a Gaunt le llegó el restallido de las llamas de los incendios. Los aullidos de las sirenas seguían arañando el aire frío como el cristal igual que las puntas de los diamantes. Las ráfagas de disparos sonaban a un lado y a otro, de un modo semejante a una conversación entre dos máquinas.

—¡Ve hacia la puerta! —gritó Gaunt.

El etogaur asintió, pero cada vez corría mas despacio, e iba dejando un pequeño rastro de sangre en la capa de nieve aplastada. Aquello se parecía a un sueño, un sueño delirante en el que todo se moviera con demasiada lentitud, todo fuera demasiado brillante, todo fuera demasiado frío.

A su espalda, Eyl y sus hombres comenzaron a bajar por la rampa de la cámara de ejecución y vieron a las figuras que huían a través de los remolinos formados por la nieve que caía. Eyl rugió una orden y se lanzó en su persecución. Un par de sus hombres apuntaron con cuidado sus armas.

El coche negro de estado mayor salió del garaje que había a la izquierda de repente y sin previo aviso. El motor rugió sobreacelerado y sus gruesos neumáticos resbalaron con fuerza sobre los adoquines nevados. Dos o tres de los disparos del Pacto Sangriento impactaron contra la carrocería. El vehículo coleó con un patinazo poco digno y se detuvo bruscamente detrás de Gaunt y del etogaur, protegiéndolos así de los disparos de sus atacantes.

—¡Entre! ¡Entre en el coche de Feth, señor! —gritó la voz de Wes Maggs.

Gaunt se volvió, sorprendido por unos instantes. Vio el vehículo de estado mayor y a Maggs asomado por la ventanilla gritando con la cara enrojecida.

El comisario empujó al prisionero B hacia el coche y lo metió en el asiento trasero. Varios disparos pasaron zumbando. Uno de ellos destrozó uno de los espejos retrovisores laterales y otro reventó el cristal de una de las puertas convirtiéndolo en una lluvia de esquirlas afiladas. Gaunt disparó por encima del capó para responder al fuego enemigo y luego se metió en el vehículo lanzándose encima del etogaur.

—¡Vámonos! —gritó.

Maggs soltó el embrague y la gran limusina brincó hacía adelante mientras las ruedas patinaban a un ritmo frenético.

Se caló.

—¡Maggs, por Feth!

Varios disparos láser más impactaron contra la carrocería. Dos atravesaron limpiamente la sección de pasajeros y dejaron dos pequeños puntos de luz diurna en las puertas. La ventana trasera estalló en mil pedazos. Maggs giró la llave una vez, luego otra, y el motor se puso en marcha. Engranó la velocidad con un desagradable chirrido metálico de fricción y salieron disparados al mismo tiempo que otros disparos, tanto de láser como de proyectiles sólidos, acertaban al vehículo y le abrían

unos cuantos agujeros. El motor del coche aulló y rugió de forma desigual. La limusina se estremeció y patinó bruscamente de un lado a otro mientras cruzaba el patio y los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad para despejar los copos de nieve que azotaban el cristal. Derribó al pasar uno de los braseros de los mecánicos y esparció los trozos de carbón al rojo vivo por doquier. La chispas ascendieron como copos luminosos al encuentro de la nieve que bajaba.

—¡La puerta! ¡Ve hacia la puerta! —le chilló Gaunt.

Los disparos empezaron a acribillar la parte posterior del vehículo como si alguien estuviera pateando sin cesar la carrocería. Tres proyectiles atravesaron la parte posterior del techo y recorrieron el interior del coche antes de incrustarse en el salpicadero. Uno de ellos le rozó el cráneo a Maggs y le arrancó la parte superior de la oreja derecha. Aulló de dolor, y el cartílago empezó a sangrarle de un modo alarmante. El otro espejo retrovisor lateral estalló. El vehículo se deslizó de un lado a otro fuera de control. Las ruedas no se agarraban al suelo.

El hombre de la máscara de plata aterrizó sobre el maletero del coche con un golpe sordo. Apoyó los pies en el guardabarros y en el parachoques trasero y se agarró con una mano en el reborde del techo y con la otra intentó abrir la puerta de atrás.

—¡Feth! —aulló Maggs al mismo tiempo que giraba con brusquedad el volante.

La limusina se balanceó de un lado a otro de un modo salvaje, pero Eyl consiguió mantenerse agarrado. Maggs apuntó el morro del coche hacia la estrecha salida que comunicaba el patio secundario con el patio principal, situado en la parte delantera del edificio. Eyl consiguió abrir la puerta trasera y metió parte del cuerpo dentro para intentar apuñalarlos con su repulsivo cuchillo ritual.

El coche cruzó la estrecha entrada. La puerta abierta chocó contra uno de los postes de la entrada y se cerró sobre el brazo de Eyl. En cuanto pasaron, la puerta se abrió de nuevo, pero Eyl retiró el brazo e intentó colocarse de manera que pudiera meter el cuerpo en el vehículo y atacarlos cara a cara.

Maggs aceleró el coche en dirección a la puerta principal. Los miembros de la philia de Eyl corrieron tras el vehículo con los rifles y carabinas apuntando hacia él, pero sin atreverse a disparar por temor a alcanzar a su damogaur. El patio estaba sembrado de muertos imperiales. Eran los soldados que habían caído masacrados durante los primeros minutos del asalto. Los cadáveres estaban retorcidos y yacían bajo el leve sudario que formaba la fina capa de nieve que los cubría. Del ala administrativa del edificio salía un oscuro humo grasiento que cubría buena parte del patio formando columnas espesas y aceitosas. Las volutas, negras y densas, arrastraban consigo copos de nieve que destacaban como estrellas en el profundo espacio vacío. Parte del tejado de la Sección estaba envuelto en llamas. Las lenguas de fuego amarillo saltaban triunfantes hacia el cielo cargado de nubes.

Eyl intentó meterse una vez más en el coche mientras éste se dirigía a toda velocidad hacia la puerta principal. Gaunt se retorció en el asiento trasero, desenfundó la pistola bólter y apuntó hacia el techo, hacia el punto donde debía de

encontrarse la cabeza de Eyl.

El damogaur vio el arma de Gaunt en el último momento y saltó apresuradamente del coche. El proyectil de bólter atravesó el techo del vehículo y reventó la fina capa metálica creando algo parecido al penacho de una palmera. Eyl se estrelló contra los adoquines y rodó sobre sí mismo un largo trecho. Tuvo que dar muchas vueltas antes de poder detenerse. Ya se estaba poniendo en pie cuando sus hombres llegaron a su altura. Imrie le ofreció el brazo para que recuperara el equilibrio.

El vehículo de estado mayor cruzó a toda velocidad la arcada de la puerta principal y desapareció de la vista.

Eyl se volvió hacia su philia, que se estaba reuniendo bajo la espesa nevada a su alrededor, y se dio cuenta de que faltaban bastantes de sus miembros. Supo que ya no los volvería a ver jamás.

Les hizo una señal. Se marchaban. Ya habían acabado su tarea en aquel lugar. Su presa se había puesto en movimiento y ellos debían perseguirla.

• • • • •

El vehículo de estado mayor cruzó a toda velocidad la calle despejada, ya fuera del cuartel general atacado.

—¿Por dónde voy? —preguntó Maggs a gritos, con un leve tono de pánico en la voz.

Estaba conduciendo con una mano mientras con la otra intentaba detener la hemorragia de la oreja herida. Tenía la mano y la manga empapadas en sangre.

—Tú sigue conduciendo —le ordenó Gaunt.

—Pero…

—Tú sigue conduciendo —le repitió Gaunt con firmeza—. Me da igual hacia dónde vayas mientras los mantengas bien lejos de nosotros.

—¡Parecían del Pacto Sangriento! —barbotó Maggs.

—¡Eran del Pacto Sangriento! —le replicó el comisario—. ¿O no?

Miró al prisionero B. El etogaur se había desplomado en un rincón del asiento trasero. Tenía la mirada vidriosa. Cuando Gaunt se acercó a él, notó que al apoyar las manos en la tapicería de cuero marrón se le quedaban pegajosas por la sangre derramada.

—¡Por el Trono!

—¿Qué ocurre? —preguntó Maggs por encima del hombro.

—Le han dado. Está perdiendo mucha sangre.

—¿Quién es? —quiso saber Maggs.

—No importa. Es muy complicado. Lo único que necesitas saber es que yo lo necesito vivo. Sigue conduciendo.

Gaunt incorporó un poco al etogaur. Sus ojos empezaron a cerrarse.

—Tienes que mantenerte despierto.

El etogaur asintió.

—Lo digo en serio. Tienes que mantenerte despierto ¿lo entiendes? —insistió Gaunt.

El prisionero B empezó a cerrar lentamente los ojos de nuevo. El comisario le propinó una bofetada.

—¡Mantente despierto, que el Trono te maldiga! ¡Tienes que mantenerte despierto! ¡Tienes que vivir!

El etogaur abrió los ojos. Le pareció ver un poco más de vida en ellos.

—Lo haré —contestó entre toses.

Las calles estaban prácticamente vacías, ya que la nieve había hecho que la mayor parte de la gente se refugiara en sus hogares. A pesar de ello, el imprudente modo de conducir de Maggs les hizo pasar por un par de cruces a toda velocidad y los demás vehículos tuvieron que frenar para esquivarlo. Una furgoneta de reparto giró bruscamente, se montó en la acera y derribó un árbol podado y sin hojas.

Gaunt asomó la cabeza por la ventana para observar las calles que cruzaban a toda velocidad. La mente le funcionaba tan de prisa como circulaban. ¿Dónde estaban las fuerzas de seguridad? ¿Y las alarmas a nivel metropolitano? ¿Dónde se encontraban los cordones de seguridad y los equipos de intervención rápida de la Fuerza de Defensa Planetaria? A esas alturas, toda la zona central de la Oligarquía debería estar aislada, con los puentes cerrados y las cañoneras sobrevolando la zona, con los transportes de tropas ya en las calles…

A menos que alguien hubiera utilizado los poderes de la disformidad para sellar la Sección dentro de un cono de ocultación y así enmascarar aquel ataque brutal, por lo que la infamia de aquel asalto tan sólo había comenzado a llegar al mundo exterior.

Los poderes de la disformidad o la brujería. Gaunt lo olía y lo notaba en el aire, y había captado aquel olor desde que estuvo sentado esperando en la antesala. Eso explicaba muchas cosas. Explicaba cómo era posible que un comando de élite del Archienemigo hubiera conseguido acercarse tanto a un objetivo tan importante en un planeta tan alejado del frente. El individuo de la máscara plateada y sus asesinos paganos no estaban solos en Balhaut. Disponían de los mecanismos de apoyo más infernales, capaces de guiarlos, de ocultarlos y protegerlos. A partir de ese momento, nada, ni una piedra, ni un copo de nieve, sería de fiar. Los chamanes impíos del Pacto Sangriento estaban trenzando una telaraña de disformidad a su alrededor para atraparlos.

—Sal de la carretera.

Gaunt giró la cabeza con brusquedad. El etogaur se había incorporado y estaba mucho más alerta, con la mirada más despierta de lo que la había tenido en ningún momento antes.

—Sal de la carretera. Aún no se ha agotado. Aún no se ha agotado.

—En nombre del Dios Emperador, ¿de qué estás hablando? —quiso saber Gaunt.

El prisionero B no le contestó, y Gaunt se dio cuenta de que el etogaur había entrado en alguna clase de trance, quizá provocado por la conmoción de la herida. Estaba temblando, pero tenía todas las articulaciones y las extremidades rígidas.

Un momento después, el comisario oyó aquel chirrido aullante, un sonido que había oído por última vez en las profundidades de la Sección. Algo los perseguía.

—¡Sal de esta carretera! —le gritó a Maggs.

—¿Qué? Pero ¿adónde?

—A cualquier sitio. ¡A un callejón lateral!

Maggs movió con fuerza el volante e hizo girar el pesado vehículo para entrar en una estrecha calle lateral que se encontraba entre dos viejos edificios de oficinas ennegrecidos por el paso del tiempo. Bajo la luz de las farolas, encendidas de forma permanente en aquel lugar siempre tan sombrío, la nieve caía en enormes ráfagas cegadoras.

Girar para meterse allí no sirvió de nada. El aullido sonó con más fuerza.

El lobo sangriento había captado el olor de su rastro.

La criatura que antes había sido Shorb no estaba en absoluto agotada. Había quemado buena parte de su energía y había perdido una parte importante de su fuerza, pero en la parte de su mente que todavía mantenía una cierta conciencia propia ardía al rojo vivo un sentimiento de determinación. Quería servir a su damogaur. Quería servir a su philia. Quería servir a la Consanguinidad. No iba a abandonar. No iba a fallarles.

El pheguth había huido. Se había escapado justo delante de sus narices y estaba más allá del alcance de los miembros de la philia, que se movían a pie; pero el lobo sangriento disponía de la energía y de la velocidad necesarias para alcanzarlo. Un lobo sangriento podía alcanzar con facilidad a cualquier coche. Aulló mientras doblaba las esquinas de aquella ciudad asaltada por la nieve. Se movió como un viento ártico o una descarga eléctrica. Las ventanas se estremecían en sus marcos y las bombillas de las farolas estallaban a su paso. La realidad se doblaba y se retorcía bajo la estela de disformidad que provocaba.

Gaunt lo oyó acercarse.

Abrió la puerta trasera abollada y salió a la nieve. Miró hacia arriba, hacia el cielo pálido que se extendía más allá de los edificios que se alzaban por encima de él como riscos recortados, y no vio más que los copos de nieve que se arremolinaban con furia.

Lo oyó de nuevo.

—Escóndete —dijo el prisionero B con voz débil y ronca desde el asiento posterior del coche—. Escóndete. Corre. Sálvate.

Con un aullido como si torturara al propio aire, el lobo sangriento dobló a toda velocidad la esquina que daba a la calle lateral. Flotaba por el aire a unja altura de dos o tres pisos, por encima de las farolas, volando como un pájaro a través de la nieve inmovilizada. No era tanto que estuviera allí como su falta de existencia en sí. Era una

burbuja de aire corrompido en movimiento, igual que una mancha en el agua o un defecto en una cinta pictográfica. La realidad se ulceraba y supuraba a su alrededor, como si el mundo estuviese intentando rechazarlo, enviarlo de vuelta al no-mundo de la disformidad, de donde había llegado.

Se lanzó a por ellos aullando.

Gaunt alzó la pistola bólter y le disparó. No veía a su objetivo, pero sí era capaz de notar su presencia. Vio con claridad la sombra en movimiento de la disformidad que infectaba el aire.

Cuando el lobo sangriento se lanzó a por ellos, todas las farolas a su paso estallaron. La nieve dejó de caer del todo y se quedó suspendida en el brillo amarillento del aire. Los disparos de Gaunt no parecieron acertarle a nada. Se tiró de cabeza al suelo.

El lobo sangriento pasó por encima de ellos y la onda de choque de su paso sacudió con fuerza el coche. Las ventanas que quedaban se agrietaron o reventaron. Los faros estallaron. La criatura giró en el aire y se lanzó de nuevo a por su presa.

Se dirigió directamente a Gaunt. El comisario intentó dispararle, pero tuvo que saltar a la desesperada para apartarse de su camino. Se estrelló contra el coche y se golpeó la muñeca con uno de los parachoques, lo que le hizo soltar la pistola. Sintió el paso del lobo sangriento por encima de ellos, que volvió a sacudir el coche.

El aullido le sonaba prácticamente al lado de los oídos.

Se puso en pie y buscó un arma. El lobo sangriento estaba girando para efectuar el ataque definitivo.

La puerta trasera del coche seguía abierta. Vio en el interior, en el asiento trasero, al prisionero B, pálido por la pérdida de sangre y casi en estado catatónico. Maggs estaba gritándole algo. En ese preciso instante, captó un destello metálico.

El cuchillo ritual del damogaur Eyl estaba clavado en la alfombrilla de la parte trasera del coche, donde había caído.

Gaunt se agachó y empuñó aquella arma odiosa. Se volvió con el cuchillo de filo serrado por delante para enfrentarse al ataque del lobo sangriento.

Lo vio por primera vez de verdad. Vio más allá de la burbuja de disformidad y de la distorsión de la realidad. Vio la criatura que había en su interior, el ser aullante y despellejado, con la energía casi agotada, con lo que antaño habían sido sus brazos extendidos hasta formar unas garras aladas, con la boca abierta en un aullido continuo. Vio la sangre que le recorría con furia las venas y las arterias al descubierto. Vio la grasa y los tendones de las articulaciones, y que los pocos jirones de piel que le quedaban se encogían y ennegrecían como el papel a medida que se quemaban.

La boca del monstruo se abrió de un modo imposible cuando se dispuso a morderle el cráneo a Gaunt. De sus encías surgieron dientes afilados del tamaño de dedos dispuestos a ello.

Gaunt le clavó el cuchillo ritual en el corazón.

El lobo sangriento aulló y pereció en mitad del estampido de un no trueno. Se

produjo un tremendo descenso de la presión y una bocanada rugiente de aire frío, igual que si hubieran abierto de golpe la compuerta de un contenedor criogenico y la hubiesen cerrado de inmediato. La fuerza expansiva lanzó a Gaunt contra el coche con la fuerza suficiente como para abollar el panel del lateral. A su alrededor cayó una lluvia de tendones quemados, carne marrón pegajosa y fragmentos de hueso que cubrió una zona de cinco metros de radio.

Gaunt se irguió un poco hasta quedar sentado y parpadeó. El cuchillo ritual estaba ennegrecido por el hollín, como si lo hubiera dejado en una parrilla.

Una vez anulada la suspensión temporal, la nieve comenzó a caer de nuevo suavemente y en silencio.



TRECE

ALGO MALO

Había una palabra que definía al comandante del 52.º Bremenen, pero no era una palabra que Hark utilizaría cerca de gente delicada.

Volvía a grandes zancadas hacia los barracones de los tanith en mitad de la ventisca de nieve, así que no había gente delicada presente, por lo que la utilizó a menudo y sin reparo alguno.

Había aprovechado la tranquilidad que ofrecía la fuerte nevada para cruzar el campo de ejercicio y tener una charla tranquila con el comandante del regimiento vecino. Tenía la esperanza de que podría arreglar los posibles resentimientos que habían empezado a agriar la relación entre ambas unidades debido a los meses de aburrimiento y de bromas cada vez más pesadas. Por desgracia, el comandante del regimiento Bremenen había decidido desayunar grapas de metal, sentarse con un palo de escoba metido por el culo y hacer que le amputaran el sentido del humor del cuello para abajo. En consecuencia, estaba tan rígido y tieso como una plancha de madera. Su respuesta a la tentativa amable de Hark de arreglar el asunto había sido despreciativa, y básicamente había culpado a los «truhanes» tanith de todo el catálogo de infracciones y delitos. Luego se había despedido con un «que tenga un buen día» para que el comisario se lo llevase consigo de vuelta a su barracón.

Los bremenen habían tenido su parte de culpa a lo largo de los meses que ambos regimientos habían estado acantonados juntos. Claro que sí. Había sido una serie de incidentes recíprocos todo el tiempo, desde el principio, y algunas de las primeras bromas habían sido amistosas y fácilmente disculpables. Hark lo sabía, y sabía que el comandante de los bremenen también lo sabía, pero ya hacía tiempo que aquello había dejado de ser divertido, y Hark se dio cuenta de que el comandante se había hartado de aquella situación. No iba a tolerar ni un solo altercado más, y parte de esa falta de tolerancia era culpar de todo lo ocurrido a los tanith.

El viento arrastraba la nieve a través del campo de ejercicio en grandes torbellinos blancos, igual que sí fuera todo un depósito de harina barrido por un vendaval. Había por lo menos un palmo de nieve cubriéndolo todo, y los copos helados se le clavaban como alfileres en la nariz y en la boca, además de doblarle las pestañas. Hark se había subido el cuello del abrigo y tenía las manos metidas en sus profundos bolsillos. La ventisca era tan fuerte que el sistema de encendido automático se había activado ante semejante oscuridad y las lámparas de sodio de Fortaleza Aarlem brillaban con toda la fuerza que podían. Los copos de nieve se estrellaban contra las pantallas de las lámparas igual que si fueran polillas.

Todo se estaba volviendo una mierda, y Hark también estaba ya más que harto. A lo largo de los años que Hark había estado con los tanith los había visto al borde de la derrota y casi destruidos por completo, pero jamás los había visto tan cerca de la desintegración. Llevaban demasiado tiempo inactivos. Se habían aburrido y se habían vuelto problemáticos, incluso odiosos. Llevaban tanto tiempo sin un enemigo que se

habían inventado uno: ellos mismos. Su inactividad y frustración los habían convertido en derrochadores y holgazanes, y en cosas peores.

Todos los días le llegaban nuevas listas de infracciones. Hark se estaba quedando sin opciones. Algunos de los soldados habían cruzado la línea tantas veces que empezaba a costarle saber cómo castigarlos, y justo cuando pensaba que ya no podía ir peor, un nuevo monstruo asomaba la cabeza y lo dejaba sin habla. Aquel último asunto con Rawne y los demás… ¡Y con Daur, por Feth! Aquello sí que era todo un nuevo tipo de mierda.

Daur ya era una norma en sí. No había un individuo más recto en el regimiento. Hasta ese punto habían caído. Cada noche cuando se acostaba, y cada mañana cuando se levantaba, Viktor Hark le rezaba una pequeña plegaria al Dios Emperador: «Por Feth, que nos den un destino ya. Que sea hoy o mañana. Necesitamos una guerra ya».

Aquel periodo en inactividad había sido muy revelador del carácter de los tanith. Eran uno por uno la mejor tropa de infantería que Hark jamás hubiese visto o con la que hubiese tenido el privilegio de servir. En el campo de batalla mostraban un sinfín de habilidades de combate y también un extraordinario valor, y eran, a su extraño modo, sumamente disciplinados. Se enorgullecían de una especie de código moral que perdonaba por completo cualquier fallo en la disciplina de comportamiento. Se crecían ante la adversidad.

No eran una fuerza de guarnición. No era un regimiento que se pudiera mantener en reserva, del que se pudiera esperar que se mantuviese tranquilo y se comportase bien mientras estaba encerrado en unos barracones. No pasarían el tiempo sacándole brillo a los botones del uniforme o practicando desfiles o leyendo manuales. Bueno, lo harían, pero eso no sería suficiente. Se volverían locos.

Los tanith, y esa cualidad se había extendido a aquellos que no eran tanith de nacimiento, eran una fuerza un tanto salvaje. En el campo de batalla no se notaban sus asperezas, pero si se los retiraba a Balhaut durante un año o dos, se comportaban como animales enjaulados. Querían salir, y si no lo lograban, querrían morder la mano del siguiente idiota que intentara darles de comer.

Los bremenen eran una fuerza de guarnición. No había nada malo en ello. Era una buena unidad de infantería, sin ser excepcional, bien entrenada. Para ellos, dos años de destino en Balhaut eran algo magnífico, lo que habían estado esperando durante todos sus años de servicio. Para los tanith, era una sentencia de prisión.

Hark se detuvo en mitad del campo de ejercicio, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una serie de maldiciones contra el comandante en jefe de los bremenen, aunque no se trataba de algo personal. El comandante no era más que una excusa para Hark, alguien contra quien desahogarse. Cuando terminó de soltar maldiciones, se quedó quieto un momento para comprobar si se sentía mejor, pero se dio cuenta de que, en realidad, no era así.

Miró el reloj. Si llamaba a uno de los coches de estado mayor del aparcamiento,

podría estar en la Sección antes de que anocheciera. A pesar de la nieve, las carreteras seguían estando lo bastante despejadas como para no tener problema alguno en llegar a la ciudad. Podría acercarse a la Sección y pedir de forma discreta unos cuantos favores, averiguar cómo estaba la situación y enterarse de la posibilidad de un destino cercano en uno de los frentes, quizá incluso sembrar la idea y hacer que se pusieran en marcha unos cuantos mecanismos. El Munitorum se movía a su propio paso, pero a veces no venía mal darle un pequeño empujón. Debería haberlo hecho hacía meses. Sí, se acercaría a la Sección, pondría un dedo en alto para ver hacia dónde soplaba el viento y quizá conseguir el favor de un par de comisarios superiores que conocía.

Se dio la vuelta y miró en dirección a la ciudad, que se veía por encima de la valla. Incluso bajo la penumbra provocada por la nieve se distinguía fácilmente a través de la alambrada la inmensa extensión de luces, semejante a una constelación que hubiera caído en tierra, con la corona de la Oligarquía rematándolo todo. Lo había decidido. Tenía que hacer algo, cualquier cosa. Sería mejor que aquel continuo y agotador control de daños.

Inspiró profundamente y se dio cuenta de que tendría que revisar su plan de acercarse a la Sección. Por lo que parecía, el tiempo iba a empeorar. Desde donde estaba, las nubes de tormenta que se veían sobre la Oligarquía tenían un aspecto especialmente amenazador, parecían hechas de humo negro.

Oyó que alguien lo llamaba y se dio cuenta de que se trataba de Ludd, que cruzaba el campo de ejercicio a grandes zancadas en su dirección.

«¿Y ahora qué?»

—Disculpe que le moleste, señor —dijo Ludd cuando llegó a su altura—. Algo pasa.

—Ludd —replicó Hark mientras se quitaba nieve de la nariz—, ¿eres consciente de que lo que único que tienes que hacer para mí es suministrarme sustantivos y adverbios inteligibles en vez de la palabra «algo» en esa frase?

—Sí, pero a veces en el almacén no me proporcionan suficientes sustantivos —respondió Ludd encogiéndose de hombros.

—¿Eso era un chiste, Ludd?

—Algo parecido, aunque sin gracia, señor. —Ludd le entregó un sobre—. La oficina de comunicaciones recibió este mensaje hace diez minutos. Sólo para usted.

«Un asunto disciplinario». Hark gruñó irritado. Tenía que ser un asunto disciplinario o habría sido un mensaje para Kolea, o quién quiera que fuera el oficial de guardia. ¿Qué sería ahora? ¿Qué sería esta vez?

Hark abrió el sobre e inspiró profundamente mientras desdoblaba la hoja para leerla. Los copos de nieve chasqueaban con suavidad al caer en la hoja de papel que tenía en las manos enguantadas.

—Convoca a todos los oficiales superiores —le ordenó a Ludd.

—¿Perdón, señor?

—Convoca a todos los oficiales de estado mayor. Los quiero ver dentro de cinco

minutos.

—Bueno, Rawne está en la cárcel y el coronel está fuera de la base. ¿Nos quedan oficiales de estado mayor?

—Ludd, no es ni de lejos el momento de gastar bromas —espetó Hark.

Ludd vio la expresión del rostro del comisario y la sonrisa desapareció de inmediato de su cara.

—Sí, señor. Ahora mismo —respondió antes de salir corriendo hacia los barracones de los tanith.

—¡Y avisa de que entramos en estado de alerta, por favor! —le gritó mientras se alejaba.

Ludd se detuvo en seco y se volvió para mirarlo.

—¿En estado de alerta, señor? —inquirió.

—Ya me has oído, Ludd.

—¡Sí, señor!

Se dio la vuelta de nuevo y echó a correr.

Hark volvió a mirar el papel. Los copos de nieve que habían caído en unos cuantos puntos se habían convertido en gotas de agua que se habían deslizado por la superficie de papel dejando largas manchas negras. Se parecían a las lágrimas de una mujer arreglada para salir que le hubieran estropeado el maquillaje. Se parecían a la sangre que salía de los agujeros de bala.

—¡Feth! ¡Feth! ¡Feth! —gritó una y otra vez.

Justo cuando la moral y el comportamiento se encontraban en el punto más bajo, todo un universo de mala suerte de Feth se abría ante ellos.

• • • • •

Estado de alerta. El regimiento se puso en marcha con rapidez y realizó todos los preparativos necesarios previos a ser trasladados o entrar en combate. Los barracones de los tanith se vieron sacudidos por una actividad frenética. Todos se pusieron manos a la obra. Beltayn recorría a toda prisa el pasillo principal con el libro de registro y otros documentos en las manos. Los fantasmas pasaban corriendo a su lado en ambas direcciones en un esfuerzo por llegar a sus puestos.

—¿Es un simulacro? —preguntó Dalin Criid a Beltayn cuando pasó junto a él.

—¿Qué? —dijo Beltayn tras levantar la mirada de los papeles que iba leyendo mientras caminaba.

—Es un simulacro, ¿verdad? —insistió de nuevo Dalin, quien iba acompañado de varios soldados jóvenes de su compañía.

—Sigue a lo tuyo, soldado —replicó Beltayn.

Dalin se encogió de hombros y echó a correr con sus compañeros.

Beltayn chasqueó los dientes y siguió leyendo. De repente, se acordó de algo.
—¡Espera! ¡Criid! —lo llamó.
Dalin se dio la vuelta y echó a correr de nuevo hacia él.
—¿Sí?
—Tienes que asistir a la reunión de estado mayor.
—¿Por qué? ¿Me han ascendido?
—No seas idiota, Criid —respondió Beltayn con voz cansada—. Eres el ayudante del capitán de la compañía E.
—Sí, a causa de mis pecados —confirmó Dalin.
—Bueno, pues el capitán Meryn no está en la base.
—El capitán Meryn está metido en una celda, o eso me han dicho —comentó Dalin con una expresión en la cara que sugería que estaba convencido de que no había nadie que se lo mereciera más.
—La situación actual del capitán Meryn no es asunto tuyo, soldado, así que cierra el pico —le replicó Beltayn—. Lo que sí es asunto tuyo es su ausencia. Como su ayudante, tendrás que asistir a la reunión y recabar todos los datos relevantes para él, o para quienquiera que acabe al mando de tu grupo de Feth.
—¿De verdad?
—Dentro de dos minutos, por favor, en el templo.
Dalin soltó una blasfemia y salió corriendo.
Beltayn se dio la vuelta y continuó su camino. Al pasar por delante de la consulta médica se detuvo, llamó a la puerta y metió la cabeza.
—Los oficiales superiores dentro de dos minutos, doctor —dijo en voz alta.
Dorden levantó la vista de la mesa del escritorio.
—Gracias, ayudante —respondió.
Beltayn asintió y se marchó cerrando la puerta.
—Por lo que se ve, me tengo que ir —comentó Dorden.
—Vaya; pues es una lástima —contestó el padre Zweil. El ayatani estaba sentado al otro lado de la mesa, frente al jefe médico.
—Sí que lo es. Cuando por fin consigo que vengas a efectuarte el examen médico, me llaman.
—Siempre podemos terminarlo otro día.
—Ya casi hemos acabado —lo tranquilizó Dorden. El médico ya estaba escribiendo las notas que acompañarían a los pequeños viales con muestras de sangre y de tejidos que había tomado—. ¿Puedes tener un poco más de paciencia?
—¿Tener paciencia, o seguir siendo paciente?
Dorden le sonrió y se puso en pie. Se dirigió al cuarto adyacente, donde Ana Curth estaba metiendo el instrumental de acero en el autoclave.
—¿Puedes acabarlo en mi lugar?
—¿Lo de Zweil?
—Sí. Termina de escribir las notas, hazle las preguntas de la hoja verde y guarda

las muestras y los documentos con su firma.

Curth asintió.

—Si quieres, las llevo yo al análisis.

—Gracias. Por lo visto, se ha convocado una reunión de oficiales superiores.

—Lo sé —confirmó ella con una sonrisa—. Creo que es un simulacro. Hemos entrado en estado de alerta.

—¿Ah, sí? —se extrañó Dorden antes de darse la vuelta para marcharse.

—¿Cómo conseguiste que viniera? —preguntó Curth.

—¿El ayatani? Me chivé a Gaunt.

—¿Y cómo conseguiste que se dejara hacer las pruebas? Zweil odia las agujas.

Dorden le enseñó el brazo. Llevaba la manga subida y un pequeño apósito en el hueco del codo.

—Me hice todo lo que le iba a hacer a él para demostrarle que no dolía —le explicó.

—Muy listo.

—Es un truco que aprendí hace años, cuando trataba a los niños. Es una técnica que también funciona con los ancianos y los quejicas.

Curth se echó a reír.

—Y claro, Zweil no es un anciano, es una antigüedad, porque te lleva… ¿cuánto, cinco años de edad?

—La edad es un estado mental, Ana —le replicó Dorden con una altivez fingida—. Bueno, muchas gracias, pero tengo que irme.

Ella lo siguió de regreso a la sala de examen.

—La doctora Curth va a acabar el examen por mí —le explicó Dorden al anciano sacerdote.

—¿Ella? —preguntó Zweil con suspicacia—. No es una doctora de verdad. No tiene los estudios necesarios. Gaunt la deja quedarse sólo porque es bonita.

—Estoy segura de que es exactamente por eso, padre —le siguió la corriente Curth mientras se sentaba.

—Será mejor que no tengas las manos frías.

—¿Por qué? Sólo voy a tomar notas.

—¡Mierda! —exclamó Zweil.

Dorden salió de la estancia riéndose y negando con la cabeza y se unió al tráfico humano que recorría el pasillo. Su aparente buen humor era superficial. Un estado de ánimo sombrío se había apoderado de él, tan frío y repentino como la tormenta de nieve que soplaba en el exterior.

Vio a Gol Kolea entre la multitud mientras se acercaba al templo. El gigantesco mayor verghastita estaba sonriendo.

—Buenas tardes, doctor.

—Hola, Gol.

—Estado de alerta, ¿eh?

—Pareces encantado con eso.

Kolea asintió.

—Podría ser el destino que hemos estado esperando.

—¿Eso crees?

—Esa orden tenía que llegar tarde o temprano.

Dorden asintió.

—Para serte sincero, mayor, si es nuestra orden de transferencia de destino y nos mandan de regreso al frente, la verdad es que no me llena precisamente de alegría.

—Pues nosotros estamos alegres de Gak, doctor. A los Fantasmas nos hacía falta un cambio de aires. Ya tardaba en llegar.

—Mayor, pareces olvidar que, cuando entramos en combate, muere gente. No es que sea algo que debamos desear.

Entraron en el templo. La nieve repiqueteaba contra los amplios ventanales. Los miembros del estado mayor del regimiento estaban sentándose. Parecían estar presentes todos los comandantes de compañía, y si no estaban en persona los representaban sus ayudantes o subordinados. Dorden vio a Kolosim, a Obel, a Raglon, a Sloman, a Arcuda, a Domor, a Theiss y a Baskevyl, además de a Elam y a Seley, que habían sido ascendidos a comandantes de las compañías H y L para reemplazar a las bajas sufridas en Hinzerhaus. También vio a Mkoll, el jefe de los exploradores. Bonin se encontraba en representación de la compañía B en ausencia de Rawne; Mohr, el ayudante de Daur, por la compañía G; y Dalin Criid, con un aspecto tremendamente nervioso, por la compañía E de Meryn.

—Siéntense. ¡Por favor, siéntense! —pidió en voz alta el comisario Ludd mientras se subía al estrado—. ¡Venga, ya está bien!

—¡Caballeros, un poco de orden y de atención, por favor! —añadió Baskevyl para apoyar al joven comisario. El sonido bajó sensiblemente—. Gracias. Shoggy, la puerta por favor.

Shoggy Domor se levantó de su silla y cerró la puerta que tenía a su espalda. Hark se dirigió a la parte delantera y todos los ojos de los presentes lo siguieron. Dorden se dio cuenta de que, en algún momento de la entrada de los oficiales, Eszrah du Nocte se había colado en el templo y se había situado de pie en la parte posterior, entre las sombras.

—¿Qué ocurre, Hark? —le preguntó Baskevyl.

—¿Ha llegado la orden de traslado? —añadió Kolosim—. Ha llegado la orden de traslado, ¿verdad?

Se oyó un murmullo general.

Hark carraspeó para aclararse la garganta. Dorden se percató de que no le gustaba la expresión del rostro del comisario, y no era por las razones que había esperado.

—Desde hace veintisiete minutos, Fortaleza Aarlem se encuentra en régimen de aislamiento de seguridad.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez.

—¡Callaos y escuchad! —gritó Hark—. Se ha impuesto la condición de seguridad dos en este puesto, en Balopolis y en la Oligarquía. La FDP está cerrando, todas las conexiones orbitales y se ha prohibido toda clase de tráfico. Se ha dado un aviso general.

—Pero ¿qué Feth ha pasado? —gruñó Kolea en voz baja.

—Se ha producido un incidente grave en la Oligarquía esta tarde. Lo único que sé es que una fuerza desconocida ha atacado la Sección.

—¿Un ataque? —se extrañó Obel—. ¿Estás de broma? ¿Quién se atrevería a atacar Balhaut?

—Alguien lo ha hecho, desde luego. Esto es serio —les advirtió Hark—. Debemos permanecer en la base hasta nuevo aviso. Nadie puede salir.

—¿Por orden de quién? —quiso saber Baskevyl.

—De la Sección, y ha sido ratificado por el mando general de la Guardia Imperial. Beltayn —llamó.

—¿Sí, comisario?

—Consulta el libro de registro y compruébalo con los demás ayudantes. Quiero una lista de todas las personas que están fuera de la base ahora mismo.

—A sus órdenes, comisario.

Hark señaló a Kolea, que había levantado la mano en silencio.

—¿Sí, mayor?

Kolea dejó escapar algo parecido a un suspiro antes de hablar.

—¿Se sabe algo de la escala del ataque? ¿Ha montado el Archienemigo una contraofensiva? ¿Han logrado atravesar nuestras líneas?

—Nos habríamos enterado —respondió Mkoll.

Kolea miró al jefe de exploradores.

—Por muy mal que se quisiera poner la línea del frente de la cruzada en los mapas estelares, Balhaut se encuentra a más de un sector de distancia de la zona de combate más cercana —explicó este—. Si una contraofensiva enemiga hubiera atravesado las líneas, nos habríamos enterado hace meses.

—¿Qué hay de un salto profundo desde la disformidad? ¿Un ataque directo al corazón de la cruzada?

—No parece que sea algo así, Gol.

—Estoy de acuerdo con Mkoll, pero eso no es lo importante —declaró Hark—. No es asunto nuestro descubrir qué es lo que ha ocurrido. Las órdenes son muy sencillas. Nos confinaremos en la base y permaneceremos encerrados. Nadie puede marcharse. Todas las unidades de la Guardia Imperial en superficie deben asegurar sus bases y estar preparadas para el despliegue.

Bonin levantó la mirada hacia el techo.

—Oigo algo acercándose —dijo de repente—. Motores.

El creciente rugido de los motores de turbina los hizo salir a la nieve. Seis aeronaves, que volaban en línea, cada una con el morro pegado a la cola de la nave

que la precedía, llegaban procedentes de la ciudad atravesando la tormenta de nieve, con las luces de posición parpadeando sin cesar. Volaban a baja altitud y sobrevolaron en círculo Fortaleza Aarlem. La aeronave de cabeza viró y comenzó el descenso para aterrizar en el espacio abierto del campo de ejercicio iluminado.

Las seis aeronaves eran cañoneras del tipo Valkyrie, y al aterrizar unas junto a otras en el campo levantaron una ventisca en miniatura.

—Feth —rezongo Hark—. ¿Quiere alguien explicarme qué están haciendo aquí?

Baskevyl miró a Hark y el comisario le señaló algo.

En el costado de cada Valkyrie, claramente visible a pesar de la nieve, se veía el símbolo de la Inquisición.



CATORCE

La casa del doctor muerte

Al caer la noche, cuando terminó su trabajo y pasó a la sala de limpieza para lavar los instrumentos propios de su labor, el doctor Kolding creyó oír un vehículo que pasaba por la calle frente a su puerta.

Este hecho le resultaba improbable por varias razones. Nevaba con fuerza y eso hacía que el tráfico fuera escaso, sobre todo en las calles empinadas del Barrio Viejo. De hecho, nadie subía o bajaba con su coche por Kepeler Place a menos que se hubiera perdido, lo que resultaba como mínimo infrecuente, o que se tratara del personal de la ambulancia de la Oficina Cívica que le traía trabajo, pero ellos repartían siempre antes de las diez de la mañana.

No obstante, había oído el sonido de un vehículo de motor pasando por delante de su casa. Había sido como una tos bronquial amortiguada por la nieve que se acumulaba a ambos lados de la calle vacía: el feo carraspeo del motor de una camioneta mal cuidada o de una furgoneta que se estaba congelando por momentos.

El doctor Kolding puso la última de las herramientas de acero inoxidable otra vez sobre el trapo rojo de la bandeja, las tapó y se secó las manos. Dejó correr el agua hasta que ésta se llevó con ella las últimas manchas marrones del lavabo esmaltado y volvió a oír el sonido. Tal vez eran los chicos de la ambulancia de la Oficina Cívica. A veces, muy, de vez en cuando, la Oficina Cívica le enviaba trabajos de urgencia a horas atípicas, fuera del horario de sus entregas diarias habituales. Decidió que debía tratarse de eso: el personal de la ambulancia que le llevaba un trabajo de urgencia.

Se preparó para oír el timbre de la puerta, pero éste no sonó. Tampoco se oyó el sonido de las puertas traseras de la ambulancia abriéndose, ni las patas de una camilla desdoblándose con un ruido metálico al deslizarse hacia el exterior del vehículo. Fue hacia la ventana y apartó la cortina. La calle estaba vacía y envuelta en un silencio algonodoso. Unos gruesos copos de nieve caían como estrellas antiguas adquiriendo un color ambarino cuando los atravesaban los haces de luz de las farolas.

Tenía que haberse confundido.

Volvió al quirófano, abrió el grifo que había en la pared y comenzó a limpiar el suelo enlosado con la manguera. La estancia olía a piedra húmeda y a desinfectante. Debía de haberse confundido. Parecía que no iba a llegarle un trabajo urgente esa noche, después de todo. Mientras la manguera que tenía en las manos arrojaba agua sobre el suelo, levantó la vista hacia los cajones metálicos y sonrió. Ninguno de sus trabajos era verdaderamente urgente, al menos no en lo que se refería a la gente a la que concernía de forma más directa.

Estaba cerrando el grifo de la manguera cuando sonó el timbre. Se quedó quieto un momento mientras escuchaba las últimas gotas de agua colándose por los desagües del suelo. ¿Acababa de imaginarse haber oído el timbre?

No. Después de un largo silencio, volvió a sonar. La segunda vez no sonó como si alguien hubiera pulsado el botón blanco que había sobre una placa de latón junto a la

puerta; era como si se hubiera quedado pegado a ese botón. El interminable campanilleo del timbre eléctrico retumbó en la casa fría y vacía.

El doctor Kolding apartó la mano del grifo de la pared y dejó que la manguera cayera al suelo. Se limpió las manos en el delantal. Esto era realmente insólito. Era un «giro inesperado de los acontecimientos» y eso lo perturbaba. Perturbaba su cuadriculado patrón de vida. Intentó imaginar situaciones en su cabeza que explicaran las cosas. La Oficina Cívica debía de haberle enviado algún trabajo urgente y el conductor de la ambulancia sería algún suplente que no sabía dónde estaba la casa del doctor Kolding y había pasado por delante sin verla. Había pasado de largo, tal vez hasta el cruce en el que Kepeler Place se unía con la calle Framestead. Con este tiempo no resultaba sorprendente. Después se había visto obligado a girar, dar la vuelta en la nieve, y volver hacia atrás. Eso explicaba el intervalo entre el sonido del vehículo al pasar y el del timbre.

Volvió a sonar una tercera vez. El dedo se quedó presionando el timbre durante diez indignantes e insistentes segundos.

El doctor Kolding se puso tenso y salió corriendo de la sala de operaciones. Subió los escalones de piedra hacia el amplio vestíbulo. El suelo de madera oscura pulida reflejaba difusamente la luz blanca de los paneles de cristal del techo, formando manchas circulares que parecían charcos de sol. Buscó sus gafas, que estaban, por supuesto, en el bolsillo de su delantal, y se las puso. Una penumbra azul suavizó la cruda luz blanca.

Llegó junto a la puerta. Había alguien al otro lado. Podía oír que se movía.

—¿Quién es? —preguntó a través de la pesada puerta.

—¿Es usted médico? —le respondió una voz. Era una voz masculina, profunda, impaciente o distraída.

—¿Qui-quién es usted? —insistió el doctor Kolding—. Dígame quién es us-usted.

—¿Es usted médico? —repitió la voz—. Necesito un médico.

—Ha ve-venido al sitio equivocado —replicó el doctor Kolding.

La voz parecía irritada. El doctor Kolding dudó. Había un símbolo de médico sobre la puerta de su vieja casa porque ésa era su profesión. Había sido la de su padre, y la del tío de su padre. Nueve generaciones de Kolding habían trabajado como cirujanos en esa misma dirección de Kepeler Place, por eso la serpiente de Asclepio colgaba orgullosamente de una barra metálica junto a su puerta. No podía negar eso. Se veía claramente, incluso con una capa de nieve encima.

Pero, claro, todo era un poco más complicado que eso. Y se había hecho un poco más difícil tras la Famosa Victoria. El doctor Kolding se sentía tenso e incómodo. Aquello era un giro inesperado de los acontecimientos, y eso lo perturbaba.

—¿Oiga? —insistió la voz desde fuera.

—¿Sí? —respondió el doctor Kolding.

—¿Va a abrir la puerta? —preguntó la voz.

—¿Vi-viene usted de parte de la Oficina Cívica? —inquirió el doctor Kolding con

la mejilla casi tocando la fría pintura negra de la puerta para poder oír con claridad.

—¿De dónde?

—De la Oficina Cívica.

—No.

—Entonces ha venido, como le he dicho antes, al sitio equivocado.

—Pero tiene un cartel.

—Por favor… —empezó a decir el doctor Kolding.

—¡Es una urgencia! —exclamó la voz, algo más enfadada que antes—. Hace frío aquí fuera.

«Por favor, váyase, váyase… Esto es un giro inesperado de los acontecimientos y…».

Unos nudillos golpearon contra la puerta tan repentinamente que el doctor Kolding se apartó de un salto.

A veces ocurrían esas cosas. Había oído que le había ocurrido a otros que realizaban el mismo trabajo que él. La imagen de la serpiente atraía a la puerta a visitantes de otro tipo, de un tipo indeseable. Tenían problemas. Tenían necesidades. Ansias que saciar. Para ellos ese símbolo sugería una fuente de fármacos, un médico al que poder suplicarle o amenazarlo, un saco de medicamentos que volcar en busca de estimulantes, una vitrina llena de drogas que saquear.

El doctor Kolding estaba muy nervioso. Abrió la portezuela de la caja del reloj de pie que había junto a la escalera. El reloj llevaba quince años sin funcionar, pero el doctor Kolding no había querido deshacerse de él porque había pertenecido al tío de su padre y siempre había estado ahí. Ahora sólo servía como armario. Abrió la portezuela de la caja y metió la mano dentro. La pistola estaba ahí, en un pequeño estante polvoriento detrás del imponente péndulo. Le quitó el seguro y sostuvo la culata contra la palma dentro del bolsillo del delantal.

Los nudillos volvieron a golpear la puerta.

—¿Oiga?

El doctor Kolding levantó la mano que tenía libre y descorrió el pestillo de latón. Al hacerlo vio que le temblaba la mano.

Le temblaba y había una manchita de la sangre de otra persona en el dorso de esa mano, justo bajo el nudillo del dedo corazón.

El doctor Kolding abrió la puerta.

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió.

Había un hombre de pie delante de la puerta. Tenía aspecto de duro; un militar. Llevaba un uniforme de combate negro. Resultaba bastante amenazador. La gente que venía a por fármacos eran normalmente militares o exmilitares con hábitos que eran consecuencia de su pasado de combate. El hombre estaba de pie en el umbral con la nieve cayendo sobre él y a su alrededor, iluminado por la única bombilla que había sobre su cabeza, en el techo del porche de piedra. Para el doctor Kolding la oscura calle que había tras él no era más que un vacío azul.

—¿Es usted el médico? —preguntó el visitante.

—Yo… Sí.

—Pero ¿qué le ocurre para que nos haya dejado aquí fuera tanto rato? Hace un frío tremendo y es una urgencia. ¿Por qué ha tardado tanto en abrir la puerta?

—Me sorprendió tener una visita tan tarde —se explicó el doctor Kolding—. Es un giro inesperado de los acontecimientos y eso me perturba.

—Sí, bueno, discúlpeme por venir a llamar a estas horas, pero las urgencias pasan cuando pasan, ¿sabe lo que quiero decir?

—La verdad es que no —respondió el doctor Kolding.

El visitante lo miró confuso.

—¿Y esas gafas oscuras? —le preguntó.

—Por favor, dígame lo que quiere —lo urgió el doctor Kolding.

—Quiero entrar.

—Dígame lo que le trae aquí primero.

—Es una urgencia —repitió el visitante.

—¿Y cuál es la naturaleza de la urgencia?

—Hace unos minutos se trataba de otra cosa, pero ahora mismo lo que ocurre es que ciertas partes de mi anatomía se están congelando.

El doctor Kolding lo miró. Esto era un giro inesperado de los acontecimientos y eso lo perturbaba.

Y lo perturbó más incluso cuando el visitante directamente lo empujó para entrar en el vestíbulo.

—¡No puede entrar así, sin más! —protestó el doctor Kolding.

—Sí que puedo. Es una urgencia y me estoy cansando de ser educado.

—¡No puede entrar así!

El visitante miró al doctor.

—¿Es usted el médico? —volvió a preguntar.

—Ya le he dicho que sí. Le he dicho que soy el médico.

—¿No es usted su ayudante o algo parecido? Creía que era el criado o algo así.

—No, no soy el criado.

—¿Es usted el que está al mando aquí? —siguió preguntando el visitante.

—Soy el único aquí.

El visitante asintió y miró a su alrededor. Se adentró unos pasos más en el vestíbulo y echó un vistazo a las escaleras que subían al primer piso. Después se inclinó sobre la barandilla y miró los escalones de piedra que bajaban al quirófano que había en el sótano. Cuando el visitante volvió la cabeza, el doctor Kolding pudo ver que había sangre seca en el lado derecho de su cara y que le cubría la oreja derecha.

—Está herido —observó el doctor Kolding.

—¿Qué?

Kolding señaló la cabeza del visitante con su mano libre.

—Está herido. ¿Es ésa la urgencia?

El visitante se tocó la oreja como si se hubiera olvidado por completo de eso. Ahora que la veía, el doctor Kolding se dio cuenta de que también su mano derecha estaba cubierta de sangre seca.

—No —respondió el hombre—. No es esa.

En ese momento el doctor Kolding se dio cuenta de que el visitante había dicho algo que lo perturbaba más que ninguna otra cosa. Con la confusión y la tensión le había pasado inadvertido. Sólo ahora que su mente estaba repasando palabra por palabra la conversación anterior se había dado cuenta.

Era una sola palabra: «nos».

«Pero ¿qué le ocurre para que nos haya dejado aquí fuera tanto rato?»

—Por favor, váyase —le pidió el doctor Kolding.

—¿Qué? —exclamó el visitante.

—Que se vaya. Salga. Váyase, por favor.

—¿Es que no me ha estado escuchando? Necesito un médico. Es una urgencia.

—Váyase de esta casa ahora mismo —volvió a pedir el doctor Kolding.

—¿Qué lleva en el bolsillo? —inquirió el visitante.

—Nada.

—¿Qué tiene en el bolsillo? Ahí, en el bolsillo de su delantal. Tiene algo en la mano ahí.

El doctor Kolding sacó la pistola. El visitante parpadeó y dijo algo como: «Oh, tiene que ser una broma». El doctor Kolding no estaba seguro de lo que acababa de decir el visitante porque estaba demasiado ocupado cayéndose al suelo para detenerse a escuchar. El visitante se había lanzado contra él y el impacto, aunque no muy fuerte, había acabado con el doctor Kolding en el suelo boca arriba en el umbral de la puerta abierta. Ya no tenía la pistola en la mano. Eso también era un giro inesperado de los acontecimientos y lo perturbaba.

El doctor Kolding dejó caer su peso sobre la espalda y levantó la vista. Había otros dos hombres en el umbral mirándolos desde arriba, enmarcados por la luz del porche y la nieve que caía. Uno de ellos parecía estar sosteniendo al otro.

—¿Este es el doctor? —preguntó el hombre en el que se apoyaba el otro. Era alto, tenía la cara delgada y ojos inquietantes. El doctor Kolding no podía decir mucho del hombre que estaba sosteniendo.

—Creo que es el doctor, sí, señor —respondió el primer visitante—. No se ha mostrado muy cooperador.

—¿Por eso está tumbado boca arriba? —preguntó el hombre de la cara delgada.

—Señor, tenía una pistola… —empezó a explicar el primer visitante.

—¡Ayúdalo a ponerse en pie ahora mismo! —ordenó el de la cara delgada.

—¡Cooperaré! —exclamó el doctor Kolding cuando lo ayudaron a levantarse. Se sentía atrapado. Quería gritar—. Cooperaré, pero no entiendo lo que está pasando. La gente sólo suele venir por las mañanas. Por las mañanas, ¿saben? No a estas horas de

la noche. Nunca por la noche.

—Cálmese —dijo el hombre de la cara delgada y los ojos inquietantes. El otro hombre lo había llamado «señor», y la verdad era que proyectaba un cierto aire de autoridad—. Por favor, cálmese. Sentimos mucho molestarlo y no queremos causarle ningún problema, pero es una situación muy crítica. ¿Cómo se llama?

—Auden Kolding.

—¿Es usted médico?

—Sí.

—Entonces necesitamos su ayuda urgentemente —dijo el hombre de la cara delgada—. A este hombre le han disparado y se está muriendo.

Los acompañó por las escaleras hasta la sala de operaciones después de asegurarse de que la puerta principal estaba cerrada. Dejaron huellas de nieve fundida sobre el suelo del vestíbulo y por las escaleras y eso lo molestó muchísimo, claro, pero se dijo que podría ir en busca de la fregona en cuando el herido estuviera cómodo. La vida del hombre era la prioridad, por supuesto. La vida de un hombre era más importante que unas manchas húmedas y sucias sobre el suelo de madera oscura.

Metieron al hombre en el quirófano. No estaba del todo consciente y al doctor Kolding le llegó el olor de su sangre. Les dijo que pusieran al hombre sobre la mesa y que lo tumbaran sobre la sábana roja limpia con que la había cubierto al acabar la jornada. La sangre dejaría manchas aunque la sábana fuera roja. Después tendría que hervirla. Se lavó las manos con desinfectante y se las secó cuidadosamente antes de ponerse un par de guantes quirúrgicos. Le temblaban las manos.

Cuando el doctor Kolding se acercó a la mesa, el paciente ya estaba tumbado y el doctor pudo ver su cara por primera vez, iluminada crudamente por la lámpara de quirófano.

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó el doctor Kolding en voz baja.

El hombre de la cara delgada lo miró.

—¿Qué quiere decir, doctor?

El doctor Kolding indicó el nudoso tejido cicatrizal que cubría la cabeza del paciente.

—Han venido aquí —consiguió decir— a pedir mi ayuda y lo que traen es una especie de animal. ¡Esto no es un hombre, es un animal!

—No tengo tiempo para discutir ese punto con usted, doctor —explicó el hombre de la cara delgada—. Necesito que haga su trabajo con él. Tiene que hacer todo lo que esté en su mano para salvarle la vida.

—¡Pero es un animal! ¡Es un ser inhumano!

El hombre de la cara delgada se acercó al doctor Kolding y él retrocedió. No le gustaba el olor del aliento de otra persona, ni tampoco sentirlo en la cara.

—No tenemos tiempo para hablar de eso —repitió el hombre de la cara delgada—, pero si lo tuviéramos, la discusión sería más o menos así: yo le diría que soy un oficial del Comisariado y que tengo la autoridad, bajo pena de muerte, de obligarlo a que

cumpla mis deseos. Le diría que es vital para la seguridad del Imperio que este hombre siga con vida y lo instaría a hacer su trabajo sin más dilación ni demora. Incluso puede que sacara un arma, sólo para mostrársela y así enfatizar mejor la seriedad del asunto. —El doctor Kolding se limitó a quedárselo mirando—. Pero no voy a hacer nada de eso —prosiguió el hombre de la cara delgada— porque no tengo tiempo.

—Ya veo —asintió el doctor Kolding.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió el doctor Kolding, y alargó la mano para coger la bandeja del instrumental.

• • • • •

Algo estaba ocurriendo y Tona Criid no necesitaba que nadie le aclarara que se trataba de algo malo. Malo con todas las letras mayúsculas.

Se había dado una vuelta para echarle un vistazo a la Sección, pero no hubo nada que ver, así que se fue a buscar la rodaja de soforso de lima que se había prometido a sí misma. Después pasó más o menos una hora sentada en el agradable silencio de la sacristía de San Teodoro, hasta que las piernas empezaron a temblarle y se dijo a sí misma que era momento de volver a correr.

Había realizado un circuito sencillo alrededor del paseo de los Ingenieros, subiendo hasta el monumento para después echar una larga y constante carrera hasta su casa en Aarlem, pero alguna fuerza, algo así como un impulso magnético, había dirigido sus pasos hacia la Sección. Esta vez quizá preguntara en el puesto de guardia si había algún procedimiento que le permitiera visitar a un prisionero, pensó. Fuera de lo que fuera todo aquel maldito lío, si pudiera conocer la visión de Rawne o de Varl tal vez lograra mediar y facilitar las cosas. Si dejaba que las cosas siguieran su curso, el sistema acabaría engulléndolos. Ya lo había visto en otras ocasiones. No le importaba quién se cabreara por ello, el Primero no podía ir por ahí perdiendo oficiales como Rawne, Daur o Varl. A Meryn sí, obviamente. A nadie le importaba esa hez de rata.

Así que dejó que su impulso la llevara hacia la Sección. Para cuando llegó había empezado a nevar. Nevaba con fuerza, el cielo tenía un color enfermizo y la tarde emanaba una sensación extraña. Ni siquiera hacía mucho frío. La nieve le caía sobre el pelo y la nariz, pero estaba sudando como un grox con su ropa para hacer ejercicio.

Estaba subiendo por la plaza del Virrey cuando se dio cuenta por primera vez de que las cosas no iban bien. Lo que ella había pensado que eran nubes oscuras resultaron ser columnas de humo. Llegó el olor. El edificio estaba en llamas. Se oían sirenas. También tiros, un intenso tiroteo entre los muros. Llegó hasta la línea de árboles de los jardines de la plaza y vio cuerpos tirados en la carretera junto al puesto

de guardia.

Se puso a cubierto tras los árboles, agachada, con los ojos abiertos de par en par por la incredulidad, el pulso latiéndole en la oreja por primera vez en meses. Era la vieja sensación de la subida de la adrenalina, de la tensión por el combate que la llenaba con una furia que no podía reprimir. Toda su preparación, que había estado suprimiendo o conteniendo desde que los tanith se habían retirado, volvió a surgir y ocupó su lugar. Estableció mentalmente la zona donde estaba el peligro. Todas las viejas costumbres, los antiguos tics irracionales; volvieron con más fuerza, como si nunca se hubieran ido. Notó la saliva agria en la boca. El sabor a lima del soforso hacía mucho que había desaparecido. Olió el humo. Olía como en Hínzerhaus. Lo que más deseaba en ese momento era tener un arma que poder empuñar, un rifle que pudiera cargar y después apuntar. Sus manos le parecían ridículamente inútiles y vacías, como soportes entumecidos que imitaban la forma de sujetar un rifle.

Intentó controlar la respiración. Intentó retroceder sin tirar la nieve de las ramas y los arbustos que la rodeaban. Intentó decidir cuál era la mejor línea de acción.

Dar la alarma: eso era todo lo que podía pensar. Toda la ciudad debería de haberse enterado de algo de esa magnitud, pero no había signos de que hubiera gente corriendo hacia allí, ni de refuerzos o destacamentos de apoyo o auxiliares.

Era como si toda la ciudad hubiera quedado cegada por el resplandor del sol sobre la nieve y por ello no conociera el drama que se estaba desarrollando en la Sección.

Criid empezó a gatear para volver sobre sus pasos por el jardín. Si llegaba al lado más alejado de la plaza estaría de nuevo en la calle principal. Entonces podría correr. A velocidad máxima sólo le llevaría diez minutos alcanzar el puesto de guardia de la calle Zannen, y estaba segura de que había un refugio defensivo de la FDP más cerca. Y aunque esas opciones le fallaran, encontraría algún puesto del Magistratum o algún comunicador que funcionara.

Acababa de incorporarse un poco, a punto de arriesgarse a correr sobre el césped cubierto de nieve hasta la puerta de los jardines, cuando se dio cuenta de que había alguien bajo los árboles.

Se volvió para mirar.

«Seguramente será otro transeúnte», pensó, alguien que, como ella, se había encontrado con ese derramamiento de sangre por accidente. Era una mujer. Llevaba un largo vestido de luto de seda y crepé negros. Tenía la cara cubierta por un velo de gasa también negro. Estaba de pie bajo los árboles, las ramas que tenía sobre la cabeza se combaban por el peso cada vez mayor de la nieve que había sobre ellas. Parecía estar observando el edificio principal de la Sección. Criid se preguntó si debería acercarse a ella y ofrecerse a escoltarla hasta algún lugar que estuviera a una distancia segura del lugar del tiroteo.

Algo la hizo dudar. Puede que fuera su consciencia creciente de un sonido suave pero agudo, como un chillido interminable que parecía emanar de la mujer. Quizá fue un sentido sobrenatural de autoconservación provocado por el repentino retorno de

la subida de adrenalina.

Algo, lo que fuera, la hizo dudar. Algo le dijo que dar otro paso en dirección a la mujer vestida de seda negra era una muy mala idea.

La mujer se volvió para mirar a Tona Criid. El velo le tapaba la cara y Tona se alegró de ello en aquel momento, porque supo instintivamente que no quería ver la cara de esa mujer jamás.

El sonido estridente venía de la mujer. Salía de ella sin ninguna interrupción provocado por la respiración.

La nieve había dejado de caer. Tona se dio cuenta de que se había quedado a medio camino. Los copos de nieve estaban suspendidos a su alrededor como una constelación, interrumpidos en medio de su descenso.

Comenzó a apartarse. La mujer del vestido negro se la quedó mirando. Tona dio un paso.

El sonido agudo seguía saliendo de la mujer, que alzó la mano derecha para levantar una esquina del velo.

Criid dejó escapar un grito agónico y se volvió. Empezó a correr. El mundo era lento, como pegamento o melaza. El chillido llenaba sus oídos. Los copos suspendidos se convertían en polvo al chocar con sus brazos en movimiento. Sus pies resbalaron sobre la hierba cubierta de nieve y cayó con fuerza contra el suelo.

El chillido llenaba sus oídos. Ahora sonaba más alto. Criid supo que se oía más alto porque la mujer se estaba acercando. También sabía que había aumentado de volumen porque ella se había levantado el velo. Se revolvió intentando ponerse en pie. Sus piernas patearon la nieve. Sintió que algo se cerraba sobre su corazón, que latía frenéticamente, y lo agarraba como si fuera un puño fantasmal. Empezó a apretar, constriñéndole los músculos. Supo que si no se levantaba y echaba a correr y no dejaba de hacerlo hasta que estuviera fuera de su alcance, no dejaría de apretar hasta que su corazón reventara como una burbuja.

Sus extremidades se movieron lanzando nieve por todos lados. Se levantó. Sentía la presión en el pecho y el sonido en sus oídos muy alto. No miró atrás. No quería mirar atrás.

No se atrevía a mirar atrás.

Empezó a correr. A correr con más energía de lo que lo había hecho en toda su vida.

• • • • •

Maggs cogió una vieja lata abollada de uno de los armarios, le quitó la tapa, olisqueó el contenido y después se la mostró a Gaunt.

—Cafeína —anunció.

—Haz un poco —dijo Gaunt—. Lo suficiente para tres tazas.

Maggs asintió y comenzó a buscar por la pequeña cocina un recipiente adecuado. Gaunt se sentó a la mesa de la cocina. La superficie de la mesa estaba rayada y gastada. Tuvo la seguridad de que en aquel lugar se habían tomado muchas cenas solitarias.

La cocina estaba más allá del descansillo que había al final de las escaleras que bajaban al quirófano.

—Esto es una locura, ¿no cree? —comentó Maggs para entablar conversación. No se habían dicho mucho desde que salieron huyendo de la Sección.

Gaunt asintió.

—¿Era el Pacto Sangriento?

—Sí.

—¿De verdad? ¿Aquí?

—Sí, Maggs.

Maggs soltó un silbido. Encendió uno de los viejos quemadores tiznados de la cocina y colocó un cazo de agua encima.

—Discúlpeme si se lo pregunto, señor —comenzó en un tono que sugería que estaba a punto de plantear un asunto espinoso—, pero ¿no deberíamos contactar con alguien? Quiero decir, reunir ayuda o alertar a las autoridades…

Gaunt lo miró.

—¿Con quién vamos a contactar, Maggs? ¿En quién crees que podemos confiar? —preguntó.

Maggs abrió la boca para responder y después la cerró de nuevo.

—El Pacto Sangriento se ha infiltrado en un mundo imperial muy seguro —explicó Gaunt—. Lo han hecho con la suficiente confianza y habilidad como para organizar un ataque directo contra la sede principal del Comisariado. Han usado la disformidad para ello. No tenemos ni idea de lo lejos que se extienden ni su alcance ni su influencia. Digamos que nos encaminamos a Aarlem o al centro de mando de una compañía, o que le llevamos a algún hospital imperial para que lo traten. Podríamos estar metiéndonos en una trampa. Hasta que no sepa lo que ocurre, no voy a confiar en nadie.

Maggs se encogió de hombros. Estaba echando cucharadas del polvo molido de cafeína en una taza.

—Estamos confiando en ese doctor.

—Necesidad. Eso es todo. No tenemos elección. Mejor esta clínica en un barrio alejado que un hospital grande y céntrico.

—Ese tío es muy raro.

—Sí, tiene unas formas bastante excéntricas, es cierto —concedió Gaunt.

Maggs rio entre dientes.

—Es obsesivo-compulsivo —afirmó—. ¿Y ha visto sus gafas?

—El doctor es albino, Maggs —explicó Gaunt—. ¿No te has dado cuenta? Las gafas oscuras le protegen los ojos.

—Sigue siendo muy raro.

La cafeína se estaba mezclando. Maggs cogió el arma que le había quitado al médico y la examinó.

—Me pregunto de dónde la habrá sacado. Es un arma de la Guardia Imperial.

—¿Está cargada? —preguntó Gaunt.

—Sí. Diez proyectiles.

—Así que tenemos esa, tu pistola láser y mi bólter, al que sólo le queda un cargador.

No parecía haber mucho con lo que trabajar. Ambos se habían metido un arma en el cinturón esa mañana, Gaunt porque era parte obligatoria del uniforme y Maggs porque el reglamento de servicio especificaba que un conductor designado debía llevar una pistola o algo similar con propósitos defensivos. Ninguno de ellos se había pertrechado siquiera con sus cuchillos de combate tanith.

—Estamos en un buen aprieto, ¿no, señor? —preguntó Maggs. Gaunt asintió.

—Me temo que sí, Maggs.

—El Pacto Sangriento —murmuró Maggs buscando por los armarios de la cocina en un vano intento de encontrar un poco de azúcar—. ¿Andarán tras este hombre, el de la cara desfigurada?

—Sí.

—Entonces él es la clave de todo.

—Sí.

—¿Puedo preguntar quién es? —dijo Maggs mirando a Gaunt con los ojos entornados.

—Probablemente sea mejor que no lo sepas —respondió este. Maggs se encogió de hombros.

—Bueno, a mí no me lo parece —replicó—. Ahora mismo, y lo digo con la enorme deferencia que un especialista como yo le debe a su oficial al mando, me parece que soy la única persona con la que puede contar y viceversa, y que el Emperador nos ayude. Así que creo que sería mejor que me contara más de lo que suele contarme.

Gaunt meditó sus palabras.

—Probablemente tengas razón.

—No se preocupe —bromeó Maggs con una risilla—, no tenemos que hacernos amigos ni nada de eso.

—Qué alivio.

Gaunt se frotó el puente de la nariz con los dedos.

—Se llama Mabbon —dijo al fin—. Tiene el rango de etogaur y era oficial en el Pacto Sangriento antes de pasarse a la alianza de los Hijos de Sek. Estaba en Gereon cuando yo estuve allí.

—¿Viejos conocidos?

—Nunca llegué a conocerlo. Lo importante es que tiene información vital para el

imperio. Cosas de alto nivel. Por eso el Pacto Sangriento lo quiere muerto. Y por eso tenemos que mantenerlo con vida.

—Mierda —exclamó Maggs.

—Exacto.

Maggs limpió con un trapo húmedo tres tazas con el esmalte descascarillado que había sacado del fregadero y las puso en fila para echar la cafeína. Oyeron pasos en las escaleras; Maggs miró a Gaunt.

El doctor Kolding apareció en el umbral de la cocina. Tenía la ropa llena de sangre y todavía llevaba las gafas con los cristales azules.

—He hecho todo lo que he podido —afirmó.

—¿Sobrevivirá, doctor? —preguntó Gaunt.

—No lo sé —respondió Kolding.

—¡Muy bien! —explotó Maggs—. Pero ¿qué clase de médico es usted?

—Yo sólo trabajo con los muertos —replicó el doctor Kolding en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Maggs.

—Hago autopsias para el Departamento de Salud. No suelo trabajar con los vivos.

—¡Nos lo dice ahora! ¡Pero tiene el maldito símbolo ahí fuera! —gritó Maggs.

—¡Maggs! —le llamó la atención Gaunt.

—El símbolo ha estado ahí siempre, durante generaciones —explicó el doctor Kolding—. Esta era la consulta de mi padre. Hasta la guerra.

—¿Y ahora usted es un matarife, un carnicero? ¡Feth!

—Ya es suficiente, Maggs —lo hizo callar Gaunt arrastrando la silla y poniéndose de pie.

—¡Oh, dígaselo a este «doctor Muerte»!

—¡Maggs!

—¿Tiene la más mínima idea de lo importante que es este paciente? —le gritó Maggs en la cara al doctor Kolding.

Kolding se estremeció.

—Ya está bien, Maggs —lo cortó Gaunt con un tono de voz frío y duro como el acero—. ¿Por qué no sales a echarle un vistazo al coche?

—Al coche no le pasa nada —protestó Maggs.

—El coche está lleno de agujeros de disparos y lo andarán buscando —lo corrigió Gaunt—. Ve y comprueba que todo está bien. Cerciórate de que sea seguro, de que estamos seguros, ¿de acuerdo?

Maggs estaba a punto de protestar de nuevo, pero suspiró y asintió. Le dio la vieja pistola del doctor a Gaunt, tomó un sorbo de cafeína de una de las tazas esmaltadas y salió sin decir nada más.

—Discúlpelo —se excusó Gaunt. Le hizo un gesto a Kolding para que se sentara a la mesa y le puso una taza de cafeína delante.

—No es necesario disculparse.

—¿Sobrevivirá el paciente?

—He trabajado con vivos antes —explicó Kolding—. Durante muchos años, como aprendiz en la consulta de mi padre. Estoy cualificado para trabajar con seres humanos. Pero estos días la ciudad está vacía. Las calles, oscuras y silenciosas. La población nunca ha vuelto realmente. Necesito complementar mi trabajo habitual con autopsias del Departamento de Salud o me habría visto obligado a cerrar esto hace tiempo.

—¿La guerra terminó con el negocio de su padre?

—La guerra terminó con mi padre —respondió Kolding—. Murió. También sus ayudantes y enfermeras. Yo soy el único que sobrevivió.

—¿Sobrevivirá el paciente?

—Lo he estabilizado y reparado el vaso sanguíneo dañado. Habrá que esperar otra media hora para ver si arraiga la malla reparadora coagulante. Su tensión arterial me preocupa. Si sigue vivo dentro de una hora, creo que vivirá otros cincuenta años.

Gaunt le dio un sorbo a la cafeína. Le pareció horrible, pero era de la calidad típica del campo de batalla. Maggs la había mezclado como estaba habituado a hacerla. Gaunt se dio cuenta de que demasiados meses de una cafeína de buena calidad lo habían echado a perder. Ese brebaje oscuro que Maggs había preparado era una cafeína como la que bebían los guardias, el sabor amargo del campo de batalla y del refugio subterráneo.

Era espantosa, pero era lo mejor que había tomado en un año.

—¿De dónde sacó esta pistola? —le preguntó Gaunt.

Kolding miró la vieja arma. Estaba encima de la gastada superficie de la mesa de la cocina.

—Es la pistola que se quedó atrás.

—¿Que se quedó atrás?

Kolding dudó. No era que estuviese buscando las palabras correctas, era más bien que no sabía si sería capaz de decirlas.

—Se quedó atrás. Después. La noche que mi padre murió. Mi padre y sus ayudantes.

—Doctor, ¿es que murió aquí?

Kolding se quitó las gafas teñidas y limpió cuidadosamente los cristales.

—Mi padre estableció un puesto sanitario aquí. Los hombres heridos llegaban de todas partes. Estaban luchando en las calles de alrededor.

—Lo sé. Yo estuve aquí.

—Entonces sabrá cómo fue. Un caos. Las calles llenas de humo. Ruido. Llegaron unos soldados. Eran enemigos. Entraron a la fuerza mientras tratábamos a los heridos.

—¿Qué edad tenía usted, doctor? —preguntó Gaunt.

—Dieciséis —respondió Kolding.

• • • • •

Fuera, en la calle, la nieve iba borrando suavemente todas las líneas y ángulos. La blancura de los copos brillaba a la luz de las farolas como si se tratara de gotas de metal fundido que se desparramaran de una armadura destrozada. Wes Maggs se cerró la chaqueta y se frotó los brazos. El aliento le salió de la boca como si fuera el humo escapando del cañón de un arma.

Caminó con dificultad por la calle sobre la cada vez más gruesa capa de nieve y los copos húmedos acribillándole la cara. La noche era tan negra como el alma de Rawne, pero había una radiación fantasmagórica que salía de todas las superficies en las que la nieve había cuajado. Había redondeado las aceras, suavizado las paredes y borrado las aristas a los pasamanos metálicos. Había deformado los alféizares y los canalones y enterrado los vehículos que estaban aparcados en lo alto de la colina.

Habían dejado el coche oficial cerca del extremo superior de la calle, escondido tras unas verjas. Maggs esperó que pudiera arrancar sin problemas. No había tenido tiempo ni luz suficiente para comprobar si algo vital había resultado agujereado. En el rato que habían estado en esa casa, los depósitos de combustible podían haberse vaciado o los fluidos hidráulicos haber corrido sobre la nieve.

La colina era empinada y estaba resbaladiza a causa de la nieve. Lanzó una maldición dirigida al tiempo. Al fin pudo ver el coche.

Había tres hombres de pie a su lado.

Maggs se detuvo y poco a poco se confundió entre las sombras de un muro de la calle. Se quedó muy quieto. Podía ver claramente a los hombres. Eran sombras, siluetas bajo la luz de una farola, espectros tan silenciosos como la nieve nocturna. Estaban estudiando el coche, rodeándolo lentamente y en silencio. Maggs no podía decir si estaban armados ni distinguir ningún detalle de su ropa o sus uniformes.

Pero cuando uno se volvió, Maggs pudo ver el destello de la luz de la farola al rebotar en el borde de una máscara de metal.

Maggs dio media vuelta y empezó a bajar la colina, de regreso a la casa del doctor tan rápido como le fue posible, pero manteniéndose invisible.



QUINCE
Los cazadores

—¿Esto es todo? —preguntó Edur. Hizo un gesto con la cabeza que abarcaba todos los puestos administrativos del barracón en general y los archivos y volúmenes que se acumulaban en el escritorio central en concretó.

—Sí, comisario —respondió Kolea.

Varios oficiales del Comisariado ya habían empezado a buscar en los archivos del regimiento, sobre todo en la agenda y los registros de la compañía. Dos agentes del ordo habían empezado también lo que a Viktor Hark le parecía un análisis forense de los archivos centrales de los Primeros de Tanith.

—¿Nos vais a decir algo? —preguntó Hark.

—No —dijo uno de los agentes ordo.

Edur miró al oficial de la Inquisición con cierto desagrado. La Inquisición ya se había hecho cargo, pero ésa no era la única razón por la que Edur tenía ese sabor desagradable en la boca. Hizo un gesto con la cabeza para sugerirles a Hark y al comandante en funciones de los Tanith, Kolea, que se alejaran un poco de allí con él.

Todo había sido muy precipitado por necesidad, pero Mercure le había dado órdenes a Edur antes de que saliera de Aarlem a bordo de las Valkyrie con la Inquisición. Mercure había sido categórico: mientras él presentaba el asunto ante las autoridades a nivel de comandancia con la esperanza de que aplicaran presión sobre los ordos, Edur tenía que hacer todo lo que pudiera para asegurarse de que la Inquisición no pisoteaba todo lo que encontrara a su paso.

—Quiero que nosotros mantengamos cierto control sobre esto durante todo el tiempo que podamos, Edur —le había dicho Mercure—, o al menos hasta que sepamos que no hay nada a lo que merezca la pena agarrarse.

—Tanto la Inquisición como el Comisariado están deseando descubrir el paradero del comisario coronel Gaunt —dijo Edur a Hark y Kolea.

—¿No estaba en la Sección cuando ocurrió todo? —preguntó Hark.

—Sí —aseguró Edur.

—¿Y ya no está allí? —preguntó Kolea.

—No lo sabemos —respondió Edur.

—¿Y eso que significa? —volvió a preguntar Hark.

—Significa que parte del edificio se ha calcinado, otra parte sigue en llamas y hay un buen número de cuerpos que todavía hay que recuperar e identificar.

—¡Gak! —exclamó Kolea entre dientes.

—Lo importante es que, si Gaunt aún está vivo, no lo hemos encontrado —dijo Edur.

—¿Y por eso nos has encerrado y nos apartas para ir contándonos las cosas poco a poco? —inquirió Hark.

—Sí, ésa es la razón principal.

—¿Y eso por qué? —siguió preguntando Hark—. Perdóname, Edur, pero hay algo

que no nos has dicho. Algo fundamental.

—Ha desaparecido un segundo individuo —prosiguió Edur—. Un prisionero muy importante. Puede que el prisionero fuera el objetivo de la incursión. La última vez que vieron a Gaunt estaba cerca de la celda del prisionero, y él era consciente de la importancia de ese prisionero en particular.

—Y si han desaparecido los dos, puede que hayan escapado juntos —terminó Kolea.

—¿Es posible que Gaunt se haya llevado al prisionero a un lugar seguro y después haya desaparecido? —quiso saber Hark.

—Es una posibilidad —admitió Edur.

—¿Y la otra? —insistió Hark.

—Puede que Gaunt estuviera trabajando en connivencia con los que llevaron a cabo la incursión para ayudar a sacar al prisionero. Vaya por adelantado que yo no creo esa teoría. Pero parece que la Inquisición la está barajando.

—No me lo puedo creer —gruño Hark negando con la cabeza—. Todo esto tiene que ver con el maldito Gereon otra vez.

—Después de todos estos años —añadió Edur.

—Nunca se lo van a perdonar —declaró Hark.

—¿Hay alguna prueba que sustente esa calumnia? —preguntó Kolea.

—Hay algunos detalles desafortunados —explicó Edur—. Vuestro mayor Rawne y otros estaban en las instalaciones.

—Acusado y encerrado —puntualizó Hark.

—Cierto. Pero ahora también está desaparecido o muerto. Si se es algo suspicaz, podrían verse ahí ciertas pruebas de un plan. Gente en el interior preparada para hacer el movimiento necesario.

—¿Te puedo decir lo que pienso? —aventuró Hark.

—Creo que todos ustedes deberían decirme a mí qué demonios creen que están haciendo aquí hablando de esos detalles tan sensibles —interrumpió Rime.

Ninguno había visto acercarse al inquisidor, que iba acompañado por dos de sus secuaces.

—Podría hacer que los ejecutaran a todos —prosiguió Rime—. Esa es información confidencial sobre la situación en curso.

—Inquisidor —comenzó a decirle Edur—, creí que los oficiales superiores podrían resultar de más ayuda para todos si les proporcionábamos una perspectiva más amplia de la situación. —Edur decidió no mencionar las otras cosas que creía, porque ésas ya le concernían al inquisidor más directamente.

—No creo que esté entre sus funciones tomar esa decisión —le espetó Rime.

—Me considero amonestado, señor —admitió Edur.

—Gaunt no tomó parte en esto —le dijo Hark a Rime.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó uno de los esbirros.

—Porque lo conozco —respondió Hark.

—Oh, bien, con eso queda todo aclarado —intervino Rime con sarcasmo.

—Nuestro oficial al mando no es un traidor —remachó Kolea—. No hay ninguna conspiración. Si él está implicado, se tratara de una implicación fortuita. El comisario coronel es absolutamente leal.

—Lo sabremos cuando lo encontremos —contestó Rime.

—Lo ayudaremos a buscarlo en todo lo que podamos —aseguró Kolea—. Queremos limpiar su nombre y la reputación de este regimiento. Puede revisarlo todo en busca de cualquier información.

—Ya lo estamos haciendo —respondió Rime con una sonrisa.

—También pueden interceptar todas las comunicaciones que entren o salgan de la base para ver sí hace algún intento de contactar con nosotros.

—Ya lo estamos haciendo —repitió Rime.

Kolea se detuvo y respiró hondo antes de hablar.

—Con el debido respeto, señor, ¿qué más podemos decirle? ¿Qué podemos hacer para ayudar?

—Pueden permanecer aquí y responder a todas las preguntas que les hagamos —dijo Rime—. Aparte de eso, no deberían verse implicados de ninguna forma.

—Los tanith tienen una excelente reputación como exploradores y rastreadores —intervino Edur.

—Me alegro por ellos —fue la impertinente respuesta de Rime, y después se volvió para marcharse.

—¿Puedo hablar con usted, señor? —le preguntó Edur—. A solas.

Rime se volvió, lo pensó un momento y después caminó hacía el pasillo. Sus secuaces lo siguieron.

—Quería decir completamente a solas —insistió Edur.

Rime hizo una breve seña a sus agentes y éstos se apartaron. Edur siguió a Rime al rellano vacío y cerró la puerta.

—Hable —le ordenó Rime con un gesto de impaciencia.

—Creo que debería hacer uso de los tanith, señor —le propuso Edur—. Son los mejores rastreando y explorando. Si Gaunt y el prisionero están huyendo por cualquier lugar de la Oligarquía, ellos los encontrarán. Están motivados. Es un rescate, un asunto de honor. Y si resulta que la implicación de Gaunt es poco apropiada, eso les daría una oportunidad de restaurar su reputación.

—Edur, no voy a considerar eso por el momento —decidió Rime—. Los ordos tienen agentes de primer nivel a su disposición. No necesito un hatajo de soldados de cuello grueso corriendo por ahí…

—Le sugiero que revise el perfil del regimiento —insistió Edur—. Le sugiero que valore adecuadamente la habilidad y los logros de esos «soldados de cuello grueso». Olvídese de Gaunt. Si alguien puede encontrar vivo al prisionero, serán los tanith.

Rime negó con la cabeza y pasó al lado de Edur para volver con sus hombres.

—Bueno, si no, piense en esto, señor —prosiguió Edur—: Si hace que los tanith

participen en la búsqueda, no me veré obligado a mencionarle a nadie lo que he visto hoy.

—¿De qué está hablando? —preguntó Rime.

—Eso del pasillo… le quemó la cara. Toda su cabeza estaba en llamas. Usted no debería estar aquí, no debería estar vivo. No tendría que poder estar hablando conmigo.

—No sabe de lo que está hablando —le espetó Rime.

—No, no lo sé —contestó Edur—, pero tengo la extraña sensación de que tiene algo que ver con el hecho de que usted y sus lacayos se parecen entre sí.

—Si eso es así, es seguro que a quien vio quemarse es a uno de ellos —replicó Rime.

—Sé lo que vi —insistió Edur—, y suena a oscuridad, a asuntos de la disformidad y a herejía. Habla de cosas que la Inquisición no querría que se airearan en medio de una situación tan sensible como esta.

Rime se lo quedó mirando un momento. Después se dio la vuelta y volvió a la oficina de la compañía.

—Usted, soldado —dijo señalando a Kolea.

—Mayor Kolea —le replicó este.

—Lo que sea —dijo Rime—. Quiero que reúna de forma rápida y eficiente a sus mejores cazadores.



DIECISÉIS
Los otros cazadores

El sirdar Karhunan caminó por la calle silenciosa siguiendo el rastro de los diminutos discos oscuros que habían quedado donde las gotas de sangre habían manchado la nieve. La calle era empinada y los edificios a ambos lados estaban oscuros y tenían las persianas echadas para proteger a sus habitantes de la noche y la tormenta de nieve, como si tuvieran los párpados fuertemente cerrados. Observó los abundantes copos brillando como chispas en los haces de luz de las farolas. No todas las farolas funcionaban en ese barrio.

Su amado magir le había impuesto una tarea a su alma, pero Karhunan estaba satisfecho. La tarea casi había concluido. Los habían seguido y ya estaban cerca. El vehículo que habían encontrado abandonado en la parte alta de la calle, era con toda seguridad el mismo con el que habían huido de la Sección. Las gotas de sangre en la nieve completaban la sentencia de muerte.

Otros miembros de la philia lo habían acompañado para hacer un reconocimiento de la calle. Samus estaba de pie ante uno de los edificios justo delante de él, mirando los escalones que llevaban a la puerta principal. El edificio estaba oscuro y no parecía que hubiera signos de vida en su interior. Un símbolo colgaba de una barra metálica sobre la puerta, una especie de bastón que Karhunan medio reconoció por un recuerdo borroso de su memoria dañada. Samus se estremecía y se mordisqueaba la lengua. Cuando el sirdar se acercó, emitió un suave sonido parecido a un lloriqueo e inclinó la cabeza hacia la puerta.

Karhunan le dio una suave palmadita en la espalda al hombre deforme. Había unas gotitas de sangre que llevaban hasta los escalones de la entrada y que todavía no habían sido cubiertas por la nieve que caía lentamente.

Imrie apareció a la izquierda de Karhunan y Naeme a su derecha. Parecían ansiosos.

—Melthorael —murmuró Naeme—, después viene Aroklur, después Ultheum…

—Silencio —le ordenó Karhunan.

A un gesto de la cabeza del sirdar, Imrie tiró la puerta de una patada y todos entraron en el oscuro vestíbulo. La nieve entró con ellos. Los copos se posaron en la caja del péndulo del reloj de pie que había en el pasillo.

Imrie iba delante con el arma apoyada en el hombro y apuntando, de caza. Era el más rápido de todos. Mucho tiempo atrás, en lo que ya era casi literalmente otra vida, Imrie había sido, como Karhunan, un soldado del Trono. Era un converso, alguien llegado de fuera. La palabra sept para eso era elterdwelt, lo que significa «otra vida» o, en una traducción menos literal, «elemento con el que se comercia». Se había deshecho de la mayor parte de su otra vida, mudando y dejándola atrás como hace una serpiente con su piel vieja y tirante, pero algunas partes habían permanecido testarudamente. El damogaur Eyl, no un elterdwelt sino más bien un nacido en la Consanguinidad, apreciaba esos viejos rasgos en los hombres de sus philia. Imrie

había sido un explorador, un cazador. Veía detalles que casi nadie más veía.

Imrie siguió por el pasillo. Se dio cuenta de que una de las seis bombillas de las lámparas del pasillo estaba fundida hacía mucho tiempo, porque su cristal oscurecido estaba cubierto de polvo. También notó que el reloj de pie no funcionaba. Se fijó en el residuo seco de la nieve derretida sobre el suelo de madera oscura, casi invisible.

Una pequeña cocina. Tres tazas, todas medio llenas y frías. Un quemador de la cocina en el que el anillo de hierro forjado todavía mantenía algo de calor.

Imrie le hizo un gesto con la cabeza a Samus. Este miró en la habitación que había a un lado después de echar abajo la puerta con gran estruendo. Naeme estaba en las escaleras con el arma apuntando hacia arriba.

Imrie bajó por los escalones de piedra que llevaban al sótano. Karhunan lo siguió. La zona del sótano era bastante amplia, con bóvedas de piedra bajo el nivel del suelo. Había un quirófano, un almacén y un frigorífico para cadáveres.

—No hay nadie aquí —dijo Karhunan.

—Pero lo ha habido —replicó Imrie.

—¿Estás seguro?

—Seguro como que la sangre mancha la nieve —respondió Imrie—. Seguro como que la cocina aún estaba caliente. Seguro como esto.

Estaban en el quirófano. Estaba limpio, ordenado y vacío, pero Imrie acababa de levantar la tapa de un cubo de residuos médicos. El sirdar Karhunan miró dentro. Vio algodones y vendajes con sangre junto con ciertos materiales médicos desechados.

Imrie se acercó al mostrador donde estaban las herramientas. Desenroscó la tapa de uno de los botes con fluido esterilizante y sacó un escalpelo. Lo olió.

—Sangre —dijo.

Incluso después de llevar un rato en esa solución química, el olor le llegaba claramente a alguien como Imrie.

—¿Y adónde han ido? —preguntó Karhunan.

Imrie inclinó la cabeza y se quedó pensando. Podía oler algo más, algo sucio y metálico. Caminó por el quirófano hacia el descansillo. El panel de madera de la parte posterior no era una pared. Era una pantalla Encontró una palanca de metal empotrada y tiró de ella.

Un ascensor de servicio. Un olor a humedad fría subió desde abajo. Imrie se montó en la ruidosa cabina y bajó junto con su sirdar y Naeme. Al llegar abajo, tras un descenso muy corto, salieron con las armas preparadas.

Los copos de nieve golpearon sus caras. La parte delantera de la casa daba a una calle empinada, pero la parte de atrás llevaba, tres pisos más abajo, justo al borde de una escarpadura. En el Barrio Viejo los edificios y las calles se organizaban en hileras superpuestas.

Las puertas del pequeño garaje que había en el sótano estaban abiertas y daban a una callejuela trasera. Había marcas grasientas en el suelo y un olor a humo de un motor de combustión en el aire.

Imrie corrió hasta las puertas del garaje y miró en ambas direcciones. No había quedado nada atrás, excepto el fantasma de las huellas de las ruedas de una camioneta.

• • • • •

—Sólo es una sugerencia, pero ¿cree que podría ir más rápido? —preguntó Maggs.

—Cállate —le ordenó Gaunt.

Maggs suspiró y se acomodó en la parte de atrás de la pequeña ambulancia privada. Era un vehículo desvencijado que evidentemente no había sido utilizado durante años. Gaunt iba en la parte delantera con Kolding. Maggs, en la trasera con el prisionero inconsciente. La ambulancia se arrastraba en la noche a lo que parecía la velocidad de un molusco.

—Con cuidado —le advirtió Gaunt a Kolding, que estaba agachado y mirando por encima de la parte superior del volante.

—Hago lo que puedo —replicó este.

—¿Cuándo fue la última vez que sacó este vehículo? —le preguntó Gaunt.

—Hace tiempo.

—¿Y por la noche?

—Un tiempo.

—¿Quién conducía entonces, doctor?

Kolding se encogió de hombros y encontró otra marcha.

—Mi padre.

Gaunt negó con la cabeza.

—Doctor, ¿lo hemos obligado a abandonar su casa por primera vez en quince años? —preguntó.

Kolding volvió a encogerse de hombros.

—No pasa nada —dijo—. Estoy bien así. Esto es sólo un giro inesperado de los acontecimientos, eso es todo.

—¿Ha estado dentro de esa casa quince años? —preguntó Maggs, incrédulo.

—Ya vale, Maggs —le advirtió Gaunt.

—No me extraña que sea un desastre entonces —murmuró Maggs.

—Doctor Kolding —empezó a decir Gaunt—, creo que sería mejor que condujera yo.

—¿Por qué?

—Porque usted está evidentemente teniendo problemas con la nieve. Le está complicando las cosas. Y yo he practicado recientemente la conducción en un clima frío.

—¿Ah, sí?

El doctor hizo que la ambulancia se detuviera poco a poco y él y Gaunt cambiaron de lugar.

Ya tras el volante, Gaunt comprobó los controles, soltó el embrague y aceleró hacia adelante.

—Era mentira, ¿verdad? —preguntó Kolding.

—¿El qué?

—Su práctica reciente de conducción en clima frío.

Gaunt asintió.

—La luz de las farolas le molesta a los ojos, ¿verdad? —aventuró—. Por eso conduce de noche con gafas oscuras.

Kolding no respondió:

—Yo tengo una ligera ventaja —prosiguió Gaunt. Pestañeó dos veces y cambió su campo focal a uno con altos aumentos para poca luz. Con farolas o sin ellas, el camino que tenía por delante apareció iluminado para él.

• • • • •

Karhunan volvió sobre sus pasos, aunque sus huellas casi no se veían ya. Sus botas aplastaban la capa de nieve que no dejaba de aumentar.

El damogaur estaba examinando el coche que sus presas habían utilizado para huir. Seis miembros de los philia, bajo el mando de Malstrom, vigilaban las calles de alrededor.

Eyl miró a Karhunan.

—Han estado en un edificio aquí cerca, magir —dijo el sirdar—, pero han huido. En otro vehículo. Imrie y Naeme ya están siguiendo su rastro. Si nos desplegamos rápido, los alcanzaremos y…

—Los alcanzaremos de todas formas —respondió Eyl—. No hace falta que los sigamos con esta tormenta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Karhunan.

—Mira lo que hemos encontrado —le dijo Eyl pasando las puntas de los dedos por el respaldo del asiento del conductor del coche. Cuando las apartó estaban pegajosas y oscuras—. Trae aquí a mi hermana. Tenemos su sangre.

Cuando ya no pudo dar un paso más, Tona Criid se escondió. Le ardían los músculos como si alguien estuviera pinchándoselos con alambres al rojo, y estaba a punto de vomitar.

El sonido agudo había desaparecido en algún momento y la presión en su corazón también. Unas pocas calles más allá de la Sección y a varias de la plaza del Virrey, donde había visto a aquella cosa con velo de pie bajo los árboles cubiertos de nieve, se obligó a entrar en un edificio vacío.

Aunque la Oligarquía y Balopolis habían sido el epicentro de la lucha más brutal durante la guerra por Balhaut, la mayor parte del Barrio Viejo parecía haberse librado milagrosamente. Pero una inspección más de cerca demostraba la falsedad de esa primera impresión. Muchos de los edificios eran sólo cascarones: estructuras vacías que llevaban abandonadas más de una década y media, cuyos suelos estaban llenos de basura que el viento llevaba de un lado para otro. Unos pocos habían sido incluidos en el programa de renovación de Balhaut. En ciertos lugares se estaban demoliendo los edificios antiguos y se limpiaban parcelas para hacer sitio a las nuevas construcciones. En otros sitios había cuadrillas de trabajadores ocupados en renovar y restaurar aquellos que todavía reunían las condiciones para que mereciera la pena salvarlos.

Criid se escondió en uno de estos últimos. Habían cubierto recientemente las ventanas con tablas blanqueadas y se notaba un fuerte olor a creosota y a madera recién serrada. Sábanas y cortinas protectoras contra el polvo se habían colgado entre las estancias o se erigían para cerrar secciones en las que se habían derribado los muros que las dividían. Las cortinas de trabajo, pesadas y sucias por haber sido reutilizadas muchas veces, olían a pintura vieja y barniz y oscilaban en el aire de la noche mientras la tormenta de nieve las azotaba. Los obreros habían dejado cubos de pintura, fregonas con largos mangos, caballetes y pilas de tableros baratos. Habían quitado el piso superior, lo que dejaba un espacio que parecía el interior de una iglesia en obras con la bóveda surcada por el esqueleto de nuevas vigas principales y transversales de madera amarilla y recién cortada.

Los latidos de su corazón acelerado le llenaban los oídos y su respiración era irregular. Le temblaban tanto las manos que le costaba utilizarlas. Le quitó el palo a una de las fregonas y utilizó un cordel para atar el cuchillo de combate a uno de sus extremos para hacer una lanza improvisada. No tenía armas, pero así tendría un poco más de margen que con el cuchillo. Se sentó en un rincón detrás de una pila de tableros y apoyó la lanza en el regazo.

Tenía el cuerpo en un estado de suma agitación. Lo sabía. La tensión crónica de la vida en zona de guerra deforma la biología de una persona y hace que no esté preparada para ninguna otra cosa. Construye formas de respuesta rápida y alimenta malos hábitos. Altera las cantidades hormonales y las funciones metabólicas hasta que llegan a tolerar un estrés elevado y prolongado. Acaba modificándote para que puedas con todo, sea lo que sea, y esas modificaciones permanecen contigo cuando vuelves a lo que llaman «vida normal», dejando tras de sí un corrosivo daño fisiológico y psicológico, que necesita mil veces más tiempo para ser borrado del que fue necesario para infligirlo.

La peor parte no era, como estaba descubriendo ahora, tener que enfrentarse a la bajada normal tras la etapa de combate; era ver su viejo y malogrado yo, su «yo de combate», que había vuelto sin avisar. Había pasado de nada a todo en un segundo. El flujo tóxico de hormonas y respuestas glandulares la había dejado casi aturdida. Tenía

una capa de sudor sobre la piel y sabía que olía a miedo. Su mente estaba abotargada excepto por un pequeño reducto en la parte más recóndita, como el denso corazón metálico de una estrella de neutrones que desprendiera poder radiactivo.

Se empeñó en controlar la respiración. Intentó poner en práctica alguna de las técnicas para centrar la atención que Mkoll le había enseñado para su trabajo de exploración. Fue inútil. Era como intentar agarrar el agua. Al final se rindió y, con una risa crispada, decidió que sería mejor rendirse a la marea.

Tras más o menos una hora en la que estuvo hundida en un estado ajeno a la realidad, se levantó y sintió que todo estaba un poco más claro. El antiguo modo de pensar, el que te permitía vivir en la zona, había vuelto de forma tan evidente que parecía que nunca se hubiera ido. Empezó a poder pensar en vez de sólo reaccionar.

En su opinión, el mayor problema era el mundo exterior. No entendía cómo había podido ocurrir esa debacle en la Sección sin que se hubiera convertido en un infierno. ¿Dónde estaban los destacamentos de supresión? ¿Y las fuerzas para la contraofensiva? ¿Y los escuadrones de seguridad con sus coches blindados y sus botes de gas del miedo? ¿Dónde estaba la FDP y los malditos guardias imperiales? La ciudad debería estar inundada de sirenas en ese momento. Y los cielos deberían verse llenos de naves armadas.

Pero ahí fuera todo estaba tranquilo. Era como si la ciudad estuviera en shock traumático y se hubiera quedado inmóvil y paralizada. Era como si la nieve tuviera algún tipo de propiedad anestésica. No podía quitarse de la cabeza la noción de que las calles silenciosas estaban llenas de soldados del Archienemigo a los que no se enfrentaba nadie.

Decidió que no le quedaba más remedio que volver a la Fortaleza Aarlem. No le quedaban energías para correr hasta allí, pero confiaba en que si establecía un paso constante podría llegar antes del amanecer.

No había avanzado mucho cuando oyó un vehículo que se aproximaba, con el motor haciendo verdaderos esfuerzos para avanzar entre la nieve. Estaba a poco más de un kilómetro y medio de ella. No había nada más a su alrededor. Criid se detuvo y escuchó. Tal vez era la FDP que se estaba desplazando al fin. O quizá el transporte de una columna de relevo que avanzaba hacia el centro de la ciudad.

El instinto le dijo que no lo era. Sólo se oía un motor, un solo vehículo, y además uno pequeño. Había algo misteriosamente activo en las misteriosamente vacías calles.

Decidió echar un vistazo y se centró en la fuente del sonido que se aproximaba. Cuando estuvo a la vista, dio un salto atrás agarrando con fuerza la lanza. El vehículo, sólo una mancha oscura en el paisaje nevado, conducía sin luces: sin luces, por la noche y en medio de una tormenta de nieve.

Eso era deliberado y siniestro. Tragó saliva con dificultad, le echó un último vistazo y después retrocedió para ocultarse en una callejuela lateral mucho antes de que sus ocupantes pudieran verla.

Esperó. El vehículo no pasó por delante. Se detuvo.

Maldijo y levantó la lanza. No había forma de que la hubieran visto, entonces ¿por qué habían parado?

De repente apareció una figura al final de la callejuela envuelta por una luz tamizada por la nieve. Era un soldado, uno de los que habían realizado la incursión, uno de los invasores. Sopesó sus opciones. Permanecer ahí y esperar a que fuera a buscarla para poder matarlo silenciosamente en la privada oscuridad de la callejuela o ir a por él y matarlo rápido, antes de que pudiera acorralarla.

La figura dio un paso hacia ella como si supiera que estaba allí, como si pudiera ver a través de las sombras con los poderes propios de la disformidad. No podía quedarse ahí parada.

Cargó.

La figura dio un paso atrás por la sorpresa al verla salir de su escondite. Había bajado la lanza para poder atravesaste las entrañas. Dejó escapar un grito incoherente.

La figura se apartó a un lado emitiendo también un grito y evitando el mortífero ataque de la larga hoja tanith. Agarró el palo de la lanza con una mano e intentó utilizar el impulso de Criid para tirarla al suelo. Ella luchó, negándose a perder el control del arma. Su atacante era fuerte. La empujó y le pegó la espalda contra el muro de la callejuela para intentar atravesarla con la lanza. Ella chilló y le dio una patada.

—¡Por Feth, Tona! —gritó Gaunt—. ¡Soy yo!



DIECISIETE

Sangre para el Dios de la Sangre

—¿Quién es este? —preguntó Criid.

—La razón por la que está pasando todo esto —contestó Gaunt.

—¿Estuvo en Gereon con nosotros?

—Nunca llegamos a conocerlo —le explicó Gaunt—, pero era él quien iba tras nosotros.

Criid se quedó mirando la cara del hombre dormido de la camilla. Llevaba las cicatrices donde todo el mundo pudiera verlas. Probablemente Gereon más que ningún otro lugar era el sitio que le había dejado a ella las cicatrices más profundas, pero en su interior, invisibles. Gereon era la principal razón por la que ahora tenía una migraña producida por el estrés detrás de los ojos y una subida de adrenalina tal que su sudor olía a metal agrio.

Se habían refugiado en el bloque en rehabilitación en el que ella se había ocultado antes. El aire de la noche seguía moviendo las pesadas y sucias cortinas que dividían la estructura. El olor a serrín frío y húmedo era intenso. Maggs y Criid habían abierto una de las entradas cubiertas con tablas y Gaunt estaba metiendo dentro la ambulancia. Maggs se ocupó de volver a poner el panel en su sitio para que pareciera que nadie lo había movido.

—Me viste en la oscuridad —afirmó mas que le preguntó Criid a Gaunt.

Él asintió.

—Esos ojos tuyos… —prosiguió.

—Te sorprendería saber las cosas que veo últimamente —replicó él.

—¿Hasta qué punto ha llegado esto? —preguntó Criid—. ¿Han tomado la ciudad? ¿Así de grande es la cosa? ¿Tan importante es él?

—Sabemos tanto como tú —respondió Gaunt.

• • • • •

Kolding estaba con el prisionero, comprobando el estado de sus vendajes. Habían tenido que escapar precipitadamente. Kolding había protestado y todas sus protestas se basaban en razones médicas. No quería que movieran o trasladaran al paciente. Necesitaba descanso postoperatorio y la oportunidad de que sus constantes vitales se estabilizaran. Gaunt lo había mirado a los ojos y le había explicado lo cerca que estaba el Pacto Sangriento y, algo más gráficamente, lo que le pasaría cuando entraran por la fuerza en la casa.

—¿Cómo está? —le preguntó Gaunt.

Kolding levantó la vista para mirar a Gaunt. Sus ojos resultaban inescrutables

detrás de las gafas de cristales azules.

—Está mejor ahora que antes, cuando no paraba de recibir sacudidas y botes. No quiero que se le abra la herida. Su temperatura corporal es baja y su pulso irregular. ¿Podemos arriesgarnos a encender un fuego aquí?

—No —dijo Criid.

Gaunt también negó con la cabeza.

—Lo siento. Van tras nosotros. No podemos —dijo.

Kolding se levantó.

—Entonces sacaré mantas de la ambulancia. Creo que también hay algunas compresas térmicas que puede que aún funcionen.

Se alejó en dirección a la vieja y maltrecha furgoneta.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó Criid en un susurro.

—Muéstrale respeto —replicó Gaunt—. Sin él, el Pacto Sangriento ya habría ganado.

Maggs volvió. Se lo veía cansado y la sangre seca de la oreja y el cuello hacía que pareciera que acababa de salir de una pelea.

—Por ahora estamos seguros —afirmó.

—A menos que las cosas cambien. Descansemos aquí una hora. Por cierto, ¿alguien sabe dónde estamos?

—En la calle Foso —respondió Kolding, que volvía de la ambulancia con un montón de mantas. Criid se acercó para ayudarlo a envolver al paciente.

—Alguien tiene que hacer guardia —dijo Maggs.

—Yo lo haré, Wes —respondió Criid—. Estoy demasiado nerviosa para dormir.

Maggs le tiró su pistola láser. Ella la cogió en el aire, se la metió en el cinturón y se puso a ayudar a Kolding.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Maggs a Gaunt.

Gaunt movió dubitativamente la cabeza.

—La calle Foso… Me resulta familiar. Creo que he estado aquí antes.

—¿Cuándo?

—Hace quince años.

Maggs silbó.

—¿De verdad?

—No puedo estar seguro. Avanzamos por muchas calles del Barrio Viejo para enfrentarnos a la Oligarquía. La mayoría de ellas estaban en ruinas, ardiendo, o ambas cosas. El nombre me resulta familiar, eso es todo.

—Creía que se recordaban todos y cada uno de los detalles de una operación como ésa —apuntó Maggs.

—Yo creía que los recordaba —contestó Gaunt—. Pero lo cierto es que nunca he pensado mucho en ello. Nunca he necesitado reflexionar sobre eso. Siempre he asumido que mis recuerdos de aquello eran muy sólidos, que estarían ahí si alguna vez los necesitaba. Pero ahora… —Se quedó un momento en silencio y se encogió de

hombros—. Ahora que me pongo a mirar atrás para buscar en mis recuerdos me doy cuenta de que realmente son algo borrosos. Es como si se mezclara todo.

Maggs asintió.

—Lo entiendo —dijo—. Me pasa lo mismo con lo de Hinzerhaus, ¿sabe? Recuerdo lo que pasó, el infierno que fue aquello. Pero parece que no sea capaz de recordar ningún detalle.

Una fuerte ráfaga de viento levantó los extremos de las cortinas de trabajo y desplazó una pila de virutas de madera que se desparramaron: como si se tratara de nieve gruesa.

—Sabe qué es lo que tiene la culpa de eso, ¿verdad? —apuntó Maggs Dime.

—La guerra —prosiguió—. Te desorganiza la cabeza de formas terribles. Y cuanto más expuesto estás a ella, peor.

—Estoy de acuerdo con eso —intervino Criid, que pasaba por allí haciendo su guardia.

—Duerme un poco —le dijo Gaunt a Maggs.

Maggs asintió y se fue en busca de una lona con la que poder taparse.

Gaunt caminó por el lugar, apartando cortinas y entrando en nuevos espacios, oscuridades azules que olían a madera verde y a pintura. «Calle Foso, calle Foso…». ¿Había estado ahí antes? Probablemente no en ese mismo edificio, pero seguramente fuera, en la calle, moviéndose de una cobertura a otra con los hyrkanios mientras el fuego de las trazadoras iba abriendo huecos en la capa de humo. ¿Era un recuerdo real o sólo una simulación de su mente que había surgido de trozos sueltos que permanecían en su inconsciente?

Oyó un suave golpeteo: la salpicadura de los copos de nieve arrastrados por el viento impactando contra las tablas que cubrían las ventanas. Apartó otra cortina y entró en la siguiente zona. La hoja de plástico crujió cuando la bocanada de aire la absorbió y después la soltó para que golpeara contra los paneles de madera. Ajustó sus ojos. Estaban reconstruyendo la pared anterior y la posterior de la estancia. Había piedra cortada esperando a ser colocada y las paredes que daban a la calle estaban provisionalmente formadas por tableros de madera. Quince años atrás algo había atravesado ese edificio de un lado al otro. En las paredes interiores que quedaban en pie pudo ver arañazos irregulares que cruzaban la piedra a la altura del hombro. Los siguió con la mano hasta que consiguió identificarlos: un tanque o algún vehículo blindado similar había cruzado por allí, derribando las paredes anterior y posterior bajo sus orugas y arañando las paredes laterales con su blindaje.

Lo más extraño resultaba ser que no era la primera vez que veía eso. Había estado en Balhaut un año. Se había movido por sus calles y paseado por allí ocupado en sus asuntos. ¿Cuántas veces había visto la esquina de un edificio marcada a la altura del hombro? ¿O un trozo de muro señalado con una larga y fea raya? Lo había visto cientos de veces y sólo en ese momento se dio cuenta de qué era: las huellas que dejaban los hombros de acero de los gigantes depredadores que habían caminado por

Balhaut en los días más oscuros.

Incluso las cosas que sobreviven a una guerra, las que quedan en pie, acaban llenas de cicatrices.

Volvió a la estancia donde estaban los demás. Maggs se había dormido y Kolding permanecía sentado en silencio junto al prisionero envuelto en mantas que seguía sobre la camilla. Criid miraba la calle desde una ventana que no estaba cubierta.

—¿Hay algo? —le preguntó.

—Mucho silencio —respondió ella—. Creo que tienen embrujada a toda la ciudad.

Gaunt negó con la cabeza.

—No pienses en ellos de este modo —le dijo—. No los conviertas en unos monstruos mayores de lo que ya son. Son duros y cuentan con la magia demoníaca de la disformidad, pero no puede haber tantos. Estoy seguro de que esto es sólo una incursión, no una invasión a gran escala. La tormenta de nieve ha llegado en mal momento, pero sólo es una coincidencia.

—¿Seguro?

—No vamos a poder vencerlos sobre el terreno si no lo hacemos primero en nuestras mentes. No les des esa ventaja.

Criid asintió y mostró brevemente una sonrisa, pero no pareció convencida del todo.

Gaunt volvió a la ambulancia y se sentó con la espalda apoyada en uno de los guardabarros para descansar. Estaba dolorido y magullado por los acontecimientos del día, sobre todo por la salvaje lucha con el damogaur enloquecido. Criid y Maggs estaban muy nerviosos, pero él se acababa de dar cuenta de las profundidades que había tenido que alcanzar a causa de este asunto. El día lo había obligado a hundirse en un mundo de vida o muerte que no había visitado en dos años. Y había sido desagradable; una fuerte impresión que le resultaba terriblemente familiar. Tenía los músculos de la mandíbula tensos, la columna y la parte baja de la espalda húmedos y un sabor rancio en el fondo de la boca. Justo el día anterior, en el Mithredates, había estado comentando con Blenner lo deseoso que estaba de salir y reencontrarse con la guerra.

Pero no se esperaba que ésta viniera a buscarlo de ese modo.

Rebuscó en el interior de su abrigo en busca del cuaderno de Eszrah, con la intención de calmar sus nervios leyendo otro de esos minuciosamente transcritos mitos de los noctugane. Eran fascinantes. Contenían toda la vieja sabiduría sobre la caza y la guerra. Decidió que cuando las circunstancias lo permitieran, los estudiaría atentamente y tal vez incluso aprendiera algo de ellos. Hasta ese momento no había podido dedicarles la atención que merecían.

Cuando lo sacó, una hoja de papel doblada cayó de entre sus páginas y aterrizó en el suelo frente a él. Era una carta con un bonito membrete delicadamente impreso en la parte superior de la hoja. Era la educada presentación del señor Jume, un retratista

pictográfico.

Gaunt se dio cuenta de que había sacado su cuaderno. El dé Eszrah casi idéntico, estaba en el otro bolsillo de su abrigo. La carta, aquella que el pobre Beltayn insistía en que Gaunt había visto y que él había negado conocer, la llevaba guardada tras la tapa del cuaderno probablemente desde la mañana en que llegó a Aarlem.

Volvió a doblarla para meterla de nuevo en el cuaderno cuando se fijó en el membrete. La dirección del estudio de Jume era: 137, calle Clavel, detrás de la calle Foso. Calle Foso. Ahí era donde lo había visto. No era un recuerdo de la guerra de Balhaut, sino un trozo de madera a la deriva que andaba navegando sin rumbo en su cabeza.

• • • • •

Eyl se levantó en silencio en el interior de la cocina de la casa del doctor Kolding en Kepeler Place. Aunque no hacía mucho que había pasado la medianoche; una penumbra azul estaba empezando a colarse por las ventanas. Las primeras luces; aunque la tormenta de nieve no había amainado, los primeros rayos de la luz del día se veían magnificados y reflejados por la envolvente blancura.

Aparte de Kreeg, que estaba montando guardia junto a la puerta principal, y Gnesh, que se ocupaba de vigilar el acceso por la calle inferior, el del garaje de la ambulancia, los hombres de los philia estaban descansando en las habitaciones de la planta superior de la casa. Veintinueve hombres. Su fuerza había quedado reducida a veintinueve hombres. El sirdar Kaylb se había ido, fue el primero en morir. Eyl no había presenciado su muerte y por tanto no podía situarla en una cronología definitiva, pero sabía que su hermana no podía mentir.

Eyl se había quitado su máscara metálica. Saboreó el dolor de sus manos, su pecho y su cara, donde le había golpeado la carabina al explotar, dejándole cortes y quemaduras. Las heridas le recordaban que estaba vivo y también quién estaba muerto.

El tiempo corría rápido. Con cada minuto que pasaba, su misión se hacía más difícil, sus posibilidades menores y la oposición más decidida. Los miembros de la philia ya habían utilizando el arma del factor sorpresa y Eyl estimaba que sólo les quedaban unas pocas horas de explotar la estupefacción del enemigo. Para cuando llegara la mañana, las tropas imperiales habrían reunidos sus fuerzas y estarían preparados para atacar. Cerrarían la ciudad y comenzarían a buscarlos.

Hasta entonces, Eyl tenía la intención de utilizar su tiempo lo mejor que pudiera. Toda la ciudad seguía atrapada en un antiestado de ser gracias a la enfermiza media luz de la deformidad que su hermana había proyectado sobre la metrópolis para adormecer, desconcertar y confundir. La tormenta continuaba sin tregua y les

regalaba sus dones de ocultación y misterio. Los miembros de la philia todavía tenían suficiente tiempo para llevar a cabo su tarea. Una vez más su hermana era la clave.

Eyl cogió una de las tazas esmaltadas medio vacías que había sobre la gastada mesa de la cocina. Por curiosidad le dio un sorbo al líquido frío y oscuro que había dentro.

Sabía a sangre. Todo sabía a sangre.

Bajó las escaleras para ir al encuentro de su hermana.

La mujer estaba en el pequeño quirófano que había tras las puertas de vaivén al pie de la escalera de piedra. Eyl empujó con suavidad las puertas. No quería asustarla ni molestarla en su trabajo.

Porque ella estaba trabajando duro.

Eyl sabía que los hombres de los philia se habían retirado a las habitaciones superiores de la casa para no andar muy cerca de su brujería. La proximidad a los poderes de Ulrike hacía que les picara la piel y que el corazón les latiera frenéticamente.

Eyl tragó para bajar la bilis que acababa de subirle hasta la garganta.

—¿Hermana?

Ella había sacado sábanas de tela blanca de un armario y las había clavado a los paneles de madera del quirófano con hojas quirúrgicas, convirtiéndolas en lienzos estirados. Después las había manchado con sangre.

Había localizado el almacén de sangre del quirófano, un pequeño refrigerador que había bajo el lavabo, y se había hecho con su contenido. Por el suelo embaldosado había esparcidas bolsas para transfusiones vacías y desechadas. Había lanzado chorros, salpicado y manchado las sábanas con el contenido de las bolsas.

No dejó de mirar las marcas con las manos rojas y húmedas goteando líquido sobre sus faldas de luto mientras él se aproximaba.

—¿Qué ves? —le preguntó.

—Nada. Está todo roto. Desunido. Incompleto.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—El futuro no quiere que lo vea.

Eyl se agachó y recogió una de las bolsas de sangre vacías. Leyó la etiqueta: SUPLEMENTO DE SANGRE SINTÉTICA.

—No es sangre real —advirtió—. Es artificial. Mezclada en algún tanque.

Ella asintió.

—Lo sé —dijo—. Pensé que podría leerla. Creí que funcionaria.

Volvió a contemplar las marcas de sangre de las sábanas, la sangre oscura como zumo de mora, las manchas de plasma con un halo amarillo y rosa.

—Tengo que utilizar sangre real. Mi sangre. Dame tu cuchillo ritual, hermano.

—Lo he perdido —tuvo que admitir.

Ulrike se volvió hacia él, que asintió el calor de su mirada incluso desde detrás del

velo.

—Por mi alma que eso es una desgracia —anunció.

—Es lo que es —replicó él, aunque sabía que su hermana tenía razón—. Háblame de la sangre real.

Inmediatamente se dirigió hacia la encimera como un niño obstinado. Vació y lavó un par de frascos de solución esterilizadora y los llenó con la sangre sintética. Suspendidos en el liquido rojo, Eyl pudo ver trozos del cuero manchado de sangre que Malstrom y Barc habían cortado de la tapicería de la limusina.

—¿De dónde ha salido esta sangre? —preguntó.

—Del almacén de sangre sintética —respondió ella—. No te preocupes, es de calidad media. No reacciona tanto como la sangre de verdad, pero es mejor que el agua, que es lo que creía que iba a tener que usar.

—¿Y?

—Ya puedo sentirlo —aseguró.

Con un instrumento quirúrgico dibujó una cuadrícula y los símbolos que debían acompañarla rayando la superficie de la encimera y colocó los frascos en el centro. Los antiguos mecanismos ya estaban trabajando.

—¿Puedes?

Ella asintió.

—Pronto sabré su ubicación. El latido de su corazón. Había mucha sangre en el cuero. Ha sangrado mucho sobre los asientos. —Levantó la vista para mirarlo—. Puede que ya esté muerto, Baltasar.

—Lo suponía.

—Puede que el pheguth ya esté muerto —continuó. Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza cubierta por el velo contra su pecho—. Puede que nuestra tarea ya esté completada. Podríamos escabullirnos y…

Él se soltó de su abrazo.

—Necesito una muerte confirmada —dijo—. Además, sabes que no podemos. No podemos escabullirnos de esto. Este mundo va a acabar con nosotros. Esta misión nos matará. Un día más, tal vez dos, eso es lo que queda de nuestras vidas. Lo sabíamos cuando aceptamos esta carga sobre nuestras almas.

—Lo sabías tú. Yo no —respondió ella.

—Fuimos creados para esto, hermana, nosotros…

—Yo fui creada. Yo soy la que fue creada para esto. Los magos cruentos me tejieron para este propósito. Tú te prestaste voluntario, Baltasar. Un guerrero orgulloso, un gran damogaur. Te prestaste voluntario por la gloria de la misión. A mí nunca me dieron opción y desearía que me la hubieran dado. Esa es la verdad.

Él asintió tristemente.

—Si te hubieran dado esa opción, ¿habrías elegido esto? —quiso saber.

—No puedo mentir —respondió ella—. A veces me pregunto cómo es la vida. Quiero decir, cómo debe ser controlar una vida: nacer, crecer, tomar decisiones,

seguir caminos. Me gustaría poder hacer eso. Me pregunto que decisiones habría tomado. Pero sé lo que soy, hermano. Un instrumento de brujería. Sin infancia, sin vida, sin decisiones. Criada sólo para un propósito. Aun así…

—Aun así, ¿qué?

—Creo que habría elegido esto. El pheguth debe morir.

—¿Y el Anarca? —quiso saber Eyl—. ¿Morirá el Anarca?

—Hermano, sabes que eso es lo único que no puedo ver —fue la respuesta de la bruja.

• • • • •

—¿Qué ocurre? —preguntó Maggs.

Se había despertado de repente, frío y entumecido por el duro suelo y la lona, sin tener ni idea de la hora que era ni de dónde estaba. Había necesitado un momento, en el que lo había invadido el pánico, antes de recordarlo todo.

Su oreja herida le dolía una barbaridad. Había empezado a quemarle y a latir, como cualquier herida después de que se pasa la escocedura y la conmoción inicial. Y lo que era peor: el miedo y el estrés acumulado los días anteriores seguía fluyendo por su sistema; lo último que necesitaba.

Gaunt estaba dormido. «Este hombre podía dormir en cualquier parte» se dijo. Criid seguía patrullando decididamente el perímetro. El doctor Muerte estaba de rodillas junto al paciente. Maggs supo en seguida que algo pasaba.

—¿Qué ocurre? —repitió. Hacía mucho frío en la oscuridad azul del edificio en restauración y Maggs vio que su aliento se transformaba en vapor ante su cara al exhalar. El paciente, todavía en la camilla bajo las mantas, temblaba y murmuraba.

—Tiene fiebre —respondió Kolding.

—¿Fiebre? —inquirió Maggs.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Qué clase de fiebre?

Kolding lo miró en la penumbra.

—Sólo hay de una clase.

—¿De la mala?

—Eso es.

—Vaya. ¿Qué podemos hacer?

Kolding soltó una risita extraña.

—Bueno, señor, podemos llevarlo al Hospital Municipal de la Oligarquía de la avenida Regnum Khuiam para que puedan comenzar con una terapia intensiva con isolyte… Oh, pero no podemos hacer eso, ¿verdad?

Maggs negó con la cabeza.

—La fiebre ha empezado de repente —apuntó Kolding—. He encontrado agua de lluvia acumulada en aquella lona de allí y estoy intentando mantenerle la cara fresca.

—¿Se va a morir? —preguntó Maggs.

—Todos vamos a morir, señor —replicó Kolding.

—Quiero decir si se va a morir ahora —precisó un poco más Maggs.

—Es posible. Creo que se le ha infectado la herida, cosa poco sorprendente dadas las circunstancias.

—Mire, doctor, a mí me gusta tan poco esta situación como a usted —afirmó Maggs. Después se detuvo y se sobresaltó de repente. Kolding se lo quedó mirando.

—¿Está bien, soldado? —preguntó.

—Sí —respondió Maggs asintiendo con la cabeza—. ¿Por qué?

—Está pálido y sudoroso —explicó Kolding.

Maggs no se sentía bien en absoluto, pero sabía que no había tiempo para la autocompasión. Sentirse tan mal era sólo su problema.

—Estoy bien.

—Puede que usted también tenga la temperatura un poco alta.

—Limítese a cuidar del de la cara rara, ¿vale, doctor? —le indicó Maggs.

Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Sintió que las rodillas no le sostenían. Miró al doctor mientras éste le enjugaba la frente al prisionero.

—¿Dónde está Criid? —preguntó Maggs.

—¿Quién?

—La chica, la mujer —dijo Maggs, malhumorado.

—Creo que ha salido fuera para comprobar la calle —le respondió Kolding.

Maggs estiró la mano en busca de su arma. Criid tenía su pistola láser. La pistola automática del doctor Muerte estaba en su bolsillo. La sacó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kolding con un miedo repentino al ver que sacaba la pistola.

—Nada —contestó Maggs, pero no era cierto. La verdad es que acababa de recordar el sueño que lo había hecho despertar de repente.

El sitio de Hinzerhaus, en el mundo fortaleza de Jago, había sido una experiencia terrible, la última gran acción de los Fantasmas antes de retirarse. Habían muerto buenos hombres en Hinzerhaus y, por una razón u otra, Wes Maggs no había sido uno de ellos.

El lugar los había acosado durante el sitio. Había fantasmas caminando entre los Fantasmas. Todo el mundo tenía historias para contar al calor del fuego, historias sobre viejos amigos o camaradas perdidos que retornaban, recuerdos de la infancia o personajes desconocidos que cobraban vida. Según los antiguos tanith, hombres como Loco Larkin o Shoggy Domor, los fantasmas que habían ido a su encuentro en Jago habían tomado la forma de almas perdidas reales como Bragg o Corbec, hombres que llevaban muertos y enterrados mucho tiempo ya antes de que Maggs y los de Belladon se unieran al Primero. Maggs no tenía ni idea de quiénes eran Bragg y

Corbec, pero la reaparición de sus espíritus parecía ser muy importante para los miembros de la tropa que habían nacido en Tanith.

A la fantasma personal de Maggs se la conocía como «la vieja dama». Ese era el nombre que él le había dado. Una vieja y olvidada matrona del pasado olvidado de Hinzerhaus que salía de un óleo antiguo sobre el que el tiempo había hecho estragos y que seguía a Maggs por los lúgubres pasillos cubiertos de moqueta marrón. Llevaba un traje largo y negro de encaje que hacía un leve susurro cuando ella se movía. Su cara… Su cara no era más que una herida sanguinolenta, del tipo que ni siquiera un soldado profesional puede mirar durante mucho rato.

Cuando al fin se rompió el hechizo de Hinzerhaus —y los rumores decían que todo había sido obra de magia psíquica—, la vieja dama dejó a Maggs en paz de una vez por todas. Un último roce de su vestido negro contra el suelo cubierto de moqueta marrón y se fue.

Durante los dos años que habían pasado desde aquello, cada mañana Maggs daba en silencio las gracias porque ella ya no estaba tras él.

Dos años. Dos años. Y, por primera vez desde Hinzerhaus, Maggs acababa de soñar con la vieja dama. Había soñado con su vestido largo y negro, con su sonido y con esa cara que no quería contemplar.

¿Por qué había vuelto? ¡No era justo! ¿Por qué ahora?

¿Por qué había vuelto?

A Maggs le temblaban las manos. El arma se le resbalaba. Si la vieja dama había vuelto, esta vez no iba a poder con él. La mataría. Fantasma o no, iba a acabar con ella.

Gotas de sudor perlaban su frente. Maggs no se sentía nada bien. Pero tenía un arma y no temía usarla.



DIECIOCHO

Zolunder

Alguien estaba llamando a la puerta de la calle. El ruido molestaba a sus pinzones cantores que no hacían más que revolverse y gorjear en sus delicadas jaulas por la desazón. Hacía tiempo que había pasado la medianoche. Elodie no estaba segura de si la hora era ridículamente tardía o ridículamente temprana.

Miró en el monitor de seguridad de la puerta roja, pero fuera quien fuera quien llamaba, estaba de pie fuera del objetivo. ¿Y por qué estaba llamando con los nudillos si había un timbre en perfectas condiciones?

Elodie bostezó. La noche después del registro, Urbano había decidido no abrir. Eso sorprendió a Elodie, porque Cyrus Urbano era normalmente un tipo muy apegado al trabajo. Pero había algo extraño en el aire ese día, y no era sólo la desagradable sensación de que les hubieran arrebatado tanto dinero, ni la terrible tormenta de nieve que había llegado fuera de temporada de forma inesperada.

Urbano le había dicho que enviara a todo el mundo a casa un par de, días y después se había ido a atender algún asunto de negocios.

Elodie se había quedado dormida en el sofá vestida. Xomat, el miembro de seguridad del salón al que le tocaba guardia esa noche, hacía mucho que se había emborrachado hasta quedarse dormido y en esos momentos roncaba en el recibidor.

Elodie se levantó. Volvió a oírse el golpe de los nudillos. Entonces, quienquiera que fuera tocó el timbre al fin, y lo hizo con energía.

Cogió el arma láser que había en un cajón del bar y se la metió en la parte de atrás de la cintura. Fue a la puerta principal y echó un vistazo por la mirilla.

Fuera, el amanecer estaba librando un combate perdido de antemano con la tormenta de nieve. El patio era un vacío oscuro, sobre todo porque la tienda de ropa había cerrado y no llegaba luz desde sus ventanas. Había alguien ahí fuera, pero Elodie no podía ver quien era.

Abrió la puerta. La nueva cerradura que habían tenido que poner tras el asalto estaba un poco dura.

—Oh, gracias al Emperador —exclamó la chica que había en la puerta—. Empezaba a pensar que no había nadie aquí.

—¿Banda?

Banda tenía mala cara y estaba llorosa. Todavía conservaba el vestido de seda roja que llevaba puesto cuando los del Comisariado se la habían llevado. Temblaba y se apoyaba en el pico del grifo que remataba en el pasamanos de hierro negro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elodie.

—Me han soltado —dijo Banda—. ¿Puedo entrar?

—¿Te han soltado?

—Sí, sin cargos. Me han interrogado. Los del maldito Comisariado. Me han metido en una celda toda la noche. Pero no tenían nada contra mí, así que me han dejado ir.

—¿Y qué haces aquí? —repitió Elodie.

Banda la miró con una expresión dolida en la cara.

—¿Y a qué otro sitio puedo ir?

—Aquí no —contestó Elodie—. Vete.

—¿Qué? ¿Me he comido un marrón en nombre del equipo y ahora me echas?

—Yo no —replicó Elodie—. Lo siento, tanith. Urbano no te quiere más por aquí. Me dijo que te despidiera. No le gustan las chicas que…

—¿Que qué?

—Que han sido arrestadas. Sé que no fuiste tú, pero deberías habértelo pensado dos veces. No deberías haberte metido en los asuntos de los demás. Pero eso no importa ahora. Urbano no te quiere aquí. Es supersticioso. No le agradan este tipo de coincidencias. Ven dentro de un par de semanas y tal vez podamos encontrarte un hueco en alguno de los otros salones.

—No me lo puedo creer —respondió Banda. Su voz sonaba como si no tuviera fuerzas para hablar. Se sentó en el escalón cubierto de nieve y comenzó a llorar.

—Oh, vamos. Vete a casa —le aconsejó Elodie.

—No tengo casa —gimoteó Banda—. Quemaron Tanith, ¿lo recuerdas?

—Lo siento. Pero ése no es mi problema, chica. Tendrás amigos o familia en la ciudad…

Banda se encogió de hombros antes de contestar.

—No conozco a nadie. —Miró a Elodie—. Tal vez podría hablar con Urbano, hacerlo entrar en razón —aventuró.

—Está fuera —le dijo Elodie—. Lo siento, tanith. No tengo nada para ti. Vete y busca un hostal o algo.

Banda suspiró y se encogió de hombros. Respiraba con dificultad intentando controlar los sollozos. Se puso de pie.

—Está bien. Gracias por nada. Ya te veré en alguna parte.

Se volvió y comenzó a subir los escalones en dirección a la calle.

—¿Tanith?

—¿Sí?

Elodie le abrió la puerta.

—Entra —dijo—. Te daré algo de comer y de beber y unas ropas más adecuadas. Pero tienes que irte antes de que vuelva Urbano, ¿entendido?

—¡Sí, claro! ¡No lo lamentarás!

Xomat seguía roncando. Elodie pasó detrás de la barra y sirvió dos sacras cargados.

—¿Esperas problemas? —preguntó Banda señalando la pistola láser que Elodie llevaba metida en la cintura. Se dio cuenta cuando ella se volvió para coger los vasos.

—¿Por esto? No. Es sólo por precaución.

Elodie le pasó a Banda uno de los vasos lleno hasta el borde por encima de la barra de madera.

—Deberías quitarte esa ropa mojada —le dijo a la chica tanith. Banda se bebió el sacra de un trago y le tendió el vaso para que volviera a llenárselo.

—Ha sido una noche dura, ¿eh? —apuntó Elodie sonriendo y llenándole el vaso.

—No tienes ni idea —contestó Banda.

Elodie puso una llave digital sobre la barra. Estaba atada a un bloque de madera con un trozo de alambre.

—Hay una caja de ropa en el pasillo detrás de las habitaciones privadas —explicó —. Son cosas que las chicas han ido dejando durante estos años. Puede que encuentres algo apropiado para este tiempo. Coge lo que quieras. Y puedes utilizar el baño del personal para cambiarte.

—Gracias —dijo Banda.

—Yo voy a ver si encuentro algo de comer —prosiguió Elodie volviendo a llenar los vasos.

Con la llave digital en una mano y el vaso en la otra, Banda se alejó por el pasillo. Las luces estaban apagadas, pero encontró la caja, un cesto desgastado lleno de ropa vieja. Cogió lo que pudo: un par de pantalones anchos, una camiseta y una chaqueta de combate. No había zapatos, aparte de unos con cordones que no eran mejores que los que llevaba ella en ese momento.

Utilizó la llave digital para entrar en el baño del personal. Cerró la puerta y se quitó el vestido de seda roja por la cabeza. Desnuda, cruzó el baño hasta la pequeña ventana e intentó abrirla. La pintura se había secado pegada al marco y lo había sellado, así que tuvo que golpearlo con el canto de la mano.

Un aire gélido entró en el sucio baño arrastrando una ráfaga de copos de nieve.

• • • • •

Elodie había encontrado unos huevos y unas lonchas de grox y las había echado en una sartén mientras cortaba unas gruesas rebanadas de una hogaza de pan moreno.

—¿Me estás preparando el desayuno? —preguntó Urbano. Elodie se volvió sintiéndose descubierta.

—No, yo… bueno… Tenía hambre.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—En esa sartén hay suficiente para un ejército —dijo Urbano mirando la sartén chisporroteante.

—Mira, es que ha venido Banda.

—¿Banda?

—La chica tanith.

—Ah —asintió Urbano—. ¿Y te ha dado pena?

—Sí, me ha dado pena. Se irá antes de una hora. Sólo le he dado algo de beber, comida y ropa.

—Eres demasiado blanda, Elodie —rio Urbano.

—Sí, pero lo he previsto todo —dijo—. Incluso tengo el arma por si acaso…

Se quedó callada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Urbano.

Elodie se pasó las manos por la cintura y por la parte baja de la espalda una y otra vez. El arma no estaba allí.

—¿Buscabas esto? —preguntó Banda. Estaba de pie en el umbral de la pequeña cocina del salón vestida con unos pantalones anchos y una chaqueta de combate que le quedaba grande. Tenía los pies descalzos y los estaba apuntando con el arma.

—¿Es una broma? —preguntó Urbano.

—No —respondió Banda.

—Aparta ese juguetito —dijo Urbano entre risas—. Quítalo de mi vista o te mato.

—Oh, Banda, por favor… —empezó a decir Elodie.

Urbano metió la mano en su abrigo y con toda tranquilidad sacó una enorme pistola láser de dos cañones. La levantó y apuntó a Banda con ella.

—¿Qué tipo de broma es esta? —repitió muy lentamente.

—Permiso para disparar —solicitó Banda.

—¿Con quién estás hablando? —le preguntó Urbano.

—Habla conmigo —dijo Rawne, que apareció en el umbral de la cocina al lado de Banda. Detrás de él, Varl estaba apuntando con su rifle láser a Urbano.

—¡Mierda! —exclamó Urbano, y bajó la pistola.

—Buen chico —dijo Rawne.

—Eres Hark, ¿no? —preguntó Urbano al ver el uniforme de comisario que llevaba Rawne—. Escucha, Hark, no tenemos por qué hacer las cosas así. Podemos hacer negocios. ¿Es que no tuviste suficiente la última vez que estuviste aquí? ¿Por qué me atosigáis así?

—Porque estamos cabreados —explicó Rawne—. Porque hemos pasado por un infierno. Porque necesitamos una potencia de fuego en condiciones y éste es el sitio más cercano que se nos ha ocurrido.

Rawne se calló y miró a Banda, que seguía apuntando la pistola a la cara de Urbano.

—Gracias por abrirnos la ventana del baño —dijo.

—De nada. ¿Quieres que le dispare?

—Está bien, vale —interrumpió Urbano—. Potencia de fuego. Yo puedo proporcionárosla. ¿Qué necesitáis, comisario Hark?

—¿De verdad crees que soy un comisario? —preguntó Rawne.

—¿Y qué eres si no? —quiso saber Urbano.

—Soy muy malas noticias para Cyrus Urbano —contestó Rawne.

—¡Vamos! —exclamó Urbano—. ¿Queréis potencia de fuego? Yo tengo. ¿Qué

queréis? ¿Armas láser? ¿De proyectiles sólidos? ¿Rifles infernales? ¡Tengo de todo!

—Bien —respondió Rawne.

—Sólo tenemos que discutir el precio —añadió Urbano.

—¿El precio? —repitió Rawne—. ¿Lo dices en serio? ¿En esta situación?

—Claro —replicó Urbano—. Soy un hombre de negocios.

—Y yo una mala persona —contestó Rawne y miró a Banda—. Dispara.

—¿Qu-qué? —consiguió tartamudear Urbano.

Banda le disparó en la frente. La descarga láser le hizo un agujero justo en el centro. Urbano cayó de espaldas sobre la cocina y tiró la sartén con las lonchas y los huevos sobre él mientras resbalaba hacia el suelo, donde quedó tendido en un charco creciente de sangre.

—¡Por el Emperador! —exclamó Elodie.

—Creo que ahora tendremos que negociar contigo —le dijo Rawne a Elodie.

• • • • •

Abrieron lo que Elodie había llamado «el almacén de las armas». Era poco más que un armario reforzado en el interior de una de las habitaciones privadas. Dentro, colocadas en estantes de madera, había una reserva de armas de mano que guardaban para defender el lugar. Había dos escopetas de combate, dos rifles láser y varias armas de proyectiles sólidos, incluido un enorme rifle de cerrojo, y un cajón lleno de pequeñas pistolas láser nuevecitas, recién salidas de la forja, todavía con sus etiquetas del Munitorum, resultado del lucrativo intercambio entre los mercaderes del inframundo y los intendentes de la Guardia Imperial sobornados.

—¡Bien! —exclamo Leyr cogiendo una de las pistolas y cargándola.

—Coged lo que queráis —les dijo Rawne.

Parecía que él iba a quedarse con el rifle láser del Pacto Sangriento con el que se había hecho en las celdas de la Sección. Los otros dos rifles láser del armero cayeron en manos de Daur y Meryn. Varl y Banda se quedaron con las escopetas de combate. Cant, más abajo en el escalafón de mando, se hizo con una vieja arma automática y una bolsa de cargadores. Leyr se decidió por el gran rifle de cerrojo.

—¿Estás seguro? —le preguntó Varl.

—Antes, en casa, solía cazar con uno como éste —le respondió Leyr.

El armero, previsto de fuertes cerrojos, también guardaba el alijo del club de obscura y otros narcóticos, almacenados en latas y paquetes de papel.

—Ni se os ocurra —advirtió Daur. Varl y Meryn lo miraron.

—Que te den, Daur —lo desafió Meryn. Daur dio un paso para acercarse.

—¡Ey, ey! —exclamó Varl interponiéndose entre ellos—. ¡Aquí todos somos amigos!

—La verdad es que no —intervino Daur mirando a Meryn—. Estamos bien metidos en esto hasta el cuello y yo no quiero que el tipo que se supone que está vigilando mi espalda esté algo menos que alerta.

—Escucha lo que estás diciendo, Daur —se burló Meryn mientras levantaba la tapa de una lata de hoja de obscura y olisqueaba en su interior—. Parece que todavía fueras un asqueroso guardia imperial. Eres mas recto que el más recto de ellos. Como si fuera a escucharte o como si me importara lo que dices…

Daur se lanzó hacia Meryn, pero Varl lo sujetó.

—¿Meryn? —llegó la voz de Rawne a su espalda.

—¿Sí?

—Tíralo.

Meryn se volvió para mirar a Rawne.

—¿Qué?

—¡Que lo tires!

—¿Por qué?

—Porque estamos metidos en esto hasta el cuello y yo no quiero que el tipo que se supone que está vigilando mi espalda este algo menos que alerta.

Meryn se lo quedó mirando.

—Aún somos unos asquerosos guardias imperiales, Meryn —Prosiguió Rawne—, sólo estamos temporalmente en el sitio equivocado. Así que tira esa mierda y haz el favor de respetar la cadena de mando o haré que Leyr te dispare con ese rifle ridículamente grande. No mejor, haré que Cant te acribillé con la ametralladora. Entonces si que nos lo íbamos a pasar bien.

—Podrías acribillar a Meryn con eso, ¿verdad, Cant? —preguntó Varl.

Cant sonrió.

—Sí —aseguró.

—Que os den a todos —dijo al fin Meryn, y tiró la lata.

—¡No lo he oído, soldado! —gritó Rawne.

—He dicho que os den a todos, señor —repitió Meryn.

—Mejor. Ahora tal vez quieras desaparecer de aquí e investigar qué nos puede ofrecer este lugar en lo que a comunicaciones se refiere. Varl, ve y ayúdalo.

Daur observó cómo Varl y un cabreado Meryn salían de la habitación.

—Gracias por el apoyo —le dijo a Rawne.

—No creas que lo he hecho por ti —replicó Rawne.

—Claro que no —le aseguró Daur.

Volvió al bar. Leyr, con el enorme rifle de cerrojo apoyado en la parte interior del codo, vigilaba a Elodie, a la que habían dejado sentada en un sofá. El vigilante, Xomat, estaba en otro sofá junto a la pared del fondo, atado y amordazado con cinta adhesiva. Tenía los ojos desorbitados.

Daur fue hasta la barra y dejó el rifle láser sobre la superficie de madera. Se sentó en uno de los taburetes, el mismo en que se había sentado la noche del asalto. Cogió

una baraja con las cartas pintadas a mano del club de una de las mesas de juego y empezó a barajarlas con aire distraído, colocándolas después boca arriba sobre la barra.

—¿De qué número son tus botas? —le preguntó Banda. Había cruzado el bar descalza, con la escopeta sobre el hombro, y se había plantado delante de Xomat.

—¡Mmgggh! —fue la respuesta de Xomat.

Banda le arrancó el trozo de cinta que tenía sobre la boca.

—Cuarenta y dos —dijo Xomat.

—Oh, no me vales —declaró Banda, y volvió a ponerle la cinta sobre la boca.

—Y tú, ¿un treinta y ocho? —le preguntó Elodie.

—Sí.

—Sube arriba, a mi habitación. La puerta azul al final del pasillo. Hay un par de botas de trabajo bajo la cama. Son un treinta y ocho.

—Gracias —dijo Banda. Se volvió para irse, pero se detuvo un momento—. No pretendía complicarte la vida de esta forma —le confesó. Elodie se encogió de hombros.

Cuando Banda se hubo marchado, Elodie se levantó y se acercó hasta la barra donde estaba Daur. Leyr la observó, pero no hizo ningún comentario.

—Quiero que me hagas un favor —le dijo Elodie a Daur mientras se sentaba en el taburete que había a su lado.

—¿Cuál?

—Mátame.

Daur se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Que me mates —repitió Elodie—. Sería un detalle por tu parte.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso?

—Urbano tiene amigos. Colegas. Socios. Ellos llevan todos los clubes y bares importantes de esta parte de la ciudad. Si vienen aquí, descubren lo que ha pasado y me encuentran con vida, asumirán que he tomado parte en ello. Así que, por favor, mátame. Algo rápido.

—No te voy a matar —se negó Daur y le dio la vuelta a otra carta.

—Por favor, Daur. Porque te llamas Daur, ¿no?

—Sí, ése es mi nombre.

—¿Y esto qué es? Ese tipo, Hark, no es comisario. Y Banda…

—Banda es Banda. El tal Hark se llama Rawne, en realidad, y no, no es comisario. Todo esto no era más que un engaño. Todos somos guardias imperiales y estábamos aburridos. Se nos ocurrió ver si podíamos asaltar el famoso Zolunder. Creo que fue idea de Varl, en principio. No, quizá de Meryn. Yo sólo era la guinda del pastel. Lo que Varl llamaba la «parte más bonita».

—¿Porque eres recto y honesto y no sueles hacer este tipo de cosas?

—Exacto. Aquí y ahora, en medio de todo esto, ni siquiera sé por qué dije que sí.

—Por la emoción —aventuró Elodie.

—¿Cómo?

—Eres un soldado, un guerrero.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en combate?

—Hace dos años —contestó Daur.

—Echas de menos el riesgo —le aseguró Elodie.

Daur abrió la boca para responder, pero al final sólo asintió. Le dio la vuelta a unas cuantas cartas más. Tenía toda una dinastía delante de él, coronada por Sejanus el Azul y la reina de Mab.

—También me gustan las cartas —confesó.

—¿Ah, sí?

—No juego nunca. Sólo me gustan las cartas. Sus combinaciones.

—Eres un jugador empedernido aún sin diagnosticar —le aseguró Elodie.

Daur negó con la cabeza.

—No, no. Sólo me gustan.

—¿Puedes ver en futuro en ellas?

—No es eso.

—¿Puedes decirme qué está ocurriendo?

Daur suspiró antes de contestarle.

—Os robamos. Anteanoche entramos a robar. Nos pillaron y nos han pasado muchas cosas malas desde entonces. Esperábamos que nos acusaran de unos cargos importantes, con penas de prisión…

—¿Y?

—Y luego las cosas cambiaron. De repente. El Archienemigo está aquí, señora mía. Aquí en Balhaut. Ha hincado sus garras en este mundo y va a seguir apretando hasta que duela.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Elodie.

—Totalmente.

—¿Así que si no me cogen los socios de Urbano lo hará el Archienemigo? —siguió preguntando Elodie.

—No si yo puedo evitarlo —fue la respuesta de Daur.

● ● ● ● ●

—Un transmisor bastante estándar —dijo Meryn arrellanándose con un estremecimiento en la sala de vigilancia del club.

—Y podemos ver todas las aproximaciones en estos monitores —dijo Varl—. Estamos bastante seguros.

Rawne asintió.

—¿El transmisor es de largo alcance? —quiso saber el mayor.

—Sí, claro.

—Busca un canal.

Meryn ajustó los diales.

—¿Con quién debo comunicar? —preguntó.

Rawne se lo dijo.

—¿Estás loco? —exclamó Meryn.

—¿Cómo, Meryn?

—Por todos los demonios… ¿Está loco, señor?

—Repite exactamente lo que yo diga, Meryn —le ordenó Rawne—. Ahora mismo tengo que confiar en alguien y él es el único que se me ocurre.



DIECINUEVE
Rastros y resultados

Las aeronaves de la Inquisición se habían posado en la plaza del Virrey y en los patios de la Sección. Sus turbinas giraban en punto muerto y la nieve caía suavemente a su alrededor. Los copos de nieve se derretían rápidamente al caer sobre las cubiertas calientes de las turbinas. Un humo negro salía todavía de las alas laterales del cuartel general atacado.

Kolea esperó en la puerta con un grupo de tanith que incluía a Baskevyl y a Larkin. Edur andaba por allí cerca con algunos soldados de las tropas de asalto de la compañía S, manteniendo bajo vigilancia a Rime y sus fuerzas del ordo, que seguían registrando los grupos de árboles de los jardines de la plaza.

—¿Se espera que nos ataquen? —le preguntó Larkin a Kolea.

—Claro que no —contestó Kolea.

—Pero vamos a ir por ahí buscando un objetivo, ¿no?

—¿Por qué no te relajas, Larks? —le aconsejó Kolea.

—No me parece bien, Gol —dijo Larkin—. Creo que no deberíamos salir en busca de Gaunt.

—Tomo nota, Larkin —intervino Baskevyl. Le tocó el brazo a Kolea—. Aquí llega Mkoll.

Mkoll, Bonin y los otros exploradores tanith aparecieron en su campo de visión cruzando la puerta de la verja. Tras ellos, la Sección ardía contra el cielo incoloro.

—Dime algo —lo urgió Kolea.

—Gaunt está vivo —aseguró Mkoll parándose delante del comandante en funciones y haciendo un breve pero respetuoso saludo—. El prisionero importante también. Hemos visto secuencias y grabaciones recuperadas de los monitores de las cámaras de la puerta y las imágenes de los pictógrafos de las torres de guardia.

—Gaunt y Maggs salieron de aquí a toda velocidad en lo peor del ataque —afirmó Caober—. Un infierno. Sin duda éste era el objetivo del Pacto Sangriento.

—Así que están vivos —dijo Kolea—. ¿Cerca?

—Danos diez minutos y te lo diremos —contestó Bonin.

—¿Quién va a volar? —preguntó Baskevyl.

Bonin miró a Mkoll.

—Tú vas a subir —le ordenó Mkoll—. Llévate a Larks contigo. Hwlan, tú ve con Nessa.

—Sí, señor —respondió Hwlan.

Corrieron hacia las Valkyrie que los esperaban. Las turbinas empezaron a girar más rápido para coger velocidad. Mkoll hizo un gesto dirigido a Jajjo, Preed y los otros exploradores, que comenzaron a avanzar. Eszrah du Nocte había esperado de pie cerca de Baskevyl. Cuando los exploradores se fueron, él también.

Los árboles de la plaza temblaron y emitieron sonidos susurrantes cuando las dos Valkyrie despegaron y la nieve se esparció por todas partes como si fuera polvo.

—¡No he autorizado el despegue de ningún transporte! —gritó el inquisidor Rime acercándose a ellos a grandes zancadas—. ¿Adónde van esas Valkyrie?

—Tenemos el rastro —le dijo Kolea.

—¿Ah, sí? ¿El rastro? ¿Quién lo tiene?

—Él, señor. —Kolea señaló al otro lado de los jardines nevados.

—¿Él es el jefe de sus exploradores? ¿Y sabe lo que hace?

—Los tanith saben lo que hacen, inquisidor —replicó Edur.

Justo delante, Mkoll estaba siguiendo lentamente el rastro que había quedado en la nieve. Como si supiera que estaban hablando de él, se irguió y los miró.

Les hizo una seña para que lo siguieran.

—Empieza el juego —murmuró Gol Kolea.

• • • • •

—Habría estado bien salir ahí fuera con ellos —comentó Nahum Ludd. Miraba a través de las sucias ventanas del puesto de mando la nieve que caía sobre el patio central de Aarlem.

—Demasiados jefes —respondió Hark.

—¿Y eso, señor?

Hark levantó la vista del montón de informes que estaba examinando para mirar al oficial de menor rango.

—La Inquisición está muy interesada en esto. ¿No te ha dado la impresión de que Edur estaba haciendo todo lo posible por mantener algún control sobre la operación?

—Sí, eso creo.

—Gracias a él tenemos oficiales y exploradores tanith sobre el terreno. Creo que si hubiera intentado meter también a personal del Comisariado en todo esto, a esa alimaña de Rime le habría reventado la aorta.

—¿Conoce usted a Edur? —preguntó Ludd.

—No —respondió Hark—. He coincidido con él un par de veces en la Sección. Parece un tipo decente. Me alegro de tenerlo de nuestro lado.

Hark se quedó callado y observó el reloj que había en la pared.

—¿Qué? —preguntó Ludd.

—Nada, Ludd.

—Iba a decir algo.

—Estaba pensando que espero que Edur esté a la altura. No sé lo que está pasando aquí, pero es lioso y complicado, y todo el mundo parece querer participar. Espero que Edur sea el amigo que necesita Gaunt y que no tenga intereses propios.

—¿Cree que puede tenerlos? —inquirió Ludd—. Parece un tipo decente, como usted ha dicho.

Hark suspiró.

—Desarrollarás un instinto para esas cosas, Ludd. Todo comisario lo hace antes o después. Es necesario para poder detectar cosas tras la máscara de apariencia. Edur se está guardando algo, aunque puede que sólo sea la naturaleza de ese prisionero tan importante.

—¿Yo también voy a desarrollar esa intuición? —quiso saber Ludd.

—Claro. Y te ayudará inmensamente en tu trabajo. Eso te dirá que el soldado Criid no ha venido hasta aquí simplemente para entregar su hoja diaria de informe.

Ludd se volvió. Dalin Criid estaba de pie en el umbral de la oficina con una nueva hoja en las manos. Se le veía incómodo.

—Perdón por interrumpir, señor —se excusó—. Me han dicho que le entregue esto a usted en ausencia del mayor Kolea.

—Déjalo en la mesa, por favor —dijo Hark—. Y después dinos qué es lo que te trae por aquí realmente.

Dalin vaciló un momento.

—Vamos, hijo —lo animó Hark—. No hacen falta dos de vosotros para entregar un parte diario, y si Merrt cree que no lo veo ahí, merodeando por el pasillo, su prótesis de cara no será su mayor problema, después de todo.

Merrt apareció en el umbral.

—No quería causar ningún gn… gn… problema, señor —dijo masticando las palabras con su fea mandíbula protésica—. Sólo he venido a darle apoyo moral a Dalin. Cree que ha encontrado algo.

—¿Por qué necesitas apoyo moral, Criid? —preguntó Hark.

—¿Me da permiso para hablar abiertamente, comisario?

—Permiso concedido.

—Sabía que tenía que presentarme ante usted, señor, pero usted me asusta.

—Buena respuesta —intervino Ludd.

—Debería asustarte un poco a ti también, Ludd —gruñó Hark—. Está bien, Criid, ¿qué es lo que tienes? Estar aquí a la espera de noticias de la ciudad me está volviendo loco, así que distráeme con algo interesante.

—Soy el adjunto de compañía E, y puesto que Meryn, quiero decir, el capitán Meryn, está fuera de la base, debo ocuparme de la rutina cotidiana y de mantenernos a la cabeza de…

—Por muy raro que te parezca, estoy muy familiarizado con el día a día de los asuntos militares —lo cortó Hark.

—Sí, comisario. Claro que lo está, comisario.

—Al grano, entonces.

Dalin se quedó callado un momento.

—Estaba llevando a cabo las comprobaciones diarias de los transmisores y creo que he captado una señal, señor —soltó al fin.

Hark hizo un gesto hacia el pasillo que había a la espalda de Dalin.

—Hay tres agradables señores de la Inquisición en el despacho de comunicaciones a otro lado del pasillo, Criid —le dijo—. Dudo que tú hayas captado algo que ellos no hayan detectado antes. Están monitorizando todo el tráfico.

—Desde luego —concedió Dalin—. Pero éste era un canal duplicado.

Ludd miró a Hark. Hark se adelantó en el asiento y le hizo un gesto a Merrt.

—¿Le importaría cerrar esa puerta, soldado Merrt? —pidió. Merrt cerró la puerta y se apoyó en ella, por si acaso.

—No lo entiendo —dijo Ludd.

—¿Estás seguro de que era un canal duplicado? —le preguntó Hark a Dalin.

—Todo lo seguro que se puede estar, señor —respondió Dalin—. La secuencia está encriptada, pero es bastante clara. Es la firma de la compañía E, lo que me sugiere que debe tratarse del capitán Meryn.

—Porque Meryn utilizaría su código de compañía para contactar con sus propios compañeros —dijo entre dientes Hark.

—Exacto.

—Perdón —interrumpió Ludd—. No lo entiendo.

—¿Y hay una etiqueta de localización en la firma? —preguntó Hark. Dalin asintió.

—Lo he comprobado dos veces. Es su código de llamada, señor. El capitán Meryn, o quien quiera que esté enviando la señal, quiere hablar con usted.

—Eh… —intervino Ludd, y levantó la mano.

Hark lo miró con fastidio.

—¿Qué pasa, Ludd? —tuvo que preguntar.

—No lo entiendo —repitió este.

—Es una especie de truco —explicó Hark—. Un viejo truco de la Guardia Imperial. Si necesitas mandar un mensaje, pero no puedes garantizar que el canal de recepción sea seguro, entonces utilizas lo que los operadores de comunicaciones denominan un canal duplicado.

—¿Y cómo funciona? —siguió preguntando Ludd.

—El emisor envía una señal a una de las frecuencias operativas estándar de la Guardia —intervino Dalin—. Suena… Disculpe, señor. He hablado sin permiso.

—Continúa, Criid —dijo Hark con un gesto de la cabeza.

—La señal suena como si fuera únicamente ruido para cualquiera que esté a la escucha. La Inquisición, por ejemplo. Pero no lo es. Para empezar, es específico para un receptor codificado para una recepción específica, en este caso, las unidades de comunicación de la compañía E. Y aunque pueda parecer nada más que ruido o estática, tiene el código de comunicación de la firma de la compañía encriptado entre el ruido. Me llevó un momento reconocerlo.

—Así que se trata de un mensaje que suena como si sólo fuera ruido —aventuró Ludd.

Dalin asintió.

—Pero la parte inteligente está en que la señal aparentemente inservible contiene

una firma más otro código que se llama localizador —continuó Dalin—. En esa parte, alguien ha utilizado el código de llamada del comisario Hark. El localizador nos dice dónde deberíamos buscar.

—¿Buscar qué? —preguntó Ludd.

—El verdadero mensaje —respondió Merrt desde detrás de él.

—El localizador es un código que representa otra frecuencia —explicó Dalin—. Un canal no estándar, algo sacado de algún lugar aleatorio del ancho de banda. Ahí está escondido el canal duplicado. Se le llama duplicado porque es una copia del primer mensaje. Normalmente es un canal pasivo o no receptivo, lo que significa que el receptor tiene que cogerlo en el contexto de las comunicaciones y capturar el mensaje, que está ahí, flotando en el éter, esperando, completamente indetectable a no ser que lo estés buscando.

—¿Eso es lo que nos dice el localizador? —inquirió Ludd. Dalin asintió.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso, Criid? —preguntó Hark.

—Hace unos veinte minutos, señor. Le he pedido a Merrt que compruebe lo que he descubierto sin decir nada antes de venir a verlo.

—Creo que es auténtico, señor —intervino Merrt—, pero tal vez sería mejor gn… gn… que Beltayn le echara un vistazo.

—¿Han escuchado el mensaje? —le preguntó Hark a Dalin.

—No, señor.

—Bien, eso es lo primero que haremos. Ludd, ve a buscar a Beltayn. Y a Rerval. Necesitamos un experto en comunicaciones. Criid, lleva uno de los receptores de la compañía E al templete. Trabajaremos allí, lejos de todo esto. Merrt, tráete un arma y vigila las entradas. Esto quedará sólo entre nosotros hasta que yo diga lo contrario, caballeros. Bien, vamos.

Salieron al pasillo. Ludd y Merrt se marcharon corriendo en una dirección y Hark y Dalin se encaminaron hacia otra. La actividad era la normal de media mañana y se dejaba sentir un olor a judías y repollo estofados que se colaba desde la cantina.

Hark y Dalin se cruzaron con Curth, que venía en dirección contraria con los brazos llenos de informes médicos.

—¿Todo bien, Viktor? —preguntó al pasar.

—Todo bien, Ana.

—¿Seguro? Parece…

—¿Qué parece, doctora?

Curth se volvió y lo observó.

—Parece que pasa algo —dijo—. Como si algo hubiera sucedido. ¿Ha ocurrido algo, Viktor?

Hark negó con la cabeza.

—Nada, Ana. Sólo unos asuntos de disciplina de los que tengo que hacerme cargo. Ya sabes cómo son estas cosas. Tal vez estoy un poco arrebolado por la idea de dispararle a alguien que se lo merece.

—Mientras sea sólo eso… —respondió Curth mientras seguía su camino hacia la consulta.

• • • • •

—Me huelo algo raro —le dijo a Dorden en cuanto entró en la consulta.

—¿Has pasado por la cocina? —le preguntó el médico levantando la vista de su trabajo.

Curth sonrió.

—Hark está ocultando algo —explicó—. Acabo de verlo en el pasillo. Está ocurriendo algo.

Dejó la pila de informes en el escritorio de Dorden y comenzó a rebuscar entre ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Dorden.

—Todo lo que mandamos al laboratorio ayer. Ya lo han devuelto.

—¡Estás de broma! ¡Pero si normalmente tardan una semana!

Curth negó con la cabeza.

—No es broma —le aseguró—. Todo. Todas las pruebas, todas las muestras y toda la sangre. Da gracias al Emperador por este encierro.

—¿Qué?

—El personal del laboratorio no pudo salir de la base anoche, así que como no tenían nada interesante que hacer, se han dedicado a los casos que tenían pendientes. Creo que deberíamos recordarles lo rápido que trabajan cuando quieren la próxima vez que nosotros tengamos prisa y ellos digan que los estamos presionando.

—Cierto —dijo Dorden. Empezó a ayudarla a ordenar los grupos de archivos y a romper los sellos de los informes médicos confidenciales.

—La hepatitis de Costin está confirmada —leyó—. Lo llamaré para que venga a hablar de su tratamiento.

—¿Tienes la sangre de Twenzet por ahí?

—Sí, y todo parece estar bien. Lo que es más de lo que se puede decir de la prótesis de Neskon. Parece que la está rechazando otra vez.

—Si Neskon no consigue conservar esa pierna, estará fuera de la Guardia con un 4-F.

—Lo sé —admitió Curth—. Estoy explorando otras opciones.

—¿Qué me estabas diciendo de Hark?

—Oculta algo —dijo Curth—. Algo está pasando.

—¿Y cómo lo sabes, Ana? —le preguntó Dorden.

—Con el tiempo desarrollas un instinto para esas cosas —contestó—. Algo pasa.

Abrió otro paquete.

—Oh, éste es uno de los tuyos —dijo, y se lo pasó.

Dorden leyó la etiqueta.

—Ah, Zweil. Gracias. —Abrió el sobre y sacó el contenido.

—Viktor tenía esa expresión en la cara, ¿sabes a lo que me refiero? —siguió Curth mientras rebuscaba entre el resto de los informes los que tenían prioridad—. ¿Sabes esa expresión que se le pone? ¿Dorden? —Se volvió y miró por encima de su mesa al viejo doctor de los Fantasmas—. ¿Qué ocurre?

—Oh, por el Emperador —susurró Dorden pasando las páginas del informe del laboratorio y leyendo a toda velocidad.

—Dorden, ¿qué pasa?

—Oh, demonios —siguió diciendo Dorden, cerró los ojos, apartó el informe y se lo pasó. Curth lo cogió y empezó a leer.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—El viejo sabueso debía de saberlo —dijo Dorden quitándose las gafas y masajeándose el puente de la nariz—. Por eso estaba eludiendo a los médicos.

—Oh, es horrible —añadió Curth. Sorbió fuerte por la nariz y se frotó los ojos— Es injusto, eso es lo que es.

Dorden asintió.

—¿Y quién se lo va a decir? —preguntó Curth.



Veinte
Viejos fantasmas

Gaunt encontró a Criid vigilando el acceso desde la calle del edificio en renovación.

—Necesitas descansar —le dijo.

Ella negó con la cabeza.

—No me sirves si estás cansada —insistió.

—He estado meses descansando —le replicó en voz baja—. Sin hacer nada. Esto es lo que necesito.

—¿La posibilidad de una muerte sangrienta a manos del Archienemigo? —le preguntó enarcando una ceja.

Ella se rio.

—Un propósito —le aclaró.

Gaunt miró la calle cubierta por la nieve. Su cronómetro de muñeca parecía haberse parado en algún punto durante la noche, y ni sacudiéndolo ni agitándolo consiguió devolverle la vida. Suponía que debía de ser cerca de media mañana. Llevaban encerrados en el edificio en renovación unas seis horas.

Pero no parecía media mañana. Las calles del Barrio Viejo estaban en silencio y vacías. La nieve seguía cayendo de la capa de nubes que los cubría, ocultando todas las superficies. Se había acumulado sobre las aceras y alrededor de los vehículos aparcados. No había ningún signo de vida: ni tráfico, ni civiles, ni transeúntes, ni trabajadores o máquinas municipales, ni quitanieves. El cielo estaba oscuro como la pizarra y la visibilidad era muy restringida. El horizonte del Barrio Viejo era una silueta negra muy leve entre las ráfagas de nieve. Cuanto más miraba la nieve contra el cielo, más le parecía estática llenando una cinta pictográfica bloqueada.

La extraña ausencia de vida en la capital podía explicarse por el mal tiempo también porque se habría establecido un cierre total de la ciudad después del ataque. Cualquiera de las dos explicaciones le parecían plausibles a Gaunt.

La tercera, la que palpitaba en el fondo de su mente, la de que todo eso era antinatural, no le gustaba tanto. La hizo a un lado, aunque no pudo dejar de notar el color amarillento de la luz al atravesar la nieve, la inquietante sensación que llenaba el aire y el hecho de que su cronómetro de muñeca se hubiera parado y se negara a funcionar.

—Un propósito es algo bueno —dijo alto tardíamente.

—Un plan sería mucho mejor —respondió Criid.

—El doctor Kolding dice que el etogaur está demasiado enfermo para moverlo. Tiene mucha fiebre. Kolding no quería que lo sacáramos de su consulta ya en un primer momento, pero tuvimos que hacerlo. Como este lugar parece un poco más seguro, me siento reticente a ignorar su consejo profesional.

Criid se encogió de hombros e hizo un mohín.

—¿Qué? —le preguntó él.

—¿Tan importante es ese hombre? ¿Tanto nos importa que muera o no?

—Ya ves lo que ha puesto en marcha el Archienemigo para silenciarlo —contestó Gaunt—. Ahí tienes la respuesta.

—Lo suponía. Pero no me parece bien. Quiero decir que hemos pasado la mayor parte de nuestras carreras intentando matar a hombres como él.

Gaunt se sentó sobre un montón de tableros.

—Si no podemos moverlo, tendremos que traer ayuda aquí —dijo.

—Uno de nosotros, tú, yo o Maggs, tendrá que salir e intentar traer ayuda. Pero sólo uno, por si hay problemas.

—Yo iré —se ofreció Criid—. Últimamente he pasado mucho tiempo corriendo. Puedo cubrir mucho terreno en poco tiempo. La cuestión es, ¿a quién acudo? ¿En quién confiamos?

—Yo confío en el regimiento. Pero no sabemos hasta dónde ha llegado la infiltración, así que no me fío de ninguna de las vías normales de comunicación. Necesitamos un punto de contacto seguro para que pueda hablar directamente con Hark o con Gol.

—Buscaré un comunicador.

Gaunt se encogió de hombros.

—También necesitamos comida si vamos a permanecer aquí un tiempo —dijo ella —. Voy a explorar la zona para ver qué puedo conseguir. También comprobaré si hay algo moviéndose por ahí, ya que estoy de exploración.

Gaunt asintió.

—Eso está bien para empezar. Pero ten cuidado.

Criid se escabulló por una de las ventanas laterales del edificio y corrió por una calle ancha inquietantemente vacía. Los copos de nieve se enredaron en su pelo.

Volvía a notar los pinchazos en los músculos, pero esta vez se sentía bien con ellos.

Giró a la izquierda y corrió por el centro de la calzada, evitando las aceras en las que la nieve había formados gruesos bancos. Siguió el brillo semienterrado de los raíles del tranvía y se salpicó al pisar los charcos de nieve fundida, que se derretía con el calor de las tuberías o las fuentes de energía que corrían por debajo de la superficie de la calzada.

Atravesó dos cruces al este y después giró al sur alrededor de la iglesia de San Sark, cuyas barandillas de hierro verde parecían estar cubiertas de azúcar. Conocía una panadería en la plaza Londolph donde podría conseguir un poco de pan y tal vez algo de carne fría y queso. Gaunt le había dado todo el dinero que llevaba encima.

Eso suponiendo que la panadería estuviera abierta. Si no lo estaba, tendría que atenerse al reglamento de aprovisionamiento militar y hacerse con lo que pudiera.

Algo hizo que dejara de correr y buscara ponerse a cubierto tras las tumbas cubiertas por la nieve del pequeño cementerio de San Sark. Se mantuvo agachada. El pulso le latía como un tambor.

Tres figuras aparecieron a unos cien metros de ella. Sólo eso ya la sorprendió,

porque las calles estaban desiertas.

Eran soldados. Llevaban armas. Estaban de caza.

Esforzándose por controlar la respiración, Criid siguió agachada con la mano en la culata de la pistola láser. Los tres soldados se desplegaron, bajando por la ancha calle hacia la iglesia en un clásico patrón de cobertura. Vio el vapor de sus respiraciones y el destello que la luz reflejada en la nieve arrancó de sus máscaras de acero.

El Pacto Sangriento estaba muy cerca. Sólo a unas calles del escondite de Gaunt y acercándose. ¡Como si pudieran olerlos! ¿Cómo podían saberlo? ¿Cómo podía estar toda la ciudad a su merced?

Se preguntó con cuántos de ellos podría. Dos probablemente, y el tercero la derribaría. Si tenía suerte y buena puntería, los tres, pero ¿con una pistola láser, con fuego rápido y a esa distancia? ¿Y si había otro destacamento a la vuelta de la esquina?

Oyó un ruido que venía de un poco más allá, al este. Era el retumbar de los motores de las turbinas de unas aeronaves. Ajustó su posición y miró arriba justo a tiempo para ver dos cañoneras Valkyrie pasar por encima de su cabeza dirigiéndose hacia el este en formación. Pasaron por detrás de las dobles agujas de Santa Sabbat Mártir, lo que significaba que estaban más o menos a un kilómetro. Desaparecieron entre las ráfagas de nieve.

Los soldados del Pacto Sangriento también habían oído a las Valkyrie. Levantaron la vista y corrieron para dispersarse por la calle. Criid no estaba segura de adónde habían ido, pero se había separado rápidamente.

Cazadores y cazadores a la caza de otros cazadores.

Las fuerzas rivales se estaban acercando a Balopolis, y cuando finalmente se encontraran el resultado no iba a ser bonito de ver.

Y lo que era peor, aquello la reducía a ella y a Gaunt a una sola cosa: presas.

¡Que se jodieran el pan, la carne y el queso! Criid supo que tenía que volver al edificio en renovación, y rápido.

• • • • •

—¿Maggs?

Una voz había pronunciado su nombre, pero no sabía de dónde venía. Había caminado hasta una parte del edificio en la que no había estado antes y descubrió, para su sorpresa, que estaba de alguna forma ligada a Hinzerhaus. Cruzó un arco, apartó una cortina de plástico y pasó de las frías sombras grises del edificio en reconstrucción de Balhaut a las cálidas sombras marrones de la casa que había en un extremo del mundo de Jago. En el lado de Jago el viento removía el polvo eterno como si fuera nieve que caía.

O quizá era nieve cayendo como el polvo de un valle seco con…

—¿Maggs?

Polvo o nieve, no importaba. Ambos crearían una gruesa capa aislante bajo la que podría tumbarse, tumbarse y ser enterrado por ella. Tanto la nieve como el polvo protegerían sus huesos del calor. Evitarían que le hirviera la sangre.

Sentía un calor en su interior que no desaparecía. Había un sonido sibilante, como si fluyera alrededor de su cuerpo, como el encaje rozando…

—¿Maggs?

¿Quién demonios seguía diciendo su nombre?

—¿Maggs? Se llama usted Maggs, ¿verdad?

Maggs abrió los ojos y levantó la vista. El tipo albino de las gafas con los cristales azules estaba inclinado sobre él.

—Creo que está enfermo, Maggs —le dijo el albino—. Creo que le está subiendo la fiebre. Tengo que ayudarlo…

—¿Qué hora es? —murmuró Maggs intentando incorporarse para quedar sentado.

—No lo sé, —respondió Kolding—. Mi cronómetro de muñeca se ha parado. Es de día.

—¿Su cronómetro se ha parado? —repitió Maggs.

—Sí, ¿por qué le importa eso?

—El mío se ha parado también. Hace mucho calor aquí, ¿no?

Kolding negó con la cabeza.

—Hace un frío que pela —le dijo—. Estamos como en lo peor del invierno y entra corriente por los huecos de las ventanas.

Maggs movió la cabeza con incredulidad y logró sentarse.

—Hace mucho calor. Estoy sudando a mares.

—Eso es lo que intento decirle. Creo que está enfermo. Creo que también tiene fiebre.

—¿Por qué? ¿Quién más tiene fiebre?

Kolding parpadeó.

—Bueno, su precioso prisionero, obviamente.

Maggs se puso de pie y apartó la lona. Se tambaleaba. Unas cuantas gotas de sudor le cayeron de la frente cuando se levantó. Tenía el estómago revuelto, pero lo peor era el caos ardiente que se desarrollaba en su cabeza. Ni se acordaba de cuándo se había ido a dormir.

—Creo que debería sentarse —le aconsejó Kolding.

Maggs lo apartó con un gesto de la mano.

—Creo que debería sentarse ahora mismo y dejarme que le dé algo. —Kolding estiró el brazo para agarrar al tambaleante Maggs. Maggs se soltó.

—No quiero nada —exclamó.

La brisa se hizo más fuerte. Las cortinas de plástico del edificio se movieron ante

la fría corriente provocada por la tormenta de nieve. ¿Era ése el arco que daba a Jago?

Calaveras secas en un valle polvoriento con todas las…

Las palabras creaban un sonido sibilante en su cabeza.

Maggs sacó la vieja arma del bolsillo.

—¡Oh, demonios! —dijo entre dientes—. ¿Cuánto tiempo lleva ella aquí?

—¿Quién? —preguntó Kolding.

—¡La vieja dama! ¡La vieja desgraciada! —susurró Maggs describiendo círculos y apuntando la pistola a cualquier sombra—. ¿No la oye? ¿No huele su hedor?

—No hay nadie aquí —dijo Kolding poniéndose de pie—. Por favor, baje el arma, por favor.

—¡Está aquí! —insistió Maggs—. Parece estar tan cerca que es como si estuviera dentro de mi cabeza. Ese maldito vestido negro de encaje. ¡El sonido que hace!

—No hay nadie aquí —insistió Kolding.

Pero lo había.

Las ráfagas de la tormenta de nieve arreciaron de nuevo y las cortinas se movieron. La mujer pasó silenciosamente a través de una de las cortinas que se movían para quedar ante ellos.

Maggs no podía verle la cara. Llevaba un velo. Lo alegraba que llevara ese velo. No quería por nada del mundo volver a ver esa cara. Sólo pensar en ella lo hacía estremecerse. Le temblaban las manos y las tenía resbaladizas por el sudor. Llevaba un vestido largo y negro de encaje que hacía un sonido susurrante al arrastrarse por el suelo.

—¿Cuánto tiempo te ha llevado encontrarme? —le preguntó Maggs—. ¿Cuánto tiempo has necesitado para seguirme hasta aquí?

—¿Con quién habla? —le preguntó Kolding.

—Con ella. ¡Con ella!

—Por favor, Maggs, aquí no hay nadie.

Kolding señaló la solitaria cortina de plástico que se movía con la brisa. El borde de la cual rozaba con el suelo desigual.

Maggs apuntó con su vieja arma a la mujer con el velo y el vestido negro.

La pistola que había quedado atrás resonó con fuerza escupiendo los cartuchos gastados. Kolding chilló y se estremeció cubriéndose las orejas. Los proyectiles rasgaron la cortina e hicieron agujeros en el plástico.

Las balas le dieron en la cara y en el pecho. Atravesaron su velo y su torso como si no estuviera allí en realidad.

• • • • •

Baltasar Eyl dio un paso atrás cuando su hermana dio un respingo de repente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Las manos y los brazos de la bruja estaban cubiertos de sangre hasta los codos. Los había metido en los frascos para recuperar los trozos de cuero que habían cortado de los asientos de la limusina. Agarraba con fuerza los trozos goteantes con sus puños escarlata como si fueran algas húmedas.

—La sangre —dijo. Sus palabras parecían grabarse en el aire antinaturalmente frío del quirófano, como si las estuvieran escribiendo con ácido.

—¿Qué le pasa?

—No era toda suya.

—¿Qué quieres decir?

—Parte era del pheguth, pero otra parte era de uno de los hombres que iban con él. Uno de ellos debía de estar herido también.

Eyl recordó cómo se había agarrado a un lado el coche cuando éste aceleraba hacia la puerta. Le vino como un destello la visión fugaz que había tenido de la cabeza del conductor y de su cuello llenos de sangre.

—El conductor —dijo.

—Sí. Es a él al que tengo —asintió Ulrike—. Tengo atrapada su alma. Pero está oponiendo resistencia.

—¿Puedes acabar con él?

La bruja sonrió a su hermano. Tenía el velo sobre la cara, pero él pudo sentir la sonrisa como un escape caliente de radiación letal.

—Puedo hacer algo mejor que acabar con él —fue su respuesta—. Puedo utilizarlo.

• • • • •

—Pero ¿qué hace? —gritó Kolding.

Maggs se volvió y golpeó al doctor en la sien con la vieja arma. Kolding chilló y cayó con todo su peso. Intentó levantarse. Maggs le dio una patada y después lo golpeó en la parte trasera de la cabeza con la culata de la pistola.

Kolding cayó y se quedó inmóvil.

Todavía temblando y sudando a chorros, su cuerpo afectado por el intenso calor de la fiebre, Maggs se acercó tambaleándose al prisionero.

El etogaur temblaba bajo el montón de mantas. El sudor le cubría la cara. Tenía los ojos en blanco.

Maggs apoyó el cañón de la vieja arma contra la cabeza del etogaur y apretó el gatillo.



Veintiuno
Sangrado

Mkoll se detuvo. Trazó un círculo lentamente mientras leía las marcas que había en el terreno cubierto de nieve.

Negó con la cabeza.

En la calle invernal y vacía que se abría detrás de él, Preed y Jajjo estaban comprobando todas las esquinas en busca de alguna pista. El jefe de los exploradores estaba bastante seguro de que ellos tampoco encontrarían nada.

Pero los indicios estaban ahí. Habían sido fáciles de rastrear frente a la puerta principal de la Sección, y después, nada más salir a las calles, las pistas eran tan claras como el día. Y estaba nevando. Eso era un regalo para un rastreador. Si Gaunt hubiera dejado un rastro luminoso o de sangre no habría sido más fácil rastrearlo.

Pero algo estaba desorientando a los finos sentidos de los exploradores tanith. Había algo que ofuscaba la visión y la mente de Mkoll y también las de sus mejores hombres.

Esta nieve era diferente. No era como ninguna otra nieve que hubiera estudiado antes. Te incitaba y coqueteaba contigo, prometiéndote que te iba a revelar todo tipo de secretos, pero después se mostraba reticente. La imagen que proporcionaba era borrosa y se confundía fácilmente. Lo cubría y lo borraba todo. Olvidaba más de lo que recordaba.

No se comportaba como la nieve.

Mkoll estaba completamente seguro de que había algo raro en aquella tormenta, alguna influencia desagradable en ese mal tiempo, que los estaba cegando y engañando deliberadamente.

Silencioso como todos los fantasmas, Eszrah apareció a su lado. Mkoll miró al noctugane y se encogió de hombros.

Eszrah entornó los ojos.

—Está cerca —dijo.

Mkoll asintió.

—Pero hay algo… Seguro que tú también lo has notado, Ez. El rastro no está bien. La nieve me está mintiendo.

Mkoll levantó la vista. Las siluetas distantes y atronadoras de las Valkyrie estaban girando para dar otra pasada.

—Jago —respondió Eszrah.

Mkoll asintió.

—Tienes razón. Tú y yo lo seguimos a través del polvoriento Jago y lo encontramos. Podemos encontrarlo de nuevo.

El comisario Edur observaba los progresos que estaban haciendo los equipos de búsqueda.

—No quiero parecer impaciente —dijo a los oficiales tanith, Kolea y Baskevyl—, pero esperaba un poco más de los famosos exploradores Fantasmas.

—Y usted no es el único —contestó Kolea rotundamente—. No es propio de Mkoll verse tan perdido en estos asuntos.

—¿Alguna explicación?

Baskevyl se encogió de hombros.

—El comisario coronel Gaunt se ha ocultado. Es un hombre inteligente y es probable que haya cubierto bien sus huellas. Conoce la forma de trabajar de Mkoll y los exploradores; sabe esconder los indicios que ellos van a buscar.

Edur frunció los labios.

—Eso lleva inevitablemente a la pregunta: ¿se está escondiendo para permanecer con vida o porque es culpable de algo?

No le pasaron desapercibidas las caras de Kolea y Baskevyl.

—Solamente pensaba en voz alta —se apresuró a asegurar—. El problema es que la paciencia del inquisidor estoy seguro que es menor que la mía.

Los tres se volvieron a la vez para mirar en la misma dirección. En la carretera, un poco más abajo, Rime y su círculo de secuaces formaban un grupo que discutía en voz baja. El disgusto de la cara de Rime era obvio incluso a esa distancia.

—Si nos ordena apartarnos de esto, perderemos cualquier control que pudiéramos tener —aseguró Edur— Y entonces no tengo ninguna duda de que Gaunt va a acabar muerto, sea culpable o no.

• • • • •

Maggs disparó. Disparó y volvió a disparar. Pero nada salió de la vieja arma del albino. Había utilizado todo lo que quedaba en el cargador al disparar a la vieja dama.

Maggs tiró la pistola vacía a un lado y se agachó. Rodeó el cuello del etogaur con las manos e intentó girarlo bruscamente.

Gaunt se lanzó hacia él desde un lado y lo apartó del etogaur. Ambos se fundieron en una maraña de extremidades y rodaron pesadamente sobre el suelo parcialmente cubierto de tablas del edificio en renovación hasta que impactaron dolorosamente contra una pila de tablones.

—Pero ¿qué intentas hacer? —le gritó Gaunt al belladon, que intentaba agarrarlo y reducirlo. El ruido de los chasquidos del percutor había hecho que Gaunt acudiera corriendo.

Maggs no respondió con ninguna palabra articulada como tal. Echó los hombros atrás violentamente y se zafó de los brazos de Gaunt. La parte de atrás de su cráneo golpeó la mejilla de Gaunt.

—¡Maggs! ¡Basta ya! —volvió a gritar Gaunt al tiempo que lo saltaba.

Maggs hizo un sonido gorgoteante e inhumano. Ya estaba otra vez de pie, encorvado como un simio o un oso. Se lanzó contra Gaunt. Le enseñó los dientes en

una mueca y gruñó: un signo animal de amenaza.

A Gaunt no le quedó más remedio que intentar absorber de alguna forma la terrible fuerza de la carga. Maggs lo arrolló, se agarró a él con un abrazo de oso y ambos golpearon el montón de tablones otra vez, esta vez sin llegar a caerse. Gaunt pudo ver los ojos de Maggs. Instantáneamente supo que el hombre había perdido la cabeza. Podía sentir el sudor grasiento de su piel, el calor febril que emanaba de él.

Maggs golpeó a Gaunt contra los tablones una tercera vez e intentó aplastarlo contra ellos. El comisario le clavó el codo en la nuca. Tuvo que repetir ese golpe brutal varias veces para que el soldado tuviera que apartarse de la fuente de su dolor y lo soltara.

Cuando Maggs se echó hacia atrás, Gaunt le lanzó un puñetazo que alcanzó al belladon en la mandíbula y lo mandó tambaleándose de lado sobre una pila de cubetas, cubos de pintura y maderos sueltos. Los recipientes de metal resonaron al caer. Intentando no desplomarse, Maggs manoteó entre las maderas y los cubos esforzándose por mantener el equilibrio o agarrarse a algo, desparramando todos los obstáculos que encontraba en su camino.

Gaunt se acercó para detenerlo. Volvió a pronunciar el nombre del belladon con la esperanza de que eso infundiera un poco de sentido y un cierto reconocimiento en el hombre.

Maggs se irguió, salió de la maraña que había formado con los accesorios de pintura y agarró un tablón plano de madera. Lo blandió como si fuera un bastón o un bate y lo balanceó. Gaunt tuvo que apartarse de un salto para evitar que lo alcanzara.

—¡Por todos los demonios, Maggs!

Este avanzó hacia él sin dejar de balancear el madero. Emitía un sonido lloroso y chillón.

—¡Maggs!

Gaunt intentó rodear al hombre para esquivarlo, pero éste lo golpeó con su bate improvisado en el hombro y lo lanzó de lado contra una de las cortinas. Gaunt se agarró a ella para sujetarse, pero la parte superior de la cortina se arrancó de sus soportes metálicos con un ruido repentino. Maggs volvió a lanzarse contra él con el madero en alto, sujeto con ambas manos, listo para aplastarle el cráneo con él.

El comisario intentó protegerse de cualquier manera. Se retorció todo lo que pudo, envolviéndose el cuerpo y la cabeza con la lona de la cortina. Sintió el golpe, pero su fuerza letal quedó absorbida por la dura lona.

Gaunt intentó desembarazarse de la cortina y se puso en pie tambaleante con la intención de llegar a la estancia adyacente del edificio en renovación. Las costuras gruesas y grasientas de la cortina se engancharon en los botones de su uniforme y se enredó con ella, lo que le obligó a quitarse la chaqueta para poder liberarse. El contenido de sus bolsillos se desparramó por el suelo.

Maggs pasó por encima de la cortina para seguirlo. Todavía tenía el tablón en las manos y gemía y lloriqueaba, sonidos húmedos que se mezclaban con sus breves

jadeos. Tenía los ojos enrojecidos e inyectados en sangre. Parpadeó para intentar ver adónde había ido Gaunt.

Este se había escondido justo junto a la puerta, a la derecha. Maggs sólo llegó a verlo en el último momento. Gaunt se había hecho con una fregona y ahora era él quien blandía su propio bate improvisado. Le dio entre los omóplatos y, aunque el viejo mango se partió en dos, la fuerza del impacto fue suficiente para derribar a Maggs, que cayó a cuatro patas. El tablón se le escurrió de las manos. Intentó volver a cogerlo, pero Gaunt hizo girar el mango a su alrededor, como un garrote, dirigido a la cabeza de Maggs, pero este, aún de rodillas, lo interceptó con la mano derecha y paró en seco el golpe.

La fiebre le había infundido a Maggs una fuerza extraordinaria. Sólo había necesitado una mano para detener el golpe, mientras que Gaunt estaba utilizando las dos. Además, Maggs estaba de rodillas y el comisario bien apoyado sobre sus dos pies. Con un gruñido de esfuerzo, Maggs consiguió arrancar el mango de las manos de su coronel.

Se levantó. Gaunt dio unos cuantos pasos atrás.

El comisario esperaba que lo atacara con el mango de la fregona, pero Maggs lo tiró a un lado.

Gaunt entendió inmediatamente por qué. Cuando cayó al suelo, el hombre había encontrado un arma mejor; el cuchillo ritual cubierto de hollín del damogaur que había caído de uno de los bolsillos de Gaunt.

Dio un paso hacia él con el cuchillo bajo y en posición. Cada vez le costaba más respirar. Lanzó una cuchillada y Gaunt dio un salto atrás. Lo intentó de nuevo barriendo el aire con el cuchillo. Gaunt apenas pudo evitar la segunda embestida. El tercer intento, una feroz cuchillada hacia adelante, casi lo rozó. Gaunt se estaba quedando sin espacio para retroceder. Había una pared detrás de él, cada vez más cerca. Maggs lo estaba acorralando. El suelo era irregular. No había espacio para moverse. El comisario coronel se preguntó si podría evitar la siguiente acometida retorciéndose a la derecha o a la izquierda. Estaba casi seguro de que el belladon sería demasiado rápido para eso aun jadeante, sudado y con los ojos enrojecidos.

Se estaba quedando sin opciones. La única que le quedaba era la que quería evitar a toda costa.

Sacó su bólter y le apuntó al pecho.

—Basta ya —le advirtió—. Detente, Maggs. Suelta el cuchillo y acaba con todo esto.

El otro gruñó.

—No me obligues a acabar las cosas así, Wes —le pidió Gaunt en voz baja. El dedo se le tensó sobre la dura curva del gatillo. Maggs no iba a ceder. Ya podía sentir su siguiente intento con el cuchillo.

Se oyó un fuerte y sordo impacto metálico. Maggs se tambaleó y se desplomó hacia un lado. Cayó al suelo con todo su peso y se quedó quieto.

El doctor Kolding tenía un feo hematoma en la sien. Bajó el abollado cubo de metal con el que había golpeado al soldado enajenado en la cabeza.

—¿Está usted bien? —le preguntó Gaunt.

Kolding no respondió.

Gaunt se adelantó y arrancó de los dedos inertes de Maggs el cuchillo ritual. Estaba completamente inconsciente.

—Tenemos que atarlo —dijo el comisario—. Tíreme ese rollo de alambre que está allí, doctor.

Como si estuviera un poco aturdido, Kolding dejó lentamente en el suelo el cubo abollado y cogió el alambre. Gaunt le ató rápidamente las muñecas a Maggs.

—Pensé que lo había matado —le confesó al doctor.

—Me golpeó —dijo Kolding—. Bastante fuerte. Yo no soy un soldado. No sé pelear. Cuando caí decidí quedarme en el suelo por mi propio bien.

—Fue una decisión muy sensata —asintió Gaunt.

—Nunca he sido demasiado valiente —contestó Kolding—. Ni ahora ni cuando tenía dieciséis años.

—Me ha salvado la vida —le aseguró Gaunt—, y por eso le doy mis más sinceras gracias.

Kolding señaló al soldado maniatado.

—Tiene una fiebre terrible. Creo que ésa es la razón que lo ha llevado a actuar así. Estaba teniendo alucinaciones. Cosas que evidentemente lo asustaban.

—Ha sido algo más que eso —intervino Mabbon etogaur.

El prisionero parecía un muerto viviente. La fiebre todavía no lo había abandonado y le costaba tanto respirar como a Maggs. Estaba apoyado en el umbral de la puerta detrás de ellos, sujetándose a lo que quedaba de la cortina y al marco al mismo tiempo.

—No debería estar de pie —le recriminó Kolding caminando hacia él—. Ayúdeme a acostarlo de nuevo —le pidió a Gaunt por encima del hombro.

Ambos sujetaron al prisionero y lo llevaron de nuevo al camastro que Kolding había dispuesto para él en la estancia de al lado. El prisionero se tambaleaba y descargaba todo su peso sobre sus hombros. Despedía un olor a enfermedad que a Gaunt le desagradaba profundamente.

—Él me despertó —explicó Mabbon—. Me despertó de mi sueño febril al agarrarme el cuello. Intentaba rompérmelo.

—No gastes tus fuerzas hablando.

Lo volvieron a acomodar.

—Intenté moverme, gritar.

Miró a Kolding, que estaba junto a su maletín preparando otra inyección.

—¿Es usted médico? —le preguntó.

—Estás herido. Encontramos un médico que pudiera ayudarte —le explicó Gaunt.

—Podría haber muerto —le dijo Mabbon a Kolding.

—Todavía puede que muera —le respondió Kolding cortante—. Le he curado la herida, pero ha desarrollado una infección secundaria, probablemente por culpa de las circunstancias en las que se ha tenido que desarrollar su recuperación postoperatoria. La fiebre…

—La herida no es lo que está causando la fiebre —lo interrumpió Mabbon en voz baja—. Son ellos.

Gaunt lo miró.

—Es obra de los que han venido a silenciarme —prosiguió Mabbon. Los silencios entre sus palabras cada vez se prolongaban más—. Han introducido la disformidad en mi sangre. Y creo que también en la de su hombre.

—¿Cómo? —le preguntó Gaunt.

—Con ellos hay una bruja —afirmó Mabbon casi en un susurro—, una muy poderosa. Se ha hecho con mi alma y me visita en mis sueños para ordenarme que muera. La oigo. También se ha introducido en los sueños de su amigo y le ha ordenado que me mate.

—¿Cómo podemos enfrentarnos a esa bruja? —le preguntó Gaunt—. ¿Lo sabes?

—Debemos dejarlo descansar —insistió Kolding.

—¿Sabes cómo enfrentarte a la bruja? —insistió Gaunt.

Los ojos de Mabbon etogaur se cerraron y poco después volvieron a abrirse.

—Es muy poderosa —jadeó—, pero yo conozco un par de trucos. Era etogaur en el Pacto. Deme ese cuchillo ritual.

—¡Un momento! —intervino Kolding.

—Escuche —susurró Mabbon—. Está en mi sangre. En mi alma. Eso significa que el juego está a punto de acabar. Saben dónde estamos. Está en mi sangre y así es cómo pueden encontrarnos. Tengo que romper ese vínculo y nosotros debemos cambiar de lugar.

—¿Cómo podemos romper ese vínculo? —le preguntó Gaunt.

—No puedo creer que esté haciendo caso de esas cosas que dice —exclamó Kolding—. Este hombre está febril. Tiene alucinaciones. Y lo que es peor…

—¿Cómo podemos romper ese vínculo? —repitió Gaunt. Mabbon le tendió la mano.

—Tengo que sangrarme hasta que la saque de mí, y después tendremos que hacer lo mismo con su amigo.

—No pienso tomar parte en este ritual bárbaro —exclamó Kolding, pero le pasó a Gaunt una pequeña cubeta médica.

Gaunt cogió el recipiente de acero inoxidable de manos del doctor y volvió a donde estaba el prisionero. Habían traído el cuerpo maniatado de Maggs desde el otro lado de la cortina y lo habían tumbado junto al etogaur. Maggs seguía inconsciente y se revolvía en un sueño delirante que Gaunt no tenía ningunas ganas de compartir.

Gaunt puso el recipiente en el suelo y, tras una pausa reflexiva final, le pasó a Mabbon el cuchillo ritual con el mango por delante.

—Tenga lista la cubeta —le dijo Mabbon con la respiración trabajosa—. No debemos derramar ni una gota, ni dejar aquí nada que puedan utilizar.

Gaunt asintió.

—Date prisa —le pidió—. Esto no me gusta nada.

Gaunt le acercó la cubeta. Mabbon soltó una de las ligaduras de Maggs, le sujetó la mano con firmeza y le hizo un corte en la palma con el cuchillo ritual. Maggs se estremeció.

—No hará falta mucha —explicó Mabbon—. La bruja es tremendamente poderosa, pero para estar en nuestra sangre tiene que tener un vínculo. Y para que nosotros sigamos atados a ella, ella tendría que estar atada también a nosotros.

Le apretó la mano a Maggs y la sangre comenzó a salir.

• • • • •

De repente le dio un ataque. Llegó sin previo aviso. Eyl se quedó tan sorprendido al verlo que se apartó.

Su hermana chilló. Tenía las manos dentro de los frascos esterilizadores, con los brazos metidos hasta los codos en el líquido rojo, y cuando el grito salió de su boca, el frasco en el que tenía la mano derecha: estalló. Más de seis litros de sangre sintética salieron del cilindro reventado y se desparramaron sobre la encimera del quirófano.

Ulrike se tambaleó caminando hacia atrás y sacó la mano del frasco que aún estaba intacto. La sangre salpicó el suelo embaldosado; chorros largos y discontinuos caían de sus manos. Volvió a gritar, estaba vez de rabia y dolor.

Se volvió hacia Eyl.

—¿Hermana? ¿Qué ha pasado, hermana?

Respiraba tan profundamente que la parte delantera de su velo se pegaba y se alejaba de su cara acompasadamente. Había gotas de sangre acumulándose sobre el vestido de encaje que brillaban como si fueran rubíes tallados. Levantó la mano derecha y abrió la palma para mostrársela. Todo el brazo y la mano chorreaban sangre, pero pudo ver claramente una herida que le cruzaba la palma. Él supuso que se habría cortado con alguno de los cristales rotos del frasco que había explotado.

—¡Tu cuchillo! —le gritó.

—¿Qué?

—Tu cuchillo. Tiene tu cuchillo y se están sangrando para sacarme de ellos.

—¿El pheguth? ¿Estás hablando del pheguth? —le preguntó Eyl. Ella volvió a gritar, pero esta vez era un grito de frustración e ira. Se dejó caer al suelo.

—¡Me duele! —se quejó—. Me está haciendo daño. ¡Está cortando el vínculo!

Eyl se arrodilló a su lado y la abrazó con fuerza a la vez que la mecía. Ulrike estaba sollozando. Sus manos fuertemente cerradas dejaban marcas sangrientas en el cuero

oscuro de las mangas de su chaqueta.

Oyó a sus hombres acercándose a la puerta del quirófano. Sus gritos los habían atraído hasta allí, preocupados.

—¿Magir? —llamó Karhunan, que no quería cruzar el umbral.

—¡No pasa nada! —respondió Eyl—. No pasa nada. Dejadnos. Subid a la planta de arriba y poned a los hombres en movimiento.

Eyl sintió que ella se retorcía de dolor entre sus brazos. Abrió su mano izquierda y se la mostró para que la viera.

Eyl vio como una raja iba apareciendo en la palma abierta.

• • • • •

Mabbon exhaló con un gruñido y cerró la mano izquierda encima del recipiente. La sangre salió de su puño y se juntó con la que le habían sacado anteriormente a Maggs.

—¿Ya está? —preguntó Gaunt.

Mabbon asintió.

—Doctor… —llamó Gaunt.

Kolding acababa de terminar el vendaje de compresión de la palma de Maggs. Se levantó y se acercó.

Gaunt le pasó la cubeta.

—Póngale una tapa hermética a esto y vende la mano del prisionero.

Kolding cogió la cubeta. Tenía el ceño fruncido y mostraba una expresión de desaprobación.

—Rápido, por favor —lo urgió Gaunt. No estaba de humor para lidiar con el desdén del hombre. Gaunt había cruzado varias líneas en su vida, siempre por necesidad. Realizar un ritual de sangre pagano no le parecía una de las peores.

«Será mejor que funcione», pensó.

Se oyó un ruido en la parte exterior del edificio en renovación. Gaunt le hizo un gesto a Kolding para que se mantuviera en silencio, sacó la pistola y corrió hacia la entrada.

Era Criid, colándose desde la calle por la ventana. Tenía el pelo húmedo por la nieve y era obvio que se había dado una buena carrera.

—Has vuelto antes de lo esperado —dijo Gaunt, y guardó la pistola. Ella asintió con la cabeza.

—Están cerca —informó—. Tenemos que irnos.

—No voy a discutirte eso —le contestó Gaunt. Se agachó para recoger su gorra. La tenía en el regazo mientras hacía guardia allí mismo, sentado, antes de salir corriendo al oír los disparos.

—¿Has conseguido algo de comida? —le preguntó a la chica.

—No había tiempo.

Lo siguió hasta la estancia en donde Kolding estaba atendiendo a Maggs y al prisionero.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió.

—Se hicieron con el control de Maggs de alguna extraña manera —explicó Gaunt.

—¿Qué?

Gaunt cruzó la cortina medio desgarrada y recogió su chaqueta y las cosas que se habían desparramado al caer de sus bolsillos. Criid lo siguió.

—No importa —dijo Gaunt—. Lo único que importa es que saben exactamente dónde estamos, así que tenemos que cambiar de escondite. Recoge tus cosas y ayuda al doctor.

—Tenemos que darnos prisa —insistió Criid.

—Maggs está enfermo y el prisionero está enfermo y herido —resumió Gaunt— El propósito de todo esto es mantenerlo con vida, y moverlo una larga distancia no va a ayudar a conseguirlo. Ya lo hemos movido demasiado. Tenemos que confiar en el doctor.

—¿Y adónde vamos a ir? —preguntó ella.

Gaunt se detuvo para recoger el bolígrafo y el cuaderno caídos.

—Tengo una idea —manifestó.



Veintidós

Contacto

—¿Funcionará? —preguntó Ludd dubitativo.

El soldado Brostin pareció ofendido.

—Claro que funcionará —le aseguró—. Lo he preparado yo, ¿no? Como usted me pidió. Sé de estas cosas.

—Sí que sabe de estas cosas —confirmó Beltayn.

—¿Lo ve? —dijo Brostin.

Ludd cogió el papelito enrollado de la mano siempre mugrienta de Brostin. Tenía unos cuatro centímetros de largo y era de un grosor similar al de un lápiz. El extremo estaba doblado y sellado con una sustancia que parecía melaza.

—Esto no será… —comenzó a decir.

—¿Qué? —preguntó Brostin.

—¿Excesivo? —concluyó Ludd.

La expresión de ofensa volvió a la cara de Brostin.

—He hecho lo que me pidió —insistió.

—Vale, está bien —concedió Ludd—. Es que yo también te conozco, Brostin, y para ti no existen las palabras «demasiado grande».

Brostin sonrió e hizo un gesto de fastidio con la cabeza peluda.

—Es pequeño. Es discreto. Y será bonito.

—Está bien —intervino Hark. El pequeño grupo de soldados se volvió para mirarlo—. Todos saben lo que tienen que hacer. Manos a la obra.

Ludd inspiró hondo para calmarse y fue caminando hasta la oficina de comunicaciones de la compañía. Era la última hora de la tarde y afuera ya empezaba a verse una penumbra creciente. Las ráfagas de nieve golpeaban las sucias ventanas.

La habitación estaba oscura y sobrecalentada. Los calefactores eléctricos de la pared despedían rachas agobiantes de un calor seco que regulaban los termostatos automáticos de Aarlem. El aire estaba viciado.

Había seis grandes unidades receptoras de comunicaciones en la oficina; tres estaban activas y en uso. Los indicadores de potencia de la señal oscilaban y destellaban. Ludd oyó el murmullo de fondo de miles de voces, tan seco y viciado como el calor que hacía allí dentro.

Los operadores de comunicaciones habituales de los Fantasmas habían dejado de trabajar en cuanto llegó la Inquisición. Tres especialistas en comunicaciones de la Inquisición estaban a la escucha, cada uno manejando uno de los receptores activos. Eran hombres atentos y diligentes que llevaban trajes negros y grandes auriculares en las orejas. Estaban vigilando detenidamente todo el tráfico que entraba o salía de Fortaleza Aarlem. Habían enchufado a los tres receptores unos registradores de memoria portátiles para poder usar en cualquier trabajo posterior de transcripción, y además tomaban constantemente notas abreviadas en los cuadernos que tenían delante.

Su supervisor era un agente del ordo de apariencia altanera que se llamaba Sirkle. También él iba vestido de negro, aunque parte de su atuendo era una armadura corporal. Caminaba por detrás de los operadores con las manos agarradas a la espalda y se detenía de vez en cuando para inclinarse y leer alguna de las anotaciones.

Cuando entró Ludd, Sirkle lo miró con expresión suspicaz. Ludd sólo había visto al inquisidor Rime de lejos durante su visita, pero se quedó sorprendido al ver la clarísima similitud de los rasgos faciales que había entre Rime y su secuaz.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Sirkle.

—Perdón por interrumpir —se disculpó Ludd con lo que esperó que fuera una sonrisa relajada—. Me preguntaba si había alguna novedad.

—¿Novedad?

—Sobre el comisario coronel —añadió Ludd.

—¿Y por qué quiere saberlo?

—¿Está de broma? Los hombres quieren saberlo, amigo. Los Fantasmas son un grupito muy leal. Las cosas están subiendo de temperatura en los barracones. Quieren saber qué está ocurriendo.

—Esta instalación está bajo investigación por parte de los sagrados ordos. Hay estrictas…

—Lo comprendo, amigo —lo interrumpió Ludd—. Sólo esperaba que pudiera decirme algo, ya sabe, nada oficial, solamente entre usted y yo…

Sirkle se lo quedó mirando fijamente.

—Estoy seguro de que usted sabe lo que es sentir lealtad por un oficial superior —añadió Ludd.

Sirkle hizo una pausa, pensativo.

—Todavía no se sabe nada —respondió al fin—. No hay rastro del paradero de Gaunt en este momento, aunque hay indicios de que salió de la Sección con vida.

Ludd asintió.

—Bien, gracias. Muchas gracias por la información, de verdad que se lo agradezco.

Se oyó un golpecito en el exterior de la puerta y entró Beltayn llevando una bandeja.

—Perdón por la interrupción, señor —le dijo a Sirkle—. El comisario Hark sugirió que les vendría bien un poco de cafeína.

—Estoy seguro de que se lo agradecerán —comentó Ludd. Se apartó cuando Beltayn entró para que Sirkle y sus operadores pudieran coger una taza de la bandeja.

La minúscula ventana de la oportunidad se abrió en aquel momento. Ludd tenía la espalda contra la puerta medio abierta que llevaba a la oficina interior. Se sacó el papel de Brostin del interior del guante, extendió la mano por detrás de la puerta de la oficina y dejó caer el papelito en la rejilla del calefactor de la pared más cercana.

—Bueno, los dejamos trabajar —dijo Ludd encaminándose a la puerta—. Gracias otra vez —añadió mirando a Sirkle.

El agente del ordo asintió mientras bebía su cafeína.

—¿Señor? —dijo Beltayn mirando a Ludd.

—¿Qué?

—Algo va mal —apuntó Beltayn, y señaló la puerta de la oficina interior.

—¡Oh, demonios! —gritó Ludd.

A través de la puerta medio abierta todos pudieron ver unas feroces llamas que surgían del calefactor de la pared. La alfombra estaba cuajada de chispas que iniciaban fuegos más pequeños, y un humo espeso y acre empezaba a colarse en la oficina principal de comunicaciones.

Beltayn pulsó el botón de la alarma de incendios y comenzaron a sonar sirenas por todas partes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sirkle.

Todos empezaron a toser cuando el humo alcanzó sus gargantas.

—¡Demonios! —gritó Ludd—. ¡Bel, trae un extintor del pasillo! ¡Es la tercera vez esta semana! —Miró a Sirkle—. El polvo se mete en esos viejos calefactores y se incendian. Será mejor que salgan hasta que tengamos esto bajo control.

—Esta vez se está poniendo feo, señor —comentó Beltayn entre toses mientras volvía corriendo con un extintor cilíndrico.

El humo hacía que les picaran los ojos y les quemara la garganta, y la altura de las llamas en la habitación de al lado resultaba alarmante.

Sirkle ordenó a los operadores levantarse y salir de la habitación rápidamente. Todos se cubrieron las bocas entre toses mientras salían.

Beltayn miró a Ludd y éste le devolvió la mirada. Beltayn le pasó el extintor al joven comisario y se sentó en el receptor activo que tenía más cerca. Ambos sacaron trapos de tela doblados y húmedos de sus bolsillos y se los pusieron sobre la cara. Respiraron por la boca para evitar que el humo los asfixiara.

Alejando la cara de las llamas, Ludd empujó la puerta de la oficina interior para abrirla y empezó a combatir el potente fuego del calefactor con el extintor.

En el receptor, Beltayn trabajaba tan rápido como podía. Anotó rápidamente el intervalo de frecuencias que había estado escuchando el otro operador. Después utilizó un pequeño destornillador para quitar el panel de inspección de la parte frontal del receptor. Ludd disparó el extintor dos veces más contra las llamas y lo miró.

«¡Rápido!», suplicaban sus ojos.

Beltayn hizo caso omiso de la mirada. Paró la grabadora de memoria portátil y después buscó dentro del panel de inspección, seleccionó uno de los gruesos troncos principales de cables y lo desatornilló del conector. Sacó del bolsillo el circuito de derivación (una pequeña pieza de metal), lo atornilló a un extremo del conector y el otro al cable suelto. Un lucecita verde de «activado» se encendió a un lado del circuito.

Beltayn colocó el panel de inspección en su lugar y volvió a atornillarlo.

Ludd acabó de apagar el fuego con el extintor. Cerró la puerta de la oficina interior, se quitó el trapo de la cara y abrió una de las ventanas de la oficina de comunicaciones para dejar salir el humo. Unos copos de nieve se colaron junto con el aire frío.

Miró hacia los receptores. Beltayn ya había puesto dos de los tornillos del panel de nuevo en su sitio y estaba empezando con el tercero. Alguien apagó la alarma de incendios.

—¿Ya lo tienen bajo control? —preguntó Sirkle apareciendo en el umbral.

—Sí —respondió Ludd—. Mandaré un equipo de limpieza para que se ocupe de ponerlo todo en orden.

Sirkle miró a Ludd y a Beltayn, que estaban abriendo la última ventana para que se fuera el humo.

—¿Esto pasa a menudo? —preguntó.

—Más a menudo de lo que quisiéramos —contestó Ludd—. No sé adónde ha ido a parar todo el presupuesto de mantenimiento.

—Vuelvan a sus puestos —ordenó Sirkle a los operadores, y éstos ocuparon de nuevo sus sillas. Beltayn y Ludd se miraron el uno al otro. En el bolsillo de Beltayn estaba el pequeño destornillador y el cuarto y último tornillo. No había habido tiempo para ponerlo. Ambos rezaron para que nadie se diera cuenta de que faltaba.

Beltayn se quedó helado. Había olvidado volver a encender la grabadora portátil.

Se lanzó hacia adelante con rapidez y cogió la bandeja de la mesa auxiliar donde la había dejado.

—Voy a traerles otras tazas de cafeína —dijo apresuradamente—. Estas sabrán a rayos ahora.

Cogió la taza de Sírkte y después se inclinó sobre cada uno de los receptores para recoger las otras tazas. Al llegar al tercer receptor, ocultó la mano a la mirada del operador con la bandeja y volvió a encender la grabadora cuando se inclinaba para coger la taza.

Ludd y Beltayn se dirigieron a la puerta. En el pasillo, Beltayn le mostró brevemente tres dedos a Merrt mientras se acercaba con la bandeja al grupo de personas que se había formado. Merrt sólo era uno más de los muchos fantasmas que se habían reunido en el pasillo para observar el incidente.

Merrt fue a las puertas de vaivén del pasillo, las empujó para abrirlas y le mostró tres dedos a Dalin, que esperaba en el otro extremo.

Dalin asintió y se volvió para echar a correr hacia el templete. Brostin estaba vigilando la puerta con los brazos cruzados.

—¿Todo bien, muchacho? —le preguntó Brostin.

Dalin asintió.

—¿El señor Amarillo se encuentra bien?

—Envía sus saludos —respondió Dalin, y entró en el templete. Hark esperaba de pie en el interior junto a Rerval, el adjunto de Gol.

Kolea, y a una unidad receptora bastante usada de la compañía E.

—Tres —dijo Dalin—. Es el tres. Vamos.

Rerval ajustó el canal, subió el micrófono del comunicador y comenzó:

—Nal, Nal, aquí Fortaleza, aquí Fortaleza, por favor, responda.

Dormitando con los pies encima de la mesa de la sala de vigilancia, Meryn se despertó de repente cuando el comunicador se activó, y a punto estuvo de caerse del asiento. Al acercarse al micro tiró un cenicero, unos bolígrafos y un vaso de cerveza vacío.

—¡Ahí está! —gritó.

Su mano estaba a milímetros del micro cuando Varl estiró la mano y lo cogió.

—Fortaleza, Fortaleza, aquí Nal, aquí Nal, te recibo —dijo Varl al micrófono con toda la calma.

—Dame eso —gruñó Meryn entre dientes intentando quitarle el micro a Varl. Este apartó repetidamente la mano de Meryn.

—¡Vale, vale! —exclamó Varl, esforzándose por escuchar.

—¡Dame eso! —repitió Meryn, y su voz se transformó en un susurro corrosivo que habría podido atravesar el plomo.

—Saludos, Nal, saludos, Nal —emitió el comunicador—. Me alegro de oír tu voz.

—Yo también, Rerval —respondió Varl con una sonrisa.

Meryn intentó hacerse con el micro de nuevo, y Varl lo golpeó en la cara con los nudillos con tanta fuerza que se apartó con un gemido de dolor.

—Tengo aquí al comisario Hark —sonó la voz a través del comunicador—. ¿Es un buen momento?

—Un momento fabuloso, Fortaleza —replicó Varl.

Daur, Banda y Rawne acababan de entrar en la sala de control del club. Varl le tendió el micrófono a Rawne.

Este lo cogió. Meryn se quedó mirando fijamente a Varl.

—Fortaleza, aquí Rawne.

—Un momento, mayor.

El comunicador crujió.

—Rawne, aquí Hark.

—Lo oigo, señor. ¿Esta línea es segura?

—Todo lo segura que podría ser en estas circunstancias. Le hemos hecho una derivación a uno de los receptores de vigilancia de la Inquisición y esperamos que no se den cuenta. ¿Cuál es vuestra situación?

—Estamos refugiados en un establecimiento cerca de la calle Selwire.

—¿Eso está en la Oligarquía?

—Prácticamente en el centro —dijo Rawne.

—Vale, lo situaré en un mapa. ¿Así que salisteis todos con vida de la Sección?

—Sí —asistió Rawne—. Los siete vivos y sin heridas.

—Rawne, ¿estáis armados?

Rawne miró a los demás. Todos, incluso Varl, estaban muy serios.

—Sí, los siete estamos armados —contestó Rawne—. ¿A qué viene esa pregunta, Hark?

—Supongo que no será una gran sorpresa para vosotros, pero nos enfrentamos a una situación muy fea, mayor.

—¿A nivel de todo el planeta?

—No puedo confirmar ni desmentir, Rawne, pero por lo que dice la información de inteligencia de la que dispongo, parece que se limita a la región de Balopolis-Oligarquía, lo que significa que estáis justo en el meollo. Riesgo de Archienemigo confirmado.

—¿Efectivos?

—No se conocen, pero creemos que no se trata más que de una fuerza de incursión o expedicionaria. Tened cuidado.

—Comprendido —asintió Rawne.

—Es más complicado que todo eso, Rawne —confirmó Hark a través del comunicador—. Gaunt está en un buen lío y puede que vosotros seáis la única ayuda que los Fantasmas podemos proporcionarle.

—Ya veo, Hark. Dígame todo lo que sepa.

Para cuando terminaron la comunicación, Ludd, Beltayn, Dalin y Merrt se habían unido a Hark y a Rerval en el templete. Hark cortó la comunicación y le pasó el micrófono a Rerval.

—La banda de Rawne está viva y conocemos su posición —anunció Hark.

—¿La banda? —repitió Ludd.

—¿Es que conoces un término mejor para calificarlos? —preguntó Hark—. ¿Panda de idiotas criminales, tal vez? ¿Imbéciles reincidentes?

—Creo que banda está bien —admitió Ludd.

—Podemos seguir en contacto con ellos siempre y cuando no detecten la derivación —dijo Beltayn.

—¿Y cuánto tiempo cree que tardarán en darse cuenta? —preguntó Dalin.

—Si tenemos la suerte de nuestra parte, chico, lo suficiente para que descubramos el paradero de Gaunt y le pasemos esa información a Rawne —dijo Hark.

—Esperemos qué, entretanto, al mayor Rawne no se le ocurra hacer ninguna cosa por su cuenta —dejó caer Ludd.

—¿Cómo por ejemplo? —quiso saber Hark.

—Bueno, le ha dicho que se quede ahí, junto al transmisor, donde podamos contactar con él —dijo Ludd—. Pero ¿y si decide… irse a alguna parte?

Hark dejó escapar un suspiro desesperado.

—¿Ni Rawne sería tan estúpido, no creen?

—Claro que no, señor —confirmó Beltayn.

—Mientras siga dependiendo de él… —apuntó entonces Dalin.

• • • • •

Daur volvió al salón. Elodie estaba sentada en la barra dando buena cuenta de un vaso pequeño de amasec. El vigilante, Xomat, seguía atado a una silla junto a la pared del fondo. No parecía muy contento con su situación. Leyr estaba echándose una siestecita en uno de los sofás del salón.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Elodie a Daur.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué hay de nuevo?

Daur empezó a barajar las cartas que había dejado sobre la barra.

—Hemos conseguido contactar con nuestro regimiento clandestinamente. Están pasando cosas, pero aún no sabemos bien qué. Las órdenes son que nos quedemos aquí y esperemos instrucciones.

—¿Y vamos a hacer eso? —preguntó Elodie.

—Si —afirmó Daur.

—¿Todos?

—Sí.

—Sólo pregunto porque parece que obedecer las órdenes no es precisamente vuestro punto fuerte.

Varl entró en el salón.

—¿Hay algo de comida en este sitio? —preguntó.

—Ya sabes dónde está la cocina —le dijo Daur.

Varl suspiró y salió otra vez de la habitación. Desde la barra lo oyeron gritar.

—¿Cant? ¿Sabes cocinar o no?

Elodie sonrió, se bajó del taburete para dar la vuelta a la barra y cogió la botella de amasec para rellenarse el vaso.

Daur de repente levantó la vista. Unas voces empezaban a subir de tono en la sala de control. Daur miró a Elodie y ambos salieron del bar juntos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daur al entrar en la sala de control. Banda, Meryn y Rawne estaban estudiando las imágenes pictográficas que salían en uno de los monitores de seguridad del club.

—Tenemos compañía —dijo Rawne. Señaló una de las pantallas—. ¿Qué puerta es esa?

—La de servicio —respondió Banda—. La entrada de mercancías. En la parte de atrás.

—¿Conocemos a alguno de esos atractivos caballeros? —preguntó Rawne.

Elodie se coló en la habitación junto con Daur y miró el monitor. La luz exterior no era muy buena. Había seis o siete hombres acercándose a la puerta de servicio del club desde la dársena de carga de Conaut Row.

—No los reconozco —dijo—. Espera. Retrocede y congela sus caras cuando pasen bajo la luz.

Rawne utilizó los controles del monitor y la imagen retrocedió rápidamente.

—¿Ahí?

—Sí —confirmó Elodie, y estudió la imagen borrosa más de cerca—. ¡Oh, mierda! —exclamó—. Creo que es Csoni.

—¿Quién? —preguntó Meryn.

—¿Uno de los socios de Urbano? —preguntó Rawne.

—Ojalá —contestó Elodie—. Lev Csoni es parte del cártel empresarial que le hace la competencia directa a Urbano y a su gente. Ya hemos tenido problemas con ellos antes. Llevan tiempo buscando una excusa o una oportunidad para acabar con este club.

—Y con la ciudad atrapada en medio de una extraña tormenta de nieve… —comenzó Daur.

—A sus puestos todo el mundo —concluyó Rawne.

• • • • •

Subió los escalones cubiertos de nieve y llamó a la puerta principal de la vieja casa polvorienta.

Pasó medio minuto. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando la puerta se abrió. Un hombre joven y un poco desaliñado, con un traje negro abotonado y corbata se lo quedó mirando. Parecía un poco confuso.

—¿Puedo ayudarlo…? —empezó a preguntar el joven, y entonces se detuvo y cambió la frase—. Espere un momento, ¿no es usted el comisario Gaunt?

—Hola, señor Jume —lo saludó Gaunt.



Veintitrés

Retratos

—No lo entiendo —dijo Jume—. ¿Es que hemos cambiado nuestra cita o…?

—No, señor Jume —explicó Gaunt—, se trata de una visita imprevista.

Entró en el vestíbulo pasando junto al asombrado fotógrafo y miró a su alrededor. Como la puerta principal del edificio y la entrada, el vestíbulo mostraba una dignidad sobria e impresionante. Los suelos estaban pulidos y oscurecidos, las paredes pintadas de colores apagados y poco llamativos, y las sillas del recibidor y las cortinas eran de color marrón, morado y negro. Parecía el vestíbulo de un burdel de lujo.

Pero había una especie de desidia subyacente. Gaunt notó inmediatamente los desconchones de la pintura, la manera desordenada en que estaban recogidas las cortinas, el leve olor a humedad que el aroma a lilas y lavanda no podía ocultar.

—Por favor, explíquese —exigió Jume.

Miraba fijamente a Gaunt. Parecía que, al igual que éste ya había superado la primera impresión que le había causado la casa de Jume, al retratista también se le estaba pasando el efecto de la primera impresión al ver a Gaunt. Ya se estaba fijando en su ropa sucia y arrugada, la barba de dos días y los diferentes hematomas.

—Me encuentro en una situación muy desafortunada —empezó Gaunt—. Necesito ayuda y hay poca gente a la que pueda recurrir. Ahora mismo, usted es a quien tengo más cerca, señor Jume. ¿Es usted un servidor leal del Trono Imperial?

—¿Que si soy qué? —preguntó Jume—. ¡Por supuesto!

—Entonces no tendrá ningún problema en ayudar a un oficial del Imperio en el desarrollo de sus funciones.

—Pero ¿de qué va todo esto? —inquirió Jume.

Gaunt miró hacia el umbral de la puerta e hizo un breve gesto con la cabeza. De repente aparecieron otras personas bajo la nieve, envueltas por la creciente oscuridad.

—Pero ¿qué es todo esto? —repitió Jume mientras lo empujaban al pasar a su lado y entraban en la casa.

Criid ayudaba a Maggs, que estaba aturdido, adormilado y con las manos todavía atadas. Kolding, casi superado por el peso de su maletín médico, le servía de apoyo al prisionero.

—Por ahí —dijo Gaunt señalando hacia el interior, para después cerrar y poner el seguro a la puerta principal.

Criid abría la marcha hacia la salita de espera que había junto al vestíbulo. Estaba decorada de forma similar, con románticos tonos marrones, rojos y negros. Había sofás y sillones, mesitas auxiliares decoradas con arreglos de flores secas y muchas colgaduras llenas de frunces adornando las paredes.

Criid dejó a Maggs recostado en uno de los sofás y Kolding acomodó al prisionero en el otro.

—Comprueba el lugar, por favor —le dijo Gaunt a Criid—. Las entradas y las salidas. ¿Hay alguien más aquí, señor Jume?

—No —respondió este—. Estoy solo. Tenía citas para hoy, pero las cancelaron por la tormenta.

Gaunt le hizo un gesto con la cabeza a Criid. Ella sacó su arma láser y salió de la habitación.

—¿Por qué va armada? —inquirió Jume.

Gaunt hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó mirando a su alrededor.

—Sí —respondió Jume.

—¿Es éste su estudio?

—Sí —repitió Jume.

—¿Y usted es retratista? ¿Hace pictografías?

—Exposiciones fotográficas —explicó Jume—, y también algunos trabajos hololíticos.

La sala de espera se veía tan discretamente ajada como el vestíbulo. Gaunt se dio cuenta de que habían utilizado betún para ocultar arañazos en las tablas del suelo y en las patas de los muebles. Las colgaduras se habían recogido de forma que taparan viejas manchas de humedad y los jarrones habían sido pintados para esconder los descascarillados.

Había varios álbumes grandes con tapas de fieltro negro estampadas en relieve sobre una de las mesas auxiliares, por si alguien quería echarles un vistazo. Gaunt abrió uno y empezó a pasar las grandes páginas de cartón. Las pictografías que había dentro eran de buen tamaño y estaban elegantemente encuadradas en marcos de papel de colores suaves. Eran retratos de hombres en uniforme: la Guardia, la Marina, la FDP o la milicia. Los hombres vestían los uniformes muy formalmente y sus caras se veían siempre solemnes. Estaban de pie muy erguidos, mirando a la cámara, fijando los ojos directamente en la lente con miradas ausentes o preocupadas y expresiones que nunca se iban a ver alteradas. Había barbas y bigotes, espadines y cornetas, estandartes y tambores. Había chacas colocados sobre las respectivas cabezas y algunos cascos dorados sujetos bajo el brazo. Había capas de piel de oso, petos y alamares. Para su sorpresa, Gaunt descubrió que no era capar de identificar muchos de los uniformes.

—Hago retratos conmemorativos —explicó Jume, ansioso por conseguir su aprobación, mientras observaba a Gaunt pasar las páginas del álbum—. Aquí en Balhaut hay bastante demanda por la Famosa Victoria. Una demanda enorme.

La mayoría de los retratos mostraban la línea del horizonte de Balopolis o de la Oligarquía de fondo. Las mismas vistas una y otra vez. En la mayoría, Gaunt se encontró ante la silueta de una ciudad que hacía más de quince años que no existía. Algunos retratos incluían a familias orgullosas vestidas con sus mejores galas reunidas alrededor del hijo, del esposo, del hermano o del padre con su uniforme.

—Vienen familias o me envían sus pedidos desde lugares de todo el sector —prosiguió Jume—. Hay una cierta dignidad en un retrato conmemorativo. Y un

consuelo.

Gaunt se dio cuenta de que lo que le recordaba la casa del señor Jume no era un burdel, sino una funeraria. El negocio de Jume era parte de la industria de las pompas fúnebres. Los hombres a los que estaba mirando probablemente habían muerto. Estaba revisando imágenes de hombres que ya no existían, que se habían combinado hábilmente con imágenes de una ciudad que tampoco existía ya.

Gaunt cerró el álbum.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó, pero ya había cruzado el arco cubierto con una colgadura antes de que Jume pudiera responder.

Al otro lado estaba el estudio principal. Delante de una especie de escenario había colocados potentes focos y pictógrafos instalados sobre trípodes. A un lado había estantes con ropa y cajas de atrezo, como si se tratara del desordenado vestuario de un teatro. Gaunt encendió uno de los focos y su potente filamento se iluminó con un ruido repentino.

Balopolis apareció ante él, noble y magnífica. Por encima, la Oligarquía; por debajo, el río serpenteante. Se veían la Torre del Plutócrata, el monasterio, el Palacio Alto, el Palacio de la Sirena, la Emancipatoria, la puerta de la Oligarquía.

La puerta de la Oligarquía. La tarde del noveno día, en el flanco izquierdo de Slaydo. Delante, la famosa puerta, defendida por las terribles máquinas de Heredero Asphodel. Lagos de lodo. Un tiempo loco. El diluvio químico provocado por el bombardeo orbital y las toxinas de Heredero. Brea fundida inundando el aire como una lluvia torrencial…

Gaunt caminó hacia la preciosa vista. Estaba intacta. No había sufrido los estragos de la guerra. Era la Balopolis que había sido antes.

Los alambres de púas que desollaban el aire. El ruido seco de los impactos, todos esos impactos. Nubes de llovizna rojiza a su derecha y a su izquierda cuando los proyectiles alcanzaban a los hombres. Delante, bajo la puerta, las máquinas zumbando otra vez…

—Basta —dijo Gaunt.

—¿Perdón, señor? —preguntó Jume.

—Nada, estaba hablando solo —contestó Gaunt.

Balopolis sólo era uno de los numerosos fondos escenográficos que había detrás de la zona para posar.

—Es una selección —dijo Jume empujando Balopolis a un lado ayudándose con sus ruedas—. La Oligarquía es muy popular. Pero también el valle de la Ascensión, Ciudad Zaebes. Otras veces he trabajado con el fondo de Khulan. La propia Terra, si fuera necesario.

—Pero sus protagonistas son hombres muertos —aventuró Gaunt.

—No todos —le aseguró Jume.

—Pero si la mayoría. Toma sus imágenes de material antiguo y las superpone. Entonces, ¿por qué necesita un decorado?

—Depende de lo que me pidan —explicó Jume—. Si la familia quiere estar incluida, los traigo aquí y los coloco delante del paisaje elegido.

Jume se dirigió a los estantes llenos de ropa y escogió, al azar, una chaqueta de húsar y un sable.

—¿Ve? Algo apropiado. Tengo muchos donde elegir. Excedentes de guerra. Cosas que se van quedando atrás.

—«El arma que quedó atrás» —murmuró Gaunt para sí.

—¿Cómo?

—Nada.

Jume blandió uno de los accesorios.

—Mi ayudante se coloca en una pose idéntica a la del familiar en la imagen antigua y yo le pongo la cara adecuada más tarde. Suele quedar más que satisfactorio. Las familias siempre están encantadas de verse reunidas una vez más de esta forma.

—¿Cómo consigue que los detalles del uniforme sean los adecuados? —quiso saber Gaunt.

—Para ser sincero, muchas de las imágenes antiguas que me dan para trabajar no son de los hombres con su uniforme de gala, e incluso en ocasiones los uniformes no son muy… grandiosos. Heroicos, por así decirlo. Las familias quieren que sus seres queridos se vean todo lo elegantes y marciales que sea posible.

—¿Así que se los inventa? —preguntó Gaunt, sorprendido.

—Creo una conmemoración, señor —lo corrigió Jume—. Les proporciono a mis clientes un recuerdo de cómo deberían haber sido las cosas.

Criid entró en ese momento. Miró a su alrededor y soltó un silbido.

—¿Nada? —le preguntó Gaunt.

Ella asintió y volvió a observar la habitación. Se acercó a los estantes, cogió algo de ropa y después se probó un sombrero emplumado de dragón.

—¿Qué tal estoy?

—Increíblemente auténtica —contestó Gaunt con acidez—. ¿Has encontrado la cocina? —Miró a Jume—. ¿Tiene algo de comida?

—Sí, claro. No mucha, pero…

—Cuando esto acabe, el Munitorum le reembolsará todos los gastos que le ocasionemos —le aseguró Gaunt.

—Pero, señor —preguntó Jume— ¿qué es exactamente «esto»?

Gaunt fue a la cocina con Criid. Estaba de un humor de perros y no sabía si era una respuesta a las fantasías de mal gusto de Jume o a los recuerdos del noveno día que lo habían asaltado tan repentinamente en el decorado raído.

Las estancias privadas de la casa de Jume eran sórdidas y estaban abandonadas. La cocina daba miedo. La leche y los huevos que encontraron se habían echado a perder, aunque Gaunt sospechaba que toda la leche y todos los huevos de la ciudad estarían igual, por la misma razón que todos los relojes se habían parado.

Al menos había algo de pan, un poco de fiambre, col en vinagre e ingredientes

para hacer sopa y cafeína.

—Los cuartos de atrás son una pocilga —dijo Criid mientras preparaban la comida.

—Creo que la industria mortuoria de Balhaut está muriéndose también —respondió Gaunt mientras troceaba cebollas para el caldo—. El señor Jume asegura que no es así, pero no creo que haya mucho negocio ya. El dolor por la pérdida no dura demasiado. Cuando se pasa sólo queda un vacío, y el vacío ni quiere ni necesita lápidas ni retratos conmemorativos.

—El dolor dura mucho tiempo —lo contradijo ella. Había lágrimas en sus ojos.

—¿Tona?

Ella se rio.

—Son las cebollas —dijo.

—Sé que no es eso —respondió Gaunt y con el cuchillo empujó las cebollas troceadas para pasarlas de la tabla de cortar al puchero del caldo.

Maggs se había despertado. La fiebre había desaparecido.

—¿Por qué tengo las manos atadas? —preguntó—. ¿Y por qué me duele tanto la cabeza? Oye, quitadme esto de las manos. ¡Me está haciendo daño!

Criid le pasó un cuenco de sopa caliente.

—Come y no hagas preguntas.

—Pero tengo las manos atadas, Tona. Vamos, desátame.

—Mis manos también están atadas, aunque en un sentido más metafórico. ¿Quieres comer? Pues ingéniatelas.

—¿Cómo está? —le preguntó Gaunt a Kolding.

El doctor estaba tan centrado en devorar su sopa y su pan que se le habían empañado las gafas.

—¿El prisionero? —preguntó entre bocado y bocado.

—Sí, doctor.

Kolding bajó el cuenco y tragó lo que tenía en la boca. Miró al prisionero, que estaba dormido en un sofá cercano. Mabbon había conseguido comer un poco de sopa y de pan antes de volver a dormirse.

—Está… sorprendentemente bien. La fiebre ha desaparecido. Es un gran cambio, tengo que confesar.

—Y seguro que no tiene nada que ver con toda esa historia del ritual, obviamente.

—Obviamente no, claro —afirmó Kolding volviendo a coger la cuchara.

Gaunt y Criid tomaron la sopa y el pan bajo los focos, frente al decorado de Balopolis.

—Estuvo aquí, ¿verdad? —preguntó ella con la boca llena mientras señalaba el decorado con la barbilla.

—En otra vida.

—¿Fue tan malo como dicen?

—No lo sé. ¿Qué es lo que dicen?

—Que fue terrible —contestó Criid metiéndose más sopa en la boca, como si aquello fuera una carrera para ver quién acababa primero.

—Entonces puede que tengan razón —respondió Gaunt. Apoyó la espalda en el respaldo del sofá y se quedó mirando el decorado un largo momento—. Fue bastante malo —dijo al fin.

—¿Peor de lo que hemos visto nosotros? —inquirió ella.

—Claro que no. Con los Fantasmas yo he ido de mal a peor y después a algo peor todavía. Balhaut sólo fue una acción de guerra. Como cualquier otra. Balhaut fue una acción a gran escala. Y, claro, se ha quedado grabada en mi memoria, pero eso no me ha marcado.

Criid se lo quedó mirando.

—Yo creo que sí.

—¿Cómo?

—Creo que Balhaut fue un infierno, y también creo que a usted le importa porque Slaydo le importaba más de lo que está dispuesto a admitir. Creo que Balhaut es una vieja herida para usted.

Gaunt se rio.

—Estoy hablando en serio —le aseguró ella—. Consiguió una enorme victoria para el señor de la guerra aquí en Balhaut. Usted y los hyrkanios. En la puerta de la Oligarquía y después en la Torre del Plutócrata. ¿Se acuerda? ¿Y qué hizo él por usted? ¿Qué? Morirse, eso es lo que hizo.

—No fue así como pasó —la contradijo Gaunt.

—Pero eso es lo que ocurrió en la práctica —replicó Criid dejando a un lado el cuenco vacío—. Usted y los hyrkanios lucharon como locos por Slaydo, pero cuando el polvo se asentó, él estaba muerto y habían ascendido a otro señor de la guerra. A usted lo pasaron por alto. Una palmadita en la espalda y un traslado a un mundo lleno de ciénagas donde…

—No fue así.

—¿Ah, no?

—Los hyrkanios recibieron honores y fueron recompensados. A mí también me recompensaron. Me dieron mi mando.

Criid sonrió tristemente.

—Era el mejor hombre de Slaydo. Su favorito. Debería haber sido quien ocupara su puesto. El ungido.

Gaunt volvió a reír.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo, Tona.

—Puede que no haya leído mucho ni tenga demasiada formación —contestó ella—, pero cuando se convirtió en mi oficial al mando, me informé mucho sobre usted. Estudié. Sus actuaciones en la puerta y en la torre fueron excepcionales. ¿Cuántos años mayor que usted es Macaroth?

—¿El señor de la guerra? —preguntó Gaunt—. Creo que es siete años mayor.

—No mucho. Dos hombres jóvenes. Dos jóvenes protegidos. Poco para elegir entre ellos. Como hermanos ante una herencia. Slaydo muere, y tras su muerte, y sólo entonces, Macaroth le sucede.

—No ocurrió así ni mucho menos —replicó enfadado—. Macaroth era un comandante de alto rango y yo sólo un comisario.

—Slaydo lo quería a usted —respondió ella—. Piense cuánto lo favoreció. En la acción de la puerta le dio el mando del flanco izquierdo. Lo favoreció poniéndolo a la izquierda no porque ése fuera el lado fácil, sino porque confiaba en su capacidad. Tuvo que superar dos obstáculos imposibles. ¡Bang, bang! Macaroth se hizo con el mando del asalto de Balopolis sólo porque todos los que tenían un rango superior a él habían muerto.

—Pero ganó de todas formas —replicó Gaunt.

—Y usted también habría vencido si hubiera estado en su lugar. ¿Ha llegado a conocerlo alguna vez?

Gaunt la miró.

—¿A Macaroth?

—Sí, a Macaroth, su amado señor de la guerra.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Así que a él no lo mandaron a un mundo lleno de ciénagas donde…

—¡No! —replicó Gaunt con un grito.

—Sólo preguntaba… —dijo Tona sonriendo.

—Pues no preguntes —la cortó Gaunt.

—Durante una hora o dos —continuó ella mientras se daba la vuelta para mirar el decorado con el paisaje de la ciudad—, usted estuvo a punto de convertirse en señor de la guerra.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—No.

—Lo estuvo.

—Criid, basta.

—Escuche —insistió Criid levantándose del sofá—, ¿quiénes eran los obvios sucesores de Slaydo? ¿Cybon? ¿Draver? ¿Blackwood? Eran hombres viejos. Pero él se lo pasó a Macaroth. Slaydo estaba decidido a pasar su cargo a alguien joven y menos cualificado de lo que sugería la habitual cadena de mando. Macaroth supone un precedente. ¡Usted podría haber sido el señor de la guerra! ¡Debería haberlo sido!

Gaunt apartó la mirada.

—Tú no estabas allí —le dijo.

Ella lo observó. Gaunt permaneció un momento mirando al suelo y después la miró a los ojos.

—Tú no estabas allí —repitió—. Admiro tu imaginación, pero no fue así. Cree lo que quieras, pero lo único que necesitas saber es esto: nunca habría dejado pasar la oportunidad de convertirme en el comandante en jefe de los Fantasmas. Ha sido un honor servir junto a los tanith, los verghastitas y los belladon.

Ambos miraron hacia la puerta cuando se oyó gritar a Maggs desde la otra habitación.

—¡Tiene un cuchillo! —era lo que gritaba Maggs.

Gaunt y Criid corrieron hacia la salita de espera. El etogaur estaba de pie, con el cuchillo ritual en la mano. Tanto Kolding como Jume se habían puesto en pie de un salto y estaban retrocediendo. Maggs estaba sentado muy erguido en el sofá con las manos atadas delante de su cuerpo, como si estuviera rezando.

—¡Tiene un cuchillo! —volvió a gritar Maggs en cuanto vio a Gaunt—. ¿De dónde ha sacado ese cuchillo?

Gaunt se quedó mirando a Mabbon. No estaba seguro de cómo había acabado el cuchillo ritual en manos del prisionero. Probablemente se le había olvidado volver a cogerlo después de que lo utilizara en el edificio en renovación. Había sido un descuido, un simple descuido.

Pero lo que importaba ahora era lo que el prisionero pretendía hacer con él.

—Dámelo —le dijo Gaunt—. Dámelo a mí o suéltalo.

El prisionero no hizo ninguna de las dos cosas. Criid sacó la pistola láser de su cintura, la sujetó con las dos manos y apuntó hacia el prisionero.

—Haz lo que te ha dicho —le ordenó.

Gaunt levantó una mano para tranquilizar a Criid.

—Dame el cuchillo —repitió.

—No voy a hacerle daño a nadie —contestó Mabbon—. ¿Es que creéis que pretendo hacerle daño a alguien? Sólo lo tengo para que estemos seguros.

—¿Seguros con un cuchillo?

—La bruja nos estará buscando —dijo el etogaur mirando directamente a Gaunt. Todos los síntomas de fiebre parecían haberlo abandonado. Tenía un color saludable en el tejido cicatrizal rosado de su cara—. Esto no está lejos, ¿no?

—¿Qué?

—Esto no está lejos del lugar donde nos escondíamos antes, ¿no? No lo recuerdo. Todavía deliraba cuando nos fuimos. No recuerdo cuánto tiempo hemos tardado en llegar aquí.

—No, no está lejos. A un par de calles —le dijo Gaunt.

—La bruja nos estará buscando. Nos la hemos quitado de encima, hemos hecho que perdiera el rastro, pero redoblaran sus esfuerzos. Estaba intentando que siguiéramos ocultos. ¿Dónde está la sangre?

—¿La sangre? —preguntó Gaunt.

—La sangre que me he sacado a mí y la que le he sacado a este hombre.

Gaunt miró a Kolding.

—Todavía la tiene, ¿verdad, doctor?

—Sí —dijo Kolding.

El doctor sacó el recipiente. Mabbon lo cogió y se dirigió a la puerta principal del estudio. Criid le lanzó una mirada inquisitiva a Gaunt, pero éste negó con la cabeza.

En la puerta, Mabbon utilizó el cuchillo ritual para grabar un intrincado símbolo en la madera del umbral, un símbolo que Gaunt no quiso mirar muy de cerca. Después, Mabbon rellenó los arañazos con la sangre de la cubeta.

Repitió el proceso metódicamente en los alféizares de las ventanas principales del edificio y en los peldaños de las puertas laterales y trasera.

—Esto la mantendrá cegada respecto a nuestra presencia, al menos durante unas cuantas horas.

Le devolvió el cuenco a Kolding, quien los había seguido con cautela para ver qué iban a hacer, y luego le devolvió el cuchillo a Gaunt.

El comisario lo tomó y lo guardó de nuevo en el bolsillo del abrigo.

—Magia hereje —murmuró Kolding mientras metía el cuenco en la bolsa.

—Exacto —le respondió Mabbon.

Gaunt miró hacia el exterior, hacia la madrugada. El cielo que cubría el casco antiguo se había vuelto de un extraño color pálido, y la nevada había bajado de intensidad por primera vez en dos días. El comisario, a pesar de su resistencia inicial, empezó a asociar la tormenta de nieve con el poder de la bruja a la que se enfrentaban. La disminución de la intensidad de la nevada sugería, quizá erróneamente, una disminución de sus poderes y de su influencia.

—¿A ti que te parece? —preguntó a Criid.

• • • • •

Estaban sentados al lado de la ventana de la recepción, tomando cafeína. Mabbon se había vuelto a dormir, y tanto Kolding como Jume parecían estar dormitando. Maggs seguía tumbado en el sofá, con los ojos abiertos de par en par.

Gaunt había pasado los minutos anteriores exponiéndole una idea a Criid.

—No es un gran plan —admitió el comisario.

—No lo es —confirmó ella.

—Es lo mejor que se me ha ocurrido.

—¿Confías en él?

—Le confiaría mi vida. Lo único que siento es que tengas que ir tú en mi lugar. Debo quedarme con el prisionero, y no podemos confiar en Maggs.

Ella asintió.

—Tiene sentido. Puedo llegar allí con rapidez.

—Necesitarás llevarte algunas ropas de los armarios del señor Jume.

—¿En serio?

Gaunt asintió.

—No lograrás pasar sin ellas. ¿Sabes lo que tienes que decir?

—Sé lo que tengo que decir. ¿Qué ocurrirá si no vuelvo por… por lo que sea?

—Seguiré estando allí.

Criid lo miró fijamente.

—Es un riesgo demasiado grande.

—El riesgo demasiado grande es no estar. Tenemos que lograrlo. Pueden producirse toda clase de factores que te impidan regresar. Estaré allí.

—¿Y si todo sale como una mierda de Feth?

—Ya me abriré camino —aseguró Gaunt.

• • • • •

Criid salió del estudio de la calle Carnation justo antes del amanecer con una pequeña bolsa en la que llevaba unos vestidos del fotógrafo. Gaunt la observó alejarse a la carrera por las calles vacías y silenciosas en las que había dejado de caer la nieve.

Deseó que aquel cese de la nevada fuese un buen presagio. Deseó volver a ver a Criid.

No confiaba en que ninguna de aquellas dos cosas se produjera.



VEINTICUATRO
REPULSE

Primero todo quedó a oscuras, y luego se produjo un chasquido cuando los hombres de Csoni invalidaron las contramedidas de seguridad del club y anularon los comunicadores.

—Una carga electromagnética, y un par de segundos con unos alicates pequeños —comentó Leyr, admirado, a regañadientes—. Nada demasiado sofisticado, pero saben lo que hacen.

Una luz roja invadió todo el lugar, y al apagarse el sistema de energía, los equipos de reciclado de aire se detuvieron. El ambiente se volvió caluroso y agobiante con mucha rapidez. Percibieron con claridad el olor de las alfombras empapadas en cerveza y los excrementos de los pinzones cantores. En el cuarto de monitores, las pantallas, que tenían sus propios circuitos energéticos, no dejaban de mostrar una estática parecida a la tormenta de nieve.

Puesto que para entonces había dejado de nevar fuera, Rawne lo consideró algo irónico.

Esperaron bajo la atmósfera roja a oír los sonidos de las puertas al ser forzadas.

El muelle de carga se daba por descontado porque habían visto por los monitores a los hombres que se acercaban. Desde allí también tenían acceso a toda la zona oriental del edificio.

—El techo —apuntó Leyr.

Meryn miró al explorador.

—¿Tú crees? —le preguntó.

Leyr miró a Elodie.

—Señora, ¿dónde se encuentra la caja principal de control de las cámaras y de los comunicadores?

—Detrás del tiro de la chimenea, en el tejado principal —le indicó ella.

—Bueno, ahí es donde se pusieron a trabajar con los alicates, así que también hay alguien en el tejado —confirmó Leyr.

—¿Hay claraboyas? ¿Accesos al tejado? —preguntó Varl.

—Se los enseñaré —se ofreció Elodie.

—No, sólo dile dónde están —decidió Daur con firmeza.

Elodie les explicó la distribución de la planta superior, y Varl se marchó con Cant.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora te estás callada de Feth —le soltó Meryn.

—¿Por qué?

—Porque él está escuchando —le replicó Meryn al mismo tiempo que señalaba a Rawne, que estaba al otro lado de la penumbra.

El mayor no era más que una silueta en aquella oscuridad rojiza. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

—Una sierra para metal —dijo por fin—. Portátil. En la puerta trasera. ¿Querrás

cubrirla, Meryn? Seguro que Leyr te ayuda.

Meryn asintió y se puso en pie. Leyr lo siguió con el gran rifle de cerrojo echado al hombro.

—Capitán —lo llamó Rawne.

—¿Sí, señor? —respondió Daur.

—Quizá podría llevarse a Banda para cubrir la parte delantera.

—Ahora mismo.

—¿Vas a quedarte ahí sentado y a dejar que nosotros hagamos todo el trabajo? —le preguntó Banda.

—No —aseguró Rawne.

Durante los preparativos para su golpe en Zolunder, inicialmente efectivo pero posteriormente desastroso, Rawne había estudiado todos los planos del lugar que habían caído en sus manos. Había hecho que Meryn, Varl y Cant visitaran el archivo del Munitorum de la avenida Regnuin Khan, y la Biblioteca de Arquitectos de la Oligarquía de la plaza Salpeder para solicitar los archivos públicos y así poder hacer copias en papel barato. Cant había mostrado una habilidad especial para copiar planos con una precisión casi pictográfica. Rawne incluso había conseguido un par de informaciones de los registros generales de datos de la ciudad.

Lo había combinado todo y había buscado coincidencias para así obtener el plano más actualizado y preciso del interior del club.

Lo había planeado cuidadosamente, y su pequeño círculo lo había ejecutado con la misma minuciosidad en el detalle con la que habría planeado cualquier operación. Había utilizado precisamente esa misma habilidad que lo había convertido en un mayor condecorado de la Guardia Imperial, la misma habilidad que lo había hecho meterse y salir de problemas en sitios tan particulares como la Doctrinópolis de Hagia, de Gereon, o de cualquier problema en general. Había calculado cuál era el mejor modo de entrar y el mejor modo de salir, además de cómo procurarse transporte y uniformes falsos.

No había hecho todo aquello para enriquecerse. Lo había hecho porque ya estaba en una fase de aburrimiento terminal.

Los planos más útiles los había conseguido en el Archivo de Reconstrucción de Balopolis, en el que quedaban registradas todas las remodelaciones, las reconstrucciones y los derribos. El puñado de edificios construidos por debajo del nivel de la calle que habían acabado convertidos en Zolunder, habían sido antaño un salón comedor de cierto éxito. Había sufrido el impacto de dos proyectiles antitanque durante la guerra, y la mayor parte del lugar se había quemado o había sido saqueado.

Rawne sabía cómo se había llevado a cabo la reconstrucción. Sabía que Zolunder conservaba el antiguo acceso de mercancías del salón comedor, lo mismo que el acceso frontal, y que se había añadido una puerta de servicio en la zona oriental durante la reconstrucción.

Urbano, o uno de sus socios de baja estofa, había cerrado y sellado la puerta de

servicio cuando se convirtieron en propietarios del lugar y lo transformaron en un club con el que pretendían sacarle los cuartos a la gente antes de venderlo de nuevo. Quisieron disminuir al máximo el número de puntos de entrada, lo que tenía todo el sentido desde el punto de vista de la seguridad. Era lo que Rawne hubiese hecho si hubiera sido el propietario del lugar.

Sin embargo, se trataba de una vulnerabilidad latente. En realidad, Urbano y los suyos no habían tapiado el hueco de la puerta. Seguía allí.

Rawne se fijó en la puerta de servicio al estudiarlos planos antes de llevar a cabo aquella operación con la que pretendía espantar el aburrimiento, y pensó seriamente en utilizarla. Al final, había preferido utilizar otra opción, la de «Ban Daur es tan inocente que las palomas le anidan en la gorra».

Rawne sabía que nunca era inteligente subestimar a un adversario.

Estaba bastante seguro de que Lev Csoni, alguien a quien no conocía ni del que jamás había oído hablar, era todo un cabrón peligroso, y además, inteligente. Si Rawne sabía lo de la puerta de servicio, era seguro que Lev Csoni también lo sabía, suponiendo que tuviera el sentido común perruno con el que había nacido.

Rawne supuso simplemente por prudencia que Lev Csoni enfocaba el problema del Zolunder del mismo modo que él lo había hecho. Por eso tomó su arma y se dirigió a cubrir la puerta de servicio.

En el piso superior, Varl le indicó a Cant que se callara. Oyó a varios individuos moverse por el tejado haciendo ruidos furtivos como ratas, con sonidos de arañazos y de roces. A Varl le recordó de un modo bastante desagradable las galerías altas de Hinzerhaus, donde el Pacto Sangriento había salido del polvo de las montañas para lanzarse a la carga contra los muros y tomar por la fuerza las casamatas de metal. Se mantuvo preparado con la escopeta y mirando hacia arriba. Hacía un calor asfixiante en la oscuridad. Habría dado lo que fuera por un par de lentes de visión nocturna o una de las miras del Loco Larkin.

Apareció una luz delante de él. Una banda de color azul pálido empezó a bajar del techo, tan ancha y delgada como una hoja de papel. Fue como una visión celestial, un rayo de resplandor etéreo y fantasmal que bajaba de los cielos hacia la penumbra infernal del edificio sin aire.

Alguien había abierto una claraboya, y la suave y fría luz de la nevada penetraba en la oscuridad.

Cant también la había visto. Se puso a cubierto al otro lado del pasillo, frente a Varl, detrás de una jardinera interior sobre la que había un jarrón con un helecho muerto.

La banda de luz azul se ensanchó. Varl captó el primer atisbo del olor a nieve en el aire, un leve indicio en el calor asfixiante. Oyó un ruido sordo y la intensidad de luz aumentó considerablemente.

«Han levantado demasiado la claraboya», pensó Varl. Toda la nieve que tenía acumulada encima había acabado cayendo en el tejado. El panel de la claraboya había

estado totalmente tapado hasta ese momento.

Varl oyó al primer hombre que intentaba bajar. Captó la atención de Cant con un gesto y le indicó que esperara a tener al menos dos objetivos antes de disparar.

Una figura recortada contra el rayo de luz pálida y fría se empezó a mostrar a través del hueco de la claraboya. El intruso se esforzaba por ser sigiloso, pero, en realidad, estaba siendo tremendamente torpe. Era evidente que había alguien más en el tejado que lo estaba ayudando a bajar con una cuerda. Era la maniobra más torpe de Feth que Varl hubiera visto en mucho tiempo. Se dio cuenta de que, aunque se enfrentaban a unos individuos peligrosos y feroces, los Fantasmas no se las tenían que ver con unos soldados profesionales. Cualquier guardia o exguardia con experiencia habría sabido que el modo más rápido y silencioso para entrar por un lugar así habría sido dejarse caer sin soltarse del borde y luego saltar sin más para cubrir el resto de la distancia. La claraboya no estaba especialmente alta. Dejarse caer, agarrarse, y dejarse caer de nuevo. Rápido y sencillo, nada de aquella maniobra torpe. Colgaba y gruñía mientras las piernas se le balanceaban de un lado a otro intentando encontrar un asidero para el pie.

—¡Oh, por Feth! —exclamó Var—. Es demasiado vergonzoso ver una cosa así.

Alzó la escopeta y le disparó una vez al intruso. El sonido fue ensordecedor y el humo acre del fyceleno hizo que le picara la nariz. El individuo salió disparado hacia atrás con tanta fuerza que arrastró consigo al compañero que sostenía la cuerda por la que estaba bajando. Este atravesó el hueco de la claraboya enganchado a la cuerda y se dio con la cara contra el reborde interior con tanta fuerza que hasta Varl se encogió al verlo.

Los dos hombres aterrizaron en el suelo del pasillo formando un montón de extremidades retorcidas e inmóviles bajo la claraboya.

Varl movió la corredera de la escopeta para meter un nuevo cartucho en la recámara.

Entonces alguien, un tercer individuo al que ni él ni Cant habían detectado, empezó a acribillar el pasillo a través del techo con una ametralladora pesada.

Meryn y Leyr, posicionados frente al acceso de la puerta de carga, oyeron el sonido del tiroteo que se estaba produciendo en el piso de arriba. Los dos sabían que ni Varl ni Cant iban armados con una ametralladora pesada, el arma capaz de provocar aquel tableteo ensordecedor, pero no podían hacer mucho al respecto.

La pequeña sierra para metal acabó de cortar la cerradura de la puerta de la zona de descarga.

La pesada hoja se abrió deslizándose sobre las bisagras con un lento movimiento lateral. Alguien disparó una larga ráfaga de fuego láser a través del hueco abierto. Meryn y Leyr ya se habían puesto a cubierto detrás de unas gruesas paredes de refuerzo. Los disparos sólo hicieron saltar la pintura.

Una segunda ráfaga acribilló el lugar para hacer olvidar la anterior, y entró a la carga el primer intruso.

Leyr no disponía de ángulo de tiro contra el hueco, así que, en vez de eso, disparó contra la propia puerta. El enorme proyectil del rifle de caza impactó contra la superficie de la puerta y la impulsó con fuerza contra los atacantes. Meryn oyó unos cuantos gritos de dolor y algunas maldiciones. Uno de ellos abrió de nuevo la puerta de una patada, pero Meryn lo abatió con dos disparos del rifle láser antes de que su oponente ni siquiera tuviera tiempo de levantar el arma para apuntar.

Alguien del exterior lanzó una ráfaga mucho más sostenida de disparos láser a través del hueco de la puerta, lo que obligó a Meryn a ponerse a cubierto de nuevo. Los disparos abrasaron el aire muy cerca de su cara, casi rozándolo.

Leyr intentó repetir el truco de cerrar la puerta disparándole un proyectil de rifle, pero el cadáver del hombre al que Meryn había matado estaba bloqueando el umbral y la mantenía entreabierta.

Otra larga ráfaga de disparos cruzó la entrada. Leyr le hizo el gesto de «hazte el muerto» a Meryn. Ambos estaban envueltos por la oscuridad rojiza y las volutas de humo provocadas por los disparos y el polvo de ladrillo que se escapaban hacia el frío de la noche. El umbral de la entrada estaba iluminado por la luz suave y natural del mundo exterior que se abría al otro lado, un brillo gris que a Meryn y a Leyr les parecía tan radiante como la luz de la luna llena. Habían cerrado de forma instintiva los ojos cada vez que empezaban las ráfagas de disparos láser para disminuir al máximo la ceguera producida por el exceso de luz y de ese modo conservar la visión nocturna.

La puerta, probablemente empujada por el cañón de un rifle láser, empezó a abrirse poco a poco de un modo provocativo. Lo hizo con lentitud, como si sugiriera que estaba a punto de quedar al descubierto un objetivo. Era un truco muy viejo, y los dos fantasmas lo conocían. Era una artimaña para incitarlos a disparar y que así descubrieran sus posiciones. Un soldado joven o inexperto se habría sentido tentado de hacerlo, aunque no hubiese a la vista en realidad ningún objetivo. En cuanto disparara, revelaría el punto donde se encontraba.

Los enemigos que se encontraban fuera no estaban muy seguros de que las múltiples ráfagas sostenidas hubiesen matado a los defensores de la puerta, y querían estar razonablemente seguros de ello antes de entrar.

En aquellas circunstancias, tan sólo se trataba de resistir la tentación de efectuar aquel disparo prematuro. Uno tenía que permanecer inmóvil y en silencio diez o veinte veces más tiempo del que parecía conveniente. Había que esperar lo que parecía ser una eternidad mientras la sangre golpeteaba contra las sienes como el agua por un canalón. Era necesaria la paciencia de una estatua, la paciencia de un jugador profesional, de alguien capaz de mantener la calma más allá del momento en el que todo el mundo habría cedido o habría pedido ver las cartas.

Meryn y Leyr formaban parte del círculo de Rawne por dos razones principalmente. Una de ellas era que ninguno de los dos sentía una inclinación especial por seguir las normas y cumplir las ordenanzas. La otra era que ambos eran

unos excelentes jugadores de cartas.

Después de lo que pareció una eternidad, una eternidad en la que podrían haber nacido y perecido soles, o en la que podrían haber aparecido y haberse extinguido dinastías de saurios y de mamíferos, una silueta atravesó lentamente el umbral, negra y recortada contra el gris. Meryn y Leyr no se movieron.

Tampoco se movieron cuando apareció una segunda silueta. Ambas pasaron por encima del cadáver tendido en el suelo.

Apareció una tercera silueta.

Un excelente jugador de cartas sabe hasta dónde puede subir las apuestas.

El rifle de caza de Leyr retumbó como un cañón en la silenciosa oscuridad y derribó a la tercera silueta sobre el suelo del muelle de carga. El hombre simplemente desapareció, como si una descompresión violenta lo hubiera absorbido al otro lado de la puerta.

Meryn no desperdició la munición. El primer y el segundo individuo estaban en fila delante de él, y sabía que a esa distancia el disparo de un rifle láser atravesaría dos torsos con la misma facilidad con que atravesaba uno. No hacía falta disparar toda una ráfaga. Abrió fuego y abatió a los dos individuos de un solo tiro. Cayeron el uno sobre el otro en una postura desmadejada mientras manoteaban en vano buscando apoyo en su respectivo compañero.

Todo quedó en silencio. Nada se movió al otro lado de la puerta. Leyr movió el rifle lentamente y en silencio y metió en la recámara otro proyectil enorme.

Meryn y él se quedaron esperando de nuevo, sólo para estar seguros.

• • • • •

La roja puerta delantera del Zolunder saltó reventada de un puntapié por segunda vez en tres días. Banda y Daur dejaron entrar hasta el fondo del recibidor a los tres hombres y luego acribillaron la estancia con un fuego cruzado de disparos de rifle láser y de escopeta de combate. Todo aquello duró menos de diez segundos.

Banda avanzó por el pasillo que llevaba hasta la puerta de entrada mientras Daur le cubría la espalda. Caminó con la espalda pegada a la pared fría y la escopeta apuntando hacia el suelo. Evitó los cadáveres de los tres hombres tendidos en el suelo del pasillo. Uno de ellos todavía se estremecía en posición horizontal bajo el impulso de las últimas órdenes recibidas por los nervios ya muertos.

Sintió el frío aire nocturno en la cara y comprobó si quedaba alguien en la calle. No había nadie en la puerta delantera. Tan sólo se veían unas cuantas huellas en la nieve.

El fuego de ametralladora procedente del piso superior tableteaba con fuerza, del mismo modo que lo hacían las máquinas de coser de la textifactoría la noche que se

acercó allí para su entrevista de trabajo.

Sonaba mal.

A su espalda, en el pasillo helado, Daur oyó algo que le sonó mucho peor.

Un grito de Elodie.

• • • • •

Varl saltó hacia atrás para evitar la ráfaga de proyectiles que atravesó el tejado. Del techo del pasillo cayeron nubes de polvo de teja y de relleno aislante. Los disparos abrieron unos enormes agujeros desiguales en la alfombra. Disparó con la escopeta y abrió un tremendo boquete, por el que salieron los mismos restos que caían acompañados de la onda expansiva del proyectil. Varl intentó determinar los ángulos de disparo para así poder calcular desde dónde estaba disparando su oponente aquella arma capaz de abrir esos agujeros.

Cant abrió fuego a su vez con el viejo rifle automático, sin apuntar. Se limitó a vaciar todo el cargador en un barrido del techo.

Todo quedó en silencio cuando acabó de disparar. Al silencio sólo le acompañaron las nubes de polvo y la lluvia de restos que siguió cayendo del entramado de relleno. Cant se apresuró a cambiar el cargador sin darse cuenta de que ya había acabado con su enemigo.

El hombre de la ametralladora, acompañado de una buena cantidad de nieve y de un montón de tejas rotas, atravesó el techo cuando las vigas viejas y podridas que Cant había machacado con sus disparos finalmente cedieron por el peso. El pasillo se estremeció por, el impacto de la caída, y una fuerte bocanada de aire frío lanzó una parte del polvo contra sus rostros.

Varl tosió y escupió antes de disparar dos veces contra el cuerpo que yacía retorcido entre los escombros del tejado. El individuo probablemente ya estaba muerto, pero le había causado muchos inconvenientes a Varl y a éste le gustaba tomarse de un modo personal aquellos detalles.

Varl miró a Cant y lanzó otro escupitajo cargado de polvo.

—¿Lo ves? Cuando quieres los haces bailar el cancan, ¿verdad, Cant?

Cant sonrió.

—Sí, la verdad es que sí.

Rawne llegó a la puerta de servicio, pero estaba cerrada. No vio señal alguna de que alguien estuviera intentando forzarla desde fuera.

Se detuvo, algo confuso. Oía los disparos de los combates que se estaban produciendo por todo el local, sobre todo en el piso superior. Se quedó sorprendido. Estaba seguro de que el ataque principal se produciría por aquella puerta. Era lo que él hubiera hecho.

Quizá Lev Csoni no tenía realmente la inteligencia que él le había supuesto.

La puerta de servicio era en realidad una gran compuerta reforzada que se encontraba en la pared oriental del club. Estaba cerrada con unos grandes cerrojos que a su vez se mantenían inmovilizados mediante unos candados. Puesto que nadie la utilizaba, la zona que había delante de la misma se utilizaba para almacenar material, como las cajas de bebidas que se guardaban allí en ese momento.

Rawne entrecerró los ojos y miró con más atención. Habían retirado parcialmente las cajas de bebidas para que la puerta dispusiera de espacio para abrirse.

Las habían apartado para dejarlo todo listo. Encima de una de las cajas habían dejado las llaves de los candados.

Por fin lo comprendió. Lo vio con toda claridad.

Csoni esperaba que alguien lo dejara entrar.

Rawne tomó las llaves y decidió que bien podía ser él esa persona.

• • • • •

Xomat, el matón, tenía apretado el cañón de la pistola láser corta contra la garganta de Elodie. Los pinzones cantores habían enloquecido en el interior de sus jaulas y no dejaban de aletear frenéticamente igual que juguetes a los que les hubieran dado demasiada cuerda. Algunos se habían estrellado con tanta fuerza contra los barrotes de la jaula que habían quedado aturdidos y estaban tendidos en el suelo.

—Pero ¿qué haces? —le gritaba Elodie, que sentía el cañón del arma contra la garganta—. Pero ¿qué haces?

Había soltado a Xomat para que ayudara a los demás. Si Lev Csoni iba a por sus cabezas, iban a necesitar todas las armas que pudieran apuntar contra él y los suyos. Había arrancado la cinta que lo mantenía inmovilizado en la silla y él había escupido la mordaza que tenía metida en la boca.

—Estamos en esto juntos —le había dado tiempo a decir a ella. Era evidente que Xomat no pensaba lo mismo.

La había agarrado y la había inmovilizado retorciéndole el brazo mientras sacaba una pistola láser de cañón corto de un soporte magnético colocado debajo de la caja registradora del bar. Elodie no sabía que Urbano tenía guardada allí un arma de emergencia.

—Cállate —espetó Xomat.

La agarró con firmeza del cuello rodeándoselo con el brazo y subió el cañón del arma hasta la cabeza. Empezó a arrastarla hacia el pasillo que llevaba hasta la puerta de servicio.

—Pero ¿qué haces? —repitió Elodie forcejeando para soltarse. A pesar de la amenaza de la pistola, se negaba a cooperar con él—. ¡Por el Trono, Xomat! Ya sé que

te han atado, pero Csoni ha enviado un grupo de matones para liquidarnos.

—Lo sé —fue la respuesta de Xomat.

Elodie dejó de forcejear. Por fin lo comprendió.

—Serás hijo de…

Daur apareció en la puerta del salón opuesta a donde ellos se encontraban. Dejó caer el rifle láser al suelo y desenfundó la pistola. Quedaron uno frente al otro bajo la penumbra rojiza del salón sin luces.

Xomat cerró la presa sobre Elodie para acercársela más, tanto que ella tuvo que jadear para poder respirar. Se escudó detrás de ella con el cañón de la pistola pegado a su cráneo.

—¡Atrás! —ordenó.

Daur dio un paso hacia él y lo apuntó con la pistola en el brazo.

—Suéltala —contestó al matón.

Xomat le describió de un modo muy gráfico lo que podía irse a hacer, siempre que Daur consiguiera encontrar unos cuantos aperos agrícolas bastante específicos, algunas cabezas de ganado y ponerse en contacto con alguna mujer mayor de su familia.

—¡Está metido en esto! —logró chillar Elodie.

—¡Cállate! —le ordenó Xomat retorciéndole un poco el cuello con el brazo.

—¿Estás metido en esto? —le preguntó Daur—. ¿Qué eres, el infiltrado? Feth, debes de haberte cabreado mucho cuando aparecimos y te atamos a esa silla.

—Fue un contratiempo —admitió Xomat—. Puesto que no pude abrirle la puerta, Ley va a entrar por las malas, y eso quiere decir que vosotros vais a salir metidos en bolsas de cadáveres.

—Si Lev intenta entrar por las malas, habrá cometido el peor error de su vida, así que será mejor que la sueltes. Ya.

Xomat hizo un movimiento negativo con la cabeza y la apretó más contra sí.

—Vas a dejarme pasar o le pegaré un tiro en la cabeza.

Daur se encogió levemente de hombros.

—Bueno, la verdad es que tampoco significa tanto para mí, así que eso no representa una amenaza de verdad. Haz lo que quieras.

Elodie abrió los ojos de par en par.

—¡Lo digo en serio! —lo amenazó Xomat.

—Yo también —respondió Daur. Cerró un ojo en gesto de afinar la puntería—. De hecho, ella no importa mucho. Podría pegarte un tiro a través de ella y acabar con todo esto. Nos entrenan para eso, ¿no lo sabías? Es cosa de los especialistas tiradores. Sé dónde se encuentran las zonas más blandas del cuerpo, donde hay menos tejido denso. Podría dispararle a una zona así y entonces el tiro la atravesaría limpiamente y te daría a ti. Sería lo mismo que si te hubieses escondido detrás de una cortina.

—¡Déjame pasar! —aulló Xomat.

—En las tripas, por ejemplo —continuó Daur, y bajó un poco el arma.

—¡Por el Trono! —gimió Elodie.

Xomat rugió y movió el arma para apuntar a Daur.

Este disparó una vez.

El rayo láser le reventó la frente a Xomat y lo derribó de espaldas. No soltó a Elodie, por lo que ella cayó con él.

Daur se le acercó corriendo y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Las zonas blandas? —le gritó ella.

—¡Tranquila! ¡Tranquila!

—¿No significo nada para ti?

Elodie lo miraba con los ojos abiertos de par en par por la furia que sentía. La conmoción todavía no había llegado. Tenía manchas de sangre en un lado de la cabeza por la muerte explosiva que había sufrido Xomat.

—¡Escúchame! —le respondió Daur mientras le limpiaba las manchas de sangre—. Tenía un buen disparo contra su cabeza, justo por encima de tu hombro. Sólo tenía que lograr que apartara el arma de ti para evitar la posibilidad de que apretara el gatillo en un espasmo de muerte cuando le pegara el tiro. Tenía que hacer que me apuntara.

—¡Me ibas a disparar a mí también!

—¡No iba a hacerlo!

—¡Dijiste que ibas a hacerlo!

Ban Daur se dio cuenta de que estaba demasiado afectada como para que prestara atención a ninguna de aquellas explicaciones y se calmara. Así que la besó.

Rawne corrió el último de los cerrojos y abrió la puerta de servicio. Los tres hombres que estaban esperando en el exterior avanzaron en su dirección, pero se detuvieron de repente.

Rawne los estaba apuntando de un modo confiado pero seguro con su baqueteado rifle láser del Pacto Sangriento. Los tres iban armados, pero todos se dieron cuenta de que la decisión de alzar sus armas sería algo terminal para su salud.

—¿Quién de vosotros es Lev Csoni? —preguntó Rawne.

Sabía muy bien que era el individuo ligeramente calvo de rostro enrojecido que estaba en medio, porque lo había reconocido como el que la chica, Elodie, había señalado en la cinta pictográfica. Sin embargo, se sentía con espíritu juguetón.

—Pues… yo —contestó Csoni.

—Has elegido una noche muy, muy mala para hacer esto, Csoni —le dijo Rawne, y disparó a los otros dos hombres.

Csoni se puso blanco y empezó a temblar.

—Tira el arma —ordenó Rawne.

Csoni se apresuró a obedecer.

—Y ahora, arrastra a esos dos hasta dentro y echa los cerrojos.

Csoni hizo todo lo que le había ordenado. Cuando terminó, miró a Rawne.

—¿Quién eres? —preguntó.

—En marcha —ordenó Rawne al mismo tiempo que le indicaba con un gesto del rifle que se moviera.

Lo hizo entrar en la sala de juego. Varl había reconectado la energía desde el tejado y las luces se estaban encendiendo poco a poco. Rawne oyó que el sistema de reciclado de aire también se ponía en marcha, y notó cómo desaparecían el olor a miedo y sudor, al humo de los disparos, a sangre y a excrementos de pájaro. El aire comenzó a enfriarse.

Banda estaba vigilando la puerta principal. Daur estaba consolando a Elodie en el bar. Alzó una ceja. Sabía exactamente adónde podía conducir a un hombre consolar de ese modo.

Leyr entró procedente de la parte trasera.

—La retaguardia es bastante segura. Tenemos la puerta bloqueada de nuevo.

—¿Y no queda nadie muerto tendido fuera? —preguntó Rawne.

—Por el Trono, ¿quiénes sois? —musitó Csoni.

—Metimos a todos los fiambres antes de cerrarla —confirmó Leyr. Rawne asintió.

—¿Nadie perforado?

—Varl y el chaval han dicho que están intactos, así que no.

—¿Para qué banda trabajáis? —preguntó Csoni con voz implorante—. No sois gente de Urbano. Mirad, os puedo pagar. ¡Os puedo pagar mucho!

—¿Por qué éste sigue con vida? —preguntó Banda desde el acceso delantero señalando con un gesto del mentón al prisionero de Rawne.

—Es un colateral —explicó Rawne.

—Por favor, ¿para qué banda trabajáis? —insistió Csoni.

—El Primero y Único de Tanith —contestó el mayor.

Csoni parpadeó.

—¿Cuál?

—¿Qué quieres decir con eso de que es un colateral? —quiso saber Daur.

Rawne se encogió de hombros.

—Csoni, ¿cuál es la palabra que has utilizado?

—¿Banda? —apuntó Leyr.

Rawne se sentó en el bar y se sirvió una copa de sacra.

—La banda de Csoni decidió que ésta era la noche en la que iban a apoderarse del Zolunder. Así pues, y esto sólo es una suposición mía, porque no tengo ni idea de los recursos de los que disponen, si resulta que no regresan, entonces es posible que la banda envíe a otro grupo para atacarnos, y luego otro, y quizá incluso otro, y francamente, para entonces ya estaré muy cabreado. Por eso vamos a dejar con vida al señor Csoni por si necesitáramos algo con lo que negociar. Leyr, ata a este mierda a esa silla. ¿Señora? —Rawne miró a Elodie.

—¿Qué?

—Por favor, a éste no lo suelte, ¿vale?

Elodie asintió.

Rawne tomó un sorbo de sacra y en los labios le apareció la sombra de una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Banda.

Rawne dejó escapar un suspiro.

—Pensándolo bien —empezó a decir mientras sostenía el vaso en alto para ponerlo al trasluz—, todo este asunto de Feth ha sido una mala idea. Lo sé. Lo reconozco. Admito mi error. La idea, la estafa, que nos detuvieran, todo fue un lío de Feth desde el principio. Todos estamos metidos todavía en un sitio muy, muy oscuro, y el único rayo de esperanza que brilla a lo lejos es la luz que sale del culo de Viktor Hark. Estaréis de acuerdo en que es una perspectiva muy poco halagüeña.

Tomó otro sorbo de sacra antes de seguir.

—Sin embargo, ¿sabéis lo mejor? Si os paráis a pensar por qué hicimos todo esto, lo que nos impulsó a hacerlo… Feth, os lo diré: ya no estoy aburrido.

Nadie dijo nada.

—De hecho, me he divertido como hace mucho tiempo que no lo hacía.

Empezó a reírse. Leyr comenzó a reírse también.

Tras unos momentos, las risas se convirtieron en carcajadas, y Banda se unió a ellos.

Ni siquiera Daur pudo evitar sonreír.

Meryn entró en la sala.

—Y entonces entra Meryn y lo estropea todo —dijo Rawne. Las risas se fueron desvaneciendo.

—¿Cómo? —preguntó Meryn.

—Dinos las malas noticias —le ordenó Rawne—. Sé que van a ser malas noticias por la cara que traes.

Meryn señaló a Csoni.

—La bomba electromagnética de ese tipo se lo ha cargado todo.

—¿Qué?

—El transmisor no funciona. Hemos perdido el contacto con Aarlem, y creo que es de forma permanente.

• • • • •

Hark estaba roncando cuando Ludd le tiró de la manga.

—¿Qué? No estoy dormido, Ludd.

—Por supuesto que no, señor.

—¿Qué hora es? —preguntó Hark mientras se incorporaba.

El interior del templo estaba envuelto en la penumbra y sólo se veía con claridad

el brillo de los diales del comunicador y la luz que entraba a través de las ventanas.

—Es temprano, y tarde a la vez. Beltayn ha tomado el relevo de Rerval.

—¿Y algo va mal?

—Beltayn ha intentado ponerse en contacto con ellos a la hora convenida. Lo ha intentado seis veces a lo largo de esta última media hora. No ha habido suerte. La señal del mayor Rawne ha desaparecido.

• • • • •

Ana Curth se despertó con un sobresalto en mitad de la oscuridad más absoluta.

Se tranquilizó. Estaba en su camastro, en Aarlem.

Había soñado con Zweil y en cómo le contaría lo que le ocurría. En su sueño, él se negaba a creerlo. La negación era una de las etapas habituales.

Se levantó de la cama de su alojamiento privado, un lujo reservado sólo para los oficiales de mayor graduación. Gaunt se había asegurado de que tuviera uno. Sintió el suelo frío bajo los pies descalzos. Por fin había dejado de nevar. El cielo nocturno tenía un curioso color grisáceo y estaba lleno de nubes que se alejaban.

Había hablado con Dorden, y entre ambos habían llegado a la conclusión de que sería mejor que fuese ella quien se lo dijese. A Zweil le gustaba Curth. La trataba con afecto y consideración. Sería mejor ella para lo que tenían que decirle.

Pero ¿cómo hacerlo?

Ana Curth lo sabía todo sobre la negación, porque ella misma se lo había negado todo, incluida la esperanza de salvación, mientras estaba en Gereon. También sabía cómo se sentía uno ante una sentencia de muerte, porque Gereon casi la había matado.

¿Cómo podría decírselo al anciano ayatani y hacérselo entender? Se vistió y salió de su estancia.

Necesitaba algo que la guiara. Decidió ir al templo y sentarse para reflexionar. La tranquila oscuridad la relajaría y le permitiría pensar con claridad. No habría nadie en el templo a aquellas horas.

Abrió la puerta del templo, pero se detuvo en seco antes de entrar.

Hark, Beltayn y Ludd la miraron con una expresión culpable en sus rostros iluminados por el brillo que emitía el comunicador que habían colocado sobre uno de los bancos.

—Pero ¿qué…?

—Ah, vaya —dijo Hark mientras se ponía en pie—. Ana, esto va a ser un poco incómodo de explicar.

• • • • •

La tormenta había amainado por completo, y había dejado en ese vacío una quietud de espesa oscuridad, un vacío nocturno que se había tragado a toda la ciudad.

El cielo se había despejado y las estrellas aparecieron como copos de nieve inmóviles, pero la temperatura del aire había bajado tanto que los fluidos de los motores comenzaron a congelarse. A las Valkyrie y a las demás naves de rastreo se les ordenó que aterrizaran a esperar el amanecer antes de volver a despegar, y las unidades tanith de rastreo también recibieron órdenes de regresar a la Sección y prepararse para partir a primera hora de la mañana, algo que hicieron a regañadientes.

Los miembros de la philia siguieron su caza por las calles vacías del Barrio Viejo. Los hombres de Eyl exploraron todos los rincones de las cercanías del edificio en rehabilitación. Sus respiraciones se condensaban en el aire nada más salir de las rendijas bucales de las máscaras. Al igual que la noche, el rastro se había enfriado.

Eyl y la bruja se habían refugiado del tiempo en una casa cercana.

—Encuéntralo —le dijo a su hermana.

Ella se encogió de hombros. Estaba sentada en el suelo sobre el montón de tela que formaban las diferentes capas dobladas de su falda.

—¡No puedo! —susurró desde detrás de su velo.

Habían entrado juntos en la casa. Era un lugar corriente, una simple residencia en una calle secundaria, el hogar de seis miembros de una misma familia y de sus dos sirvientes, todos encerrados por la tormenta de nieve.

Ulrike los había matado a todos. Como un demonio, cómo una furia, los había asesinado. Recordar su frenesí hizo que Eyl se estremeciera a pesar de que él mismo había cometido su cuota de atrocidades. Lo que lo inquietaba era la demencia con que lo había cometido, además del hecho de que Ulrike había sido capaz de hacerles cortes como tajos de espada con un simple movimiento de los dedos.

Se había derramado tanta sangre que con el frenesí adecuado, las paredes habían acabado pintadas igual que con una manguera a presión, y en el aire todavía flotaban moléculas de sangre. El interior de la casa estaba cubierto por una neblina rojiza.

Ulrike estaba intentando leer la sangre. Había destripado todos los cadáveres para poder ver los augurios.

Arrojó a un lado las tiras arrancadas de carne y pisoteó con furia el creciente lago de sangre.

—¡No consigo verlo! —chilló—. No consigo verlo. ¡Se está escondiendo de mí!

—¿Cómo puede hacer algo así? —le preguntó Eyl mientras la tomaba de las manos para calmarla—. ¿Es que también él es un brujo?

—No, no es más que un hombre —jadeó ella—. No hay brujería, no hay brujería.

Sólo parece conocer unos cuantos trucos.

—Tú puedes vencer esos trucos —aseguró Eyl mientras le acariciaba la parte posterior de la cabeza y la abrazaba—. Tú puedes pillarlo. Tú puedes hacer cualquier cosa.

—Lo sé. Sé que puedo hacerlo —asintió ella.



Veinticinco
La red se cierra

La noche casi había acabado ya. Las primeras manchas grisáceas del día habían comenzado a empapar el cielo. La noche fría y cristalina que había seguido a la tormenta de nieve había provocado la aparición de una neblina translúcida en la mañana que flotaba como el aliento de un demonio invernal sobre la ciudad silenciosa y cubierta de nieve. Desde la ventana del estudio de Jume la calle era un fantasma vaporoso.

«Fantasmas que se esconden en una ciudad fantasma».

Gaunt había sido incapaz de descansar después de que Criid se marchara. Había paseado por el estudio y por las estancias adyacentes mientras los demás dormían. Hojeó unos cuantos álbumes más de Jume y observó los rostros de aquellos que no volverían jamás a casa, como si ellos pudieran ofrecerle alguna clase de consejo o recomendación.

Pensó en lo que Criid le había dicho, y aquella tontería lo hizo sonreír de nuevo, pero también le hizo recordar a Slaydo, a los hyrkanios, y la puerta, por lo que la sonrisa no tardó en desaparecer.

Jume tenía una gran mesa de escritorio en la habitación adyacente a su estudio. Al igual que el resto de las estancias que no utilizaban de cara al público, estaba abarrotada de cacharros y bastante sucia. Gaunt se sentó y rebuscó entre las pilas de papel amarillento para distraerse. Había montones de cartas cerradas con lazos, hojas de comunicaciones, encargos y peticiones, con mensajes llenos de dolor enviados por viudas y familias angustiadas. Eran el combustible del negocio de Jume. Gaunt no tuvo muy claro sobre cómo debía de sentirse al respecto. No estaba convencido de considerar a Jume un carroñero que vivía de las pérdidas de los otros o si, en realidad, de un modo intuitivo, les estaba ofreciendo un cierto consuelo. El consuelo no era auténtico, pero quizá el efecto sí lo era.

A un lado de la mesa había un viejo rubricador manual ya desgastado, y junto al aparato, una gran pila de papeles que Gaunt supuso al principio eran facturas, o quizá anuncios.

Era algo completamente distinto. Se trataba de epitafios. Breves obituarios descriptivos donde se narraban los hechos heroicos de los diferentes muertos. Cada uno tenía su propio destinatario, y era obvio que Jume los había escrito de forma individual, distintos entre sí. Gaunt empezó a leerlos.

—Esos papeles son privados —dijo Jume.

Había entrado en la estancia al ver a Gaunt sentado en el escritorio. El comisario asintió, pero siguió leyendo.

—¿Cuánto cobra por cada uno?

—La cuestión no es el coste.

—Es un precio, no un coste —insistió Gaunt—. ¿Cuánto? ¿Una corona? ¿Dos coronas? ¿Cinco coronas por una descripción especialmente vívida o una mención en

el orden del día?

—Cobro dos coronas como precio habitual —admitió Jume.

—¿Y cuántos puede sacarse de una sentada? ¿Una docena? ¿Veinte? —quiso saber Gaunt mientras hojeaba los papeles.

Jume no le contestó.

Gaunt sostuvo en alto una carta.

—Jamás ha existido una puerta Cantical, pero es un buen nombre. —Señaló con un gesto otra carta—. En esta zona que menciona no se produjeron «feroces combates en el sexto día de batalla», porque los combates acabaron al cuarto día. ¿Y esta? El comandante de la unidad es toda una invención. Y en ésta se concede una medalla que ni siquiera existe. —Miró Jume—. Se lo inventa todo por dos coronas cada una. Es igual que los retratos. Se lo inventa todo.

—El contenido no importa —respondió Jume en voz baja—. ¿A quién le va a importar? ¿Quién va a saberlo? ¿Quién va a detectar la contradicción o a descubrir un error?

—Bueno… ¿yo, por ejemplo?

—Con el debido respeto, usted es la primera persona que en quince años ha entrado aquí y que realmente estuvo en Balhaut en aquellos días. Lo siento, señor, pero los detalles no importan. Para los desconsolados y los afligidos, los detalles no son ni remotamente importantes. Lo único que les interesa es un retrato hermoso de la persona que los ha dejado y, si eso ayuda, unas cuantas líneas que hablen de un buen carácter, del deber cumplido y del mínimo sufrimiento. Dos coronas, señor, es un precio muy pequeño para pagar semejante consuelo y felicidad.

Gaunt negó con la cabeza y dejó caer de nuevo los papeles en la mesa.

—Debo recordarle a mis soldados la próxima vez que entren en combate que los detalles no importan —musitó.

Jume soltó un bufido.

—Señor, creo que es usted bastante ingenuo. ¿Por qué cree que estaba tan ansioso por conseguir el encargo de hacerle el retrato?

—Me imagino que hubiera cobrado dos coronas por ello.

Jume se rio sin humor alguno.

—Esto es mi medio de vida, comisario coronel. Es mi sustento. Camino por una ciudad que casi murió en un planeta que casi murió recordando a los que murieron. Jamás llegué a conocer a los vivos. Jamás llegué a conocer a las personas que ganaron la guerra y que sobrevivieron a aquel infierno.

Gaunt no le respondió.

—Cree que lo convierto en algo trivial. Quizá sea así. Yo fabrico héroes. Nunca antes conocí a uno de verdad.

—No soy ningún héroe, Jume.

Jume se echó a reír.

—Si no lo es, que el Dios Emperador nos ayude.

• • • • •

—Agradezco tu comprensión en este asunto —le dijo Hark a Curth en voz baja.

Estaban de pie en el templo, observando cómo Beltayn y Rerval operaban el comunicador. No habían recibido señal alguna de Rawne desde hacía ya mucho tiempo. Estaba a punto de amanecer y la impaciencia se había convertido en irritación.

—Viktor, me sorprende que creyeras que iba a responder de otra manera —le contestó Curth—. Estuve en Gereon con Gaunt. Estuve en Gereon más tiempo que nadie. Comprendo las zonas grises de una cuestión como ésta mejor que nadie, y mi lealtad hacia Gaunt es absoluta. Podrías haber confiado en mí antes.

—No se trataba de una cuestión de confianza. No quería poner a nadie en una posición difícil a menos que fuera necesario.

—¿Cuánto tiempo más vas a concederles? —quiso saber Curth al mismo tiempo que señalaba con un gesto del mentón el transmisor.

Hark se encogió de hombros.

—¿Y si no logras ponerte en contacto con Rawne, qué más podemos hacer para ayudar a Gaunt?

—¿Te refieres aparte de desobedecer a los agentes de la Inquisición, a desobedecer órdenes directas y a salir por la fuerza de Fortaleza Aarlem si fuera necesario?

—Sin duda, ésas serían las opciones menos favorables.

—Pues entonces, no tengo ni idea.

• • • • •

Los cazadores imperiales salieron de la Sección en cuanto amaneció y se adentraron en una ciudad cubierta por una espesa capa blanca de niebla invernal. Esa misma niebla que volvía borroso el sol aumentaba su fulgor, por lo que creaba un brillo extraño y luminoso en el aire.

A menos de cuatro kilómetros de los imperiales, dentro del radio de rastreo previsto, los miembros de la philia recorrían una y otra vez la pequeña zona urbana que rodeaba el edificio en rehabilitación, afanándose como una manada de sabuesos siguiendo un rastro claro que hubiese desaparecido de repente.

Oculto en su escondite, Eyl sabía que no les quedaba mucho tiempo. Tenían que cumplir la misión antes de que se les acabara la suerte. Cada vez que Karhunan o uno de los demás regresaba a la casa para informar de forma negativa, el sufrimiento de Eyl aumentaba.

Su hermana estaba atareada en la habitación posterior de la casa. Llevaba toda la noche realizando desagradables ritos hechiceros en una estancia llena de cadáveres que apestaba a sangre. No había dejado de oír sus chillidos y gemidos cuando un fracaso seguía al otro.

Lo llamó justo después del amanecer. Entró en la habitación de los cadáveres vio que su hermana había desplegado el mapa del centro de Balopolis y de la Oligarquía, el mapa que les había proporcionado Valdyke y que ella había utilizado para señalarles la Sección. Lo había extendido en el suelo y estaba empapado de sangre.

—¿Lo has encontrado?

—No —le contestó con un susurro, e hizo un gesto negativo con la cabeza detrás del velo—. No puedo verlo en absoluto.

Señaló un pequeño punto del mapa que curiosamente había quedado libre de todas las manchas de sangre.

—Pero sí que puedo ver dónde no puedo ver.

• • • • •

Criid se acercó a su objetivo mucho antes del amanecer, en el momento del cambio de frío helador a niebla fantasmal. Gaunt le había dicho que no tenía mucho sentido acercarse antes de media mañana.

Las calles cubiertas por una espesa capa de nieve estaban en silencio, aunque en aquella parte de la ciudad había más actividad que en las avenidas sobrenaturalmente vacías del Barrio Viejo, todavía bajo el hechizo de disformidad del Pacto Sangriento.

Dio un par de vueltas alrededor del objetivo para estudiarlo y luego buscó un sitio donde descansar. Había una pequeña capilla pública dedicada a la santa Sabbat en una esquina cercana, y Criid descubrió que era el tipo de sitio que siempre estaba abierto a todas las horas del día.

Empujó la pesada puerta de madera y se escapó del tremendo frío de la noche vacía. El lugar era antiguo y estaba descuidado, construido con muros de piedra y vigas de madera. La pintura del techo casi había desaparecido. Los globos luminosos de la nave se habían quedado encendidos y brillaban con una suave luz amarilla. Las últimas velas votivas encendidas el día anterior estaban ya apagándose en el soporte metálico colocado delante de la efigie de la santa.

Criid se acurrucó en una de las plateas del coro y utilizó la bolsa donde llevaba la muda de ropa como almohada. Logró disfrutar de un par de horas de sueño intranquilo.

Cuando se despertó, la capilla estaba bañada por una luz blanca y suave. Ya había salido el sol que había traido con él la niebla, y una extraña y difusa luz blanca atravesaba las vidrieras de la capilla.

Recogió la bolsa y se dirigió hacia las pequeñas estancias que había en la parte trasera de la capilla donde los sacerdotes ayatani guardaban los sacramentos y algunos de los códices sagrados. Era un lugar tenebroso lleno de telarañas, y era obvio que no se utilizaba mucho. Encendió un globo luminoso y se desvistió para ponerse las ropas de la bolsa. Toda aquella vestimenta procedía de los armarios del señor Jume, lo mismo que el ajado estuche de maquillaje. Criid no recordaba la última vez que se había tenido que pintar la cara con pintura que no fuera de camuflaje. No era precisamente un talento que hubiera desarrollado mientras crecía, y estaba preocupada ante la posibilidad de excederse y acabar pareciéndose a uno de aquellos terribles travestidos castrati que aparecían en el Cirque du Khulan. Dejó el estuche de maquillaje a un lado, sin abrirlo.

Jume la había ayudado a escoger las prendas. Al parecer, los mejores vestidos de luto para las viudas estaban confeccionados con bombasí, crepé y encajes. Criid había acariciado la seda negra de uno de los vestidos que Jume le había mostrado, y pensó en lo irónico que era que estuviera escogiendo uno para poder fingir ser una viuda, cuando ella sentía que lo era desde la liberación de Gereon.

Jume le había sugerido un vestido concreto de color morado oscuro, que, según él, indicaba un luto moderado. El cambio de color de negro a morado indicaba que el periodo de luto ya había superado los tres años. La viuda ya no estaba obligada a llevar puesto un velo todo el tiempo, y podía ponerse algunas joyas no demasiado ostentosas. Otra variación en el luto con el cambio de ese color al malva indicaba que había pasado otro año y que volvía al mundo.

Criid se puso el vestido de luto moderado y los zapatos y guantes que Jume había escogido para ella. Luego el velo. Decidió que la viuda sentía tanta pena todavía que no tenía tiempo para frivolidades como el maquillaje, de modo que no se pintó.

• • • • •

El comisario Blenner acababa de sentarse a su mesa habitual cuando le anunciaron que tenía una visita.

Era una mañana terrible, con la nieve todavía espesa en las calles y una niebla infernal semejante al humo de la artillería, y todo rematado por el par de días que la ciudad llevaba sumida en la confusión. Había oído rumores terribles sobre ciertos problemas en la Sección que habían obligado a sellar todo el centro de la ciudad.

Al menos, la tormenta de nieve se había acabado. Blenner no soportaba la comida de los barracones, por lo que le pagó a su conductor la bonificación habitual para que lo llevara a través de la lobreguez de la ciudad hasta el Mithredates para tomar un desayuno tardío de pastel de tanzato y una cafeína bien fuerte.

Apenas había nadie en el salón. El personal, con sus uniformes de colores carmesí,

negro y dorado, pareció alegrarse de tener algo que hacer, y su desayuno llegó en un tiempo récord.

—Tiene una visita —dijo el maitre mientras cogía la servilleta.

—¿De verdad?

—Se trata de una señora.

—Vaya suerte.

—Ha preguntado específicamente por usted.

—Así son las cosas. —Blenner se limpió los labios con la servilleta—. ¿Por casualidad dijo cómo se llamaba?

El maitre asintió.

—Dice que usted conoció a su marido, señor. Se llamaba Vergule.

—¿Vergule? Ni siquiera sabía que estaba casado. Bueno, no importa. Muy bien, acompáñela a mi mesa.

—Señor, siento recordarle que las damas no pueden entrar en las estancias principales del Mithredates —le dijo el maitre—. Sin embargo, si el señor lo desea, puedo hacer que la lleven a la sala de día para que pueda recibirla allí.

Blenner bajó la mirada al desayuno que apenas había tocado todavía.

—Bueno, está bien —asintió mientras echaba la silla hacia atrás para levantarse—. ¿Podría llevarme cafeína a esa sala? Ah, y también el carrito de los postres.

• • • • •

—Señora, soy Vaynom Blenner. Me siento honrado por su visita.

La viuda llevaba la cara tapada por un velo. Estaba esperándolo al lado de las ventanas de la sala de día, más allá de las cuales se desplegaba una blanca mañana fantasmal. Los camareros trajeron una bandeja con cafeína y una mesa rodante con pasteles y postres.

—Comisario Blenner, me alegro de que haya querido verme.

—Es un placer. Conocía bien a su marido, y lamenté mucho su muerte. Supongo que lo que la trae a Balhaut es su funeral.

—Así es, pero no es eso lo que me ha hecho venir a visitarlo.

Blenner le ofreció una silla.

—¿Quiere algo de beber?

—No, gracias.

Ella esperó a que el personal del club saliera de la estancia.

—¿Quizá algo de comer entonces? —Blenner señaló la mesa rodante—. El crustuko está especialmente bueno.

«Olvidare del crustuko —pensó Criid—. Fíjate en el sepís de almendra. Eso sí que es glorioso».

—Gracias, pero no —renunció a regañadientes.
—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla? —quiso saber Blenner.
—No soy yo quien necesita su ayuda, sino un amigo común.
—Por supuesto. ¿Quién?
—Ibram Gaunt.
Blenner la miró fijamente.
—¿Ibram?
—Así es.
—Bueno, ¿y qué es lo que le ocurre?
—Gaunt se encuentra en una situación muy difícil. Usted es la única persona a la que puede pedirle ayuda. Yo tan sólo soy el modo de ponerse en contacto con usted.
—No es usted la viuda de Vergule, ¿verdad?
—Me llamo Criid. Soy una de los Fantasmas.
—¿Tanith?
—No, verghastita.
Blenner se recostó contra el respaldo de la silla.
—Mire, esto me parece bastante tonto. ¿Es que Ibram me está gastando alguna clase de broma pesada? Porque ya le digo que no le pega nada.
—No es ninguna broma —le aseguró Criid—. Ha sido necesario este pequeño subterfugio, y le pido disculpas por ello, pero tenía que encontrar el modo de llegar hasta usted.
—¿Cómo sé que esto no es alguna clase de truco? —quiso saber Blenner, que se mostraba realmente inquieto al respecto.
—Gaunt me envía. Me dijo que le contara que el día que se conocieron usted le mintió sobre su padre…
Blenner soltó un bufido. Aquello era absolutamente cierto. Hacía ya casi una vida, en la schola progenium de Ignatius Cardinal, dos chicos pequeños en un pasillo con corriente de aire.
—Muy bien. ¿Qué es lo que está pasando?
—Lo explicaré del modo más simple que pueda —anunció Criid, y se calló un momento—. Pero antes tengo que hacer algo.
Se puso en pie y se sirvió una gran ración de sepis. Luego se sentó de nuevo, se levantó el velo y, ante la mirada divertida de Blenner, empezó a comer.
—Bueno, ¿en qué se ha metido Ibram ahora?
Ella se lo contó mientras comía el pastel, y le detalló todo lo ocurrido a lo largo de los dos días anteriores con toda la sencillez y la claridad que pudo. La mirada divertida de Blenner se transformó en una de asombro, para pasar luego a parecerse a lo que, para preocupación de Criid, era puro miedo.
—¿En Balhaut? ¿El Archienemigo está presente en Balhaut de forma activa? —preguntó finalmente Blenner.
Criid asintió. Blenner se había puesto pálido. También él se había servido un trozo

de sepis mientras ella hablaba, pero después de oír todo lo que tenía que contarle no mostró interés alguno en comérselo.

—Esto es muy serio. Hay que informar a la Sección.

—No.

—¡Por el amor del Trono!

—¿Es que no me ha estado escuchando? No hay nada seguro, No sabemos el alcance de la infiltración del enemigo. Gaunt tan sólo puede confiar en la gente que conoce personalmente. Necesita reunirse con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, con usted, señor. Usted y quizá un pequeño grupo de guardias de su regimiento en los que usted confíe. Necesita una escolta del tamaño de una escuadra de combate.

—¡Oh no, esto va de mal en peor!

—Y un transporte —añadió Criid.

Blenner se frotó la frente y se pellizcó el puente de la nariz.

—Este hombre me va a matar. Esto es típico de sus tonterías. Me parece que lo mejor será ir directamente al comisario general y…

—Si ésa es su decisión, señor, no saldrá de esta habitación.

Blenner se quedó callado unos momentos.

—¿Cuándo quiere que nos reunamos?

—A las cuatro en punto.

—¿Dónde?

—Me dijo que usted sabría dónde. Me dijo que usted conocería el lugar que él se había asegurado de que no estuviera allí.

—¿Qué? ¿Y además, acertijos?

—Eso es exactamente lo que me ordenó que le dijera.

Blenner se puso en pie al mismo tiempo que dejaba escapar un largo suspiro.

—Será mejor que venga conmigo a los barracones de mi regimiento. Lo pondré todo en marcha.

Salieron de la sala de día y bajaron por las escaleras, uno al lado del otro, en dirección a la entrada principal del club. Blenner miró a su alrededor en el vestíbulo para pedirle a un camarero que avisara a su conductor.

Un hombre se les acercó. No llevaba el uniforme del club.

—Comisario Blenner.

Era una afirmación, no una pregunta.

—¿Qué ocurre?

—Su relación con Ibram Gaunt está registrada. Lo tenemos bajo vigilancia desde ayer.

Criid empezó a retroceder. Se había bajado el velo de nuevo antes de salir de la sala de día. Bajó la mano hacia donde tenía el cuchillo pegado con esparadrapo al muslo, por debajo de la tela de bombasí.

—¿Quién coño eres? —le preguntó Blenner al individuo.

—Creo que ha llegado el momento de que lo interroguemos —respondió el individuo. Luego miró a Criid—. A su amiga también.

Otros dos individuos se les habían acercado por detrás procedentes del guardarropa. Criid se dio cuenta horrorizada de que tenían el mismo rostro que el primer individuo.

—Me llamo Sirkle —se presentó al mismo tiempo que les enseñaba su insignia de la Inquisición—. No intenten resistirse.



Veintiséis

Un lugar que no está ahí

Las Valkyrie del inquisidor se habían visto obligadas a permanecer en tierra debido a la deslumbrante niebla que cubría la parte superior de Balopolis y de la Oligarquía como una capa ártica de medio kilómetro de espesor.

La maniobra de barrido imperial, con los exploradores tanith en cabeza, trasladó su eje de atención de las rutas centrales de la ciudad a lo largo de las avenidas principales que iban de este a oeste, al laberinto de calles y callejuelas estrechas de la zona norte del Barrio Viejo. Recorrieron de un modo lento y meticuloso las líneas de edificios y hacinamientos de habitáculos y buscaron en los sótanos, en los sumideros inferiores y en las parcelas de cultivo municipales que se encontraban en estado de semiabandono sobre sus plataformas de irrigación situadas por encima de las autovías. El suelo estaba completamente blanco, cubierto de una nieve que apenas había sido hollada, y el aire también restallaba con el color blanco intenso de la niebla perlada. En algunos puntos la visibilidad se reducía a unos veinte metros.

Kolea y Baskevyl avanzaban con la fuerza principal detrás de la línea de exploradores. Se mantenían cerca del camión que llevaba el transmisor y que avanzaba al paso de los soldados. El vehículo vomitaba de vez en cuando unos grandes chorros de humo amarillo por los tubos de escape verticales que se mezclaban con la niebla blanca.

El frio hacía que los ojos les lagrimearan y la piel de las mejillas se quemara. La nariz de Kolea se había puesto roja, algo que a Baskevyl le había parecido adecuado mencionar en varias ocasiones. Por su parte, Kolea no hacía más que comentar una cafeína especialmente buena que había tomado en un comedor que había acabado frecuentando y que se encontraba en el lado de Aarlem del río. Los dos sabían que estaban hablando por hablar, y que aquel parloteo sin sentido entre dos individuos que se habían convertido en buenos camaradas y amigos a lo largo de los cinco años que habían pasado desde que ambos regimientos se habían unido era lo único que evitaba que comenzaran a gritar por la frustración que sentían.

La tensión se había hecho insoportable. El avance se había vuelto extremadamente lento. Cada hora aproximadamente se acercaban por turnos a la línea de exploradores y caminaban junto a Mkoll, a Bonin o a Jajjo durante un rato, tan sólo para ver cómo iba todo. La frustración también era palpable allí. Ni Kolea ni Baskevyl habían visto jamás a los famosos exploradores tanith tan perdidos. Ambos habían notado lo que se podía considerar una furia impotente en la mirada de Mkoll.

—La nieve nos está mintiendo —había dicho a ambos en ocasiones distintas.

Aquellas palabras los hicieron temblar. La habilidad de rastreo del jefe de los exploradores tanith era legendaria. Era algo que se consideraba casi sobrenatural. Si alguien estaba logrando engañarlo, si alguien estaba nublando su capacidad y sus agudos sentidos, sin duda tenía que ser algo realmente sobrenatural.

La maldición venenosa de la brujería de disformidad pesaba en aquellas calles

antiguas.

Debido a su cercanía a las zonas de búsqueda, se habían movilizado varias escuadras de soldados del Primero de Kapaj procedentes de Fortaleza Oligarquía para que ayudaran en la búsqueda. Los soldados, todos jóvenes con la constitución robusta y la piel de tonalidad olivácea propias de los kapaj, iban de una casa a otra a lo largo del perímetro de búsqueda con diligencia y eficacia. Llamaban a las puertas y mostraban a los residentes las pictografias de Gaunt para ver si lo reconocían y para preguntarles si habían observado algo inusual.

Baskevyl y Kolea también charlaron sobre el comportamiento tan poco corriente que estaban teniendo los residentes de la zona. Los kapaj tenían que llamar a menudo dos y hasta tres veces para que alguien les abriera la puerta, y los residentes se mostraban cautos y desconfiados. No resultaba raro ver en las ventanas superiores de los edificios por los que pasaban las caras pálidas de la gente que se asomaba para mirarlos. Las familias se habían encerrado en sótanos y bodegas para refugiarse, igual que habían hecho en tiempos de guerra. Los propietarios de tiendas y de comercios habían cerrado las puertas y se habían escondido en la parte de atrás de sus locales. Por lo que parecía, nadie había visto ni oído nada desde que comenzó a nevar.

—No es raro que nieve aquí, ¿verdad? —preguntó Baskevyl. Kolea negó con la cabeza.

—Es normal. Forma parte de esta estación. Creo que como mínimo ha nevado otra vez desde que llegamos.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo se comporta como si fuera el fin del mundo? ¿Por qué se esconde toda esta gente? ¿Por qué están las calles vacías? —preguntó Baskevyl en voz alta.

Kolea no supo qué contestarle.

Algo de lo que Kolea y Baskevyl no hablaban era del regimiento kapaj. El Primero de Kapaj era de nueva creación, nada excepcional en sí, y razonablemente prometedor. A Gaunt lo habían destinado al regimiento como instructor visitante, como parte de sus funciones durante su retiro en Balhaut. Se había encariñado con ellos y se tomaba sus responsabilidades de tutor con mucha seriedad. Los visitaba dos y tres veces a la semana. En ocasiones incluso se llevaba a los oficiales superiores tanith para que se reunieran con los jóvenes kapaj, ninguno de los cuales había entrado en combate todavía, y les contaran los detalles reales de la guerra. Baskevyl había estado dos veces con Gaunt en Fortaleza Oligarquía, y Kolea, tres.

Se habían extendido ciertos rumores sobre la posibilidad de que a Gaunt le dieran el mando definitivo del Primero de Kapaj. Era un regimiento con un total de casi quince mil efectivos. Alguien había iniciado el rumor de que los kapaj iban a ser el billete de subida de Gaunt al rango de general, o de incluso mariscal general, un peldaño importante en la escalera que llevaba a una posición en el estado mayor, como una gobernación militante o un mariscalato de la Guardia. El Primero de Kapaj sería su nuevo Primero y Único. Aquel rumor también sugería que si Gaunt

conseguía ese ascenso, el regimiento tanith acabaría dividido en diferentes grupos de especialistas dedicados a supervisar el entrenamiento o a operar como consejeros de apoyo a la formación. Ese era el motivo por el que habían retirado a los Fantasmas a Balhaut: para proceder a un desmantelado progresivo de los mejores recursos y bazas del regimiento.

Gaunt se había enterado del rumor y había aprovechado una cena de oficiales superiores, una semana antes, para desmentirlo con tanto humor y tanta falta de respeto por el sistema de escalafones que todos los asistentes, incluidos Baskevyl y Kolea, se habían retorcido de la risa.

Ninguno de los dos quería hablar de los kapaj porque les recordaba a Gaunt. No eran un tema de conversación porque no resultaban lo suficientemente insulsos. Estaban demasiado cargados con recuerdos de su comandante desaparecido y de posibilidades futuras. En aquellas calles hostiles del Barrio Viejo, cubiertas por la niebla, donde se podían sentir los cristales de hielo en la lengua y un frío que los envolvía como un cuchillo, ya no había futuros posibles, excepto que uno de aquellos habitáculos mohosos albergara una voluntad de hierro.

Kolea le dio un par de golpecitos en el brazo a Baskevyl, y éste se volvió. Un camión blindado de ocho ruedas había salido de entre la niebla para incorporarse a la retaguardia de la formación de búsqueda. Había hecho parpadear los faros cuando se colocó detrás del camión de comunicaciones.

—Mira —señaló Baskevyl.

Delante de ellos, uno de los aparentemente numerosos secuaces llamados Sirkle había avisado a su señor de la aproximación del camión. El inquisidor Handro Rime se dio la vuelta y empezó a acercarse al camión negro.

Kolea y Baskevyl cambiaron de dirección para interceptarlo, pero el comisario Edur llegó antes.

—¿Alguna novedad? —preguntó a Rime mientras caminaba hacia atrás al paso de inquisidor para mantenerse a su lado sin dejar de mirarlo a la cara.

—Puede —fue la respuesta del inquisidor.

—¿Quién va en ese camión, inquisidor?

—Personas relevantes para esta investigación —contestó con sequedad Rime.

—¿Va a revelarme alguna identidad?

—Por favor, apártese del camino del inquisidor —le advirtió uno de los sirkles.

—Déjelo. El inquisidor y yo tenemos un acuerdo, ¿verdad, señor?

Rime se paró en seco y miró fijamente a Edur.

—Cuando esto acabe, Edur… —empezó a decir.

—¿Qué? —Interrumpió Edur con un guiño—. ¿Me va a invitar a cenar? No sé… No soy de ese tipo.

Rime soltó en voz baja una maldición cargada de furia. Uno de los sirkles dio un paso en dirección a Edur.

El comisario puso de inmediato una mano en la empuñadura de su pistola.

—Ah, ah. Un acuerdo. ¿No lo habrá olvidado? —le recordó Edur.

—¿Quién va en ese gran camión negro, inquisidor? —le preguntó Kolea cuando él Baskevyl llegaron a su altura.

—Sí, inquisidor, ¿quién va en ese gran camión negro? —repitió Edur.

—Se lo diré en cuanto haya acabado el interrogatorio —respondió Rime antes de abrirse paso entre ellos.

—Es un tipo amistoso —comentó Kolea.

—Unos modales encantadores —añadió Baskevyl.

Edur contempló cómo Rime se alejaba. Uno de los sirkles abrió la rampa posterior del camión y Rime se subió a la parte trasera.

—Es muy posible que esto acabe poniéndose bastante feo —apuntó Edur.

—Por mí vale —contestó Kolea.

—Sólo tiene que decir cuándo —declaró Baskevyl.

—Las cosas feas son las que mejor se nos dan.

• • • • •

—Me llamo Rime —se presentó el inquisidor después de subirse al camión, mientras se sentaba en uno de los asientos metálicos de rejilla.

—¿Qué le rime con qué? —preguntó Blenner.

—¿Cómo?

—¿Qué le rime con qué? —repitió Blenner.

—No me ha entendido. Me llamo Rime. Handro Rime, de la Inquisición.

Abrió una gruesa cartera de cuero y les mostró su placa.

—Oh, perdone.

Apenas circulaba el aire en la parte trasera del camión. El grueso comisario, que se consideraba muy ocurrente, ya estaba sudando. La viuda con velo que estaba a su lado no dijo absolutamente nada.

El enlace de datos ya le había dicho más a Rime sobre Vaynom Blenner de lo que éste habría querido divulgar jamás. Un sirkle en el Administratum de Balopolis había sacado la hoja de servicio de Blenner y se la había enviado al sirkle encargado de vigilarlo en el Mithredates.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó Rime.

—La verdad es que ni siquiera sé dónde es «aquí», así que el «por qué» es un enigma completamente distinto.

Rime intentó determinar si Blenner no era más que un idiota o si estaba practicando alguna clase de juego muy inteligente. Criid, que se encontraba sentada al lado del comisario, se estaba haciendo precisamente la misma pregunta.

—Es usted una persona de interés para nosotros, un amigo de Gaunt desde hace

mucho tiempo. Creo que se conocieron en la escuela, ¿verdad?

—Para serle sincero, todavía intento olvidar esa parte de mi vida —le respondió Blenner—. Yo era muy malo jugando y los demás chicos solían meterse conmigo y acosarme. Pero espere un momento… Creo que puede que uno de ellos se llamara Gaunt. Sí, solíamos llamarlo Gaunt el Matón…

—Cállate —lo cortó Rime perdiendo la paciencia y el respeto por el comisario—. Sabemos que conoces a Gaunt. Los archivos que manejamos son bastante detallados. Lo conociste en la schola progenium de Ignatius Cardinal y luego mantuvisteis bastantes periodos de contacto. El último y más prolongado desde la escuela ha sido aquí, en Balhaut, desde hace unos dieciocho meses. Os reunís con cierta frecuencia. Ambos sois miembros del club Mithredates. Te pagó la cuota del mes pasado porque tienes problemas financieros.

—Espera… ¿Es un tipo bajo y grueso, con barba?

—La última vez que comisteis juntos fue hace tres días —siguió diciendo Rime—. Gaunt firmó la factura. Es evidente que te tiene cariño. Eres un amigo de la infancia. A muy poca gente en servicio en la Guardia Imperial le quedan amigos de la infancia. Te ayuda cuando tus problemas con el juego se salen de madre.

—Yo no tengo problemas con el juego —exclamó Blenner.

—¿Quieres que pida una auditoría de tus asuntos fiscales? —lo desafió Rime—. Tenemos una disponible, recién salida de la impresora. He oído comentar que es un embrollo vergonzoso.

Blenner se quedó callado.

—Conoces a Gaunt —insistió el inquisidor—. Es un hecho bien documentado. Por eso te mantuvimos vigilado, como persona de interés. Menos de doce horas antes de que Ibram Gaunt desapareciera con un prisionero valioso y la Sección sufriera un ataque, tú comiste con él. ¿De qué hablasteis, Vaynom?

—Ah, bueno, ya sabes, la charla habitual: cómo reclutar soldados del Archienemigo fiables tan al interior del territorio imperial, el mejor modo de asaltar la entrada a la Sección…

El puño de Rime golpeó con fuerza la cara de Blenner y lo derribó del asiento haciendo que se estampara contra el costado del camión. La cabeza y el hombro del comisario se estrellaron contra la superficie metálica y se desplomó con pesadez en el suelo.

Criid se puso en pie de inmediato.

—Déjelo en paz —dijo al inquisidor.

—Cabrón de mierda —gimió Blenner desde el suelo.

Rime se puso en pie para enfrentarse a Criid.

—¿Qué has dicho?

—Déjelo en paz —repitió Criid lentamente.

—Qué protectora eres, ¿no? ¿Verdad, sargento Criid? Oh, sí, sabemos quién eres. Los escaneos de la palma de una mano no mienten. Así que le traes un mensaje al

buen amigo de Gaunt, ¿eh?

Criid se quitó el velo y miró fijamente a Rime.

—Interesante —declaró éste sin perder el contacto visual—. No eres exactamente como me imaginaba a la primera suboficial de los Fantasmas de Tanith.

—¿Qué esperaba?

—Algo bastante más masculino.

Criid le propinó una patada en la cara. A pesar del engorro de las faldas del vestido de luto, giró lo suficiente sobre sí misma como para darle con el pie en la boca. El inquisidor salió disparado hacia atrás y chocó de espaldas contra la pared del camión. Criid se apresuró a subirse aquella falda inútil para poder empuñar su cuchillo de plata pura.

Rime se abalanzó contra ella. Lo hizo riéndose. Era una risa desagradable, la del tipo que emitía alguien que estaba jugando y le gustaba hacerlo de forma violenta. Le dio un puñetazo a Criid en el hombro con la fuerza suficiente como para hacerla gritar, y siguió con un golpe tan potente en la boca con el antebrazo que la lanzó a su vez contra la pared de la cabina del camión que daba al espacio de carga.

Rime se le echó encima en cuestión de un segundo, antes de que le diera tiempo a levantarse, antes de que la cabeza dejara de darle vueltas. El muy cabrón había conseguido arrebatarle de algún modo el cuchillo.

Se lo puso contra la garganta.

—No quiero más peleas contigo —advirtió. Luego clavó su mirada en Blenner.

El comisario se había arrastrado sobre el culo hasta un rincón, donde se había quedado sentado mientras se enjugaba con la manga la sangre que le salía de la nariz.

—Es tu última oportunidad, Vaynom —lo amenazó Rime.

Tenía el cuchillo de Criid apretado contra el cuello de su propietaria. En el filo del arma ya se veían gotas de sangre.

—Tu última oportunidad. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Qué mensaje era el que te traía esta zorra?

—Creo que el mensaje decía algo así como «Que te jodan, inquisidor». Aunque no estoy seguro —respondió Blenner.

Criid soltó una carcajada y Rime apretó más todavía el filo del cuchillo.

Por el cuello de Criid bajó un reguero de sangre que comenzó a empapar el cuello del vestido, pero ella no emitió sonido alguno.

—De verdad, Vaynom, tu última oportunidad. ¿Qué te dijo?

—¡Quiere reunirse conmigo! —gritó Blenner.

—¿Cuándo?

—¡Hoy a las cuatro! ¡Por favor, deja ya ese cuchillo!

—¿Dónde?

—¡Es que no lo sé! Me dijo que conocería el lugar, pero no entiendo el resto del mensaje. ¡Por favor, para!

—¿Qué fue exactamente lo que dijo? —preguntó Rime con voz lenta y precisa.

—Me dijo que conocería el lugar que… que él se había asegurado de que no estuviera allí.

Rime se bajó de un salto del camión y el sirkle más cercano echó el pestillo.

Los otros dos sirkles se acercaron a su señor.

—Blenner es un idiota —comentó Rime en voz baja—. No tiene el más mínimo cerebro para los subterfugios, así que Gaunt debe de encontrarse en una situación desesperada para intentar utilizarlo. Nuestro objetivo ha intentado preparar un encuentro, pero Blenner no se aclara con la clave que le ha indicado Gaunt para señalarle el lugar.

—Quizá se está haciendo el tonto —sugirió uno de los Sirkle.

Rime negó con la cabeza.

—Si fuera así, se merecería un premio del Theatrum Imperiales.

—¿Qué hay de la hembra? —preguntó el otro Sirkle.

—Creo que Gaunt no le reveló el significado para que ella no se viera obligada a revelarlo, pero es muy inteligente, y es posible que ya lo haya adivinado.

—¿La sometemos a un interrogatorio profundo?

—Sólo tenemos hasta las cuatro en punto. La hembra es extremadamente resistente. Basta con mirarla. Lo más probable sería que lograra resistir hasta que pasara con mucho esa hora. Tenemos que ir directos al grano en este asunto, y no podemos permitirnos ser torpes.

Rime sacó una placa de datos y copió con rapidez la frase clave. Le entregó la placa a uno de los Sirkles.

—Compara esto con la hoja de servicio de Gaunt, a ver qué sale.

El sirkle asintió.

—Estamos utilizando a los tanith para encontrar a su comandante —siguió explicando Rime—. Sugiero que continuemos con ese plan. Contacta con nuestros agentes en el cuartel general tanith y que vean si la frase significa algo para ellos. Que les pregunten sobre todo a los oriundos de Tanith. Son los que llevan más tiempo con él y quienes mejor lo conocen. Ah, y líbrate de esto —añadió entregándole el cuchillo de Criid a su agente. El sirkle se apresuró a obedecer.

Los demás agentes se quedaron a la espera de las siguientes decisiones de su señor. Rime miró por encima del hombro y vio a los oficiales tanith que estaban al lado del comisario Edur, quienes a su vez lo observaban desde lejos.

—¿Cuál es vuestro deseo, señor? —preguntó uno de sirkle. Rime comenzó a caminar hacia los oficiales.

—Hagámosles a ellos la misma pregunta.

—Ahí viene otra vez —susurró Kolea a Baskevyl.

—¿Viste lo que llevaba en la mano? —preguntó su camarada.

—Sí.

—¿Qué? ¿Qué era lo que llevaba? —preguntó Edur a su vez, también en voz baja.

—Sacó un cuchillo de combate tanith del camión —le explicó Kolea—. Y estaba

manchado de sangre. Quiero saber a quiénes tiene metidos ahí y qué ha hecho con ellos.

• • • • •

Mabbon, el prisionero, el pheguth, estaba despierto.

Gaunt se lo encontró de pie delante de una de las ventanas del estudio. Había abierto un poco la persiana para contemplar la blanca y luminosa luz diurna del exterior.

—¿Se ha ido tu mujer? —preguntó Mabbon.

—No es mi mujer —contestó Gaunt antes de tomar otro sorbo de la taza de cafeína que se había preparado.

—No quería sugerir que tuvierais una relación sexual —replicó a su vez Mabbon —. Es tu mujer. Te sirve. Es una de los Fantasmas, ¿no?

—Sí.

—Estuvo en Gereon, ¿verdad?

Gaunt asintió.

—Es curioso —murmuró Mabbon.

—¿El qué?

—Si yo hubiera tenido éxito en mi misión, allá en Gereon, estarías muerto, lo mismo que ella. Pero aquí estáis arriesgando vuestras vidas para salvar la mía.

Gaunt frunció el entrecejo antes de contestar.

—Sí, es irónico, ¿verdad?

—¿Queda más de eso? —pregunto Mabbon señalando la taza de Gaunt.

Gaunt asintió, y Mabbon lo siguió hasta el cubículo maloliente que era la cocina de Jume. El comisario sirvió otra taza de cafeína.

—¿Puedo confiar en Maggs? —Preguntó de repente Gaunt—. Me vendrían muy bien otro par de manos para ayudar.

—¿Me lo preguntas a mí?

—Sí.

Mabbon se encogió de hombros y tomó un sorbo de cafeína.

—Yo confiaría en él.

—Pero yo no soy tú.

—Bueno, si yo fuera tú, jamás volvería a confiar en él. Probablemente lo mataría para quedarme tranquilo.

—Trono —murmuró Gaunt.

De repente, Mabbon dejó la taza a un lado y empezó a rascarse la nuca.

—Se están acercando —dijo.

—¿El Pacto Sangriento?

Mabbon asintió.

—¿Puedes sentirlos?

Mabbon miró a Gaunt.

—¿Has estado alguna vez en un planeta tan húmedo y caluroso que las moscas se te estrellan contra los ojos con más rapidez de la que puedes parpadear?

—Sí, he estado en un sitio así.

Mabbon tomó de nuevo la taza en la mano e inspiró profundamente antes de tomar otro sorbo de cafeína.

—Así es como lo siento. Microcontactos en los brazos, en la base de la espina dorsal, en lo profundo de mi cuerpo. Algo que me toca los ojos.

—¿Y eso te indica que están cerca?

—Que están cerca y que están acercándose —afirmó Mabbon etogaur.

Gaunt parpadeó. Una vez más lo vio, tan claro como la luz del día: el Pacto Sangriento, empapados en restos sanguinolentos, entrando por la puerta en el hogar del señor Jume.

Sus nuevos ojos le habían enseñado muchas cosas a lo largo de los dos días anteriores.

En cada caso, había descartado las imágenes considerándolas errores del sistema, fallos, imaginaciones, reconciliaciones ópticas, funciones activadas para adaptarse al aparato.

Pero lo que había visto con esos nuevos ojos… Había visto la actitud del conductor. Había visto el ataque a la Sección antes de que se produjera. Si debía ser sincero consigo mismo, había visto a Maggs intentando matar al etogaur. No habían sido los disparos con el cargador vacío lo que lo había advertido: Ya estaba corriendo antes de que Maggs empezara a apretar el gatillo.

—¿Cómo de cerca? —quiso saber.

—Muy cerca.

Gaunt le echó un vistazo al cronómetro de bolsillo. Se había parado.

—Teníamos que irnos de todas maneras. Tenemos una cita.

• • • • •

—La frase no significa nada concreto para mí, pero pensaré detenidamente en ella. Puede que sea más obvio de lo que suena —le respondió Hark al sirkle.

Este asintió.

—Sin embargo —continuó diciendo Hark—, si el mensaje estaba destinado al comisario Blenner, como sugieres, es posible que se refiera a algo muy específico de su relación con Gaunt. Se conocen desde hace mucho tiempo. Puede referirse a algo de lo que nosotros no tenemos constancia alguna.

El sirkle le lanzó una mirada agria que indicaba que no pensaba precisamente que Hark le estuviera resultando de mucha ayuda, y se marchó para continuar preguntando. Los demás agentes de la Inquisición recorrían los barracones principales para hacerles a los soldados la misma pregunta.

—Sabe de lo que se trata, ¿verdad, señor? —preguntó Ludd a Hark en voz baja.

—Recuérdame que nunca juegue a las cartas contigo, Ludd —respondió.

Ambos se dieron la vuelta seguidos por Dalin y Merrt y se dirigieron a paso vivo hacia el templo.

—Pero lo sabe, ¿no? —insistió Ludd.

—Pues claro que lo sé. No es que sea criptografía del más alto nivel. ¿Un lugar que él se haya asegurado de que no estuviera allí? ¿Alguien me puede contestar?

—La Torre del Plutócrata —respondió Dalin.

Hark se detuvo en seco y se volvió para mirar al joven ayudante.

—¡Dadle al chico una medalla! Bien hecho, Criid.

Dalin se ruborizó.

—Mi madre…, quiero decir la sargento Criid, ha estudiado la carrera del comisario coronel. Crecí escuchando sus relatos.

Hark le dio una palmada en el hombro y retomó el camino hacia el templo. Entraron en el edificio y se encontraron a Rerval de pie con los brazos cruzados al lado del comunicador mientras Beltayn hurgaba en el interior del aparato.

—¿Se sabe algo? —preguntó Hark.

Rerval hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Sigue muerto. Es igual que si el mayor Rawne hubiera desaparecido de la existencia.

—Pues es una pena, porque tenemos algo que decirle. Seguid intentándolo. ¿Dónde está la doctora Curth?

—Se ha tomado un descanso, señor —lo informó Beltayn—. No creo que sea capaz de soportar esta clase de tensión. Dijo que regresaría, que tenía algo importante que hacer.

• • • • •

—Tienes una pinta rara —dijo Zweil.

—Encantador como siempre —replicó Curth.

Se sentó frente a él. Tenía la carpeta cerrada sobre la mesa.

—Me refiero a que tienes una expresión rara en la cara —le explicó Zweil—. Suéltalo ya de una vez, ¿vale? No me gustan los despachos de los médicos. No me encuentro a gusto en ellos. Además, tengo cosas que hacer. Cosas urgentes. Tengo libros de himnos que encuadernar, y con arpillera, que es lo mejor que he podido

conseguir. Además, está ese asunto de la botella de vino que no logro acabar de beberme.

—Ya tenemos los resultados de las pruebas médicas.

—¿De verdad? —exclamó burlón—. No creía que me hubieses llamado para comunicarme que me habían ascendido a general.

Curth abrió la carpeta.

—Esto me resulta muy difícil, padre. Para mí difícil de decirlo y para usted de oírlo.

Zweil no le contestó. Se limitó a quedarse mirándola.

—El informe analítico indica un problema.

—Ya dije que pasaría —soltó Zweil—. No puede salir nada bueno de unas pruebas. Nada bueno en absoluto. Se trata de la ignorancia, ¿sabes? Es mejor no saber. La gente suele subestimar el poder de la ignorancia.

—Seguro que lo hacen, padre —admitió ella con voz suave—. Sin embargo, dadas las circunstancias, debemos hablar del tema.

—¿Tiene un nombre muy largo?

—Sí, padre.

—¡Pues no me digas lo que es! —Gritó Zweil al mismo tiempo que alzaba una mano—. No quiero saberlo. No quiero hacerme amigo de algo así. Nos referiremos a ello sólo como «el problema».

—Si eso es lo que quiere.

Zweil asintió.

—Supongo que la longitud del verdadero nombre de «el problema» es inversamente proporcional a la cantidad de tiempo que me va a dejar vivir.

—Algo así —contestó Curth.

Tragó saliva. Le estaba costando mucho mantener la profesionalidad.

—¿Y por dónde acecha? ¿En la cabeza? ¿En el hígado? ¿En los pulmones?

—En realidad, está en la sangre. Es un can…

—¡Eh, eh, eh! —La interrumpió Zweil con una serie de gestos cortantes de la mano—. No quiero palabras largas. ¡No quiero tener una conversación con el problema! —Bajó la voz hasta hablar en murmullos—. De hecho, deberíamos susurrar. No quiero que nos oiga. No quiero que sepa que yo lo sé.

La miró fijamente a los ojos.

—No quiero que esa cosa de Feth sepa que tengo miedo —añadió con un cuchicheo.

Curth abrió un cajón de la mesa y sacó un pañuelo.

—Y lo de llorar suele ser bastante revelador —la reprendió él. Curth asintió y se sonó la nariz.

—Bueno, ¿cuánto tiempo? —preguntó con un susurro.

—Podemos administrar tratamientos paliativos que retrasarán…

—No quiero medicamentos. No quiero ni enfermeras ni pruebas ni monitores.

Seguiré con mi vida como hasta ahora, si no te importa, todo el tiempo que pueda, todo el tiempo que me deje. ¿Cuánto tiempo?

—Sin tratamiento, no más de tres meses.

Zweil soltó un silbido.

—Es una auténtica mierda. Supongo que no hay posibilidad alguna de que hubiera un error en las pruebas.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento.

El anciano sacerdote se recostó contra el respaldo de la silla, desanimado. De repente, en su rostro apareció una nueva expresión. Desde el comienzo de la conversación había mostrado poco más que rabia, pero la nueva emoción parecía aturdimiento.

—Mierda, mierda —murmuró.

—¿Qué?

—Acabo de recordar algo. Acabo de recordar un pequeño detalle que hace que todo esto sea mil veces peor.

• • • • •

Los miembros de la philia atravesaron la niebla. La ciudad seguía envuelta en jirones de una blancura intensa, igual que si estuviera en el interior de una de aquellas nubes que se formaban a gran altitud. Sin embargo, el sol ya había comenzado a evaporarla. La amenaza de un día claro y despejado empezaba a ser más que probable.

Karhunan sirdar confiaba en que aquella tarea sagrada estaría cumplida, para cuando se levantara la niebla. Se habían enfrentado a un oponente astuto que les había hecho perder el rastro en más de una ocasión, pero ellos eran el Pacto Sangriento, y estaban más que decididos y motivados. Tenían la determinación de la Consanguinidad para respaldarlos, y habían jurado por sus almas cumplir la misión.

Estaban cansados y hambrientos, y la perspectiva cada vez más cercana de un final violento y colectivo mediante un destino glorioso llenaba a muchos de ellos de temor. Sin embargo, ninguno de ellos, ni uno solo, albergaba la más mínima intención de abandonar la tarea. Todos amaban a su damogaur, y por la disformidad que no le fallarían, no en esta vida.

La bruja había cumplido su parte de la tarea. El damogaur les había explicado que el pheguth se había escondido. La bruja era incapaz de verlo. Sin embargo, tras un largo proceso de plegarias y eliminación arcana, la hermana infernal del damogaur había conseguido determinar la parte de la ciudad imperial que no lograba ver. Había un pequeño punto donde ella era incapaz de atisbar. La lógica era muy simple. El objetivo se escondía en el único punto donde ella no podía ver.

La bruja les había jurado que era así, y Karhunan sirdar no tenía motivo alguno para dudar de ella. No podía mentir. Sólo podía decir la verdad.

Imrie, que avanzaba por delante de ellos, se detuvo en la esquina de una calle. Señaló en silencio el cartel de metal negro atornillado a la pared de ladrillo húmedo.

Calle Clavel.

Habían llegado al lugar.

—Lléveme con usted —insistió Maggs.

Gaunt negó con la cabeza.

—No.

—Mire, no sé lo que ocurrió —protestó Maggs—. Desáteme y déjeme ayudarlo.

—Yo tampoco sé lo que pasó, Maggs, y por eso no puedo desatarte o llevarte con nosotros. Te quedarás aquí con el señor jume. Cuando todo esto se acabe, volveré a por ti.

Maggs se lo quedó mirando fijamente. Había mucho silenciosamente expresado en aquella mirada.

Gaunt se volvió hacia jume, que estaba esperando cerca de ellos.

—Gracias por su hospitalidad, señor jume. Intentaremos no molestarlo mucho más.

Jume se encogió de hombros.

—¿Puedo ir con ustedes? ¿Ayudarlos de algún modo?

—Gracias, pero no. Preferiría mantenerlo alejado del peligro.

Kolding estaba en una esquina acabando de guardar todo el material médico. Ya estaba listo para irse. Gaunt ya estaba poniendo en peligro la vida de un ciudadano, y eso ya era excesivo para él.

—Eh —lo llamó Mabbon. Estaba en la ventana delantera, y desde allí vigilaba la calle a través de un hueco en las persianas— Me temo que nuestro plan acaba de verse alterado.

Gaunt se acercó.

La niebla del exterior era espesa. Con lentitud y en silencio, unas cuantas figuras oscuras estaban surgiendo de su interior resplandeciente. Gaunt contó. Tres, cuatro…

Siguieron acercándose lentamente, a una distancia de seguridad los unos de los otros. Iban directamente hacia la casa.

Gaunt vio que estaban armados. Empuñaban las armas apuntando hacia el suelo, pero las tenían preparadas.

Se detuvieron en la acera nevada y levantaron la vista hacia las ventanas de la casa.

Al hacerlo, también vio las máscaras que cubrían sus rostros.



Veintisiete

Campos de batalla famosos de la Guerra de Balhaut

—¡Moveos! —Les ordenó Gaunt—. Hacia la parte trasera, todos nosotros. Nadie puede quedarse aquí.

Todo el mundo empezó a retirarse hacia el vestíbulo subiendo el pequeño tramo de desvencijados escalones que había en la parte de atrás de la casa. Gaunt vio el terror en la cara de Jume. Estaba metido de lleno en ello.

—Desáteme las manos —susurró Maggs.

—Quédate callado —le contestó Gaunt.

Fuera, en la luminosa niebla, Karhunan asintió. Gnesh subió unos peldaños, quedando de frente a la puerta del viejo bloque de pisos. Movió los hombros para recolocar la correa de su pesada arma láser, y abrió fuego. Con el arma a la altura de la cadera roció el vano de la puerta, bombeando gruesos rayos de fuego láser al interior de la puerta, el marco y el ladrillo de alrededor. La puerta quedó hecha añicos, perforada como una hoja seca en otoño. El marco rasgado y reventado en finas astillas y pulpa de madera. El enladrillado quebrado y lleno de cráteres, dejando caer nubes de polvo de ladrillo. Algunos disparos fueron más allá, hasta el interior del vestíbulo, destrozando muebles o levantando las tablas del suelo.

Una vez hubo acabado, Gnesh dio unos pasos hacia atrás y Kreeg corrió hacia adentro para conducir el asalto. Apenas tuvo que dar un par de patadas para echar abajo las ruinas de la puerta. Con el rifle láser alzado y apuntando, cruzó el umbral buscando un objetivo.

Había avanzado menos de un metro en el interior del vestíbulo cuando comenzó a temblar. La sensación era desconcertante. Kreeg estaba casi más atribulado por la súbita llegada de esa sensación que por la molestia que conllevaba. Se balanceó, y la mirilla de su arma se desplazó hacia abajo.

Los efectos tardaron diez segundos en amplificarse, hirviendo dentro de su cuerpo como una toxina química, o como la quemazón que provoca un peligroso virus de categoría seis, la clase de patógeno monstruoso que un hombre podría contraer en un mundo muerto y que podría matarlo en tres días.

Aquello tardó diez segundos. Kreeg comenzó por tener convulsiones. Dejó caer su arma y se tambaleó, hasta perder el equilibrio. Cayó como si lo hubiera alcanzado un disparo. Sus pulmones se estaban llenando de fluido; todo él estaba llenándose a rebosar. Empezó a toser, y la sangre le salía a chorros de la boca. Chocó contra el muro y se derrumbó desgarrando una de las telas de color malva que cubrían ingeniosamente la pared, lo que dejó en evidencia que la superficie de la pared estaba inacabada. Kreeg se estaba desangrando. La sangre le salía a borbotones de la nariz, de los ojos y de la boca, de las yemas de los dedos, por los poros, por cada abertura de su cuerpo. Dio una última sacudida, se desplomó y murió.

Frente a la puerta delantera, Gnesh miraba incrédulo cómo su camarada moría en el vestíbulo delante de él. Dio unos pasos para intentar ayudarlo, pero Karhunan

sirdar lo agarró y tiró de él.

Karhunan señaló hacia abajo; al escalón de la puerta, y Gnesh vio que la madera había sido arañada y teñida de sangre: una sangre ahuyentadora y una trampa mortal. Kreeg había caminado justo sobre ella.

—La casa está protegida —dijo Gnesh.

—¿Podemos pasar por otro lado? ¿Hay alguna otra vía lateral?

—No hay tiempo —decidió el sirdar. Le hizo señas a Malstrom para que se acercase.

Retrocedieron cuando Malstrom arrojó una granada rodando hacia la puerta, y se agacharon para protegerse. La explosión voló lo que quedaba del marco de la puerta, excavó un cráter en el lugar que ésta había ocupado, y lanzo el cadáver de Kreeg varios metros más allá vestíbulo adentro.

También eliminó la marca de sangre y eliminó así la trampa.

—¡Adentro! —Ordenó Karhunan—. ¡Buscad más marcas como esa! ¡Adentro, adentro!

Gaunt y sus compañeros oyeron el estallido de la granada cuando salían por la parte de atrás de la casa de jume en dirección al sombrío patio trasero y los oscuros callejones que había tras los edificios. Una delgada capa de nieve virgen yacía sobre los muros y los espacios abiertos. A través de la pesada niebla, Gaunt vio hileras de ropa tendida, rígida por el hielo, que colgaban en los patios traseros vecinos.

—¿Tiene un vehículo? —le preguntó Gaunt a Jume mientras corrían a través de la nieve hacia el final del patio.

Jume negó con la cabeza.

A Gaunt sólo le quedaba un cargador en la pistola bólter. Sacó la pistola láser que Criid le había dejado y le quitó el seguro.

—¡Por el amor del Trono! —Imploró Maggs—. Suélteme y deme la otra arma.

Gaunt no le hizo caso y los condujo hacia abajo por el callejón de altos muros que conectaba las puertas traseras de la hilera de bloques de pisos. Montones de basura y trastos viejos ocupaban casi todo el espacio, envueltos en su parte superior por la reciente nevada.

Corrían tan rápido como les era posible. Gaunt iba el último cubriéndolos con sus armas en las manos. En un par de ocasiones se detuvo y apuntó a algo que parecía estar moviéndose tras ellos.

Entonces oyeron otro golpe sordo, una fuerte explosión con la que sus perseguidores volaron la marca de sangre que Mabbon había dejado en el escalón trasero. En seguida siguieron estallidos de fuego que se abrieron paso a través de la niebla haciéndola arremolinarse.

Gaunt alzó su arma de nuevo, pero eran disparos perdidos, dirigidos a ningún objetivo. No iba a desperdiciar sus valiosos proyectiles en una diana que no podía ver.

Estaban a punto de alcanzar una calle principal adyacente a la de la casa de jume.

—Doctor —dijo Gaunt mientras corrían—, ¿podría, por favor, cortar las ataduras

de Maggs? Rápido, por favor.

Kolding rebuscó hasta encontrar un escalpelo entre su equipo y cortó la atadura de las muñecas de Maggs.

Este miró a Gaunt.

—¿Un arma?

—Un vehículo —replicó Gaunt.

Maggs asintió y corrió en dirección a la ancha avenida y la niebla que tenían por delante.

Gaunt condujo a los demás hacia la calle, caminando hacia atrás con su arma preparada ante cualquier movimiento en el callejón rebosante de niebla que quedaba a su espalda.

Maggs llegó a espacio abierto. En la amplitud de la vía pública principal la niebla comenzaba a desaparecer. Pudo ver los tejados de los edificios en la lejana acera opuesta de la calle, así como los parches de cielo azul lechoso. El sol brillaba a través de la niebla como una lámpara halógena.

Había algo de tráfico y unos cuantos peatones envueltos en abrigos y bufandas para protegerse del frío. Los aprendices de las casas comerciales cercanas estaban despejando la nieve del pavimento que quedaba frente a sus escaparates.

En una pequeña calle transversal habían estacionado dos camiones de transporte de seis ruedas para que una cuadrilla de trabajo municipal descargara sacos de sal para lanzarla sobre la calzada.

Maggs corrió hacia el camión que estaba detrás, y subió a la cabina.

—¡Eh, eh, tú! —gritó el jefe de la cuadrilla tirando al suelo su pala y dirigiéndose a toda prisa hacia el camión.

—¡Guardia Imperial! —Le espetó Maggs como contestación mientras buscaba a tientas el botón de arranque—. Le requiso este vehículo.

—Ah, de acuerdo. Como si estuviésemos en guerra —le replicó el jefe de la cuadrilla.

—Siempre estamos en guerra —le aseguró Maggs. Arrancó el camión.

—¡Bájate de ahí ahora mismo! —le gritó el empleado municipal. Maggs lo miró fijamente a través de la ventanilla del conductor.

—Apártate amigo, no me hagas bajar y hacerte daño.

El hombre vio algo en la expresión de Wes Maggs que claramente no le gustó. Se apartó bruscamente, y eso mismo hicieron los miembros de su equipo. Observaron perplejos como Maggs metía la marcha atrás y aceleraba bruscamente. Los neumáticos patinaron y dejaron marcas en la nieve y la bamboleante parte trasera hizo salir despedidos varios de los sacos de sal descargados junto al bordillo.

—¡Eh, eh, eh! —gritó el jefe.

Maggs no le hizo caso y continuó marcha atrás a lo largo de la acera, haciendo que chorreara aguanieve sucia por doquier conforme los gruesos neumáticos del camión la removían con su aceleración. Dio marcha atrás diez metros hasta encontrarse con

Gaunt y los demás, que venían corriendo por la acera en la que desembocaba el callejón.

El bramido de varios disparos perdidos salió del fondo del callejón. La mayoría pasaron muy lejos. Uno rozó el poste de una farola, y otro voló el faro delantero de un coche que pasaba. Los peatones se quedaron petrificados en plena calle, y entonces cundió el pánico. Más disparos a ciegas salieron del callejón cortando el aire. El cristal del escaparate del comercio que quedaba enfrente se rompió y estalló en un millón de esquirlas de vidrio. Los dos aprendices que estaban retirando la nieve se agacharon y salieron corriendo.

Gaunt subió a empujones al prisionero a la parte trasera del camión y después ayudó a Kolding y a Jume a montar junto a él. Gaunt corrió hacia la puerta de la cabina.

Los peatones que estaban cerca gritaban aterrados mientras corrían. La cuadrilla de trabajadores había huido. Gaunt se volvió y vio al primero de sus perseguidores aparecer entre la niebla desde el callejón alzando su rifle láser.

Levantó su pistola empuñándola a dos manos e hizo dos rápidos disparos. Ambos impactaron contra el guerrero del Pacto Sangriento y lo arrojaron de espaldas contra las sombras del callejón.

Gaunt se lanzó al interior de la cabina.

—¡Vamos! —gritó.

Maggs apretó el acelerador.

El camión se deslizó sobre la nieve en dirección a la vía principal. Una ráfaga de disparos láser y de proyectiles sólidos iluminaron el aire a su alrededor e impactaron contra la carrocería.

—¡Agachaos! —gritó Gaunt a través de la ventana de la cabina.

Era complicado controlar aquel pesado camión en la nieve. Maggs conducía toscamente, y chocó contra la parte delantera de un coche parado que su dueño había abandonado a la primera señal del tiroteo. Entonces golpeó de lado contra una pequeña furgoneta de carga, empotrándola contra otro vehículo. La carrocería quedó deformada y las ventanas y los faros destrozados.

Estaban cogiendo velocidad. Una última embestida que lanzó a un coche contra el costado de un tranvía y el camino quedó despejado. Entonces giraron en dirección a la próxima calle.

—¿Por qué camino? —quiso saber Maggs.

—La Oligarquía —respondió Gaunt—. ¡Toma el de la Oligarquía!

• • • • •

Eyl condujo a su hermana a la carrera a través de la niebla. La llevaba de la mano y ella

sostenía en alto el dobladillo de su largo vestido. Varios miembros de la philia los acompañaban.

La hechicera comenzó a sonreír.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Eyl.

—¡Hemos establecido contacto! —gritó liberando la mano que él sostenía para poder aplaudir encantada—. El grupo del sirdar Karhunan ha establecido contacto. El pheguth está huyendo, pero nosotros tenemos de nuevo el rastro, ¡fuerte y fresco!

Volvió su rostro cubierto con el velo para mirar a su hermano.

—Está fuera, al descubierto de nuevo —afirmó—. Lo tenemos. Por mi alma que está acabado.

• • • • •

El inquisidor Rime cerró de golpe el informe y lo tiró a las manos del sirkle.

—Es tan evidente —dijo negando con la cabeza y riéndose en voz baja—. Tan evidente. Pensé en ello demasiado.

—¿Señor?

—Había asumido que el mensaje de Gaunt era una referencia indirecta acerca de alguna cuestión privada. Es mucho menos sofisticado que eso.

Rime comenzó a deambular entre el grupo de búsqueda hacia la parte frontal de la hilera, buscando al oficial superior tanith y a los comandantes de la compañía S. Los sirkles se apresuraron a seguirlo.

—¡Cambiamos de despliegue! —gritó—. ¡Nos dirigimos hacia la Oligarquía!

—¿La Oligarquía? —Inquirió Edur—. Pero si no hay ninguna evidencia que lo sugiera.

—Allí es hacia dónde va —anunció Rime—. La Torre del Plutócrata. Mírelo en la hoja de Servicio de Gaunt. He sido un idiota por no haber establecido la relación antes. ¿Cómo está la niebla?

—Aclarándose de prisa, señor —le informó uno de los sirkles.

—Que las aeronaves despeguen de nuevo. Quiero francotiradores cubriéndonos sobre nuestras cabezas. Sólo a los mejores.

Uno de los sirkles se alejó apresuradamente para cumplir la orden de Rime. Otros dos escoltaron a Blenner y a Criid hacia el camión blindado.

—¡Feth! —susurró Kolea—. Tiene a Tona. ¿Y ése no es el comisario camarada de Gaunt?

Baskevyl asintió.

—Cuando nos pongamos en marcha, será mejor que nos mantengamos cerca de la parte delantera. No nos interesa que Rime llegue el primero.

—Estoy de acuerdo —asintió Kolea. Pasó a través de la masa creciente de soldados

y trató de alcanzar a Criid.

—¡Tona, Tona! —la llamó. Ella lo oyó y se dio la vuelta. Parecía pálida. Le hizo un leve gesto de saludo con las manos esposadas.

—Es más que suficiente —dijo uno de los sirkles bloqueándole el paso.

—Quiero hablar con mi sargento —anunció Kolea.

—Está bajo custodia de la Inquisición, así que no es posible en este momento.

—Pero…

—Vuelva a sus obligaciones, mayor —le dijo el sirkle.

Mientras el grupo de búsqueda se preparaba para cambiar la zona dé rastreo, Edur habló un momento con el capitán Tawil, uno de los oficiales de la compañía S.

—Rime no acabará con Gaunt o con el prisionero en tanto que podamos hacer algo para evitarlo. ¿Me he explicado con claridad?

—Como el agua, señor —respondió Tawil.

El capitán se llevó el rifle infernal al hombro y salió corriendo en dirección a sus hombres, que lo esperaban para recibir instrucciones.

Edur lo vio marcharse. El comisario sacó su pistola bólter y revisó la carga. Entonces la devolvió a la pistolera y revisó la carga de la pistola láser corta que guardaba en una funda axilar bajo su abrigo como arma de reserva. Dado el efecto brutal de la pistola bólter, Edur pensó que pronto necesitaría la sutileza de la pistola láser.

Miró al cielo. La niebla se estaba levantando rápidamente y el cielo era un mar en calma, de un azul cristalino.

Edur oyó elevarse al este el aullido de los motores de las cañoneras a medida que las Valkyrie despegaban para unirse a la cacería.

• • • • •

Nahum Ludd llevó a cabo un merodeo de experto alrededor del perímetro de la sala de comunicaciones mientras fingía que estaba poniendo en orden el último montón de noticias que había en el tablón de anuncios.

La tarde se había despejado y volvía a ser nítida y brillante. Fuera oyó a los hombres gritar mientras se divertían en el campo de juego nevado.

Algo llamó la atención de Ludd. Miró a través de la puerta entreabierta y vio la actividad en el interior entre el sirkle y los operadores de comunicaciones. Trató de leerles los labios.

El sirkle salió de la estancia repentinamente dando grandes zancadas, y Ludd hizo ver que colgaba la lista de obligaciones semanales. Esperó hasta que el sirkle hubo desaparecido. Entonces corrió hasta la oficina de Hark.

—¿Cuál es el problema, Ludd? —preguntó Hark, alzando la vista de su escritorio.

—Algo pasa —dijo Ludd—. El sirkle estaba muy alterado. Lo he oído por casualidad diciendo algo acerca de abandonar Aarlem para reunirse con su maestro. Señor, creo que están siguiendo alguna pista. Creo que piensan que es algo relacionado con la torre.

Hark lanzó una maldición y tiró la pluma.

—Estamos llegando peligrosamente al punto en el que acabaré por hacer algo de lo que sé que me voy a arrepentir —manifestó—. Vamos a comprobarlo en el templo.

Salieron fuera, al vestíbulo. El sirkle había vuelto y estaba hablando con uno de los operadores cerca de la puerta de la sala de comunicaciones. En el lejano extremo del vestíbulo, Dalin Criid apareció corriendo, pero se detuvo de inmediato en cuanto vio al agente de la Inquisición en el pasillo.

Estableció contacto visual con Hark y Ludd y les indicó que lo siguieran con un leve movimiento de cabeza.

Hark se acercó al sirkle.

—¿Novedades? —le preguntó.

—Será informado cuando proceda —le contestó este.

—Bien, ya sabes dónde encontrarme —replicó Hark y se encaminó fuera del vestíbulo.

Ludd y él entraron en el templo. Beltayn estaba atendiendo al grupo con Dalin y Rerval, con Merrt encargado de vigilar la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Hark.

Beltayn tenía pegados los auriculares a la oreja.

—Acaba de activarse —respondió—. Está llegando desde una fuente diferente y los códigos son erróneos, pero creo que es fidedigno. Estoy esperando la confirmación.

Nadie dijo nada durante un minuto. Entonces, el comunicador volvió a cobrar vida.

—Fortaleza, Fortaleza, aquí Nal, por favor, conteste.

Hark le arrebató el micrófono a Beltayn.

—Nal, Nal, aquí Hark. ¿Dónde demonios habéis estado?

—Encantado de hablar contigo, Hark —lo saludó Rawne, recostado contra el confortable sillón de piel—. Hemos sufrido unas cuantas dificultades en nuestra localización previa, de manera que nos hemos visto obligados a reubicamos. Cambio.

Levantó la vista un momento hacia Meryn y Daur, que estaban tras él en la pequeña oficina. El transmisor, un modelo compacto, estaba colocado en un estante en una esquina de la habitación. Podían oler el humo de obscura que salía flotando de la sala de abajo.

—¿Crees que me gustaría conocer qué clase de dificultades, Rawne? Cambio —preguntó Hark en actitud tajante.

—Probablemente no. Nuestras comunicaciones quedaron destruidas. Nos las hemos arreglado para localizar una fuente alternativa gracias a nuestro nuevo amigo,

el señor Csoni.

Ley Csoni estaba sentado en el vestíbulo de la oficina bajo la vigilante mirada de Varl. Los había llevado a su propio club, El ocho de varas, en la calle Brigantes, y permitirles hacer uso de su transmisor le había parecido un pequeño precio que pagar para continuar con vida. Csoni los había dejado incluso usar una de las enormes limusinas granate que habían traído a su grupo de ataque hasta el Zolunder. El resto del equipo estaba esperando junto al coche.

—Explícamelo más tarde, Rawne —le dijo Hark—. Las cosas se están precipitando. Gaunt ha aparecido.

—¿Dónde?

—Por lo que nosotros sabemos, debería presentarse en la Torre del Plutócrata a las cuatro.

Rawne miró el reloj de pared de la oficina de Csoni. Eran menos cuarto pasadas.

—Vamos muy ajustados —respondió—. La torre hace tiempo que cayó, ¿no es así?

—Correcto.

—Pero solía estar cerca de la Puerta de la Oligarquía, de camino al Palacio Alto.

—Correcto de nuevo.

—El lugar en el que estamos está más al norte que el Zolunder. Está a veinte minutos de aquí, quizá más con el suelo helado.

—Entonces mueve el culo, mayor.

—Ya estoy en ello —respondió Rawne, que se puso en pie mientras lo hacía—. ¿Algo más que deba saber antes de colgar? Última oportunidad de contármelo.

—Sí. Ten cuidado. Es probable que la Inquisición esté metida en esto, además de fuerzas de la Sección, e incluso de la FDP. Si la situación estalla, podemos estar hablando de una partida de cinco o seis jugadores, y cada uno tirará por lo suyo.

—Entendido. ¿Algo más?

—El Emperador protege, eh.

—Gracias, Viktor. Te veo en la entrega de condecoraciones.

—Buena suerte, mayor.

—Nal fuera.

Rawne apretó el botón que cerraba la comunicación y tiró el micrófono sobre la mesa.

—Venga, nos vamos —dijo al mismo tiempo que empuñaba su arma.

—Si tenemos que llegar con rapidez a algún sitio, déjame que conduzca yo esta vez —dijo Meryn.

—Anda y que te den por Feth —replicó Daur—. ¿Qué hay de malo en mi forma de conducir?

—Conduces como una ancianita —le soltó Meryn.

—Y tú gritarás como una niña pequeña si tengo que pegarte un tiro en algún punto medio vital por debajo de la cintura —intervino Rawne—. Haz lo que dice

Daur y cierra esa boca de Feth de una vez, Meryn.

Entraron en el vestíbulo de la oficina, donde se encontraban Varl y Csoni. Ambos levantaron la mirada.

—¿Han acabado? —le preguntó este último.

—Me duele decirlo, señor Csoni, pero ahora debemos despedirnos y separarnos de usted —le contestó Rawne.

El mayor se quedó mirando al hombre sentado y soltó un suspiro.

—Señor Csoni, por usted voy a romper una costumbre muy arraigada en mí, y voy a cumplir lo que he prometido. No voy a cargármelo para asegurarme su silencio. Trono… Sería mucho más fácil y limpio si pudiera hacerlo, pero hice una promesa. Va a seguir vivo.

—¡Gracias, gracias! —exclamó Csoni antes de echarse a llorar.

—Sólo una cosa, Csoni —continuó diciendo Rawne mientras se agachaba para pegar la cara a la del hombre lloroso—. Le aseguro que no querrá que me arrepienta de haber tomado esa decisión.

—¿No? —dijo Csoni entre sollozos.

—No —le confirmó Rawne.

—Oh, por Feth, será mejor que no —se entrometió Varl—. Si lo jode, lo cazará como si usted fuera un larisel con rabia, y le dará tanto por Feth que no podrá…

—Gracias, Varl —le interrumpió Rawne—. Creo que ya se hace una idea.

—¡Me la hago, me la hago! —le aseguró Csoni.

Los cuatro bajaron a la carrera las escaleras traseras del club que llevaban al patio posterior, donde habían dejado aparcada la limusina. Rawne le contó a Varl lo que le había dicho Hark.

—Feth. ¿Dijo algo más? —quiso saber Varl.

—Sí. Dijo «El Emperador protege» —apuntó Daur.

Salieron al patio trasero nevado. La gran limusina de color granate con adornos cromados estaba al lado de la puerta de acceso. Las figuras que había alrededor se pusieron en posición de firmes en cuanto vieron a los cuatro individuos.

—¿Sabéis que la frase completa de esa bendición es «El Emperador protege a los virtuosos», verdad? —comentó Varl mientras corrían hacia el vehículo.

—¿Sí? Pues entonces estamos jodidos —respondió Meryn.

• • • • •

Los edificios que componían el Palacio Alto, tal y como indicaba su nombre, se alzaban en la cima de una montaña enorme de laderas poco empinadas, por encima del río sobre el que se había construido Balopolis. La Oligarquía, una enorme extensión de edificios gubernamentales, universidades y capillas antiguas, formaba el

manto, y el palacio en sí era la corona.

La niebla se había disipado en los lugares elevados con mayor rapidez que en las profundas calles de Balopolis que se extendían bajó la Oligarquía. Arriba, en el Palacio Alto, el aire era azul y tan transparente como el cristal. La nieve se acumulaba sobre las almenas y los tejados reconstruidos del noble edificio, y la escarcha cubría la hierba de los jardines ornamentales rodeados de verjas. Las alondras, que volaban a tanta altitud que casi eran invisibles, trinaban con notas claras y penetrantes en el aire frío. Los centinelas de la FDP, equipados con los abrigos de ordenanza, se echaban el aliento en las manos mientras montaban guardia.

La Oligarquía y el Palacio Alto, que se alzaba en el centro, eran los puntos de visita más importantes para cualquiera que pasara por Balhaut. El planeta se vanagloriaba de albergar algunos de los campos de batalla más famosos de todo el sector, y se había convertido en un imán para eruditos, teóricos, entusiastas, turistas y, por supuesto, aquellos que estaban de luto por los muertos o penaban todavía por antiguos fallecidos. El Palacio Alto era la culminación de cualquier peregrinaje de luto, un acto que se había convertido en una industria por derecho propio. Había sido el punto donde se había decidido la guerra en el planeta, donde había muerto Slaydo. Fue allí donde se erigieron todas las capillas funerarias, sobre todo el Honorarium, donde estaban enterrados los huesos del antiguo señor de la guerra.

Lo llamaban, quizá con un poco de crueldad, el «recorrido de las viudas», ya que lo solían realizar las viudas acaudaladas de los mundos exteriores del Grupo Khulan, que viajaban a Balhaut acompañadas por una servidumbre que llevaba sufriéndolas mucho tiempo y por una cuadrilla de niños revoltosos que jamás habían llegado a conocer en persona al fallecido. Los guías y los monitores expertos ofrecían sus servicios. El trazado del recorrido se solía decidir por la riqueza y el estatus social. Se podían incluir diversos teatros de combate y campos de batalla, dependiendo de la carrera del finado. Se podía acudir a la ceremonia del Alzado del Aquila, en Ciudad Zaebes, o caminar por las elegantes filas de sencillos postes blancos de los cementerios que daban al valle de la Ascensión.

Incluso había libros que eran una autoridad en la materia y que se podían consultar. Algunos eran bastante extensos. Otros se podían comprar por unas pocas monedas en cualquier puesto callejero. Había enciclopedias y pequeñas recopilaciones, tomos eruditos y simples guías. Una de las obras más comunes y asequibles era un libro de sesenta páginas que ya iba por su cuadragésimo séptima reimpresión y que se titulaba *Campos de batalla famosos de la guerra de Balhaut*. Lo publicaba el Munitorum y tenía la aprobación de la Sociedad de Veteranos de Balhaut. Era un relato poco fiable de las fases y enfrentamientos principales de la guerra, todo ello acompañado de unos mapas y unas pictografías de una calidad increíblemente pésima.

Gaunt tomó un ejemplar de las estanterías exteriores de uno de los puestos y lo hojeó.

—¿Qué es eso? —le preguntó Jume.

—Un recuerdo —le contestó el comisario. Tenía él libro abierto por una página, que estaba leyendo.

—¿Qué es lo que dice?

—Dice que al noveno día de combate, Slaydo lanzó a su flanco izquierdo contra la puerta de la Oligarquía. En teoría, el ataque se encontraba bajo el mando del capitán Allentis de la Guardia Plateada, pero su carga quedó destrozada por las mortíferas maquinas del Heredero Asfodel. Por ello, la primera unidad que llegó a la puerta fue Octavo Hyrkanio, que logró derrotar las defensas enemigas en una carga famosa y tomar una posición que había resistido nueve días de asaltos continuados.

—¿Eso es cierto? —quiso saber Jume.

Gaunt miró por encima del hombro. Vio a la sombra de la columnata a Kolding y a Maggs con el prisionero. El día estaba tranquilo. La tormenta de nieve había alejado a los grupos de turistas y de viudas del Palacio Alto durante un par de días. Los guardias y los guías, estos últimos en su mayoría estudiantes de historia del Collegio Balopolis, paseaban aburridos o dormitaban en sus casetas de madera.

—Venga conmigo —le dijo a Jume.

Condujo al joven hasta el centro de la nueva plaza de piedra. Allí, en los bordes del espacio abierto, habían colocado algunas de las piedras originales de la puerta, rotas y astilladas, en el interior de vitrinas de cristal blindado, igual que si fueran reliquias.

—Aquí es donde se alzaba la puerta —explicó Gaunt con los brazos abiertos—. Justo aquí. Han sido lo bastante inteligentes como para marcar en el nuevo pavimento la huella de donde se encontraba.

Jume bajó la mirada. La nueva plaza se había pavimentado con una piedra negra de tono mate y acanaladuras para evacuar el agua. Vio que habían marcado con un grueso alambre plateado incrustado en la piedra el contorno de una estructura gigantesca.

—Ahí es donde se encontraba la puerta.

—Y usted la derribó —musitó Jume—. Trono. Era inmensa.

—Allentis ya había hecho la mayor parte del trabajo. Fueron él y los suyos los que rompieron la línea enemiga, no nosotros. Por el Trono, cuánto lamenté su muerte cuando me lo dijeron.

—Ese Allentis era un guardia plateado, ¿verdad?

—Si.

—Por lo tanto, un astartes.

—Así es.

—Me contaron que los astartes no son como las personas normales, que son otra cosa. Más que humanos, y menos a la vez.

—He conocido astartes que eran más animales que personas. —Se encogió de hombros Gaunt—. Allentis era una persona. Un humano con alma. Una de las

personas más valientes y tenaces con las que he tenido el privilegio de servir.

Jume frunció los labios y asintió.

—¿Fue aquí dónde murió Slaydo? —preguntó a continuación.

—No, no fue aquí. El sitio exacto está más o menos a un kilómetro al oeste.

Jume asintió.

—¿Le resulta extraño estar de nuevo aquí?

—Es lo más extraño que he hecho jamás —respondió Gaunt con una sonrisa—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez —indicó Jume, que tenía una vista clara de la torre del reloj del palacio. Ninguno de sus relojes había vuelto a funcionar desde la noche de la tormenta de nieve.

—Será mejor que nos pongamos en movimiento.

—Buenos señores, ¿puedo ayudarlos? —les preguntó un guía que se les acercó con una reverencia.

Era un joven alto y delgado con el cabello largo cuyos mechones caían sobre el cuello de su túnica roja de guía. Les sonrió de forma amistosa.

—¿Un recorrido quizá? —les sugirió—. Una corona por persona y verán todos los lugares importantes. Es muy concienzudo. Puedo guiarlos por las zonas de combate del Palacio Alto, de la puerta, de la torre y, por supuesto, por el lugar de la muerte de Slaydo. Estoy muy versado en los hechos. ¿Perdieron a alguien querido aquí?

—A muchos —respondió Gaunt.

—Sí, a mi padre —contestó Jume a su vez—. Era de la FDP. Participó en el asalto a la puerta, o eso me han dicho.

—Bueno, fue una empresa valiente, sin duda alguna —le confirmó el guía—. Estará encantado de mostrarles los lugares clave.

—Sí, por favor —asintió Gaunt mientras se rebuscaba en los bolsillos—. Queremos verlo todo, pero principalmente la Torre del Plutócrata.

—Uno de los puntos más visitados, señor.

—Llévenos allí en primer lugar.

El guía asintió.

—¿Cuántos serán en el grupo, señor?

—Cinco —respondió Gaunt. Sólo había encontrado tres coronas—. Jume, tendrá que ayudarme.

Jume se apresuró a sacar otras dos coronas, y Gaunt le pagó al guía. Luego le indicó con gestos a Maggs que se acercaran. El fantasma y el doctor sacaron a Mabbon de entre las sombras para reunirse con ellos.

—¡Oh, pobre hombre! —exclamó el guía al ver a Mabbon—. ¿Es un veterano?

—Sí.

El hombre se puso en marcha. Otros tres o cuatro grupos recorrían las ruinas reconstruidas a la par que ellos. Los guías, con sus túnicas rojas características, llevaban a los grupos familiares por los pasillos mientras recitaban los hechos de la

guerra como si fueran loros. Gaunt distinguió grupos de viudas con el rostro cubierto por velos, grupos de soldados jóvenes y grupos que eran una combinación de ambos. Los niños pequeños correteaban por los espacios abiertos, con sus madres y sus tías persiguiéndolos. Gaunt estudió cada uno de los grupos por turno mientras oía el eco de las narraciones de los guías.

Su propio guía se había lanzado a perorar mientras caminaban por los pasillos y los claustros.

—¡Aquí, el noveno día, la muerte del capitán Ollark! ¡En este mismo lugar! ¡Recibió dos disparos mientras intentaba trepar por una pila de cadáveres!

—Ollark se pegó un tiro al quinto día —le susurró Gaunt a Jume—. Ya no pudo soportarlo más. Este hombre es tan malo como usted.

—Debe de ser contagioso —le replicó Jume.

—¿De verdad su padre estuvo aquí? —inquirió Gaunt con un susurro mientras el guía continuaba con su perorata.

—Sí. No me inventaría algo como eso.

—No recuerdo a ningún Jume. Había unidades de la FDP a nuestro lado, pero no recuerdo a ningún Jume.

—No espero que lo haga, la verdad —contestó el fotógrafo mientras el guía continuaba su charla—. Era un oficial joven en una unidad menor, y eso ocurrió hace quince años. Probablemente no llegó a verlo jamás. Además, ¿es que puede recordar los nombres de todos los que han luchado a su lado en todos los campos de batalla donde ha estado?

—Por supuesto que no —replicó Gaunt volviéndose para mirarlo.

—Entonces no tiene por qué recordarlo. No era importante.

Gaunt frunció el entrecejo.

—Las unidades de la FDP se mantuvieron a nuestro lado en todo momento. Su contribución al combate suele pasarse por alto. Jume, si su padre estuvo aquí, fue un valiente. ¿Dice que murió aquí?

—Nunca nos dijeron exactamente dónde. Murió en la puerta, eso es todo lo que sabemos.

—Me dijo que nunca había conocido a un héroe, pero sí que lo ha hecho. Su padre era un héroe —afirmó Gaunt mientras el guía no dejaba de hablar.

Jume lo miro y le sonrió.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por ser lo bastante amable como para decirme la misma mentira caritativa que yo les digo a los demás.

—No es mentira.

—Quizá. Se lo agradezco de corazón, de todas maneras. Quizá ahora aprecie mejor el mérito de mi trabajo.

—¿Sabe que el padre de Kolding también murió en la guerra?

—¿El doctor?

—Su padre murió mientras intentaba defender a los heridos. Por lo que se ve, hoy tengo a los hijos de los héroes guardándome las espaldas.

Jume se echó a reír.

—Nunca hubiera esperado semejante sentimentalismo de usted. Debería ponerlo en nómina. ¿Qué le parece media corona por epitafio?

El guía, que no había dejado de hablar en ningún momento, los había llevado hasta la entrada de la verja oriental. En aquel punto se puso a gesticular de un modo exagerado.

—¡Y aquí, aquí es donde el gran Slaydo cayó en combate enfrentado al maligno arconte! Vean cómo el lugar de su muerte está marcado con un aquila de plata y rubíes engastados.

Bajaron la mirada a aquel punto. Estaba iluminado por focos y por globos luminosos creadores de ambiente.

—Creo que deberíamos compartir unos solemnes momentos de reflexión en este lugar —sugirió el guía.

—No fue aquí donde murió Slaydo —susurró Gaunt.

—¿No? —preguntó Maggs también con un susurro.

—Cayó a unos sesenta metros de aquí, en esa dirección, en la verja occidental. Luego arrastraron el cuerpo unos cien metros para descuartizarlo de un modo ritual. Seguro que eso no lo explican en el recorrido.

—No —confirmó Jume.

—No me puedo creer que se equivoquen en tantas cosas.

—A diferencia de ti, no estaban aquí —apuntó Mabbon en voz baja. El guía reemprendió la marcha.

—¿Qué hora es? —preguntó Gaunt.

—Las cuatro menos cinco —le confirmó Kolding—. Al menos, ésa era la hora la última vez que miré el reloj de la torre.

Gaunt se dirigió al guía.

—Ahora nos gustaría ver la Torre del Plutócrata —dijo.

—¡Por supuesto! Estoy seguro de que también querrán ver los paseos mortales de los fallecidos más importantes.

—¿Los… paseos mortales? —inquirió Kolding.

El guía asintió.

—Al igual que ocurre con Slaydo, son los lugares donde cayeron los héroes. El capitán Menhort de los Martillos de Kolstec; Gaunt de los hyrkanios y, por supuesto, Allentis.

—¿Cómo? —exclamó Gaunt.

—¿Ha dicho Gaunt? —le preguntó Jume.

—Gaunt, el comisario de los hyrkanios —repitió el guía—. Murió mientras derribaban la torre.

Gaunt miró a sus compañeros.

—De verdad que sigo vivo —les dijo en voz baja.

Maggs y Jume soltaron un bufido de risa. Hasta en los labios de Kolding apareció la sombra de una sonrisa.

—Recorramos el paseo mortal de Gaunt —sugirió Maggs.

—Sí, ¿por qué no? —admitió el propio Gaunt.

—Por aquí —les indicó el guía—. Era el noveno día. El Heredero todavía resistía. Gaunt, que el Trono le conceda el descanso eterno, encabezó a los hyrkanios a través de la puerta destruida y se atrincheró en los jardines situados bajo la Torre…

Faltaban dos minutos para las cuatro.



Veintiocho

El paseo mortal de Ibram Gaunt

(se admiten visitas)

El emocionado guía los llevó hasta la plaza donde se veía el contorno de la Torre del Plutócrata trazado con líneas de oro y de plata.

Gaunt notó que el aire se enfriaba.

Bajó la mano hasta la empuñadura de la pistola bólter. La notó en la palma como una sensación tranquilizadora. Se mantuvo cerca del grupo y realizó una comprobación visual. Se dio cuenta de que tanto Mabbon como Maggs también estaban observando la zona. Ellos también lo habían sentido, y no importaban quienes fueran: ante todo, los dos eran soldados. Poseían talentos que ya jamás podrían olvidar.

Gaunt mantuvo la mano sobre la pistola mientras el guía conducía al grupo a través de las sombras del claustro hacia el lugar donde había estado la Torre. Maggs se puso al lado de Gaunt.

—Deme un arma —le susurró.

Gaunt hizo un gesto negativo con la cabeza.

El cielo por encima del Palacio Alto había adquirido un color azul impoluto, sin que ninguna nube lo tapara. El sol, que ya había comenzado su descenso hacia el horizonte, todavía brillaba con fuerza. Las sombras de los claustros y de las capillas funerarias todavía eran muy densas.

Gaunt captó el murmullo general de las voces: otros guías que dirigían a sus grupos; las conversaciones entre visitantes; un ayatani que realizaba un sencillo servicio de recuerdo delante de una placa conmemorativa acompañado de un grupo familiar que lo rodeaba con la cabeza agachada. La leve brisa hacía ondular las largas faldas de seda negra.

Gaunt oyó que en la torre del reloj de la Oligarquía daban las cuatro. Se volvió hacia el guía.

—¿Puede quedarse con mi grupo durante un rato? —pidió—. Hábleles de la Torre. Hábleles del espantoso ruido que provocó al caer, como si el propio planeta se estuviera partiendo por la mitad. Hábleles de la gigantesca nube de polvo que tapó el sol. Hábleles de las pilas de cadáveres, más altas que los propios montones de escombros.

—¿Perdón, señor? —preguntó el guía, completamente confundido.

—Cuénteles todo lo que sepa del comisario Gaunt y de lo increíble que era como soldado.

Gaunt se dio la vuelta y salió de las sombras para adentrarse en la luz del sol que iluminaba la gran plaza. Vio unos cuantos grupos de turistas a lo lejos, al otro lado de esa misma plaza, y otros, bastantes más, al lado de las estatuas conmemorativas situadas en el centro de aquel espacio abierto.

Nada era como él lo recordaba, aunque había empezado a dudar seriamente de la calidad de su memoria. El terreno era distinto, más llano. La topografía de los

edificios que rodeaban la zona también había cambiado, aunque eso no era sorprendente en absoluto, dados los daños colaterales que había provocado la caída de la Torre. Recordó haber estado a cubierto durante horas bajo el fuego enemigo, contemplando los remates de las columnas de un portillo que tenían forma de aquila. Se preguntó qué le habría ocurrido a aquel lugar. ¿Estaría todavía en pie cuando los hyrkanios y él consiguieron por fin lanzarse a la carga? ¿Habría caído más tarde? ¿Lo habrían demolido mucho más tarde para hacer lugar a aquellas criptas conmemorativas?

Hasta el cielo era diferente.

Dio la vuelta sobre sí mismo por completo en un movimiento lento y deliberado. Distinguió el Palacio Alto, con su silueta borrosa debido a la distancia. Vio una bandada de pájaros que lo sobrevolaba. Distinguió el Honorarium, un inmenso monolito oscuro con forma de tambor que se alzaba más allá de la plaza como una gigantesca muralla.

Se dirigió al centro de la gran plaza. Aunque había desaparecido mucho tiempo atrás, sintió la presencia de la Torre por encima de él como si fuera un fantasma colgado del aire. Habían sido sus órdenes las que la habían derribado, su sudor, sus esfuerzos. La Torre añadía casi medio kilómetro de altura al conjunto de la Oligarquía. Al caer, el rugido había provocado que…

Vio una figura a lo lejos, en el límite de los claustros. La reconoció al instante. Verla casi le provocó un llanto espontáneo, que no se debía a la debilidad o a la tristeza, sino a un desbordamiento repentino de los sentimientos. Estar allí, tantos años después, y ver que su viejo amigo acudía en su ayuda, en ese mismo sitio…

Gaunt no lloró. Era una característica técnica que sus nuevos ojos no poseían.

Empezó a caminar en dirección a Blenner. Su amigo le estaba sonriendo con aquella sonrisa problemática, la de «Vamos a largarnos el resto del día, que te voy a enseñar un bar que he encontrado». Llevaba la gorra como era característico en él, en un ángulo casi desenfadado, absolutamente inconformista.

Todo iba a salir bien.

Al acercarse, se fijó en las manos de Blenner. Su amigo llevaba los brazos casi pegados al cuerpo, sin apenas moverlos, y el dedo índice y el corazón de cada mano se movían de un modo sutil y discreto como si estuvieran «caminando».

Se trataba de unos códigos antiguos, uno de los códigos de la scholam que habían utilizado hacía ya tanto tiempo en Ignatius Cardinal. «Compañero pupilo, amigo, veo problemas que tú no ves. Veo al jefe de prefectos a la espera de castigarnos, a la espera de reprendernos por correr o cantar o hablar, así que márchate mientras puedas. Yo ya estoy perdido, pero tú todavía puedes salvarte. Camina, camina, camina, por el amor del Trono, camina…».

Gaunt se detuvo en seco antes de empezar a retroceder. En el rostro de Blenner apareció una enorme sonrisa. «Sí, lo has entendido bien, Ibram…»

De repente, dos hombres aparecieron a la espalda de Blenner saliendo a la luz.

Ambos empuñaban pistolas láser. Ambos tenían el mismo rostro: dos de los agentes de Rime.

Lo apuntaron con sus armas.

—¡Ibram Gaunt! —gritó uno de ellos—. ¡Por orden de la sagrada Inquisición te exigimos la rendición inmediata! ¡No te resistas! ¡Túmbate boca abajo con los brazos extendidos!

—¿Por qué? —preguntó Gaunt.

—¡Haz lo que te digo!

—No reconozco tu autoridad.

—Te has unido a un conocido adorador de la disformidad. Eres culpable por asociación. ¡Tírate al suelo ahora mismo!

Gaunt sacó la pistola bólter con un movimiento tan rápido que apenas se pudo seguir con la vista. Los apuntó con ella.

—Muy bien. Manos a la obra.

Los sirkles retrocedieron un poco.

—¡Ve a por él! —dijo uno de ellos al otro.

Se oyó el crujido de un hueso. Vaynom Blenner había unido las dos manos formando un puño gigante y había golpeado a uno de ellos en la nuca.

—¡Corre, por el Trono, Ibram, corre! —gritó Blenner mientras el sirkle al que había golpeado se desplomaba de rodillas en el suelo. El otro miró a su gemelo y perdió la concentración.

Gaunt disparó al pavimento entre los pies del sirkle. El estampido fue tremendo y resonó por toda la plaza. Las bandadas de pájaros asustados saltaron hacia el cielo azul desde los tejados de los claustros. Los visitantes miraron a su alrededor preguntándose a qué se debería aquel trueno retumbante, ya que no reconocieron el sonido del disparo.

¿Quién en Balhaut reconocía ya el sonido de los disparos?

El otro sirkle resultó alcanzado por las esquirlas de piedra y retrocedió trastabillando. Gaunt echó a correr por la plaza iluminada por el sol. El borde del abrigo de combate revoloteaba a su espalda como unas alas desgarradas.

—¡Corred! —gritó a su grupo, que lo estaba esperando entre las sombras del claustro. Maggs ya había hecho que se pusieran en marcha.

—Creo que deberías quedarte aquí —aconsejó Mabbon con voz tranquila al asombrado guía—. Este es el momento en el que probablemente no querrás tener nada que ver con este grupo.

—Creo que eso será lo mejor, señor —respondió el joven tartamudeando—. Esto… El Emperador protege.

—Eso oigo cada dos por tres —le replicó Mabbon mientras se volvía para seguir a Maggs, a Jume y a Kolding por el claustro.

Varias escuadras, algunas de ellas de la compañía 5, pero en su mayoría equipos de combate de la Inquisición, entraron a la carrera en la plaza procedentes de los

claustros orientales, donde Blenner había estado esperando.

Rime iba con ellos y no dejaba de dar órdenes a diestra y siniestra.

—Desplegaos. Quiero un barrido de todos los claustros. ¿Está la zona sellada por completo?

—¡Sí, señor! Tenemos grupos de combate en todas las salidas y entradas. No podrán salir de la Oligarquía.

—¡No podemos permitir que huya! Que vengan las aeronaves. Y los francotiradores. ¡Ya, que el Trono los maldiga!

—Sí, señor —asintió uno de los sirkles al mismo tiempo que llamaba por señas a un operador de comunicaciones.

—¡Gaunt ha mostrado sus verdaderas intenciones! —rugió Rime—. Si se hubiera rendido cuando tuvo la oportunidad, habría mostrado algo de piedad. Pero está claro que ha elegido en qué bando quiere estar. Las viejas costumbres son difíciles de perder, y aprendió todas las suyas en Gereon. ¡Comunica a las aeronaves que disparen en cuanto tengan un blanco! ¡Todos ellos son objetivos viables! ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —contestó el sirkle.

• • • • •

Edur salió a la luz del sol de la gran plaza con la primera oleada. Gritó a sus hombres de la compañía S que lo siguieran. Tenía la esperanza de poder atrapar a Gaunt en mitad de aquella confusión provocada por la maniobra fallida de Rime.

—¡Vamos, vamos!

—Los objetivos han entrado en los claustros del lado occidental, señor —le comunicó Tawil por el microcomunicador.

—¡Maldita sea! —exclamó Edur.

—Creemos que los objetivos se dirigen hacia el Honorarium y el enclave conmemorativo, señor.

—¡Seguidlos!

—¡Señor, tenemos una cantidad apreciable de ciudadanos que nos estorban el paso!

Edur lanzó otra maldición y giró sobre los talones en un gesto de frustración.

Así fue como vio que Kolea y Baskevyl, acompañados por las escuadras de exploradores tanith, corrían hacia él.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Ya! —les gritó al mismo tiempo que levantaba las manos—. Quedaos quietos. ¡Sólo vais a empeorar la situación!

—Claro, como que vosotros estáis haciendo un gran trabajo —replicó Baskevyl al pasar corriendo.

—¡Por el Trono! ¡Maldita sea! —chilló Edur.

—¡Nosotros protegemos a los nuestros! —le gritó Kolea.

—¡Por eso precisamente es mala idea! —le respondió Edur también a gritos.

Mkoll fue el primero de los tanith en llegar a los claustros occidentales. Eszrah lo seguía de cerca.

De repente, Mkoll se detuvo resbalando sobre el suelo de piedra y se quedó mirando el cielo.

—Viene algo —dijo.

—¿Te refieres al apoyo aéreo? —le preguntó Jajjo, que los seguía.

—No. Creo que es algo malo —gruñó Mkoll.

Alzó el rifle y entró a la carrera en los claustros.

• • • • •

—¿No deberíamos habernos entregado? —preguntó Jume mientras corrían.

—No —respondió Gaunt.

—Pero eran agentes del Trono, ¿no? ¿Oficiales de la Inquisición?

—La respuesta sigue siendo no.

Gaunt se detuvo. Oyó el estruendo de la carrera de las escuadras que los perseguían, los gritos de los grupos de visitantes que se afanaban por apartarse de su camino.

De repente, todo eso parecía estar muy lejos.

Gaunt levantó la mirada. Un puñado de copos de nieve, no más de tres o cuatro, bajaba hacia ellos desde el cielo sin nubes. Siguieron cayendo hasta llegar a pocos metros de sus cabezas.

Entonces se quedaron inmóviles en el aire. Permanecieron flotando de un modo imposible en medio de la nada, como si el tiempo hubiera interrumpido su avance.

—Ahora sí que tenemos problemas —murmuró Gaunt.

—Está aquí —susurró Mabbon—. La bruja está aquí.

De improviso, alguien disparo una ráfaga de fuego pesado contra ellos. Se lanzaron de cabeza a ponerse a cubierto detrás de las columnas del claustro. El rugiente fuego láser abrió agujeros en las losas de piedra y lanzó por los aires una lluvia de esquirlas afiladas.

Los grupos de combate de la Inquisición, que habían perseguido a Gaunt hasta allí, se volvieron para hacer frente a aquella nueva amenaza. Lograron efectuar unos cuantos disparos antes de que el arma de grueso calibre se volviera hacia sus posiciones y acabara con muchos de ellos. Los hombres se desplomaron en el acto o salieron despedidos hacia atrás. Algunos consiguieron ponerse a cubierto, otros cayeron con unas heridas terribles.

—¡A por ellos! —ordenó Baltasar Eyl.

Gnesh avanzó a lo largo del claustro acribillándolo todo con su láser pesado. Los rayos de luz salían sibilantes de la enorme arma de color negro aceitoso que llevaba colgada del hombro. Los disparos arrancaban las esquinas de las columnas de piedra del claustro. Las superficies se agrietaron y se partieron. El polvo de los ladrillos flotó en el aire como las descargas de polen. Los agentes de la Inquisición cayeron por doquier. Uno de los sirkles, que recibió dos impactos, se estrelló contra una columna y se deslizó de espaldas hacia el suelo, ya muerto.

Los demás miembros de la philia rodeaban a Gnesh y le proporcionaban fuego de apoyo. Sus disparos dieron la bienvenida a las formaciones de la compañía S que llegaban tras las escuadras de la Inquisición. Las tropas de asalto del Comisariado se pusieron a cubierto y empezaron a responder al fuego enemigo con los disparos de sus rifles infernales. En menos de un minuto, los claustros occidentales de la gran plaza se habían convertido en una pesadilla.

«Esta es la Torre del Plutócrata que yo recuerdo», pensó Gaunt.

Miró a su alrededor en busca de la mejor salida. Los disparos láser acribillaban la pared que tenía a la espalda. En algún punto cercano estalló una granada. Oyó el rugido de los motores de las aeronaves por encima del estruendo de los disparos.

Gaunt se irguió, derribó a un soldado del Pacto Sangriento de un solo disparo y echó a correr hacia la siguiente arcada para ponerse allí a cubierto y proporcionar fuego de apoyo a los hombres que lo siguieran.

Imrie, de la philia, salió de las sombras de la arcada y le colocó en la frente el cañón de su arma.

—De rodillas —ordenó en un gótico bajo de fuerte acento—. De rodillas. ¿Dónde está el pheguth?

—¡Tar shet Fethak! —respondió Gaunt al guerrero del Pacto Sangriento en su propia lengua. Sus palabras eran lo más parecido a un insulto.

Imrie dio un paso atrás, sorprendido, y luego apuntó para dispararle. Un gran trozo de losa se estrelló contra su cara y le partió la máscara. Imrie se desplomó de espaldas y su arma disparó de forma inofensiva contra el techo de la columnata.

Maggs apareció al lado de Gaunt.

—¡Pero no me dé una puñetera arma! —le gritó Maggs mientras se apoderaba del arma de Imrie.

Gaunt no se lo impidió. El fantasma comprobó el arma. Imrie empezó a moverse en el suelo. Maggs le acercó el arma a la cabeza y disparó.

—Uno menos del que preocuparse —apuntó.

—Tenemos que encontrar un modo de salir de aquí —dijo Gaunt.

Otros dos tiradores del Pacto Sangriento abrieron fuego contra ellos desde el extremo del claustro. Los disparos láser cortaron el aire, y Gaunt y Maggs se pusieron a cubierto antes de responder al fuego enemigo.

—¡Por el Trono! ¡Por el sagrado Trono! ¡Esto es una locura! —oyó Gaunt gritar a Jume.

Maggs ajustó el ángulo de tiro y eliminó a otro soldado del Archienemigo. El otro intentó reposicionarse para tener a su vez ángulo de tiro, pero Gaunt le atravesó el pecho con dos disparos que se enterraron en la pared que el soldado del Pacto tenía detrás.

—¡Corred! —gritó Maggs a los demás—. ¡Ya!

Todos echaron a correr.

• • • • •

Las Valkyrie sobrevolaron a baja altura el Palacio Alto. De los claustros cercanos a la gran plaza salían varias columnas de humo.

Larkin, que llevaba un arnés de seguridad para poder asomarse por la compuerta lateral abierta de la aeronave, se volvió para mirar a Bonin, quien se había agarrado al pasamanos superior de la compuerta.

—Lo de ahí abajo es un lío de Feth —le gritó para hacerse oír por encima del rugido del viento.

Bonin asintió. Sacó una mira telescópica y empezó a buscar objetivos.

—Ponte manos a la obra, Larks.

—Ni siquiera sé qué es lo que estoy buscando —exclamó Larkin mientras levantaba la mira de su rifle láser largo.

—A los tipos malos.

—Ah, vale.

• • • • •

Rime y tres de los sirkles corrieron por la columnata occidental, más allá de los cuerpos de los agentes muertos, entre los que se incluían al menos dos sirkles. Rime oyó el rugiente tableteo de los disparos en la zona situada un poco por delante de ellos.

—¡Que todo el mundo busque el combate! —ordenó por el comunicador—. ¡Situación roja! Que todo el mundo busque el combate y acabe con el enemigo. ¡Fuerza letal máxima aprobada, para todos los objetivos!

La columnata se vio sacudida por un fuego cruzado que mató en el acto a los dos sirkles. Rime trastabilló al sufrir una herida en el muslo izquierdo. El guerrero de la philia llamado Naeme salió de su escondrijo por detrás del inquisidor con el arma preparada para acabar el trabajo.

—Luego está Golguulest —iba diciendo mientras caminaba— Después está

Nyurtaloth.

Naeme estaba emocionado. Sabía en su corazón que la tarea que le habían encomendado a su philia estaba a punto de ser cumplida, y también sabía que casi había acabado el recitado. Quedaban muy pocos nombres de la Muerte por pronunciar.

—Luego está Djastah —continuó.

—Luego está Rime —dijo Rime.

Naeme dudó y se quedó mirando asombrado al inquisidor. No podía negarlo. Ciertamente, Rime era uno de los últimos nombres de la Muerte.

—Tú —musitó Naeme—. Tú eres…

Rime alargó un brazo de repente y lo agarró por la garganta. Luego le partió el cuello con un simple giro de la muñeca.

—Sí, lo soy —confirmó Rime tras soltar el cuerpo.

● ● ● ● ●

Karhunan sirdar sabía que la philia estaba perdiendo miembros a gran velocidad. La batalla campal que estaban librando a lo largo del Palacio Alto les estaba costando muchas bajas a ambos bandos. Acababa de ver morir a su hermano Barc, con el cerebro esparcido por una pared. La zona que se abría delante del sirdar estaba cubierta de cadáveres imperiales.

Karhunan no perdió su condición de estratega en ningún momento, y se dio cuenta de que disponía de hombres suficientes para atravesar la línea de ataque imperial y retrasarlo lo suficiente como para que su amado damogaur matara al pheguth.

—¡Gaur magir! —aulló lanzando el grito de guerra del Pacto Sangriento, y con ello ordenó a lo que quedaba de philia que avanzara.

Había comenzado a nevar con fuerza. La luz casi había desaparecido y el azul del cielo se había convertido en un color semejante al zinc. Kanhunan captó el olor a sangre y a nieve.

Habían llegado al final de su misión.

Abrió fuego en modo automático y abatió a tres soldados de asalto del Comisariado que intentaban avanzar por la columnata. El capitán Tawil disparó desde su posición a cubierto y le impactó en el estómago. El sirdar respondió con una ráfaga instintiva que partió por la mitad al capitán.

Karhunan olió su propia sangre.

Torció el gesto por el dolor que sentía y se esforzó por mantenerse en pie. Indicó con un gesto a sus hombres que avanzaran.

Sus últimos hombres: Gnesh, Samus y Lusk.

Gnesh encabezó el avance rociando la columnata con toda la potencia de fuego de su arma. Los soldados de asalto de la compañía S gritaron ante la falta de cobertura y reventaron como sacos de carne golpeada por un martillo pilón Gnesh no dejaba de reír. Había sangre más que suficiente para todos los dioses sedientos de la Consanguinidad. Gnesh cayó.

Karhunan no vio qué clase de arma lo había derribado, pero la caída del fornido soldado se produjo con una horrible certidumbre final. Era una caída propia de la muerte.

El sirdar aulló de rabia. Vio varias figuras de uniforme negro que flanqueaban su propia línea a lo largo del exterior de la pared de la columnata. Disparó contra ellos arrancando astillas de las piedras.

Mkoll se dio la vuelta y respondió a los disparos. Con la primera ráfaga mató a Lusk, y con la segunda derribó a Samus. Jajjo, que estaba a su izquierda, apuntó por encima del borde de la columnata y remató a Samus con una ráfaga de fuego automático.

Karhunan se lanzó aullando a la carga.

Una figura alta con la cara cubierta por una pintura de guerra de pesadilla salió de las sombras de una columna que el sirdar tenía justo delante y le disparó con algo parecido a una ballesta.

El virote acertó de lleno en la frente a Karhunan sirdar y lo derribó de espaldas. Estaba muerto antes de llegar al suelo.

—¡Despejado! —advirtió Eszrah du Nocte a las escuadras tanith.

—¡Adelante! —aulló Mkoll.

• • • • •

—¡Es un callejón sin salida! —chilló Gaunt.

—No por aquí —le gritó Jume—. Esto atraviesa el Honorarium.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Vengo aquí todos los viernes desde hace seis meses —le respondió.

A Gaunt ni siquiera se le ocurrió preguntarle el motivo al retratista.

—¡Maggs! ¡Pon a Jume y al doctor a cubierto en el Honorarium!

Mabbon se había quedado atrás. Había mantenido las fuerzas hasta ese momento, pero ya estaba agotado y se movía con lentitud debido al dolor de la herida, que volvía a asediarlo. La nieve se arremolinaba alrededor de ellos.

—¡Pero…! —protestó Maggs.

—¡Es una orden! —lo cortó Gaunt tajante.

Maggs se dio la vuelta y empujó a Kolding y al aterrorizado Jume en dirección al

enorme Honorarium.

Gaunt le pasó un brazo bajo la axila a Mabbon para ayudarlo a mantenerse en pie.

—Ya no queda mucho, magir.

—Eres un buen hombre, Gaunt —jadeó el etogaur.

—Si nos atrapan, no le digas eso a nadie, por favor. Diles que soy tu enemigo más encarnizado.

El proyectil de un lanzagranadas pasó rugiendo por la columnata y hundió el techo. La onda expansiva derribó a Gaunt y a Mabbon.

Malstrom cruzó con cautela a través del humo y la nieve que saturaban el aire mientras metía otro grueso proyectil en la recámara del arma. El polvo levantado por la explosión había añadido una cualidad granulosa al aire.

Dos cuerpos yacían entre los escombros delante de él, cubiertos de polvo de piedra. Ambos parecían muertos. Uno de ellos era el pheguth. Malstrom arrojó a un lado el lanzagranadas y empuñó la pistola láser. Lo habían conseguido. La philia había ganado. Lo único que le quedaba por hacer era confirmar la muerte del pheguth.

Gaunt se incorporó de repente cubierto de polvo de piedra, como si fuera una estatua que hubiera cobrado vida de improviso. Tenía la pistola bólter en la mano.

—No va a ser hoy —dijo un momento antes de disparar contra él.

El proyectil casi partió por la mitad a Malstrom y cubrió la pared de la columnata con una tremenda cantidad de sangre. No había magos cruentos de la Consanguinidad para interpretar la mancha de sangre; pero todos los augurios indicaban una muerte violenta.

Mabbon estaba aturdido y mareado. La herida había comenzado a sangrarle de nuevo. Gaunt lo ayudó a ponerse en pie pasándole de nuevo un brazo bajo la axila. Los dos estaban cubiertos de polvo y de sangre, y habían quedado un poco ensordecidos por la explosión.

—Vamos. ¡Mantente despierto! —gritó Gaunt. Miró fijamente a Mabbon y le propinó una bofetada en la mejilla cubierta de cicatrices—. ¡Mantente despierto!

Oyó un zumbido aullante. Creyó que eran sus oídos. Los copos de nieve le acariciaron la cara.

Notó el cañón de una pistola contra la sien.

—He de admitirlo —declaró un Baltasar Eyl jadeante—. Has sido un adversario digno. Le has puesto las cosas difíciles a mi philia, pero esto se acabó.

Hablaba con un acento muy fuerte, de fuera del planeta. Ante lo extremo del momento, a Eyl le había costado mucho mantener un comportamiento civilizado.

—Sólo una cosa que quizá deberías tener en cuenta, damogaur —le dijo Mabbon en la lengua del Archienemigo—. Cuando tengas pillado al cabrón, mata al cabrón. No hables de hacerlo.

Gaunt le propinó un tremendo codazo en la boca a Eyl. El damogaur retrocedió con los dientes rotos y la boca llena de sangre, pero no soltó la pistola. Gaunt le propinó una patada en la boca del estómago. Eyl siguió sin soltar la pistola.

—¡Tengo objetivos al descubierto! —gritó Bonin.

—¡Acabe con ellos! ¡Con todos!

Era Rime, gritando para hacerse oír por encima de la estática que sobrecargaba la línea.

—¡Feth, hay humo y nieve por todos lados! —contestó Larkin mientras intentaba apuntar a pesar del bamboleo del Valkyrie.

—El jefazo dice que dispares, Larks.

—Espera… —le aconsejó Larkin—. Espera… ¡Que el piloto manténgala nave nivelada! Muy bien, tengo tres objetivos. Repito, tres la vista. ¿Cuál es la orden?

—La orden es disparar —repitió Bonin por encima del rugido de los motores.

—Por mí encantado —contestó Larkin un momento antes de que el rifle láser se estremeciera en sus manos.

Se oyó el crujido de la sobrepresión del aire y del vacío perforado. El vapor de sangre roció a Gaunt y a Mabbon y bañó sus rostros ya cubiertos de polvo.

El cráneo de Eyl acababa de estallar. Su cuerpo descabezado se desplomó sobre Gaunt. Una cañonera pasó rugiente por encima de ellos arremolinando el humo y la nieve que los cubrían. Un segundo más tarde la siguió su sombra.

—Por el Trono sagrado… —tartamudeó Gaunt.

• • • • •

—¡Impacto! ¡Impacto! —gritó Larkin.

—Sí, pero ¿a qué le has dado? —quiso saber Bonin mientras se asomaba al lado de Larkin.

—A través de mi mira sólo veo lo que es real y auténtico —contestó este—. Le he dado al malo, por supuesto. ¿O no?

• • • • •

Gaunt y Mabbon corrieron hacia el Honorarium. El etogaur se movía cada vez con más lentitud a medida que perdía más sangre.

A sus espaldas seguía el feroz combate que sacudía los claustros de la gran plaza mientras los guerreros del Pacto Sangriento ofrecían su última resistencia.

El Honorarium era una cúpula gigantesca de piedra lúgubre, ocupada por el aire frío y el silencio. Los focos iluminaban las vitrinas situadas al nivel del suelo alrededor de la gigantesca circunferencia del edificio. El perímetro de aquel templo gigantesco albergaba capillas individuales dedicadas a ciertos héroes o campañas. En el centro se

encontraba la enorme cripta de basalto que contenía los restos del señor de la guerra Slaydo.

A mitad de camino de ese inmenso espacio abierto se encontraba el Honorarium. Las piernas de Mabbon cedieron y el etogaur se desplomó. Gaunt se volvió para levantarlo del suelo.

Jume, Maggs y Kolding, que se habían mantenido a cubierto detrás de la fila delantera de bancos, salieron a la carrera para ayudar a Gaunt.

—Tenemos que ponerlo a cubierto —les dijo Gaunt.

—Está sangrando mucho —replicó Kolding mientras abría la bolsa con el material clínico.

—Véndale la herida. ¡Véndale la herida! —le gritó Maggs.

—Vamos a llevarlo a un lugar tranquilo y apartado —indicó Gaunt—. Vamos. Cualquiera de esas capillas me parece bien.

—La suya está allí —le anunció Jume señalando una en concreto.

—¿Mi qué?

—Su capilla —le repitió este.

—¿De qué puñetas está hablando? ¿Qué capilla? —quiso saber Gaunt.

—¡Por el amor del Trono! ¡Por eso me hicieron el encargo! ¿Es que ni siquiera se ha leído la carta? ¡Me encargaron que le hiciera un retrato para ponerlo en esa capilla de ahí, que está dedicada a usted!

—No creo que Ibram Gaunt vaya a recibir muchas conmemoraciones en el Imperio después de esto —se oyó la voz de Handro Rime.

Se dirigió caminando hacia el grupo atravesando el amplio espacio abierto iluminado por el sol. Los copos de nieve repiqueteaban contra las claraboyas del techo, situadas muy por encima de ellos. Rime estaba apuntándolos con su arma, una pistola láser.

—Un monstruo herético y sus seguidores. Has caído mucho desde la grandeza que conseguiste aquí, Gaunt.

El comisario se puso en pie para mirar de frente a Rime.

—Y tú perteneces a la peor clase de fanáticos, Rime. Te equivocas por completo. Deberías estarme agradecido.

Rime sonrió con una mueca que todos sus sirkles podrían imitar.

—No lo creo, traidor despreciable.

Gaunt movió la cabeza en un gesto de negación.

—Diga lo que diga, siempre contestarás: «Eso es lo que diría un hereje». ¿No es así?

—Por supuesto —le espetó Rime.

Gaunt se dio la vuelta. Jume y Kolding estaban ayudando a Mabbon a ponerse en pie. Era evidente que el etogaur estaba decidido a enfrentarse erguido a su adversario.

—Ni siquiera quiero mirarte, escoria del Archienemigo —le dijo Rime.

—No es sólo el Pacto Sangriento de Gaur quien me quiere ver muerto —se dirigió

Mabbon a Gaunt mientras se tambaleaba apoyado en Kolding—. Las fuerzas del Anarca también quieren acabar conmigo, sólo que son más sutiles. —Se volvió hacia Rime—. Has cambiado tu rostro un millar de veces, pero todavía te reconozco, Syko magir.

—¿Qué tonterías está diciendo este animal? —exclamó Rime.

—¿Lo son? —se preguntó Maggs en voz alta.

Rime apuntó con su arma hacia el etogaur. En esa fracción de segundo, Gaunt se dio cuenta de que estaba nevando.

Dentro del propio Honorarium.

• • • • •

El aullido sangriento los derribó a todos y reventó las enormes claraboyas del Honorarium. La bruja se lanzó a por ellos sin dejar de aullar y rodeada por una burbuja ardiente de luz de la disformidad. Estaba enloquecida, delirante. Chillaba buscando venganza por la muerte de su amado hermano. Cruzó el espacio abierto del Honorarium como si fuera un tifón y provocando una ventisca ártica a todo su alrededor. El aire estalló con las descargas de rayos.

Lo único que Wes Maggs vio fue la vieja dama que lo había acosado en sueños desde Hinzerhaus. Lo único que Wes Maggs quería era verse libre de aquel tormento fantasmal.

Abrió fuego disparando en modo automático y vació por completo el cargador de energía del rifle láser.

Los impactos hicieron estallar la burbuja de energía de disformidad que rodeaba a la bruja y la acribillaron. Recibió casi doscientos disparos, y para cuando cayó al suelo su cuerpo estaba literalmente machacado más allá de cualquier semejanza con un ser humano. Las últimas ráfagas le levantaron el velo mientras caía hacia atrás.

Maggs le vio la cara, una cara que jamás olvidaría.

El arma dejó de disparar y empezó a emitir el zumbido que indicaba que se había quedado sin energía.

Apagó la alarma y bajó el arma.

—Feth. ¿Lo he hecho yo? —murmuró.

Gaunt le dio una palmada en la espalda.

—Me alegra no haberte matado —le dijo.

Maggs le sonrió con una expresión algo sorprendida.

—En pie, soldado. Ayúdanos a llevar al prisionero.

Oyeron el aullido de las sirenas y de los motores de las aeronaves al otro lado de los muros del Honorarium.

—Mierda —exclamó Kolding.

Gaunt se dio la vuelta.

Rime estaba de nuevo en pie. Tenía un largo corte en la cabeza, y lo que se veía debajo parecía más un implante que carne y sangre. Tenía la mitad de la cara colgando en el aire.

Los apuntaba de nuevo con la pistola.

—No vais a ningún lado —amenazó.

Gaunt oyó el eco de unas pisadas a la carrera. Un grupo de soldados se estaba desplegando alrededor de aquel enfrentamiento con las armas preparadas.

Se dio cuenta de que eran de los suyos.

—Me alegro de que se haya unido a nosotros, mayor Rawne —dijo Gaunt sin dejar de mirar a Rime.

—Le pido disculpas, señor. Nos retrasaron un poco.

—¿Quién viene con usted?

—Varl, Meryn, Daur, Banda, Leyr y Cant, señor.

—¿Todos tienen las armas apuntadas contra este demente que tengo enfrente?

—Oh, sí, señor.

—¿Incluso Cant?

—Listo y preparado, señor —respondió Cant.

—¿Lo ve, señor? —bromeó Rawne—. Hasta el puede bailar el cancán de vez en cuando.

—Mi gente no hace este tipo de cosas, inquisidor, sobre todo cuando se enfrentan a alguien que ha sido identificado como un agente del Anarca.

—¡Eso es una estupidez! ¡Los delirios de un hereje que diría cualquier cosa con tal de salvarse!

Gaunt negó con la cabeza.

—Mabbon está en lo cierto. Te ha identificado, Syko magir.

—Ese hombre está loco —se burló Rime—. Vamos, Gaunt, bajad las armas. Sé lo estricto que eres.

El comisario todavía tenía la pistola bólter en la mano. Quedaba un proyectil en el cargador.

La alzó y la apuntó hacia Rime.

—No. Tengo razones para creer que eres un agente del Archienemigo. Te exijo que tires el arma ahora mismo.

—¿O qué, Gaunt? —Rime sonrió—. ¿Me pegarás un tiro? Te conozco. He estudiado a fondo tu hoja de servicio. Jamás, jamás has actuado contra un agente del Trono sin tener una prueba sólida. Jamás.

Gaunt dudó por un momento, y luego bajó el arma.

Rime giró la cabeza cuando notó que Rawne se acercaba.

—Ya hemos acabado, soldado. Retrocede, por favor.

—Mi jefe no se fía de ti —le espetó Rawne.

—No tiene pruebas y no hará nada. He leído su hoja de servicio.

—Sí, vale, pero apuesto a que no te has leído la mía.
Rime levantó el arma dando un grito.
Rawne lo mató de dos disparos en el pecho.



VEINTINUEVE

HERIDAS DE SALIDA

—Siéntate, Ibram —lo invitó Isiah Mercure.

Se habían reunido en una de las estancias de la Sección de una de las alas que no había sufrido daños por el humo.

—¿Ahora soy Ibram, así, de repente?

—La nota máxima por esto, sí señor —dijo Mercure, quien tenía tres cosas a la vez entre manos: una placa de datos, una carta y unos cuantos informes—. En serio, bien hecho. Vamos a trabajar con esto. Edur me ha dicho que tu regimiento está preparado para encabezar esta operación. ¿Es cierto?

—El Primero de Tanith está ansioso por servir, señor.

—Bueno, pues déjame decirte que eso es una buena noticia —le anunció Mercure con una rápida sonrisa—. Es estupendo tener buena gente de nuestro lado. ¿Crees que podrás manejarlo todo?

—Mi regimiento ya está movilizado, señor. Partiremos hacia Salvation's Reach esta misma semana.

—Hay mucho que depende de esto, Ibram, y no estaré allí para echarte una mano.

—Lo entiendo, señor. Sólo tengo una pregunta. ¿Qué se le ha dicho a la Inquisición?

—Que el valiente inquisidor Rime murió en combate contra una revuelta del Caos.

—Ya veo. Preferiría no tener a la Inquisición detrás de mí aparte de todo lo demás.

—Lo entiendo.

—Y quiero a Blenner y a Criid bajo mi jurisdicción.

—De acuerdo.

—¿Puede arreglarlo?

—Ibram, tienes amigos en las altas esferas —bromeó Mercure—. Y también en los bajos fondos. ¿Cómo está el etogaur?

—Se encuentra estable. Está ansioso por ayudar. Es…

—¿Qué?

—Es un buen hombre —acabó la frase Gaunt.

—Tenía el horrible presentimiento de que ibas a decir eso. —Mercure se puso en pie y se acercó a una mesita auxiliar—. ¿Un trago? ¿Un brindis?

—¿Por qué no?

Mercure sirvió dos sacras y le entregó una de las copas a Gaunt.

—Eres consciente de que no volverás con vida de esta misión, ¿verdad?

—Eso es lo mismo que me dicen cada vez que me embarco.

—¿De verdad? ¡Vaya! —exclamó Mercure. Hizo entrechocar las copas—. Pues salud de todas maneras.

• • • • •

—Partimos dentro de una semana. Creo que deberías venir con nosotros —dijo Ban Daur.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —quiso saber Elodie.

—Porque no puedo besarte así si estás a años luz de mí —respondió él.

—¿Así cómo?

Él se lo mostró.

—Vale. Sí, será mejor que vaya con vosotros.

• • • • •

El inmenso espacio del Honorarium estaba repleto de ecos leves y del sentido de la eternidad. El Primero de Tanith acudió al templo para asistir a una ceremonia de bendición en su último día en Balhaut. Era una mañana soleada y cálida. La nieve ya había desaparecido y se habían reparado la mayor parte de los daños que el edificio había sufrido durante los combates finales. Mostraban el número uno en sus uniformes, y desfilaron de un modo impecable a pesar de llevar encerrados en el planeta dos años enteros.

Una vez terminó la ceremonia y los pelotones rompieron filas, Gaunt paseó con Dorden por el perímetro exterior del gran templo. Se detuvieron a contemplar las diferentes capillas laterales. Los miembros de la banda ceremonial estaban recogiendo sus instrumentos. Envolvían y metían los tambores en sus fundas mientras los otros limpiaban las cornetas y los demás instrumentos de viento. Todavía llevaban sujetos barboquejos de las gorras por encima de la nariz.

Gaunt no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mayor que se había hecho Dorden. Pasearon a paso muy lento.

—Hay algo que tengo que contarte —dijo Dorden.

—Dime.

—No es fácil, y no te gustará.

—Quiero enseñarte algo antes —lo interrumpió Gaunt.

Lo condujo a una de las capillas laterales.

—Oh, gran Trono… —musitó Dorden.

—Todas las capillas satélites están dedicadas a los planetas que se perdieron durante los primeros años de la cruzada —explicó Gaunt mientras se sentaban en uno de los bancos de aquella capilla—. Esta es la capilla conmemorativa dedicada a Tanith. Para esto me quería Jume: para hacerme un retrato posando en este lugar. ¿Te lo

puedes creer?

—No —respondió Dorden con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé. Mira, Tol, quería enseñarte esto porque tú de entre todos eres el que más necesitaba saber que existía este sitio.

—Gracias al Trono que lo hiciste.

Se recostaron contra el respaldo del banco, nuevo y pulido, y levantaron la mirada hacia la proyección hololítica de Tanith.

—Era un mundo hermoso, ¿verdad?

—Sí que lo era —asintió Gaunt—. Ah, hay algo más. Por lo visto, estoy muerto.

—¿Qué?

—Según los guías que trabajan aquí, me mataron durante la Famosa Victoria. Puedes visitar mi paseo mortal.

—¡Esto es genial! —exclamó Dorden riéndose.

—Ya nadie recuerda las cosas en condiciones. Todo se deforma y se olvida.

Dorden asintió.

—Excepto las cosas que nos preocupamos por recordar.

Gaunt suspiró.

Gaunt sonrió y asintió.

—Tengo que contarte algo —volvió a decirle Dorden volviéndose hacia él.

—¿Algo muy malo?

—Ya te he dicho que no te gustaría.

—Adelante.

Dorden apoyó de nuevo la espalda en el respaldo.

—Le hice el examen. Le hice las pruebas a ese viejo cabrón.

—¿A Zweil?

—Sí. Todas las pruebas.

—Ha aparecido algo, ¿verdad?

Dorden asintió.

—Leucemia. Un cáncer en la sangre. Se le ha extendido por todo el cuerpo.

—Trono… ¿Cuánto le queda de vida?

—¿A Zweil? Ese cabrón vivirá eternamente.

—Pero…

Dorden suspiró.

—No le gustan nada las pruebas. Pero nada de nada, ¿verdad? El viejo Zweil odia las agujas. Tuve que enseñarle cómo se hacía.

—Cuando le di la espalda cambió las muestras.

—Entonces… ¡No! Oh, no, ¡No!

—Calla, no grites.

—No puedo llorar con estos ojos —dijo a su viejo amigo.

—Eso probablemente sea lo mejor.

—¿Cuánto te queda?

—Seis meses si tengo suerte. Pero quiero seguir adelante. Sólo lo sabéis Ana y tú. No se lo digas a nadie más. Quiero luchar hasta el final. Quiero servir hasta el final.

Gaunt asintió.

—Y me gustaría descansar aquí cuando todo acabe —añadió Dorden. Gaunt alzó la mirada hacia el techo de la capilla dedicada a Tanith.

Los muertos siempre parecían encontrar la manera de regresar a Balhaut.

—Me aseguraré de que así sea —le prometió.



EPÍLOGO
El noveno día

La puerta de la Oligarquía, la tarde del noveno día, en el flanco izquierdo de Slaydo. Delante de ellos se alzaba la famosa puerta, defendida por las máquinas impías del Heredero Asfodel. Lagos de barro. Un tiempo espantoso. El diluvio químico provocado por el bombardeo orbital y las toxinas del Heredero. Brea fundida que caía del aire como una lluvia torrencial.

Gaunt mantuvo la cabeza agachada mientras seguían cayendo proyectiles.

Las alambradas de espino despellejaban el aire. El ruido sordo de los impactos, de muchos impactos. Nubes rojizas a izquierda y derecha, donde los hombres resultaban alcanzados. Delante, debajo de la puerta, las máquinas chirriaban de nuevo.

Estaban atrincherados frente a un pequeño portillo con los remates de las columnas en forma de aquila. El bombardeo era tan intenso que Gaunt dudaba que lograra permanecer en pie un día más, o incluso una hora más. Quedaría borrado de la superficie del planeta y de su memoria.

Su sargento, el querido Tanhause, gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

—¡Viene una formación!

Gaunt miró hacia atrás. Varias unidades de la FDP avanzaban hacia el frente encorvados y con la cabeza agachada. Admiró su valor. A menudo no disponían más que de rifles de cerrojo y bayonetas, pero seguían cargando decididos hacia la línea del frente.

—¿Cómo va la situación? —preguntó el joven oficial de la FDP en cuanto se puso a cubierto a su lado. También tuvo que gritar para que lo oyera.

—Bastante bien. Si podemos reagrupamos aquí y seguir avanzando, puede que tengamos un buen día.

Alzó la mirada. La Torre del Plutócrata era la estructura más gigantesca que hubiera visto jamás. Nada en el universo podría derribarla.

—Quién sabe lo que podremos lograr —comentó el joven oficial—. ¡Hasta es posible que logremos tumbar a esa hija de puta!

—Me gusta la idea —asintió Gaunt con una sonrisa antes de ofrecerle la mano—. Soy Gaunt.

El joven oficial tendió su propia mano y se la estrechó con fuerza.

—Jume.

Gaunt volvió a sonreír.

—Me alegro de conocerlo. Acabemos con esto de una vez.